

NOVELAS  
ENTRETENIDAS.  
COMPUESTAS  
POR DOÑA MARIANA  
DE CARABAJAL Y SAAVEDRA,  
NATURAL DE GRANADA.

Año

Pliegos



1728.

43.

CASCUAL de GAYANGOS

CON LICENCIA.

En Madrid. Se hallará en la Imprenta, y Librería de Don Pedro  
Joseph Alonso de Padilla, vive en la Calle de Santo  
Thomàs, junto al Contraste.

NOVELAS

ENTRETTENIDAS

COMPUESTAS

POR DOÑA MARIANA

DE CARDAJAL Y SAVEDRA

NATURAL DE GRANADA



Año

Pliegos

CON LICENCIA

Impreso en la imprenta de D. Juan de Dios...

# AL LECTOR.

**A**TENTO, y curioso Lector, aunque no me será posible el conseguir lucidos desempeños en el arresto de tã conocido atrevimiento, no por esso dexarè de servirte con los sucessos que en este pequeño libro te ofrezco, aborto inutil de mi corto ingenio; y pues se dirigen à solicitar cuidadosa, gustosos, y honestos entretenimientos, en que diviertas las perezosas noches del erizado Invierno, te suplico admitas mi voluntad, perdonando los defectos de vna tan mal cortada pluma, en la qual hallarás mayores deseos de servirte con vn libro de doze Comedias, en que conozcas lo afectuoso de mi deseo. Por primer suceso deste breve discurso, te presento vna Viuda, y vn Huerfano: obligacion tan precisa es de vn pecho noble el suavizar tan penoso desconuelo, pues el mayor atributo de que goza la nobleza, es preciarfe de consolar al triste, amparar al pobre, y darse por bien servido del siervo humilde, que deseo lograr sus mayores acier-

tos, firme con amorosa lealtad à su estimado  
dueño , apadrinada de tan conocidas verda-  
des; ni me desvaneceràn los aplausos de tu bi-  
zarria, ni me darè por ofendida de tu censu-  
ra, pues mi mayor vencimiento , serà el es-  
tår à tus plantas siempre , atenta à tan pru-  
dente correccion. Vale.

APRO

# APROBACION DEL PADRE FR.

*Juan Perez de Baldelomar, de la Orden de San Agustin N. P. jubilado en Predicador mayor de dicha Orden, y al presente Predicador de Corte en el Convento Real de San Felipe.*

**D**E orden del Señor D. Garcia de Velasco, Vicario de esta Corte, y su Partido, he visto este libro de Novelas de Doña Mariana de Carabajal, y Saavedra, y no he notado en él cosa que se oponga à nuestra Santa Fè, y buenas costumbres, antes he admirado que aya en el recogimiento de vna muger estilo para que con sus honestos divertimientos, dè materia para deleytar, aprovechando à quien le leyere. Este es mi parecer, salvo, &c. En este Real Convento de San Felipe de Madrid à 22. de Septiembre de 1662.

*Fr. Juan de Baldelomar*

## LICENCIA DEL ORDINARIO.

**E**L Licenciado Don Garcia de Velasco, Vicario desta Villa de Madrid, y su Partido, por el presente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que se imprima vn libro intitulado: *Novelas de Doña Maria de Carabajal, y Saavedra*, por quanto de nuestro mandado ha sido visto, y examinado, y no contiene cosa alguna contra nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Dada en Madrid à veinte y cinco de Septiembre de mil seiscientos y sesenta y dos años.

*Lic. D. Garcia de Velasco.*

Por su mandado!

*Pedro Palacios.*

*No tario.*

APROB.

APROBACION DEL PADRE  
Fray Ignacio Gonzalez, Predicador de la  
Orden de San Agustin N. P. Visitador que  
ha sido desta Provincia de Castilla, y Rec-  
tor del Colegio de Doña Ma-  
ria de Aragon.

M. P. S.

DE Orden de V. A. he visto vn Libro  
de Novelas de Doña Mariana Cara-  
bajal, y Saavedra, y no hallo en èl adverten-  
cia digna de reparo, que desdiga à nuestra  
Santa Fè, y buenas costumbres; antes bien  
es de admirar, que en estos tiempos aya quien  
emplee el tiempo en este exercicio. Este es  
mi parecer, en el Colegio de Doña Maria de  
Aragon del Orden de San Agustin desta Cor-  
te a doce de Noviembre de 1662. años.

Fr. Ignacio Gonzalez.

FEE

## SUMA DE LA LICENCIA.

**T**iene Licencia Miguèl Martín, Mercader de Libros, para imprimir vn Libro, intitulado: *Novelas Entretenidas*, compuesto por Doña Mariana Carabajal y Saavedra, como mas largamente consta de su Original, despachado en el Oficio de Don Miguèl Fernandez Munilla, Escriuano de Camara. En Madrid á diez y ocho de Agosto de 1727.

---

## ERRATAS DE ESTE LIBRO.

**H**e visto este Libro, intitulado: *Novelas Entretenidas*, compuesto por Doña Mariana Carabajal y Saavedra; corresponde al que antes de aora està impresso. Madrid, y Agosto 13. de 1728.

Lic. Don Benito del Rio  
y Cordido.

Corrector General por su Magestad.

---

## TASSA

**T**assaron los Señores del Consejo Real de Castilla, este Libro, intitulado: *Novelas Entretenidas*, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su Original.

TA

# T A B L A

DE LAS NOVELAS QUE SE  
contienen en este libro.

<b>L</b> A Venus de Ferrara.	pag. 11.
La dicha de Doristea.	pag. 29.
El Amante Venturoso.	pag. 53.
El Esclavo de su Esclavo.	pag. 69.
Quien bien obra, siempre acierta.	pag. 85.
Zelos vengan Desprecios.	pag. 97.
La Industria vence Desdenes.	pag. 110.
Amar sin saber à quien.	pag. 155.
Lifarda , y Ricardo.	pag. 255.
Riesgo del Mar , y de Amar	pag. 303.

---

*Donde este se ha impresso , se estàn para dár  
à luz otros tres Libros, el vno , Novelas  
Amorosas , y los otros dos , Escaparate  
de Novelas , primero, y se  
gundo Torno.*



# LA VENUS DE FERRARA. NOVELA PRIMERA.



**E**N la Real Corte de España, Villa de Madrid, tan celebrada por sus hermosas Damas, como populosa por sus Reales Consejos, tan afsistidos de pleyteantes, y pretendientes, vivia vna señora llamada Doña Lucrecia de Haro, que en decir su apellido, remito al silencio lo que debo à la veneracion en tan conocida, y notoria calidad. Estaba casada con vn Cavallero anciano, y enfermo, llamado Don Antonio de Silva: tenia vn hijo del nombre de su padre, tan bizarro mancebo, cortès, y bien entendido, que

se llevaba los ojos de todos los que le conocian. Era Don Antonio tan obediente à sus padres, que gozaba las debidas alabanzas, mas por su prudente modestia, que por las muchas partes, de que el Cielo le adoptò. Aun que Doña Lucrecia tenia muchas casas, respecto de los achaques de su esposo, gustaba de vivir en vna labrada à la malicia, cerca del Prado, por ser de mucho recreo; tenia cinco quartos principales, y vn hermoso, y dilatado jardin, poblado de arboles frutales, hermosos naranjos, nevada tapiceria de sus paredes, quadros de cortadas murtas, adornados de enrextados de menudas canas, entre re-

A xidas

das de candidos jazmines, hermosas matas de claveles, espesos, y encarnados rosales, fecundas vides, que servian de hermoso dosel al sitio ameno, guardando su olorosa fragancia de los ardientes rayos del dorado Febo. Tenia dos copiosas fuentes, que lisongeaban las matizadas flores, y menudas yervas, con sus cristalinos raudales. En la vna estaba vna Ninfa de bruñido, y candido alabastro, arrojando por ojos, boca, y oidos rizados despeñaderos de sus Gigantes, que trepando con impetuosa violencia hasta las vides, bolvian à la anchurosa vasa, desparcidos en menudas hebras de escarchada plata. La otra se adornaba de vn hermoso peñasco de remendados jaspes, poblados de conchas, y caracoles mariscos embutidos de atanores sutiles de lata, arrojando en trabada escaramuza hermosa tropelia de menudo aljofar. Vivía Doña Lucrecia en el quarto de adentro, por dár los que caian à la calle à sus nobles moradores. En los dos alinde al suyo vivian dos hermosas, y principales Damas, la vna llamada Doña Lupercia, y la otra Doña Getrudis. En los del patio, en el vno habitaban dos Cavalleros Viz-

caynos, residentes en la Corte à pleytos, y pretensiones. El vno llamado Don Vicente. El otro Don Enrique. Al quarto frontero se mudò vna viuda principal, muger que lo fue de vn Maese de Campo, llamada Doña Juana de Ayala: tenia vna hija de diez y siete años, tan hermosa, como honesta. Pues Doña Leonor gozaba aquella fama, tanto por su rara belleza, como por sus conocidas virtudes. A quince dias de mudada, le pareció à Doña Lucrecia, y à sus vecinas baxar à visitarla, y darle la bienvenida. Fue Don Antonio escudero à su madre, fueron bié recibidos de la prudente viuda. Estando de visita entraron los Vizcaynos, y parecien doles buena ocasion de verlas, y cumplir su obligacion, no quisieron perdonarla: porque Don Vicente estaba muy prendado de Doña Getrudis, y quiso gozar de su amada vista en achaque de la recién venida. Queriendo Don Enrique tan enamorado de Doña Leonor, que dentro de ocho dias la embió à pedir. Respondió Doña Juana, que no trataba de casarla hasta concluir con vn pleyto que tenia, y esperaba la merced de vn Abito: y aparte destas cosas, no la casaria con forastero,

por

porque no se la quitara de los ojos al mejor tiempo. Quedò el enamorado Cavallero tan triste con la respuesta que le diò, que à no estàr su amigo con èl, passara penosas menlancolias. No le pesò à Don Antonio de que se despidiera el casamiento, por quedar rendido à su hermosura, y honestidad, aunque no se atrevia à decir su cuidado, temiendo la severa condicion de su madre, y porque Doña Juana encerrò à su hija, temerosa de los fracasos que suceden à las madres descuidadas. Como Don Enrique vivia dentro de casa, estaba Don Antonio tan triste, con el mucho recato, y encierro de Doña Leonor, que por aliviar parte de su amorosa pena, pagandole francamente à vn diestro Pintor, le obligò à que madrugara entre dos luces, para hallarse en los Carmelitas Descalzos, porque Doña Juana, y su hija iban à oir la primera Misa. Acudiò los dias que bastaron para conseguir su diligencia, y como la descuidada Doncella, por no aver gente en la Iglesia, se destapara, tuvo lugar de copiarla, tan perfecta, que Don Antonio se bolvia loco de contento, de ver à su hermoso dueño tan imitado, que parecia que res-

pondia con los graves, y divinos ojos, à las quejas que le daba por su mucho encierro. No lo passaba la hermosa Dama tan libre de penas, que no pagara la deuda con sobrado colmo, porque su madre, hablando con las amigas que la visitaban, celebraba las bizarras partes de Don Antonio, dando à entender, se tendria por dichosa de ver à su hija tambien empleada, y aunque no lo decia à tiempo que estuviera delante, oyendo palabras al buelo, pudieron tanto en su tierno pecho, que amaba à su rendido amante; y por no dar à su madre sospecha, se quitaba de intento del estrado, y se iba, para dar lugar à la conversacion, consolandose cò lo que decia, con la esperanza que tenia, por aver escuchado en vna ocasion, que tenia intento de tratar el casamiento en acabando con sus cuidados. Todos asistian al quarto de Doña Lucrecia, por divertir los achaques de su esposo; las Damas con la musica, en que eran diestrisimas; y los Cavalleros vnas veces jugando à los naypes, otras contándole las novedades que oian en Palacio. Dos años vivierò todos cò tan honradas correspondencias, q̄ mas parecia parentesco, q̄ ve-

cindad; y llegado el riguroso Invierno armado de sus espesas nieves, y empedernidos yelos, apretandole al doliente Cavallero los achaques con tan vehemente crueldad, que los puso en cuidado; llamaron los Medicos, hallaronle peligroso, y mandaron, que dispusiera las cosas de su alma, Cumplió el Christiano Cavallero con su obligacion, dexando à su hijo por heredero de treinta mil ducados, à su esposa por Albacea, y Tutora, seguro de su amor, y prudente gobierno. A los vltimos de Octubre asistieron las amigas, y nobles vecinas à la desconsolada viuda, para acompañarla al recibimiento de las muchas visitas; y los Vizcaynos, y otros amigos al huérfano, para acompañar, y recibir à los Cavalleros, que venian à dár los pesames, porque Doña Lucrecia, y su esposo, se correspondian con la nobleza de la Corte: Passado el impetuoso torvellino de las repetidas penas, y renovados llantos, estando todos vna noche en el quarto de Doña Lucrecia, Doña Juana deseosa de ganarle la voluntad, dixo à los demás señores, ocho dias nos quedan para llegar à la Pasqua, la Noche Buena siédo Domingo, pues los frios son tan grâdes, y tene-

mos Tribuna dentro de casa; pareceme, que estos cinco dias de Pasqua, y lo restâte de las vacaciones, no dexemos à nuestra viuda, y que la festejemos entre todas, repartiédo los cinco dias. Yo tomaré à mi cargo la Noche Buena, y daré à todos la cena: y pues estamos libres de la murmuracion de los vecinos, y este quarto está retirado de la calle, tendremos vn poco de musica, y otro poco de bayle. El primero dia de Pasqua, será la obligada la señora Doña Getrudis. El segundo, el señor Don Vicente. El tercero, Doña Lucrecia. Y el vltimo, el señor Don Enrique: cada vno ha de quedar obligado à contar vn suceso la noche que le tocare. Aceptaron el concierto, y prometiendo de cumplirlo, como su mereced lo mandaba: Respondiôles, que no podia mandar à quien deseaba servir, y por parecerles tarde, se retirarô à sus quartos, cuidadosos de prevenir regalos. Don Enrique le dixo à su amigo: Yo no he perdido las esperanzas del casamiento, os parece que le embie à Doña Juana vn regalo para la Noche Buena? Respondiô, no se puede perder nada, q̄ à dos hōbres como nosotros, toca por obligaciō, estâdo en vna casa, à donde todas

das son mugeres solas, aunque son ricas, hazer demostracion de Pasqua, pues Don Antonio con su pena, no supone en esta fiesta, y casa; sabeis que tengo intento de casarme con Doña Getrudis, y con esta capa me atreverè à embiarle otro, que deseo hallar ocasion de servirla en algo, y como es tan recatada, no dà lugar; à cumplir mi deseo. Otro dia salieron à la Concepcion Geronima, à vèr à vna tia de Don Enrique, y le pidió le hiziera quatro platos considerables: sabia la pretension de su sobrino, y prometió cumplir con el cargo que se le dava: previnieronse de otras cosas, sin muchos regalos, los quales avian embiado de Vitoria. No quiso D. Lucrecia darles con visos de luto, y mandò, que aderezaran vna sala, que caia al aljardin, adornandola de turquesadas alfombras, almohadas, y sillas bordadas, ricas, y costosas laminas, varias pinturas, lustrosos, y grandes escritorios: dos braferos de plata, colmados de menudo, y bien encendido errax, cercados de olorosos, y ambarinos pomos, prevenidas luzes, que à sus encendidos visos, arrojaban las ricas alhajas cambiantes resplandores. Llegado el Domingo, subieron à la Tribu-

na à oir Missa, y se les diò chocolate: estimaron el regalo, suplicandole, no tuviera cuydado de prevenirles nada, pues le tocava el cargo de servirla aquellos dias. Estimò Doña Lucrecia el galanteo, y venida la tarde, entrando à la prevenida sala, quedaron admirados de la mucha riqueza, por averlo tenido todo guardado con los achaques de su esposo. Despues de aver mirado con atencion, el primoroso asseo, dixo Doña Juana: pues me toca esta noche, han de alegrar estas señoras la fiesta con la musica. Respondiòle Doña Getrudis, que lo harian con mucho gusto con condicion, que avia de subir la señora Doña Leonor à gozar de todo, que no eran dias de tanto encierto. Prometo à v.m. respondiò Doña Juana, que lo dexo por darle gusto, porque es tan encogida que me enfada algunas vezes; mas no por esso dexara de servirles: voy por ella, por que no vendrà aunque la embie à llamar. Avia embiado la Monja quatro fuentes; en vna costosa, y bien aderezada ensalada, con muchas, y diversas yervas, gragea, y ruedas de pepinos; labrada à trechos de flores de canelones, y peladillas. Otra con vino de Castiello do piñonate torreado, y

almenas, cubiertas de banderillas de varios tafetanes. En otra venia vna torta Real poblada de mucha caza de montería, tan imitados los animales, que parecian vivos, con sus Monteros apuntandoles con las ballestas, y arcabuzes, lebreles, y saquessos, adornados de tejones, y cascabeles. La vltima fuente venia colmada de guantes, chapines, rosarios de alcorça, con otras diferencias de pezes, tortugas, Encomiendas, pastillas, con tanto oro, y ambar que dexò admirado à D. Vicente la costosa curiosidad. Estimò Don Enrique el cuydado de su tia, embiandole muchos regalos, y mayores agradeci-

mientos. Como Doña Juana baxò por su hija, fueron acompañandola, y llegada à su quarto, embiò los criados con el presente, estimòle en tanto, que à no estar prendada de Don Antonio, fuera posible hazer el casamiento. Subieron todos arriba, y fue Doña Leonor recibida de aquellas Damas con mucho amor, y sentados al abrigo de los olorosos braseros, le pidió Doña Lucrecia, que diera principio à la fiesta, y cessasse el achaque de retirada: mandòle su madre que obedeciera, y tomando el harpa de Doña Getrudis, despues de aver tocado con mucha gala, y mayor destreza, cantò la siguiente letra:

*Gilguerillo, que cortas el ayre,  
tendiendo las alas al buelo veloz,  
buelve, buelve à la red amorosa,  
no pierdas bolando tu dulce prision.*

*Mas vale, que cantes preso,  
que no que cebe el Alcon  
sus rigores en tu sangre,  
aumentando mi dolor.*

*Buelve à la jaula, y advierte,  
que con tu dulce cancion,*

*Suspendes las tristes penas  
de un rendido corazón.*

*Escucha atento el reclamo,  
pues te obligo con mi amor,  
à que consueles mis ansias,  
pues escuchas mi passion.*

*A las voces de Amarilis,  
el pajarillo bolviò,  
y encerrandole contenta,  
bolviò à repetir su voz.*

*Buelve, buelve à la red amorosa.*

Dieron todos las gracias del repetido mote à Doña Leonor, y quedò tan contenta de ver que su amante estava absorto en la contemplacion de su hermosura, que fue menester su cordura, para disimular el alegría que le bañava el pecho. Mandò Doña Getrudis à Marcela, criada fuya, truxera las castañuelas, diziendole, bayla con cuydado, que he celebrado tus gracias, no me faques mentirosa: era recien venida, y no de mala cara, y pidiendo à su señora le tocara la Capona, baylò tantas, y tan ayrosas mudanzas, y repicados redobles, que pareció à todos tan bien, que

le dieron muchos favores, significando el mucho gusto que les avia dado, y por ser tarde se tratò de la cena, refiriendo Doña Juana dos regalos que le avian embiado. Respondiò Don Enrique: Bien parece, que v.m. me trata como à Vizeayno, que siempre tenemos fama de cortos à la vista destas señoras. Respondiò Doña Juana, remitome à la verdad de lo que digo: traxeronse las mesas, y en bufetes, baxos, con reales, y olorosos manteles, al venir de las fuentes, por vltimos platos encarecieron la razon que avia tenido en ponderarlos, en particular la torta, y gastando

do vn rato en considerar la variedad de su bien compuesta hermosura , casi con lastima de deshazerla , dixo Doña Juana , pues quedese para el regalo de mi señora Doña Lucrecia. No passaré yo por esso , dixo la viuda , y dando vna passada con la mano de muchos de los alcorzados bultos , diziendoles : Ea señores , priesa à la monteria , no se nos vaya la caza. Celebraron el donayre con mucha risa , porque Doña Lucrecia era aguda de dichos , y se preciaba de ser cariñosa , y entretenida. Alzadas las mesas dieron las debidas gracias à Doña Juana , y se divertieron vn rato en jugar à las damas , hasta que dieron Maytines , y despedidos de la viuda , dieron lugar à que gozara del comun reposo. El diligente dia primero de Pasqua , por ser Doña Getrudis la obligada , se pareció à Don Vicente embiarle algunos regalos , y con la licencia de Pasqua , como por agüinaldo , en vna curiosa bandeja , le embió bucaros dorados , guantes de ambar , bolsos estrechos , y otras niñerías. Estimò la demostracion , y quiso darlo à entender ; y poniendo quatro lienzos de cambray en la bande-

ja , le embió à dezir , que por ser labor de su mano , se atrevia. Quedò tan contento de verse favorecido , que tratò con don Enrique darles vn susto , para tener que reir , y saliendo de casa à dar las Pasquas à personas de obligacion , no bolvieron hasta la tarde oidas las cinco. Mandaron à vn criado , que mirara si estaban en el quarto de la viuda , y diziendoles que si , atandose vno de los lienzos en la cabeza , otro en vna pierna , y dos en los brazos , estrivando en la espada , ayudado de don Enrique , y de vn criado , entrò en la sala de repente , dando à entender que venia herido. Afastaronse , preguntando , què desdicha es esta? Respondiò Don Enrique , no sè señoras , mi amigo viene herido mortalmente ; y lo que mas es , entiendo que vn rapazillo le ha puesto assi. Doña Lucrecia , como era sagaz , y vido que venian solos , preguntò. Adonde sucediò essa desgracia? Aquí à la puerta , dixo el criado. Replicò , diziendo : Alegrome de que tengamos el Cirujano en casa. No pudo Don Enrique disimular la risa. La discreta viuda le dixo à D. Getrudis : cure v.m. este enfermo. Como  
re

reconocieron el bien pensado embuste, le preguntò: Adonde es la herida mas peligrosa? Respondiòle, aqui, señalando el pecho. Púsole la blanca mano en la parte que avia señalado, y mirando à las demás, les dixo: Pierdan vuestras mercedes el cuydado, de que este mal no es de muerte. Claro està, dixo Don Vicente, que si me cura vn Angel, que ha de ser la salud milagrosa. Alborozaronse con la risa, alabando la prudencia de Doña Lucrecia, y respondieron, diciendo: si fuera verdad, no vieran solos, q̄no era el suceso para no causar alboroto. Trataron de cenar, y D. Getrudis las regalò con mucha franqueza, llevando los aplausos debidos à su galanteria. Alzadas las mesas, sentandose én lugar à proposito, dixo asì:

**A**stolfo, Duque de Ferrara, recién heredado en la grandeza de sus Estados, empezó à Reynar con tan prospera felicidad, que fue generalmente amado de todos sus vassallos, porque era valeroso, de lindo cuerpo, hermoso de cara, claro de entendimiento, y afable de condicion. Preciabase de generoso con francas mercedes, propiedades dignas de vn Prin-

cipe soberano. Tenia vn deudo muy cercano, à quiè su padre, por ser esforzado en las armas, le avia ocupado en las guerras q̄ se ofrecian. Embiòle à llamar, y dando'le cargo de General de mar, y tierra, le embiò à que resistiera al Rey de Dalmacia, que pretediò usurparle parte de sus tierras. Era Teobaldo viudo, tenia vna hija, tan hermosa criatura, q̄ celoso de su honra, considerando, que ausente de su casa, corria peligro su honor, se determinò à dexarla en vn Castillo, en vna Aldèa ocho leguas de la Corte, por ser vno de los muchos Lugares del Señorío q̄ gozaba en premio de sus servicios. Dexòle veinte hõbres de guarda, y vn criado leal, de quiè tenia segura confiãza, para q̄ el, y su muger cuidaran de su regalo, mandado à los demás criados obedecierã à el Leucano en todo lo q̄ les mandara. No sintiò Floripa su prisiõ (q̄ este nõbre le podemos dar) porq̄ de su natural era honesta, y recatada, y vivia libre de pasiones amorosas, aunque estaba deseosa de ver à su primo, por la mucha fama que le dabã. Celebraba el Duque viejo el nacimiento de Astolfo todos los dias, q̄ llegaba el cumplimiento de sus años cõ fiestas

publicas, y sumptuosas, dando puerta franca en su Real Palacio, para que entraran à ver sus grâdezas todos los que quisieran verlas. No quiso Asolfo perder la costumbre de su Padre. Passado el tiempo de los lutos, mandò à vn Grande de su Corte, llamado D. Gonzalo, que gozaba de su privanza, por su mucha prudencia, y lealtad, que se previnieran las acostunbradas fiestas. Como el Leucano venia los mas dias à la Corte, para llevar provision à la Fortaleza, y regalos para Floripa, supo la determinacion del Duque, y buelto al Castillo, dixo à su señora lo que passaba, diciendola: Bié podia V. Alteza ir en habito de Labradorà à ver las fiestas, pues no la conoceria nadie. Pareciòle bien, y le mandò, que le truxera galas à proposito para las dos. Vn dia antes de la vispera partieron, por llegar à tiempo de ver los prevenidos, y boladores fuegos; llevòlas à casa de vn amigo, que vivia cerca de Palacio. Otro dia quiso Floripa entrar à ver sus grandezas, para ver al primo deseado, y como avia orden de no impedir la entrada, tuvieron lugar de llegar à vna sala por donde avia de passar. Contento el Duque de

ver tanta gente que le esperaba, tendiendo la vista à todas partes, puso los ojos en las dos Labradoras, y mirando que traian velos en los rostros, y lucidas galas, presumiò serian algunas Damas principales, que venian disfrazadas. Movido de la curiosidad le mandò à vn Page, de quien se fiaba, que las entrara à ver todo, y las detuviera hasta que bolviera del passeio. Quedò Floripa tan rêdida de ver su bizarrìa, que no les pesò de que el Page las pidiera que entraran à ver, si venian à esso. Siguiéronle, y despues de averlo visto todo, las entrò al quarto donde dormia, y dexandolas en vna recamara, les diò à entender la orden que tenia, diciendoles, que su Alteza tenia gusto de verlas, y saber quien eran. Respondiòle el Leucano, que la vna era su muger, y la otra su hija. Dixo le el Page: aqui aveis de esperar à que buelva, y no dudeis de q̄ os harà alguna merced, pues me ha mandado que os detuviera. Con esto se fue, dexandolos encerrados, quando bolviò, le diò quenta de que los tenia en su quarto: entròse en èl, y mandòle las truxera à su presencia; y venidas, mirado à Leucano con apacible semblante, le preguntò quien era, y dond

donde vivia? Respondió, que vivia en vna Aldéa, que se llamaba la Montena, ocho leguas de la Corte; y preguntandole, quien eran las Labradoras, le respondió lo mismo que avia dicho al criado. Mandóles que desprendieran los velos, y obediéndole, se quedó elevado, mirando la rara belleza de Floripa; y buelto de la suspension, le dixo à Leucano: Honrado Labrador, por quien soy, que os tengo embidia; y os juro, à ser casado, que diera quanto tengo por tener otra hija como esta. En verdad, dixo Floripa, q̄ aunque yo quiero mucho à mi padre, que me holgàra de que su merced lo fuera, porq̄ es tan garrido, bendigale el Cielo, que dà contento mirarlo. Gustoso del simple donayre, quitádose de la pretina vna gruesa buelta de cadena, se la dió, diciendole: Tomad, que os quiero pagar el favor. Tomòla, y mirandola à lo bobo, le dixo: Pues en verdad, que no me le paga muy bien; porque el Alcalde de mi Lugar, dice, que con las cadenas atan à los esclavos. Segun esto, dixo Astolfo, mal hice en darosla, pues soy yo el esclavo de vnos ojos, que yà me tienē cautivo. Mefuróse Floripa, baxando el hermoso rostro de honestas colo-

res; y risueño de verla tan vergonzosa, le dixo: No me decis nada? Respondióle: que quiere que le diga, sino le entiendo; si quiere que le responda, hable claro. Si harè, dixo Astolfo, dexad que passen las fiestas, y pues las de oy son tan grandes, quiero que seais ni combidada: mandarè que os pongan en parte donde las veais à gusto. Decidme vuestro nombre. Respondióle: me llaman Penosa. Riguroso nombre teneis, dixo el Duque, yà no me espanto de que sepais dár penas; y llamando al Page, le mandò cuydara de su regalo, advirtiendole à Leucano, que no se fuera sin verle. Pasadas las danzas, y representaciones, bolviòla contenta à su posada, mandòle à Leucano que apercibiera su viage, diciendole: No me atrevo à ver à mi Primo, que si le parecitan bien, como ha dado à entender, y se atreve à declararfe, serà fuerza decirle quien soy, y quiero satisfacerme de su amor, para declararme, pues merezco su casamiento, si el Cielo quiere hacerme dichosa. Con esta determinacion se bolviò al Castillo, y para probar si sentia no averle visto, no quiso que Leucano bolviera à la

Corte, porque no le vieran, si acaso huviera mandado que le buscaran. Vna noche le dixo: Mañana podeis ir à vèr à mi Primo, si os parece que su amor es tan grande, como yo deseo: decidle quien soy, sin que entienda que yo lo sè; y pues fio de vuestra prudencia, no tengo mas que decir. Prometiò servirle con lealtad. Otro dia se partiò, y llegado à la Corte, fue à Palacio, pidiò le llamàran al Page: saliò à vèr quien le buscaba, y le dixo: Mal aveis hecho en no aver venido, que su Alteza està disgustado, como os fuisteis sin verle. Respondiòle: yà vengo à dár mi disculpa, mire v. md. si le puedo vèr. Entrò à decirlo, y mandò que le truxera à su presencia, y quedando solos, le dixo: Enojado me teneis en no aver venido à verme. Respondiòle: Señor, con el cansancio del camino, le diò à mi Penosa vna calentura, y me fue forzoso el irme: Yà està buena gracias à Dios. Dixole el Duque: Leucano, yo estoy loco de amor, y aveis de dár lugar à que goze su hermosura: fíaos de mí, que yo pagarè la fineza, si aventurais vuestro honor para darme vida. Hincòse de rodillas, diciendole: Aqui tiene vuestra Alteza mi

vida, mande cortar mi cabeza, pues no serà posible servirle en lo que me manda, y si me promete callar este secreto, dirè la verdad, para mostrarle que soy leal. Prometiò no romperlo, y Leucano le dixo: como Floripa era hija de Teobaldo, y prima suya, y que su Padre la avia dexado en el Castillo de la Montena, porq̃ no fuera vista de nadie, y que deseaba verle, y por esso avia venido à las fiestas. Quedò el Duque contento, considerando, que su hermosa prima le queria, pues avia venido à verle, y estimàdo su lealtad, le dixo: Yo he de ir con vos al Castillo, sin que mi prima entienda vuestro atrevimiento, que gustarè de verla con galas de Dama, y fia de que no passarè los limites del respeto que se debe à su decoro. Respondiòle: Si vuestra Alteza me cumple esta palabra, yo le servirè. No dudeis de mi valor, le dixo Astolfo, que os juro, si me parece tambien, con la gravedad que pide su grandeza, que ha de ser Duquesa de Ferrara, pues con las galas de Labrador me tiene tan rendido, que yà no vivo sin verla. Quedaron concertados de que otro dia le esperasse cerca del Castillo, para entrar

trarle en él, fin que los criados de guarda le vieran: y dándole vn bolsón con dos mil escudos, se despidieron. Bolvió el leal criado cō la buena nueva, dándole à su señora cuenta de todo lo que avia pasado: quedò suspenfa, y como la vió triste, la preguntò. De que se avia disgustado, pues se avia cūplido su deseo? No tãto como yo quisiera, dixo Floripa, pues mi desgracia puedè ser tanta, que le parezca mal, y me pesa de que venga à verme. Calle v. m. dixo Rosenda, y no diga esto, pues su mucha hermosura le asegura de esse temor. Respondiòle, diciendole, pues yã no tiene remedio, sacadme galas, y aderezad la casa: hizo lo que le mandò, y vistiendose vna saya entera de terciopelo morado, con tres guarniciones de asientos de oro, y todo el campo bordado de vnos lazos de aljofar grueso, à modo de flor de Lis: adornò el hermoso, y rubio pelo con otros hilos de gruesas perlas: era diestra en la musica, y aguda de entendimiento. Preciabase de escribir algunos versos, para divertir la pena de la soledad que pasaba. Quiso hacer alarde de sus muchas gracias, para conseguir su dichoso fin. Llegada na tarde, salió Leucano à espe-

rarle, y llegado adonde estaba la cuidadosa espia, mandò à los criados que le esperassen en la espesura de vn monte, que estaba à la vista del Castillo, y llegada la noche, le entrò en él por vna escusada puerta, que daba à vnas inhabitables penas, dexòle en su aposento, diciendole que iba à recoger las guardas, y cerrar las puertas. Con esto fue à dár cuenta de que yã estaba allí. Dixole Floripa, que le truxera à la sala primera, que en estando allí, entraria à preguntarle algo que le sirviera de seña: hizolo con brevedad, y traído à la antesala, entrò diciendole à su muger: No es yã hora de que mi mi señora cene? Todavía es temprano, dixo Floripa: Dexadme divertir las penas que me causa esta prision en que mi Padre me tiene, y pidiendole à Rosenda le truxera el harpa, y templandola con diestra ligereza, tocò por media hora muchas, y galantes diferencias, y despues de averle entretenido con la suave harmonia, diò à el ayre el acento de su dulce voz, cantando las siguientes Endechas, significando en ellas parte de su amorosa pena, para dársela à entender.

Llorando en mi prision,  
de lo que vivo, muero,  
pues pierdo lo que adoro,  
y gozo lo que pierdo.

Imposibles parecen,  
y atenta considero,  
que en mi ser àn posibles  
para darme tormento.

Retrato en la idèa,  
al que reyna en mi pecho,  
siempre le estoy mirando,  
aunque jamàs le veo.

Ay dueño de mi alma!  
recabe mi respeto  
de mi, que ya se rompa  
la carcel del silencio.

Publiquense mis ansias,  
sepan todos, que quiero,  
que pues naci muger,  
no ser à grave exceso.

Pues tengo tanta causa,  
bien disculpada quedo,  
si en no adorarte errara,  
quando en amarte acierto.

Mas

*Mas ay de mi! que ausente  
me tiene lo que siento,  
imposible à la dicha,  
y posible al deseo.*

*Pues te vieron mis ojos,  
y entre las llamas peno,  
anegüeme su llanto,  
sin apagar el fuego.*

Cantò la referida letra con tan tristes acentos, que casi estuvo el Duque por entrar en la sala, conociendo que se avia cantado por èl, y por no faltar à su palabra, le dixo à Leucano: Llevadme presto, antes que acabe de perder el juyzio, pues estoy tan loco de ver à mi Prima, como enamorado, y agradecedme, que os cumpla lo que os prometi. Estimòle el favor, y saliendo del Castillo, le acompañò hasta dexarle con los criados; y bolviendo à ver à su señora, le dixo: Deme v.m. albricias, que yo espero muy presto verla Duquesa. Su Alteza và loco. Yo lo prometo, respondiò Floripa, de daroslas tan grandes, que no quedéis quexoso. Respondiòle: mañana tengo de ir à la

Corte, que me mandò que fuera à verle. Embidia os tengo, dixo la enamorada Dama, id con Dios, pues me sirve de alivio el pensat que gusta de veros. Quando el Duque bolviò à su Palacio, le hallò alborotado, y preguntando, que avia sucedido: Le respondiò Don Gonzalo, que avia venido aquella tarde vn correo, y traia tan mala nueva, que no se atrevia à decirla, por no darle pena mayor. Seràlo dixo Astolfo, si dilatais lo que deseo saber. Respondiòle: Señor, Teobaldo diò la batalla à tanta costa, que murió en ella. Sintiólo el Duque, diciendole: Teneis razon de aver temido el daros tal disgusto; y dandole cuenta de su amor, le mandò que partieran à toda prisa à

traer el cuerpo, diciendole, que estaba determinado à darle la mano à su Prima. Partieron à obedecerle, y venidos los que fueron por el, le mandò depositar hasta aver celebrado su casamiento, diciendo que avian de ser las hõnas tan grandes como el sentimiento. Aunque Leucano vino à verle, no quiso darle la nueva, por escusar la pena de su amada Prima, y acompañado de sus Grandes fue al Castillo, para templar con su presencia el sentimiento. Mandò se adelantàra vn criado à decir su venida, y saliendo Floripa à recibirle, le preguntò la causa de hacerle tanto favor. Satisfizo à su pregunta con decirle, que venia à darle el parabien, pues y à su Alteza era Duquesa de Ferrara, que se sirviera de ir à gozar su Palacio, aunque avia de ir en secreto, y no se harian fiestas à su recibimiento, por aver muerto su Padre. Respondiò, mostrando el debido pesar, aunque el contento de verse tan dichosa no lo pudo dissimular, tanto, que no conocieran todos su alegría. Deliberòse el desposorio con moderada pompa, y passados quince dias, mandò el Duque que vistieran todos lutos, para celebrar las hõ-

ras, en que diò à entender con la demòstracion del sentimiento, el grande amor que tenia à su esposa. A tres meses de casada se reconociò preñada; colmando la fortuna su dicha, cò el mucho gusto de su amado esposo. Estaba Rosenda preñada en seis meses, y se determinò, que fuera ama de lo que la Duquesa pariesse, dándole à Leucano officio de Mayordomo mayor, y otros aumentos, digna paga de su lealtad, y de las merecidas albricias. Llegado el tiempo, pariò Rosenda vna niña, que fue llamada Eufrasia, y la Duquesa pariò otra, à quien llamaron Venus, criaronse hasta la edad de seis años, y Floripa pidiò à su esposo por merced, que Venus no fuera vista de nadie, poniendole por delante, que si ella no huviera venido à las fiestas, no se huviera enamorado. Pareciòle bien el recato de su esposa, y respondiò hicieran su voluntad. Con esta licencia, puso à las dos niñas dentro de su Palacio en vn quarto à satisfaciõ, sin permitir que las asistièra mas que Rosenda, para cuidar de su regalo, dos doncellas, y vna dueña: Todas las noches iban sus padres à verlas, porq̃ no viviera melancolica, y su madre la entretenia con enseñar-

feñarle à tocar el sonoro instrumento. Diez y ocho años vivió Astolfo casado con su amada Prima, y llegada la hora fatal, pagò el comun feudo, con tan general sentimiento de todos, que à Floripa le servia de consuelo el ver su lealtad. Propusieronle sus Grandes que diera estado à Venus, pues avia tantos pretendientes. Respondió, que el Duque no se avia determinado à casarla, por que mostraba sentimiento en tratandole de casamiento, y que le parecia seria à proposito que vinieran à su Corte los pretendientes à servirla, para obligarle la voluntad, advirtiendoles, que avia de ser el escogido aquel à quien ella se inclinara, y avian de venir juramentados de no alterar cõ armas sus tierras. Parecióle à Don Gonzalo, que el averla tenido en tanta clausura, seria la causa de vivir tan libre de amor, y se determinò darle gusto à la Duquesa. Avisaron à los Embaxadores, que al presente estában en Ferrara, para que dieran aviso à sus dueños. Divulgada la nueva, les pareció à todos muy bien, por entender cada vno tenia meritos para ser el dichoso. Vinieron à su Corte el Principe de Paterno, y el de Asculi, el Duque de Florencia, y

el Principe de Condè, y llegando à noticia de Alfredo, Duque de Modena, las fiestas de Ferrara, le pareció que Venus era muy hermosa, pues tantos Principes se determinabá à servirla, para obligarla; y no se engañò en la presunción, porque era tan rara su belleza, que hacia muchas ventajas à la de Floripa su madre, y aunque era altivo, y poco inclinado al casamiento, se determinò à ir encubierto, y llamando à Laureano Privado suyo, le diò cuenta de su determinacion, diciendole avia de ir con èl, fingiendo ser el Duque, y avia de dár à entender, que Alfredo era Laureano, y deudo suyo, para tener con esto lugar de estimacion entre los demàs. Partieron acompañados de los criados de mayor confianza, advirtiendoles Alfredo avian de dar à entender, que Laureano era èl. Llegados à la Corte, hicieron notoria su venida. Tenia Don Gonzalo cargo de aposentarlos, y acompañado de los Grandes, fuè à besar la mano. Fingió Laureano tambien el papel de representar al Duque, que no fuè poco que los otros criados disimularan la risa; diòle à entender Don Gonzalo, que dentro de ocho dias avia de salir Venus en publico à

fer vista de todos , y aquel dia avia fiestas Reales , que significaba de entrar en ellas , se diera por avisado , por que avian de entrar los Principes en la plaza. Respondiòle que si , pues no avia de faltar à lo que hicieran los demás , y mirando à vno de los criados , le dixo : Llama à Laureano , que quiero que estos señotes le conozcan por deudo mio , y mi Privado. Saliò Alfredo à darse à conocer , y todos le hicieron acatamiento , como diò à entender era su deudo. Bueitos à Palacio los Grandes , les preguntò Floripa , que persona tenia el Duque. Respondieron , que à no traer consigo vn Privado , y deudo suyo , no era el Duque de malas partes ; mas no tenia que ver con Laureano , porque se aventajaba con la bizarría , y que no les pesava de que se huvieran trocado las suertes , si acaso fuera la eleccion en el Duque , porque el Estado de Modena era de los mas poderosos que avia en aquellos tiempos. Respondiòles Floripa ; como Venus viva contenta , la mayor riqueza es el gusto ; y mandando retirar à los Grandes , quedando sola con Don Gonzalo , le dixo : que Eufrasia era de las mas lindas Damas que avia en su Corte , y que te-

nia determinado de dar à entender , que era Venus , para hacer experiencia de la voluntad de los pretendientes ; pues seria facil conocer qual era el enamorado en el farao que se hiciera en Palacio , pues con la licencia de galantear à las demás , veria qual se inclinaba à la hermosura de Venus , y que ella tambien miraria con mas desenfado , sin el temor de la gravedad , y que solo de su prudencia fiava aquel secreto. Estimò D. Gonzalo el favor , y llegado el dia de las fiestas , pidieron los Principes licencia para entrar en Palacio , à ver passar à Venus desde su quarto à la sala donde estaban los balcones. Fueles concedida , y Eufrasia vistiendo ricas galas , saliò al lado de su fingida madre , acompañada de los Grandes , y muchas Damas , llevando à Venus tan cerca de si , que diò à entender gozaba de su privanza. No le pareciò à Alfredo era tanta su belleza , como su fama , creyendo era Venus , y puestos los ojos en la verdadera Venus , preguntò à Don Gonzalo , quien era aquella Dama ? Respondiòle , que era hija del Mayordomo mayor de su Alteza ; y tan estimada , que la queria tanto como à su Alteza. Dixole Alfredo ; no se puede negar , q̄ la Princesa

es muy linda ; mas en esta Da-  
ma echò naturaleza todo el  
resto. Digame Vueseñoria, co-  
mo se llama? Respondiòle, que  
su nombre era Eufrasia. Con  
esto baxaron à tomar cavallos,  
dando principio à las fiestas  
quatro carros triunfales , que  
dando buelta à toda la plaza,  
alegraron la gente con suavi-  
dad de acordes instrumentos,  
cantando à coros diversas le-  
tras ; y bueltos à salir , sonaron  
clarines, y trompetas, y se dis-  
pararon muchos tiros al reci-  
bimiento de los Principes, que  
entraron haciendo alarde de  
su mucha bizarria en las ricas,  
y costosas galas , y en Pages, y

Lacayos. Hicieron todos re-  
verencia al balcon de Floripa,  
y dando buelta à todo el con-  
torno, para ser vistos de la  
mucha gente, bolvieron à sa-  
lir , y se mandò entrara por  
primer pretendiente el Prin-  
cipe de Paterno , vestido de  
brocado carmesi , penacho de  
plumas blancas ; el cavallo  
blanco , cola, y clin encintado  
de rosas encarnadas , treinta  
Lacayos de librea de tela en-  
carnada , con sombreros blan-  
cos, y bandas azules, guarne-  
cidas de puntas de oro. Alargò  
vna lanza , en que traia vna  
targeta con vn mote. Tomòla  
D. Gonzalo, y leído , decia assi:

*Si la Venus de Ferrara  
ha de premiar con amar,  
tarde llegar à el premiar.*

Enamorado està el Principe,  
dixo Don Gonzalo, pues sien-  
te la tardanza. Antes me pa-  
rece à mi , respondiò Flori-  
pa, que teme la dilacion, por  
la codicia del Estado, pues à  
estàr enamorado, huviera re-  
parado en la hermosura de  
Venus, como reparò Laurea-

no, como me aveis contado.  
En esto sonaron los clarines, y  
entrò en la plaza el de Asculi,  
venia de brocado blanco, pe-  
nacho de plumas moradas, y  
la librea de lo mismo, con  
passamanos de plata, y dan-  
do la targeta, decia el mote  
assi:



*A Venus precia mi amor,  
y aunque vaya despreciado,  
con amarla voy premiado.*

Què siente Vuestra Alteza de este mote, dixo Don Gonzalo: Que no tendrèmos que consolar; respondió Floripa, pues èl se consuela: Si Venus le despreciare, y se contenta en amarla. Sonaron tercera vez

los clarines, y entrò el Duque de Florencia vestido de pardo, con bordaduras de plata, y letras del nombre de Venus; la librea de lo mismo, y plumas pardas, y leonadas, y dada la targeta, decia el mote;

*Si de la Estrella de Venus  
muestra rigor su influencia,  
muerto serà èl de Florencia.*

Era el Duque basto de facciones, y grueso; y Floripa le dixo à Don Gonzalo: Razon tiene de darse por muerto, si à Venus le parece tan mal como à mi. Sonò la belicosa señal, y entrò por quarto pretendiente el Principe de Con-

dè, vestido à lo Francès de finisima escarlata, bordado de recamados de oro, penacho de doradas plumas, librea de raso encarnado, con guarniciones de plata; y dado el mote, decia asì;

*Si Venus sabe de amor,  
no puede el mio dudar,  
el premio que le han de dár.*

Què arrogante mote , dixo Don Gonzalo. Respondió Floripa : No os espanteis , que es propio de Franceses el ser arrogantes. Sonaron los clarines , y entrò por vltimo pretendiente Laureano , vestido de tela rica de color de nacar , librea de espolin de oro verde ; plumas , y riños del cavallo de todas colores. Aviale encargado Alfredo en secreto , que se aventajara à todos quanto le fuera posible. Era Laureano gran ginete , experto en la

guerra , y fuerte de piernas , confiado en su mucha valentia , quiso dar gusto à su dueño , y arremeriendo el cavallo desde el principio de la entrada , hasta llegar al balcon , le hizo arrodillar con tan impetuosa violencia , que entendieron todos que avia caido , y levantandose con diestra ligereza , causò tan general alboroto , que se oyò en confusas voces Viva Modena ; y dado el mote , decia asi ,

*Amando sin pretender,  
aunque à Venus reverencio,  
oy respecta mi silencio,  
lo que no he de merecer.*

Lo que tienen los demás de arrogantes , dixo Don Gonzalo , tiene el Duque de poco confiado. Ha querido , respondió Floripa , juntar à vn tiempo el valor , y la discrecion , que siempre es la desconfianza propia de los discretos , y prometo , que su Privado , y él , me han parecido los mejores. Quiera el Cielo , que yo acierte esta eleccion. Si ha de ser à gusto de su Alteza , dixo Don Gonzalo , no ay que temer , que yo

la tengo por tan prudente , que estimará el que fuere mejor. Passados los motes , corrieron los Principes muchas parejas , por mostrar su ayroso despejo , y Laureano llevó tantas ventajas , que casi los dexò corridos , por llevarse tan generales aplausos en las repetidas alabanzas. Despues subieron à vna ventana que les tenia prevenida , para ver los toros , y entrando algunos de los Grandes , y otros Cavaleros à rejoncar , tuvo Alfredo

lugar de mostrar su mucho valor: Mandòles à los Lacayos, que acosaran los indomitos brutos, llevandolos àzia el balcon de Venus, y esperando à lograr la suerte; fue la suya tan grande, que cinco toros que llegaron adonde estaba, heridos por la nuca al golpe de su diestro brazo, los condenò à la muerte del primer golpe, oyendo en varias voces: Vitor Laureano; y mirando al balcon para ofrecer la vitoria, mereciò que Venus le correspondiera à la cortesía que le hizo, con otra, que ella, y dos Damas que la asistían le hicieron. Passados los toros, se diò fin à la fiesta, entrando en la plaza vn carro triunfante, en que venian quatro Gigantes, que traian vn Castillo en los ombros, y parando en medio de la plaza, dandole lumbre por de dentro, despidiò de sí diversa variedad de encendidos fuegos, de ruedas, bombas, y boladores cohetes, que subiendo à la Region del ayre, bolvian à la tierra en espesas, y lustrosas campanillas, y mientras passaba el espeso humo, sonaron cerca de la ventana de los Principes muchos, y acordes instrumentos, cantando à coros mientras se les

diò vna sumptuosa colacion, que estaba prevenida. Quedò Floripa tan contenta de la buena disposicion de la fiesta, que le diò à Don Gonzalo las gracias, advirtiendole, que en otro dia se avia de representar la Comedia que estaba prevenida. Acompañaron los Grandes à los Principes, y llegados à sus posadas, les diò à entender Don Gonzalo, que el dia siguiente avia Comedia, y Sarao en Palacio. Llegada la hora de la prevenida fiesta, fueron à gozar de la prenda que deseaban ver. Tomaron asiento cerca del estrado de Floripa, y descubierta vn teatro con muchas, y bien dispuestas apariencias, se representò la Fabula de Venus, y Cupido, en los Jardines de Chipre. Acabada la representacion, se corrió vn dosel, y pareciò vn carro de musica, dando principio à la sonora harmonia. Llegaron algunos de los Grandes à galantear à las Damas: Alfredo, à imitacion suya, se arrodillò en la presencia de Venus, diciendole: Perdonad, señora, mi atrevimiento, que vuestra rara belleza tiene la culpa, de que yo me atreva à suplicaros, os deis por servida de mi deseo; advirtiendole, aunque  
 soy,

foy vassallo, si mereciera vuestros favores, que pudiera ser que os vierades en tanta grandeza, que no tuvierais que embidiar en la de la Princesa. Respondiòle: Sospechosa me dexa oír estas razones; si quereis que estime vuestro cuydado, declaraos, y no me tengais dudosa. Dixole Alfredo, si, y quisiera estar en parte menos publica. No quede por esso, dixo, Venus, esperad esta noche à que os busquen de mi parte, y venid con la persona que os buscare. Estimòle el favor con demonstraciones de tanto gusto, que Floripa reparò en ver tan divertida à su hija, que le diò cuydado, temerosa de verla inclinada à quien no era digno de darle la mano. Acabada la fiesta se despidieron todos, y quedando solas, la preguntò: Què te decia el Privado del Duque? Respondiòle, refiriendo lo que le avia pasado, y estava determinada à saber quien era, sin darle à conocer. Mandò Floripa llamar à Don Gonzalo, y venido, le dixo la sospecha que tenia, y que fuera à traer à Laureano, y le entrara en el jardin, porque Venus averiguara lo que deseaba. Fue à obedecerla, y venidos al jar-

din, avisò de que yà estava allí: mandaronle que le hiciera llegar, y se retirara, hizolo, y venido Alfredo à la rexa, le dixo: Venis yà, señor Laureano? Estais en parte donde podeis hablar, y sacarme de la duda en que me aveis puesto? Determinòse Alfredo à decirle quien era, y la causa de venir encubierto. Admirada estoy, dixo Venus, de que os pagueis de una criada, despreciando tanta grandeza, pues la vuestra pide igual casamiento: Y no me aveis de dar la mano? Engañada estais en esso, le dixo el rendido amante, que solo es grande para mi, la que reyna en mi pecho, y os juro, si merezco vuestro amor, quedareis Duquesa de Modena. Estimòle la contenta Dama el ofrecimiento, assegurandole no quedaria por ella el ser dichosa. Con esto se despidieron, quedando concertado, que todas las noches acudiria à la rexa, y que D. Gonzalo le buscara para acompañarle. Estuvo Floripa encubierta escuchado la còversacion, y contenta le dixo à Venus: Dime la verdad, què te parece del Duque? Respondiòle, q si dice verdad, no serà otro mi esposo. Fácil serà el saberlo, si V. A. gustare de

de q̄ yo viva cōtenta. Yo gusto, respondió la contenta madre, de todo lo que tu gustares: mañana dirè à Don Gonzalo, que despache à Modena vn criado de satisfacion, para que trayga vn retrato suyo, pues estàn despacio, y tengo lugar de saber la verdad; aunque no me persuado à que serà engaño lo que dice, pues para casarse contigo, creyendo que eres vna Dama de mi Palacio, no era menester mas de ser deudo, y Privado de Alfredo. Estaba Eufrasia delante, y puesta de rodillas, dixo à Venus: Señora mía, si mi amor mereco premio, suplico à Vuestra Alteza, que pues tiene dos Alfredos, que me dè el vno. Riòse la Duquesa del donayre, diciendola: Yo te prometò de casarte con Laureano, pues sabida la verdad, no ay duda de que està enamorado de ti, segun el mote que diò en las fiestas. Otro dia se despachò por la posta el Secretario, encargandole la brevedad. Partió à toda priesa, y llegado à la Corte, se fuè à Palacio, pidió à vn criado, que pues no estava allí el Duque, se sirviera de enseñarle el Palacio, que le pagaria lo que le pidiera: Parecióle hombre de porte, y llevandole consigo, le enseñò todo lo que de-

seaba ver, y entrandole à vna galeria, adonde estàn ban los Ilustres ascendientes de la Casa de Modena, le fuè enseñando los retratos, diciendole quien era cada vno, y llegando al retrato de Alfredo, le dixo: Este es su Alteza. Satisfecho el astuto mensagero, le dixo: Mucho estimarè llevar à mi tierra vna copia. Facil serà, dixo el que le enseñaba; si vuesa merced no sabe la tierra, yo le llevarè à casa de vn Pintor. Aceptò, prometiendole satisfacer la merced. Con esto se fueron, y llegados à casa del maestro, copió vn lienzo de medio cuerpo, tan parecido à su dueño, que llegado à la presencia de Don Gonzalo, quedò admirado de la viva semejanza. Fuè à dár el retrato, pidiendo albricias, de que era cierto lo que avia dicho el Duque. Dixole Floripa, que hicieran notorio à los pretendientes, que estava determinada à dár fin à su pretension. Vinieron todos, y fueron recibidos de la prudente madre, con demonstracion de mucha voluntad, diciendoles: Yà vuestras Altezas saben el intento que tuve, de que vinieran à mi Corte, para inclinar el corazón de Venus à q̄ tome estado. Cada vno de por sí, es

de tan altos meritos, que á ser  
 zima la eleccion, quedara in-  
 determinable: Casarla á dis-  
 gusto, es rigor; y puesha de  
 servirlo solo el escogido, será  
 preciso que sea el que ella es-  
 cogiere. Jamé dicho, que ya  
 tiene hecha eleccion. Respon-  
 dieron: Todos quedáremos  
 contentos de su voluntad, pues  
 el dichoso vivirá contento, con  
 saber que es amado. Respon-  
 dió ella por mí, dixo Floripa. Yo,  
 señora, respondió Venus, estoy  
 inclinada al Duque de Mode-  
 ca, por estár sacisfecha de que  
 me ama por lo que merezco,  
 sin aspirar á la grandeza de mi  
 Estado. Como será posible, res-  
 pondieron los Príncipes, que  
 vuestra Alteza conozca mas  
 amor en el Duque, que en los  
 demás, pues todos la avemos  
 servido con igual deseo de me-  
 recerla? Agravio sería para to-  
 dos darle ventaja de mas fir-  
 me amante. No será agravio,  
 dixo Venus, pues tengo hecha  
 la experiencia: Yo sup'iquè á  
 mi madre, que me permitie-  
 ra estár encubierta, pues no  
 me avia visto nadie, para co-  
 nocer quien se inclinaba á  
 quererme por lo que merezco,  
 y no por el Estado de Ferrara;  
 pues el Duque me ha servi-  
 do, creyendo era Eufrasia  
 Dama de mi Palacio, aunque

vivia encubierto en nombre de  
 Laureano, privado suyo, te-  
 niendo que yo no le parecie-  
 ra bien, disculpado está del en-  
 gaño, pues yo he querido alle-  
 garar mi pecho del amor de  
 mi esposo. Quedaron corridos  
 de que se conociera su codicia;  
 y admirados de la discrecion  
 de Venus; y para enmendar el  
 desayre, se ofrecieron á cele-  
 brar con nuevas fiestas el des-  
 posorio. Dieróle el dichoso pa-  
 rabien, y loco de contento, ape-  
 nas acertaba á responder, y  
 dando la mano á su amada es-  
 posa, pidió Laureano en pre-  
 mio de su lealtad le dieran á  
 Eufrasia. Tuvolo Floripa por  
 bien, y passadas las renovadas  
 alegrías, se bolvieron todos á  
 sus tierras. y Alfredo vivió ca-  
 sado con su amada Venus lar-  
 gos años, dándole el Cielo en  
 dichosa sucesion ilustres des-  
 cendientes.

Acabado de referir el suce-  
 so, dixo Doña Lucrecia: tan-  
 tas alabanzas le podíamos dar  
 á la señora Doña Getrudis, por  
 la merced referida, como le  
 dieron á Leucano por la entra-  
 da en las fiestas de Ferrara. Por  
 Dios que temo la competen-  
 cia, dixo Don Vicente, pues  
 me toca mañana. Vuestra mer-  
 ced saldrá del empeño, respon-  
 dió Doña Getrudis, que pues

sabe tambien fingir vnas heridas, tambien sabrà fingir vn suceso verdadero. Serà, respondió D. Vicente, el que yo contarè, que tengo poco de mentiroso. Yo abonarè à vuestra merced, dixo Doña Lucrecia, si valgo por testigo. Estimòle el favor, diciendole: No dudare de mis aciertos en la pretension con testigo tan abonado. Con esto se retiraron à sus quartos, y otro dia les embiò Don Vicente vnas ojaldres de

mano de la tia de su amigo, y roscones, y quesadillas, dos caxas, y otros dulces, diciendolas, que por fruta de Pasquas se atrevia à darles tan breve desayuno. Estimaron la galanteria, y llegada la tarde, les pidiò Doña Lucrecia, que cantaran algo mientras se llegaba la hora de la cena. Era Doña Lucrecia diestra en la viguela, y tomando los instrumentos, cantaron las dos, la letra siguiente.

*De los cristales del Tajo  
mirando estaba Lisarda,  
bordadas las paldas guijas,  
con caracoles de plata.  
Zelosa està la Pastora,  
y à las fugitivas aguas,  
les dice: Parad el curso,  
y escuchad mis tristes ansias.  
De Anarda estoy ofendida,  
pues correis à visitarla:  
Decidle de parte mia,  
que yà me tiene sin alma.  
Escuchabala Lucindo,  
contento de ver que paga*

la firmeza de su amor,  
y de esta suerte le canta.

Pues adoro tus ojos, Lisarda bella,  
Por que tienes de Anarda zelosa queixa?

No marchite mi esperanza  
el rigor de tu sospecha:  
nadie merece mi fee,  
solo adoro tu belleza.

Respondiòle la Pastora,  
si no baylâras con ellas;  
ni yo llorarâra de zelos,  
ni tu sintieras mis penas.

Prometiòle de enmendarse,  
y al pie de una verde yedra,  
contentos los dos amantes,  
repitieron esta letra.

O mal ayan los zelos, pues con su rigor,  
Nos han dado en el alma tan fuerte dolor!

Acabada la letra, pidieron la voz; y tomando la harpa, cantò el verso siguiente. Doña Leonor, que las favoreciera con la dulzura de su me-

Cupidillo si eres ciego,  
como aciertas quando tiras  
à ofender con tus harpones  
un alma que està rendida?

Detèn las flechas, y advierte,

*si eres Dios, que es tirania,  
el preciarte de matar,  
quitando à tantos la vida.*

*Con los rigores de Clori.*

*assestas la artilleria  
à un pecho, que yà rendido,  
no resiste à tu offadia.*

*Pues eres Deidad, no emplees  
el golpe, en quien yà rendida  
te ofrece una libertad,  
que se dà por bien perdida.*

*Hagamos los dos concierto,  
partase yà esta porfia,  
ò quitame à mi las penas,  
ò sienta Clori las mias.*

Estaba Don Antonio cerca de su hermoso dueño; y por darle à entender algo de las muchas que le costaba, dixo al buelo: Què proprio es de la hermosura, preciarse de cruel! Como Doña Leonor vido, que podia responder, sin dàr nota, valiendose del ruido de las cuerdas, quedò tan turbado de oir la respuesta, que la discreta Dama conociò que le avia entendido, pues con los ojos le significò, lo que no permitió el recato. Entrò un criado à de-

cir, que yà estaba todo prevenido. Tratòse de cenar, y Don Vicente las regalò con muchos, y sazoados platos. Acabada la cena, y dadas las debidas gracias, celebrando su mucha franqueza, les respondió: Pareceme que me puedo aprovechar de lo que Don Enrique le dixo à la señora Doña Juana. Vaya de suceso, que tengo prevenido uno, que le ha de dar mucho gusto, y sentandose en lugar à proposito, dixo así.

# LA DICHÁ DE DORISTEA. NOVELA SEGUNDA.



**N** la Real Sevilla, tan correspondida de las quatro partes del mundo, por sus ricos Galeones, y poderosos Mercaderes, vivia vn Veintiquatro, llamado Alexandro; era Ginovés, y de lo mas noble de Genova: Casòse en Sevilla con vna señora de las mas principales, y ricas de aquella Ciudad. Tuvo vna hija llamada Doristea, de cuyo parto murió su madre. Criòse la hermosa niña hasta la edad de los diez y seis años. tan adornada de los dones de naturaleza, que su padre se miraba en ella, como en espejo: amabala tanto, que se puede decir, que fue causa de su desgracia: cosa que sucede muchas veces, pues el mucho amor de los padres, quita la fuerte á los hijos, por no apartarlos de sí. Pretendian muchos Cavalleros

su casamiento, y cerrò la puerta con decir, que era niña, por parecerle que su calidad, y riqueza podia aspirar à vn Título; murió antes de ponerla en estado, y aunque tenia muchos dodos, quedò en poder de vna tia, hermana de su madre. Era Doña Estefania de mucha edad, tenia diez mil ducados, y queria tanto à la sobrina, que pensaba dexarla por heredera, sin la mucha riqueza de su padre. Avia en la misma Ciudad vn Cavallero mas noble que rico; tenia vn hijo llamado Claudio, tan bizarro, por las muchas partes que le diò el Cielo, como distraido por su mala inclinacion; pues sus muchas travesuras, echaron à pique el corto patrimonio de su anciano padre, y por vltima resolucion le quitaron la vida, porque en Sevilla se hizo vn grande rebo, y pareció Claudio culpado en él: prendieronle, y juntandole otras

otras muchas causas, le costò à su padre el librarlo mas de seis mil ducados, y con la mucha afrenta perdiò la vida. Quedò el desbaratado mancebo libre, y pobre, tan llevado de su mal natural, que viviò, à fuer de valiente, con lo que sacaba de las casas de juego: hallabase afligido, como no tenia que jugar, y pareciòle que la riqueza de Doristèa podia suplir su necesidad, y confiado en su nobleza, la embiò à pedir. Respondiò Doña Estefania con tan sobrada colera, como mereciò el atrevimiento, diciendo: què como se atrevia vn hombre de tan mala fama à pedirle à su sobrina, estàdo tan pobre, que para vn vil criado de su casa no era digno, añadiendo otros muchos desprecios. Quedò tan ofendido, que propuso vengar su agravio, y pareciendole, que el mejor camino serìa galantear à la honesta doncella, lo puso por obra, sirviendola con tan enamoradas demonstraciones, que ganò en su pecho el lugar que no merecia. Conociò su tia la nueva inquietud, y visto que era Claudio la causa, tratò de casarla con vn Indiano poderoso, y dandole à entender, que dentro de dos dias la desposaria, le mandò que se previnie-

ra con el aseo que pide el cuidado de las nobias. Dissimulò la enamorada doncella, y venida la noche, le diò cuenta à su fingido amàte en vn papel que le diò por vna rexilla, pidiendole, que le respondiera luego. Fue à ver lo que contenia, y visto que dandole cuenta de todo le decia, que se queria casar con èl, y no sería otro su esposo, le respondiò, estimando el favor con fingidas, y amorosas palabras, añadiendo, que pues sabia que estava pobre, sacàra en joyas, y dineros todo lo que pudiera, Bolviò à darla el papel, y la engañada doncella otro dia, mientras su tia salìò à combidar vna seño-para Madrina, tuvo lugar de sacar de vn escritorio mas de ocho mil ducados en lucidos doblones, y ricas joyas: acudiò à la ventana, y visto que esperaba, le llamò, diciendole, que aparasse la capa, y le echò vna toalla de tafetan, en que iba el robado tesoro, diciendo, que à la noche en acostandose todos, la esperasse. Bien pudiera Claudio contentarse con lo que llevaba; mas era su condicion tan pesima, que quiso vengarse à toda costa, dexandola burlada, y previniendo dos cosas, le pidiò à vn amigo de tan malas propriedades

des como las fuyas , le espe-  
 rase en la puerta del Rosario,  
 dandole à entender otro ami-  
 go se avia ido à Carmona , y  
 le avia encargado , que le lle-  
 vara vna muger que corria  
 por su cuenta. Preciabase de  
 cauteloso, y por escusar el ries-  
 go, le dixo este enredo. Quan-  
 do Doña Estefania bolvió , le  
 diò à la fobrina vna cadena de  
 muchas bueltas de perlas muy  
 gruesas , y atada en ella vna  
 joya de diamantes, diciendole:  
 Esta cadena es de la que ha  
 de ser Madrina , y la vendes  
 hefela comprado, para que co-  
 nozcáis, que os quiero pagar el  
 ser obediente. Tomòla, con-  
 tenta de tener mas que dar-  
 le à su engañoso amante Re-  
 cogida la casa , salió à poner-  
 se en las manos de su enemigo,  
 llevòla adonde le esperaba con  
 las mulas, y subiendo en la vna  
 à la engañada doncella , puso  
 en la otra vna maleta con el  
 tesoro, caminò toda la noche  
 hasta llegar à unos embreaña-  
 dos montes , que sabia muy  
 bien , por aver estado muchas  
 veces escondido en ellos , hu-  
 yendo del rigor de la justicia, y  
 caminando à lo mas espeso, se  
 apeò, y tomando en los bra-  
 zos à la dama la puso en tierra,  
 diciendola : yo vengo cansado,  
 y me importa mas mi descan-

to, que vn mundo. Con esto,  
 seguro de que yà la tenia en su  
 poder, se recostò al pie de vn  
 descollado risco, que por en-  
 tre negras , y azules pizarras  
 despeñaba candidos cristales,  
 pagando con ellos à la tierra  
 el comun censo. Durmiò co-  
 mo quien no tenia cuydado de  
 estimar la robada prenda , y  
 despues de aver descansado,  
 sentandose , la mirò con vn so-  
 brecejo indignado , diciendo-  
 la : De que llorais ? En ver-  
 dad que para mi condicion  
 era esto bueno. No os espanta-  
 tais de que llore , pues he visto  
 el desprecio con que me trata-  
 teis. Mejor que mereceis , di-  
 xo el tyrano , os trato ; yo no  
 os saquè de vuestra casa para  
 casarme con vos , sino para  
 vengarme de vuestra caduca-  
 tia, pues quien se atreviò à pon-  
 nerse en mis manos, no es bue-  
 na para ser mi muger. Pues  
 como , ingrato Claudio , res-  
 pondiò la turbada doncella, me  
 tratais assi ? De esta suerte pa-  
 gais el ayer afrentado à mis  
 deudos ? Respondiòla, por esso  
 os tengo yo en poco , porque  
 otro dia me afrentareis à mi:  
 solo me pesa de que no sacarais  
 mas que llevar , para rega-  
 lar otra , que lo merece me-  
 jor que vos : Bolveos con vuesa  
 tra loca tia à robarla lo que  
 la

la queda, para darlo à otro. Dixole la llorosa Dama : id con Dios, que no estan poco lo que lleváis, pues vale mas de ocho mil ducados, y como yo no pierda de mi honor, todo lo demás me importa poco. Harto necio fuera yo, respondiò el cruel mancebo, dexaros tan vfana : la mayor venganza ha de ser el boularne de vos. Primerò, villano, dixo Doristèa, que yo pierda mi puteza, perderè la vida à vuestras crueles manos. Estaba vn Cavallero encubierto mas adelante, en parte que no podian verlo, y admirado del valor de la Dama, y compadecido, salió de donde estaba, diciendo : Como atrevido mancebo, haces al Cielo tan grande ofensa, en querer deshonorar esta Doncella ? Bien pareces hombre vil, pues ofendes esta divina hermosura ; mas no será mientras yo viva, pues me tuvo el Cielo aquí para defenderla. Mientras le decia estas razones, se levantò sin responderle, à tomar vna pistola, ganòle el noble defensor por la mano, y disparandole otra que traia en la pretina, diò con él muerto en tierra, diciendole : A vn villano, no ay para que tratarle cò ref-

peto. Arrojóse Doristèa à sus pies, agradeciendole la vida, y honra que le debia : y el discreto Cavallero le dixo : No es tiempo de responderos, que importa apartarnos deste sitio, y sin decir mas, tomó la maleta, y arrojandola sobre su mula, puso à su nueva compañera en la silla, y puesto à las ancas, partiò à toda priesa, apartandose del peligro mas de quatro leguas : llegó à vna venta adonde le esperaba vn Esclavo, y llamandole sin apearse, le dixo : Vete al camino à esperar à tu compañero, y en la posada espera, yá sabes donde voy. Con esto bolvió à su camino el fiero, vido que traia à vna muger, no replicò : Llegados à la posada, pidió vna sala, dando à entender era su hermana, y que vnos criados que le acompañaban se avian perdido, y les avia de esperar. Con esto la hizo acostar, y cerrando con llave se fue à la puerta à gozar del fresco, porque yá picaba el calor. Mandò que le aderezará de comer de lo mejor que huviesse. Pidieronle otros caminantes, que si queria jugar se entretendría vn rato. En el discurso de la conversacion, diò à entender que llevaba à la fingida her-

hermana à entrarla en vn Con-  
 vèto en Vbeda. Llegados los cria-  
 dos, le pareció quedarle allí,  
 aquella noche, por desmètir es-  
 pias: hizo q̄ le entrarà à su com-  
 pañera todo lo necesario, y que  
 cerraran, y le truxeran la llave, y  
 que se aderezasse otra sala para  
 èl, y los criados. Con este des-  
 cuydo quitò la sospecha. Otro  
 dia madrugò antes que fuera  
 claro, dando à entender, que  
 por el calor salia tan temprano,  
 deseoso de obligar à la que yà  
 le tenia tan cuidadoso. Pre-  
 guntò si avia en el lugar coche,  
 ò litera. Respondiòle la hues-  
 peda: Si vueſta merced fuera  
 à la Corte, tuviera vna litera  
 que està de retorno. Impor-  
 ta, dixo el sagaz Cavallero, que  
 sea para la Corte, que el dine-  
 ro lo allana todo. Llaman el  
 hombre à vèr si me concier-  
 to. Embiòle à llamar la cuida-  
 dosa muger, por lo que podia  
 interesar, por ser su hermano  
 el dueño: venido le apartò, y  
 en secreto le diò à entender que  
 su viage era para la Corte, y  
 que por averle parecido hom-  
 bre de bien, se fiaba de su pru-  
 dencia, que llevaba vna Da-  
 ma, à quien estimaba, y  
 por el peligro avia dicho  
 era su hermana, y que la  
 llevaba à otra parte. Res-  
 pondiòle: No me espan-

to yo de nada; cada dia  
 suceden muchas cosas, y yà  
 estamos hechos à callar, no  
 le dè pena à vueſta merced,  
 pues encontrò con persona  
 que le servirà. Todo lo pa-  
 garè, dixo el contento Ca-  
 vallero, vaya luego al pun-  
 to, que me importa la bre-  
 vedad. Con esto le diò vnos  
 doblones à buena cuenta, y  
 partieron con toda brevedad.  
 A la segunda jornada quiso  
 saber quien era la prenda que  
 llevaba, y previno al litere-  
 ro de que avian de comer en  
 el campo, que guiàra la litera  
 à parte que fuera à proposito,  
 apartandola del camino vna le-  
 gua. Como iba bien pagado, no  
 rehusò el darle gusto, y llega-  
 dos à la vista de vn espeso en-  
 cinar, pareciendole à proposito;  
 se apearon: sentaronse en par-  
 te que no diera Sol, y mirando  
 que la hermosa Dama daba  
 muestras de aver llorado algu-  
 na desgracia, la dixo: Quien  
 duda, señora mia, que me ren-  
 dreis por gressero, pues no he  
 dado à entender con mi assis-  
 tencia la estimacion que me  
 debeis: la causa ha sido el asse-  
 gurar vuestro peligro: ya estàis  
 segura, y si mi amor os me-  
 rece, que me digais vuestro  
 nombre, y quien fois, es-  
 timarè el favor, obligado à

E ser,

ferviros en todo lo que me quisierdes mandar , segura de que solo tratarè de servir à quien yà me tiene tan rendido ; que disculpo à vuestro robador , pues yo huviera hecho lo mesmo , à ser tan dichoso como èl , que mereciò tanta dicha , y no la supò estimar. Callò con esto , y Doristèa , visto que esbetaba la respuesta , le dixo : No puedo negar la obligacion en que me aveis puesto , à la qual estarè tan reconocida como debo : mas quisiera saber à quien descubro el secreto de mi affligido corazon , yà que gustais de saber quien soy. Respondiòle : No quede por esto , y tened por cierto , que en todo tratarè verdad. Yo , señora , soy hijo de vn Cavallero llamado Don Juan Manrique : mi padre es Señor de vasallos , està en la Corte en pretension de que su Magestad le dè vn Título : tengo vna hermana , que à no estar mirando vuestra belleza , me atreviera à dezir que es de las mas hermosas Damas que ay en este tiempo. Posaba vn Cavallero Sevillano pared en medio de mi casa , que por entonces no le conoci : sucediòme vna noche ganar al juego vna gran cantidad , sali tarde de la casa de juego,

y vnos hombres me salieron al encuentro , con intento de robarme , à darme la muerte , y fuera sin dada el matarme , si el Cavallero , que os digo , no acertara à venir à su casa ; pufose à milado , dicitadome : Señor Don Carlos , aqui tiene Vuesñoria quien le desea servir. Venian en mi defensa dos criados , y nos dimos tan buena priesa , que de seis , quedaron los dos pidiendo confession. Pidiòme que nos retirafemos , por no ser conocidos , y le seguimos , por conocerle , que por el temor de los heridos llamò en su casa , pidiendo fàcàran vna luz , y prometo que le cobrè tanta voluntad luego que le vi , que no sè decir , si naciò de su bizarrìa , ù de mi obligacion , pues le debo la vida. Con deciros , que su nombre , y apellido , es Don Luis de Guzmán , encarezco su mucha calidad : gozaba cinco mil ducados de renta de vn Abito de Alcantara que tiene al pecho. Estaba figuiendo vn pleyto de vn Mayorazgo , en que gozaba otros tres mil , sin lo que tenia : diòme cuenta de todo , significandome le debia vna voluntad tan fina , que se tenia por dichoso en que se huviera ofrecido aquella ocasion para servir-  
me

me. Correspondi con la misma demonstracion, ofreciendole todo lo que me mandara en que yo le sirviera. Con esto me despedi, aunque no recabè de su mucha cortesia, dexarme que passara solo, aunque mi casa estaba tan cerca: Avian dicho à mi padre mi disgusto, y sabiendo la defensa que tuve en el noble forastero, trabamos tan estrecha amistad, que en vn dia se declarò conmigo, dandome à entender, que estaba enamorado de Doña Fulgencia, y que el no averse determinado à pedirla, nacia de saber, que mi padre la quiere tan tiernamente, que avia despedido otto casamiento, por no casarla con quien la sacara de la Corte: añadiendo à esto, que si yo le pagaba la voluntad que me tiene, lo conoceria en la intercessión para recobrar el sí, que deseaba, pues era cierto, que mi padre haria lo que yo le pidiera. Sabida su voluntad, propuse à mi padre lo bien que à todos nos estaba el emparentar con vn Cavallero de tantas prendas. Con esto se efectuò el concierto: hà estado quatro meses en mi casa, despues de su casamiento, tan amante de su

esposa, que puedo decir, que mi hermana ha sido la dichosa en gozar de tal marido. Ganò el pleyto, y tratò de venir à su Patria. Pidiòme que le acompañara, para gozar de las fiestas que sus deudos, y amigos harian al recibimiento de mi hermana. Tenia deseo de ver à Sevilla, por cumplir con todo le vine acompañando, estando vn mes gozando de muchos entretenimientos, tan hallado, que si no fuera por la soledad de mi padre, no bolviera tan presto à la Corte. Con el alborozo de mi partida, se me olvidò vn Relicario, que estimo en mucho, por las grandes Reliquias que tiene: Mandè à vn criado bolviera por èl, y pareciendome aquel monte tan deleytoso, respeto del calor, quise detenerme vn rato à gozar el fresco, mientras esse esclavo prevenia la comida en aquella Venta, con intento de parar en ella la fiesta: he tenido à mucha fuerza aver estado allí, para libraros de la tirania de vuestro enemigo. Si gustais de iros conmigo, fereis tan servida de mi, que conozeais el grande amor que yà me debeis, aunque os parezca lisonja en tan breve tiempo significarme tan rendido. Mientras D. Carlos le diò

ta de lo referido , le pareció à Doristèa que decirle quien era , seria rematar de vna vez con su perdida honra : porque Don Luis avia sido vno de los que avian pretendido su casamiento en vida de su padre , y le respondió : Yo , señor Don Carlos , soy hija de tan buenos padres , que no debo nada à los que son nobles : mi nombre es Clara de Quiròs , mas por aora será escusado , pues no tengo de tratar verdad , y en vos será forzoso : pues volver à mi tierra , no será posible , pues será cierto que mi ayrado padre me quitarà la vida , que vuestro valor me ha dado , hallandome en vn campo adonde me veo por mi desdicha ; me obliga à seguir , fiada en que vn Cavallero tan noble , y que se arrestò à defenderme de mi enemigo , me defenderà ; pues tratar de otra cosa fuera ofenderme dos veces. Yo estimo el amor que me tenéis , y no me aparto de conocer la deuda : por aora os ruego , que no trateis de aumentar mi perdicion , pues mi corazon está penetrado con el dolor de aver visto muerto à mis ojos vn hombre à quien quise tan loca , que fiada en su engiñoso amor , y segura de que su cali-

dad era igual à la mia , para casarme con èl , me obligò à romper con las obligaciones que tengo : Y pues sois testigo de que tuve en menos la muerte , que perder mi honor , no dudéis de que me mataré antes que aventurar el perderme mas de lo que estoy. Acabò estas razones vertiendo tantas lagrimas , que el enternecido amante la consolò con decirle : Segura podeis estar , señora D. Clara , de que primero me sacarè los ojos de la cara , q̄ obligar los vuestros à q̄ derramen estas perlas , que yà guardo en el pecho , en que reynais. Yo pienso obligaros de suerte , q̄ mis finezas os merezcan el favor que espero recibir. Con esto llamò à los criados pidiendo la comida , regalando à su dueño con amantes demostraciones , pareciendole partirse luego para abreviar su viage. Y llegados à la Corte , antes de subir à ver à su padre , llamò en vn quarto baxo , pidiendo à la señora , que hospedara aquella Dama , y dandola en breves razones cuenta de lo sucedido , la encargò el cuidado. Era Doña Laura persona de quien se podia fiar , y profesaba con su padre , y hermana estrecha amistad , y aceptò , segura de la buena paga del

hosp

hospedage. Mientras Don Carlos subió á su casa, mandó la cuydadosa viuda á los criados hicieran la cama, y previnieran camisa para su forastera, consolandola para templarla el mucho sentimiento que mostraba, assegurandola lo mucho que merecia su noble defensor. Mandó el cuydadoso amante á vn criado, que llevára dinero suficiente, y la truxera de cenar, encargandole buscára en los frutos todo quanto fuera bueno, y truxera dulces considerables. Cumplió con lo que le mandó, y avisandole de que estaba prevenido, dando á entender á su padre, que venia cansado, se despidió para volver á visitar á la que ya le tenia sin sosiego. Cedió con ella, y despues trató con Doña Laura, que la tuviera en su compañía, advirtiendole, que su padre no entendiera nada: porque Don Juan trataba, como era hombre mayor, y estaba con los achaques de la vejez, de vivir con rectitud, y que en su casa todo fuera virtud. Tenia vn quarto capaz de dos vecindades, y dando

Don Carlos dinero para todo, se adornó vna sala mas adentro de la de Doña Laura, con todas las alhajas á vso de Corte, tan lucidas, que mostró el nuevo amante su fina voluntad. En vno de los escritorios la puso todo lo que avia sacado de su casa, diciendo, no gastara nada, pues todo avia de correr por su cuenta. Sacóla quatro vestidos á toda gala, con todos los requisitos de obligacion para su adorno. Con esto empezó á desahogar el corazón, aunque siempre guardó la defensa de su honor, entreteniendole á su amante con fingirse triste, para no dár lugar á que se atreviera. Serria D. Carlos el verla disgustada con todo estremo, que no trataba de otra cosa que de regalarla. Vn dia contenta de verle tan reportado, le quiso divertir, y preguntó si avia á quien pedir harpa. Respondióla: No bastaba para rendirme á tu belleza, y discrecion, sin el tener otras habilidades para enriquecerme mas. Mandó que la truxeran el instrumento, y despues de aver tocado con mucha gala, cantó la siguiente letra.

*De los males del amor,*

*yo quisiera preguntar  
quales es mayor?*

La Dicha de Doristèa:

y responde mi dolor:

amar, morir, y callar.

En quien tiene obligaciones,

es amar una desdicha,

que desluciendo la dicha,

augmenta mas las pasiones.

Como se puede pagar

una deuda, que es forzosa,

si la paga es peligrosa,

y el dueño puede cobrar?

El mirar por el decoro,

es confusion del sentido,

pues quiero dar al olvido

aquello mismo que adoro.

Tengan lastima de mi,

los que supieren amar,

pues ya pago quando lloro

la deuda que recibì.

Dirme, amor, que puedo hacer,

pues ya me dexo obligar

con el favor:

Y responde mi dolor,

amar, morir y callar.

No quiso Don Carlos darse por entendido, aunque conociò el sentido de la letra, pareciendole que pues ya daba à en-

ten-

tender que estaba enamorada, sería fácil rendirla, y celebrando la destreza, y suavidad del acento, la pidió que pasára adelante. Cantò otras dos. Con esto passaba el enamorado Cavallero, sin atreverse á tratar de su passion, porque Doristea se daba por ofendida, diciendole que la trataba como muger; á quien avia hallado en vn Monte, pues queria tan presto el premio de los servicios. Respondiòle vn dia: Yo señora Doña Clara, no quiero forzada la voluntad; y pues aveis conocido que la mia es tan verdadera, no escusarè decir el sentimiento que tengo de veros tan cruel, pues han pasado seis meses que aveis estado en mi poder, sin daros enfado con mis passiones. Si gustais de matarme, no pagueis la fineza de mi amor. Significò estas razones con tan triste semblante, que la confusa Dama, pareciendola tenia razon de quejarse, pues la tenia tan obli-

gada, le respondiò: Señor Don Carlos, no puedo negar lo mucho que os debo, mas no puedo conceder con lo que me pedis, hasta perder la pena que tengo: porque vuestra persona merece ocupar todo el corazon; y para no daros por entendido el lugar que merecis en mi pecho, antes ha sido fineza, la que teneis por rigor. Esperad á que me deshaogue de mis penas, pues yá con la merced que recibo, teneis tanto principio de conocer, que no soy desagradecida, y fiad de mi voluntad, que pago la que me teneis con muchas ventajas. Con este cariño escusò por entonces su peligro: porque Doña Laura no estaba en casa, y el rendido amante quiso gozar de la ocasion, y quiso obligarla, con darla gustos y pidiendola cantara vn rato, para divertir su amorosa pena, tomò la harpa á tiempo que entraba su amiga, y cantò la siguiente letra.

*Perdiò sus corales Julia  
 en el bayle vna mañana,  
 y buscandolos, decia,  
 no ay muger mas desgraciada.  
 No llores, dixo Cardenio,*

La Dicha de Dōristèa.

gracia de la misma gracia,  
ni marchites con la pena  
lo verde de mi esperanza.

Si estàs derramando perlas,  
que viene à coger el Alva:  
no sientas aver perdido  
una cosa tan barata.

Guardame, Julia, los bienes,  
que me enriquecen el alma,  
y darè por una perla  
todo el oro del Arabia.

Adonde està, le pregunta,  
y sacando una mañana  
de sus cabellos, le dice:

To cumplirè mi palabra.

Del oro de tu cabeza,  
ayer, quando te peynabas,  
me truxo amor à las manos  
la dicha que deseaba.

Risueña de su donayre,  
le dixo mas consolada:  
bien te merece mi fee  
esse amor con que le pagas.

Fueron juntos à la Feria,

*y comprandole una sarta  
de corales, se bolvieron  
contentos à la cabaña.*

*Cantaban los dos sus dichas,  
porque amor, quando se alcanza,  
es yedra que rinde al olmo,  
ni se seca, ni se cansa.*

Embidió'o me tiene Cardenio, dixo Don Carlos. Respondi'óle: De qué es la embidia, si yo le pago à vuestra merced el amor que me tiene, y le confieso la deuda. Mal hiciera vuestra merced, dixo Doña Laura, en no pagarla, y me espanto de ver sus desdenes, quando son tantas las finezas del señor Don Carlos. Tenia Doña Laura vna hermana llamada Leonor, y otra señora Monja de las mas principales del Convento, se avia endevotado con Doristèa, como iba algunas veces con su vecina à visitar à la hermana, y pareciendola que Doña Laura se mostraba de parte de Don Carlos, temerosa de la poca seguridad de su defensa; quiso no aumentar su yerro, con hacerlo mayor, y le dixo otro dia: Quiere v. m. que vamos à ver à las Monjas, que tengo deseo de

ver à Dona Inès? Respondió; que si, por darle gusto con las medras que tenia; y llegadas à la red, despues de aver saludado à la hermana, dixo su devota: Vamonos à otro lugar, que te quiero enamorar, sin que estas señoras te vean. Tenia Doristèa donayre en lo que decia, y atribuyendolo à risa, le respondieron: Bien serà que la señora Doña Inès goze à solas sus favores, para no darnos embidia. Con esto se entraron en otro aposento, y Doristèa la contò toda la verdad de su amarga historia, diciendo: la su calidad, y su nombre, y vertiendo muchas lagrimas, la dixo: Yo estoy en mucho riesgo, Doña Laura es mi enemiga, pues se ha declarado en favor de Don Carlos: no te quiero negar, que le estimo tanto como merece su

E perç

persona ; y pide mi obligacion , y que sentirè dexarle. Mas considerando que vn hombre, señor de vassallos , y que aspira à tener mañana vn Título , no se ha de casar conmigo , pues sabe mi desdicha. Fiada en tu amor , te pido que dispongas con mucha brevedad , que yo entre en este Convento , pues tengo la riqueza que te refiero , y en professando avifatè à mi tia de que estoy viva , y veràn mis deudos , yà que hice vn atrevimiento tan indigno , que lo suppe enmendar. No quiso Doña Inès interrumpir su triste discurso , aunque sentia verla llorosa , pareciendola que descansaba , y visto que yà diò fin , la respondiò : Amiga mia , no pagaras mi amor , si te faltàra la confianza que tienes de mi: Yo te prometo , que serà con tanta brevedad el servirte , que no tardarè dos dias , y si te riges por mi voto , en estando acà dentro , diè à Don Carlos tu calidad , que si te quiere con amor verdadero , no dudo de que se case contigo , y si fuere apetito , te hallaràs honrada , sin que triunfedeti. Yo dicè à la señora Priora en secreto todo lo que me dices , para que no tengan à liviandad dexar la Religion , si

acaso sucede tan en favor tuyo , como yo deseo. Pareciòle bien à Doristèa la prudencia de su amiga , y respondiò hiciera lo que le pareciera conveniente , encargandola la brevedad. Con esto se despidieron , y la cuydadosa Monja lo dispuso con tanta brevedad , que dentro de dos dias la embiò à decir en vn papel , que yà podia venir. Assegurò à Doña Laura con decir queria passar à ver vna señora vecina , y tomando sus joyas , y dineros en un lienzo , se puso el manto , passò acompañada de vna criada , y luego que se viò sola , pidió à la señora à quien fue à ver , la diera otra criada , diciendola iba à vna diligencia , y no gultaba de que su vecina lo entendiera. Como se preciaba de cortès , y cariñosa , todas la querian bien , y le respondiò , que si queria que fuera ella lo haria con mucho gusto. Respondiòla que no , que antes la suplicaba que diera à entender que no la avia visto , porque D. Carlos no formara quexa , porque iba determinada à darle vn enfado , por vengar vnos zelos. Con esto se despidiò , diciendola que bolveria presto. Llegada al Convento se quedò en èl , diciendo à la criada : Vete à mi casa , y di à Doña Lau-

Laura, que yo quedo en la Magdalena, que no coga cuydado de mi. Bolvió la mensajera à tiempo que su amante preguntaba, donde avia ido, pareciendole novedad, por no averlo hecho en todo el tiempo que avia estado en su poder. Quedò tan loco del repentino susto, que sin hablar palabra salió, y llegado al torno, pidió que le llamaran à Doña Inès. Saliò à recibirle, dandole por el Torno vn papel, diciendo: Bien entiendo que Vuesñoria vendrà disgustado; aora no ay orden de locutorio: esse papel es de Doña Clara, leale, que yo se que me disculparà quando sepa lo que contiene. Era Don Carlos compuesto, y no quiso alborotar, hasta ver lo que le decia. Bolvió à su casa diciendo à Doña Laura lo que passaba, y abierto el papel, decia assi:

Aunque estava determinada à no decir quien soy, Doña Inès me obliga à decirlo, para disculpar el parecer desagradecida, aunque en mi no faltará el reconocimiento à las muchas obligaciones que tengo à Vuesñoria. Las mias son tantas, que no puedo faltar à lo que debo. Mi patria es Sevilla, mi nombre, Dorisèa: Soy hija del Ventiqua-

tro Alexandro, y de Doña Escolastica Pardo de Santoyo: Y pues Don Luis de Guzman es su cuñado, à su informe me remito, lo que escuso en este, por no ser larga. Segun esto, dixo Doña Laura, Doña Clara lta tratado engaño. No la culpo, respondió Don Carlos, havandola en vn monte, de donde la truxe, pues me dà à entender su calidad en lo que contiene este papel; y si es tanta como su primo, no ay duda de que me casarè, porque estoy enamorado, y satisfecho de que no la ofendiò Claudio, pues quiso perder la vida, conociendo de su intento la burla que yà pagò con la muerte. Con esto subió à su quarto, y llamando al esclavo le mandò fuera à buscar postas, diciendole: mientras escrivo vna carta, buelve con brevedad, que has de ir à Sevilla, y no has de tardar ocho dias en venir: camina sin parar, que vn vestido tienes, si me traes la nueva que deseo. Era leal, y dando priesa à su viage, cumplió con lo que debía. Llegado à Sevilla, diò la carta, diciendo, no se avia de detener mas de à esperar la respuesta. Mandò Doña Fulgencia le regalaran, y cuydadosos de lo que la carta contenia, la

leyò Don Luis, espantado de saber el cuydado de Don Carlos, porque no le diò cuenta de nada de lo que passaba. Determinò à responder, diciendo en la suya. Admirado me tiene saber, que Vueseñoria tenga noticia de la Dama por quien me pregunta, por aver mucho tiempo que falta de Sevilla; y aunque sentirè hablar mal de las mugeres, y mas quando son de tantas prendas, no escuso el ser puntual, satisfaciendo à su pregunta, y refiriendole todo el suceso de Claudio; passò adelante, diciendo: Al dia siguiente de su fuga, se despacharon requisitorias por todos los caminos, y le hallaron muerto en vn monte. De la Dama no se sabe, corriò la voz, de que algunos saltadores le mataron por quitarsela, y robarle mucha cantidad que sacò de su casa en joyas, y dineros. En lo que toca à su dote, passa de veinte mil ducados, sin la herencia de la hermana de su madre en cuya casa estaba, que passan de diez mil. Alexandro era de lo mas calificado de Genova, lo menos fue Ventiquatro. Su madre, ò deudos, son de lo mas illustre, que ay en esta Ciudad: Y si valgo por testigo abonado,

basta decir, que rendido à su hermosura, se la pedì à su padre, y siendo quien soy, me la negò, pareciendole, que el no ser Titulado era desmerito para merecer su casamiento. Quedò Don Carlos tan loco con la carta, que entrando à la sala de su padre, le dixo: Padre, y señor mio, si Vueseñoria estina mi vida, lea esta carta. Tuvo Don Juan à novedad el hablarle assi; porque Don Carlos era prudente, y sugeto à su gusto, y tomando la carta la leyò, acabada, le dixo: Segun lo que Don Luis escribe, me dà à entender le aveis embiado à decir que os diga quien es la contenida: Respondiòle: Assi es verdad. Pues què Doristèa es esta, dixo el prudente padre? Decidme verdad, y no dudeis de lo que os quiero, la calidad es grande, la riqueza mucha. Este Claudio, quiero saber lo que contiene. Diòle cuenta de todo lo referido, diciendole: Seis meses la he tenido tan servida de mis finezas, que à no ser testigo yo de su valor, pues fuera cierto que su enemigo la matara, à no tenerme el Cielo allí para defenderla, y q̄ el traïdor pagara su atrevimiento, la pudiera culpar de cruel, pues huyendo de mi, se entrò diez dias

días ha en la Madalena: Embióme vn papel, y no ha sido posible dexarle ver, ni responderme à los q̄ la tengo escritos, solicitando el verla. Respondióle su padre: Espantado me tiene lo q̄ me decis, posible es creerlo, por la satisfacion q̄ tengo de que sois prudente. Vna muger tan enamorada de vn hombre, que la obligò à romper con tantas obligaciones, tuvo en menos la muerte, que perder su honor: quando la calidad, y cantidad no fuera tanta, me basta para daros gusto, saber su valor. Vamos à verla, que yà la quiero tanto, que no tendré gusto hasta tenerla en mi casa. Quiso Don Carlos besarle à su padre los pies, y deteniéndole le dixo: Grã cosa es estår enamorado, para ser loco. Reportaos, y mandad que pongan el coche. Vaya vn criado à decir que vamos, para que tengan grada. Hizose todo, y llegados al Convento, fueron recibidos de la Priora con demonstraciones de amor. Pidió Don Juan, que saliera su prenda. Y respondióle la Priora: No será poca la fineza de mi amor en obedecer à Vueseñoria, que la prenda es tan amable, que todas sentiremos que nos la lleve, pues infiero desta venida, que será cierto. Respondióle, en esso

no ay duda: Lleve nella vuestra merced a la Porteria, que la quiero ver de cerca. Obedecióle, y traida la Novicia, con el contento aumentò tãto su hermosura, que su contento espolsó la dixo: Cierto, que à no ser tan interessado en el pesar, que me cuesta esse Abito, le diera el parabien à vuestra merced de la toca de lino, pues la hace tan hermosa, que no echò menos las galas. Y respondióle: Siempre le parecerè bien à quiè me mira con tan buenos ojos. Respondióla Don Juan: Hija mia, sin duda que los míos son muy buenos, pues me aveis parecido tan bien, que à no estår tan viejo, le avia de quitar à Carles la desposada. Celebraron las Monjas el anciano donayre, y la contenta Dama le dixo: Pues Vueseñoria me dá nombre de hija, permita la licencia que deseo, para besarle la mano à mi padre. Dióle las dos, diciendo: Tomadlas ambas, pues yà no puedo negar nada que me pidais, y assiendole la vna à la nueva hija, quitandose vn sortijon de diamantes que llevaba en el dedo pequeño, se le puso, diciendo: Pues tengo de ser el Padrino desta boda, razon será dàr la sortija. Estaba el desposado tan suspenso con el gusto interior, que Doña

Inès

Inès le dixo: Señor Don Carlos, no dice Vue señoria nada? Lleguese mas cerca, que la señora Priora dará licencia. Llegòse, diciendola: No se espante vuesa merced le verme tã suspenso, porque me parece que es sueño lo que miro: y viva segura de mi voluntad, pues la debo mi ventura, segun mi señora Doristèa me refiere en su papel. Respondiòle: Yo estimo el aver acertado à servirle. Dixole Doristèa, que le embiara para adorno de la celda las alhajas que estaban en su quarto. Prometiòla embiarlas, y asì lo cumpliò. No quiso Don Juã sacarla hasta el dia del desposorio, por dár lugar à la prevençion que pedìa tal casamiento. Visitabala todos los dias, embiando tantos regalos, que toda la Comunidad participò de la abundancia. De galas no ay que decir, solo dirè, que vna literilla que le embiò para que saliera, se tasò en mil escudos. Llegado el dia de su desposorio, la acompañaron para traerla à su casa Veintiquatro coches de Cavalleros, y Titulos, y doce fillas de señoras Tituladas, con tanta admiracion de su mucha hermosura, que aumentaban el contento de su esposo, con los repetidos parabienes. A dos meses de casada

salìo Don Juan con su pretençion, dandole su Magestad vn Titulo de Duque, nombrando vno de sus muchos lugares que tenia. Pareciòle vivir en Sevilla, por no carecer de su amada hija, y dár lustre à los nobles deudos de su nuera, con verla tan mejorada. Aviò por cartas, para que le tuvieran casa prevenida, diciendo à Doña Fulgencia visitara à Doña Estefania, y la diera el parabien de la nueva. Cumpliò lo que su padre la mandaba, y la contenta tia convocò sus parientes, y amigos. Como la nueva fue publica, le avisaron à vn tío de Claudio que estaba en Cordova, pobre, y cargado de hijos. Vinò à Sevilla, y sentò querella, pidiendo la muerte de su sobrino. Tratò Don Luis de concierto, y por dos mil ducados que le dieron se apartò, y otorgando el perdon, se ajustò todo, con la condenacion, y gastos de justicia acostumbrados. Quatro años vivió Don Juan despues del nuevo Titulo, tan amante de su nuera, que solo por esto la podemos llamar dichosa, pues se ve pocas veces amistoso cariño en tan mal parentesco. Muriò despues deste tiempo, dexado à su hijo por heredero de los Estados, y nuevo Titulo,

col-

colmando la dicha de su esposa, con la heredada Grandeza.

Acabada la referida relación, dieron las gracias à Don Vicente, alabando el recato de Doristèa. Respondiò Don Antonio: Señores, aunque vuestras mercedes tienen razon de alabar esta Dama, no escusarè decir que nació del temor que tuvo al suceso de Claudio. Atengome al recato de mi señora Doña Leonor, pues en dos años que avemos gozado de tan honrada vecindad, ha sido menester que mi madre enviase, para merecer verla en esta sala, que si Doristèa se guardò de Don Carlos, fue temiendo no ser desgraciada. Respondiò Doña Lucrecia: Quiera Dios, que la señora Doña Juana salga de sus cuidados, que yo te prometo que la tendremos tan despacio, que no nos la pueda quitar. Contenta la prudente madre de verla tan declarada, le dixo: Oy la tiene vuestra merced para servirse de ella, y de mi, pues será Leonor la dichosa. Mudò semblante Don Enrique, con el pesar de verla tan declarada, y Doña Lucrecia arrebatada de los encubiertos zelos, por estàr inclinada à Don Enrique, no lo avia dado à en-

tender fino à Doña Lucrecia, con quien descansaba de su amorosa pena, dixo: De lo que me espanto yo es, de ver lo poco q corresponde el señor Don Enrique à nada de lo que se dice, sin duda tiene el corazon bien empleado, pues le tiene tan divertido. Y como, señora, dixo Don Enrique, que el empleo de mi corazon fuera de los mayores que tiene el mundo, à ser yo mas dichoso: Mis pocos meritos me hacen desgraciado. No tanta desconfianza, dixo Doña Lucrecia, que yo sè de alguna Dama noble, y rica, que se tuviera por contenta de darle à vuestra merced la mano. Pareciòle al discreto Vizcayno eran palabras de cuydado, y perdida la esperanza del casamiento que deseaba, no quiso perder la ocasion, y respondiò: Ojalà que vuestra merced me casara, y me diera un buen dia, pues cosa de su mano, no dudo de que seria muy buena. Con esto se despidieron, por ser tarde, quedando Doña Lucrecia citada para el dia siguiente. Esperò el cuydadoso Cavallero à que entraran en sus quartos, y bolviendo à ver à Doña Lucrecia, la preguntò, si era donayre lo que le decia, añadiendo: Saqueme vuestra merced.

bed de el cuydado en que me ha puestò. Respondiòle, que Doña Lucrecia lo estimaba, diciendole, de su calidad, y riqueza no hablo, pues yà se sabe, si le parece à proposito, hablele vuesa merced à su tío Don Alonso. Respondiòle. No ay duda de que lo harè, y no passará de mañana. Don Alonso es mi amigo, y como es Secretario de Camara, sabe mi nobleza, por los papeles de mis pretensiones. Seguro estoy de que no me negará la demanda. No le diga vuesa merced nada, porque no se recate estos días prometió hacerlo, aunque no lo cumplió, por darle à su amigo la buena nueva. Otro dia fueron los dos amigos à dar las Pascuas à D. Alonso, y tratando de la intencion que llevarà, lo tuvo por bien. Quedò concertado, que en passando las vacaciones, se haria el casamiento; y Don Vicente le diò à entender la pretension de Doña Getrudis, diciendole: Tome vuesa merced la mano en amparar mi intento, pues lo debe à mi voluntad. Respondiò D. Alonso, vuesa merced estan abonado, que me parece escusada la intencion: mas por servirle, harè lo que me manda. Despidieronse, y venidos à ca-

sa, le pareció à Don Enrique embiarla à su esposa (como yà la miraba con ojos de amante) algunos regalos, y con el achaque de aguinaldo, sacando vn azafate de enxerada plata, puso en èl vna piel de armiño, engarzadas en oro, manos, pies, y cabeza, asida vna bandilla, se lo embiò con otros regalos de mesa, diciendo, que guardàra las manos en aquel armiño, porque temia que no se le derretiera la nieve al calor de los bien encendidos braseros de la señora Doña Lucrecia. Estimò la demonstracion, y quitò darlo à entender; y remitiendole dos pares de medias, y vna vigotera de ambar bordada, le embiò à decir, que por ser labor de sus manos, se atrevia, y que le prometia guardarlas, para emplearlas en cosas de su servicio. Llegada la hora de la gustosa junta: agradeciò las medias, diciendo eran de las mejores que avia visto, dando à entender traia puestas las vnas. Porque se trata de medias, dixo Doña Juana: yo tengo otros dos pares, y que por aver salido la seda mas entera de lo que se vsa, las ha despachado Leonor, y me parece seràn à proposito, para que el señor Don Antonio las rompa de.

debaro del luto. Mandò à vn criado las truxera , y Doña Leonor al darlas, dixo à Doña Lucrecia: Perdona vuesa merced el atrevimiento, y estiane la voluntad. Respondiòle, y como que la estimo; y en verdad que la pago: Sabia que su hijo, antes que su padre muriera, avia ganado vnas joyas, y mirandole , le dixo : Pues estos Cavalleros há dado aguinaldo , mirad si soy hombre para pagar estas medias, que sentirè que me dexeis corrido. Siempre lo estará vuesa merced, respondiò Don Antonio, pues todo lo que yo hiciere, será poco para premio, que merece tanto favor, y levantandose de donde estaba, abrió vn escritorio, y sacando cinco bueltas de cordon de oro, en que estaba afsido el retrato à vna colonia, y vnas arracadas de perlas, lo puso en vna salvilla , y danlole à su madre, la dixo: Mire vuesa merced si puedo atreverme à dar esta niñeria, pues vuesa merced se declara en mi favor. Mire essa luminacion. Miròla, diciendo: En verdad, que si no me engaño, que es su retrato. Respondiò, riendose: No me costò poco desvelo tener esta dicha , para consolar las penas que su due-

ño me dà, que las madrugadas de mi señora Doña Juana me tuvieron cuidado de no perderla. Sentiòse Doña Leonor el rostro con la honestidad , y Doña Lupercia dixo: Señoras mias , con los aguinaldos , nos divertimos. Cenemos, que estarde, porque diga mi suceso. Todo es menester, dixo Doña Lucrecia, para divertir las horas del invierno , que à no estir tan entretenidas , no se pudieran llevar las noches. Cenaron, regalandolas con diversidad de regalos, y despues de las debidas estimaciones , sentandose donde la oyeran todos, dixo: Si del suceso, que tengo de referir , fue testigo mi padre, por hallarse pues en todo el desposorio del Amante Venturoso , que este nombre le daremos. Otro Amante que desea serlo , dixo Don Enrique, ha de estorvar, por aora , que vuesa merced lo refiera tan presto , por ser tan temprano : y si lo digo , será fuerza en acabando de contar , el retirarnos. No será razon, que nos dure tan poco la dicha. Tiene razon el señor Don Enrique, dixo Doña Juana , cantese algo. Tomaron los instrumentos, diciendo: No quede por esto el gozar

de la gloria ; pues la musica  
es parte de Cielo. Sabia Doña  
Lupercia vna letra , que ve-  
nia à proposito de lo que se

decia , y al descuido pidió  
à Doña Gertrudis que la can-  
taran en los siguientes versos.

*Si quando la pena es grande  
atormenta el corazon,  
quando es tan grande la dicha,  
el gusto ser à mayor.*

*No dudeis de mi firmeza,  
pues correspondido amor,  
con los efectos del alma,  
siempre crece à ser mayor.*

*Gigante , aunque rapacillo,  
no es ciego para el favor,  
pues penetra por la benda,  
como lince la intencion,*

*Valiente à los impossibles  
se arroja , porque el temor,  
no le quite de cobarde  
el triunfo de la ocasion.*

*No tema el que es fino amante  
la mudanza , ni el rigor,  
pues le assegura la dicha,  
la fineza de su amor.*

*Viva seguro Fileno,*

de

de que siempre quien sembrò,  
ha de coger en el tiempo  
el triunfo en la possession.

Esto cantaba Gileta,  
y Fileno respondiò.

si la tierra no es ingrata,  
no dudo del tiempo yo.

Respondiòle Gileta,

si yo te quiero,  
solo puede la muerte  
borrar mi intento,

No quiso Don Enrique adelantarse à decir nada, dando à entender, conocia el dissimulado favor, por parecerle, que Doña Lucrecia, no le diria

nada de lo que estaba tratando, y pidiendo à Doña Leonor cantara. Tomò la viguela, y sin resistir, cantò las coplillas siguientes.

Diganme los que saben,  
que cosa es amor,  
si en la pena que sienten  
consiste el favor.

Todos miro que lloran,  
yo no lo entiendo,  
pues amar es lo mismo  
que estar muriendo.

To digo, que son necios  
 los amadores,  
 pues las penas que passan  
 llaman favores.

Respondiome vn amante,  
 muy poco sabe,  
 quien no compra los gustos  
 con los pesares.

Que el amor es de almirar,  
 y se empalaga,  
 quien no prueba las flores  
 de la retama,

Con esto cesò la musica, que-  
 dando todos muy regocijados

de lo bien que avia cantado, y  
 D. Lupercia, dixo asì.



53

# EL AMANTE VENTUROSO. NOVELA TERCERA.



**E**N la insigne Zaragoza, Ilustre Cabeza del Reyno de Aragon, tan celebrada en los aplausos de la admiracion, quanto digna de la inmortal fama que goza, como sumptuoso Relicario de la Emperatriz de los Cielos, Maria Señora nuestra, concebida sin pecado original, que goza el Titulo de la Virgen del Pilar, como poderoso Atlante, sustentando en los ombros de su caridad la maquina terrestre, vivia vn Cavallero, tan illustre en la sangre, como poderoso en la riqueza, llamado Ricardo Milanès, tenia en dicha sucesion dos hijos, vno varon, llamado Carlos, y la niña, Margarita, de cuyo parto murió su amada esposa. Vivia frontero de las casas de Ricardo otro illustre Cavallero, no menos aventaja-

do en calidad, que en riqueza, natural de Cataluña, llamado Otavio Esforcia: vivia de asiento en Zaragoza, por aver casado alli con vna Dama Aragonesa, igual en todo à su mucha riqueza, y calidad; dela qual tuvo vna hija, llamada Teodora. Estaba Otavio viudo, y respeto de la mucha vecindad, y soledad afligida. Trabaron estos dos nobles Cavalleros vna estrecha, y firme amistad, entreteniendole el tiempo en gustosos, y honestos passatiempos. Los niños à imitacion de sus padres, gastaban sus amorosos, y corteses cumplimientos. Era Carlos de doce años, y venido à Zaragoza vn tio suyo, hermano de su padre, vno Cavallero tan esforzado, y de su mucho valor gozando de tan honorificos aplausos, y aventajado, y de los Tercios de los Reys, viendole à Ca-

la juventud , con gusto de su hermano , se le llevó, deseoso de aumentar en las lenguas de la fama los honorosos , y antiguos blasones de su illustre ascendencia. Quedaron las dos hermanas niñas , vnidas al estrecho lazo de amorosa correspondiència , aunque era Margarita la obligada à las visitas, porque Teodora , por los continuos, y prolixos achaques de su padre , no salia de casa , y las horas que Ricardo faltaba de la suya, se iba con su amigo. Entretenidas las dos en el curso de sus curiosas labores , dando à Otavio ratos de mucho gusto, con la suavidad de sus angelicas voces. Llegò Teodora en su hermosa juventud à la edad florida de los diez y ocho años , tan adornada de fortuna , y naturaleza , que se puede decir sin encarecimiento, que estas dos basas, en quien se fabrican las humanas dichas , andaban en competencia, apostando lucimientos, en que Teodora, como en espejo cristalino, reflejaba los altos merecimientos de su illustre sangre, la sin oscuridad, tan celebrada, que la llamaron, en aquel tiempo, à las demás fuerala for.

tuna inconstãte, si diera lugar à la emulacion , que preciada de obscurecer tan soberanos resplandores de Dama, las obscuras nieblas de su voraz envidia. Ocupò Carlos ocho años en servicio de la Sacra Magestad de Felipe Segundo, con tan dichosos aciertos, y prospera fortuna, que su Magestad le honrò con vn Habito de Alcantara , Encomendado con seis mil ducados de renta, sin otros ricos despojos que ganò por su mucho valor. Cayò Ricardo enfermo de vna peligrosa , y mortal enfermedad, à tiempo que Otavio , y su querida hija estaban en Barcelona , y fue preciso despachar por la posta al Conde de Rosellon, adonde à la sazón residia Carlos , y vista la carta de su doliente padre, la puso en manos del Capitan General, por la qual le fue concedida licencia , vista la precisa obligacion. Partió el desconsolado Cavallero à toda priesa , aunque no fue la que deseaba , pues llegó à su funebre casa despues de cinco dias, que su amado padre passò de esta vida en paz. Hallò à la querida hermana acompañada de Antonio Milanès , tío suyo. Renovòse con su venida el justo sen:

fencimiento, y vistiendo negras, y pesadas bayetas, recibió à vn tiempo pesames de la presente desgracia, y parabienes de su venida. Quatro meses passò en funerales obsequias, y en ajustar las cosas de su riqueza, y partiendose despues à la Corte à concluir vn pleyto de vn Mayorazgo, y otros negocios importantes. No negociò tan presto, que no passara año, y medio sin bolver à Zaragoza; y como yà estaban enjutos los ojos, y passados los lutos, bolviò con ricas, y lucidas galas de Soldado, amarretando las Damas de Zaragoza con su bizarría. Vivía tan libre de cuydados amorosos, que no sugetaba su alvedrio. Quando llegó à su casa, estaba yà de vuelta Otavio Esforcía en la fuya, y sabida su venida, passò à visitarle, y darle la norabuena: fue recibido de Carlos con amorosas demonstraciones, y al echarle los brazos al cuello, le dixo: Bien parece, señor Carlos Milanès, que sois vivo retrato de vuestro honrado padre, y os aseguro, que me enternece el alma el acordarme de la gran de amistad que tuvimos los dos. Estimarè me mandeis en

que os sirva; respondió el discreto mancebo à los ofrecimientos, y tomadas sillas, se habló en cosas diferentes. Preguntò en el discurso de la conversacion por la salud de la señora Teodora. A que respondió el anciano padre, estaba con salud. Replicò Carlos diciendo: Y como no la casa v. md. para dár gloriosa sucesion à su nobleza? No sè que responda, dixo Otavio, porque se muestra tan rebelde en tratandola de casamiento, que derramando lagrimas, me ha obligado à cerrar la puerta à todos los pretendientes. Quiere la tan tiernamente, que no me atrevo à forzarla su voluntad. Veala vuestra merced, dixo Carlos, tan bien empleada, como deseamos todos sus criados. Llegada la hora de despedirse, se fue Otavio à su casa, quedò hablando con su hermana en la rebeldia de la condicion; y preguntando el curioso Cavallero si era hermosa: Respondió Margarita con tan encarecidas exageraciones, que puso deseo à su querido hermano de verla, quedando de acuerdo pagar la visita, acompañado de su hermana, para ocasionar à que saliera à recibirla: sucedió à medida de su deseo.

leo. Estaba Octavio en la cama, y asistiendo à la visita la honesta Dama. Quedò el asfaltado Cavallero assombreado de su belleza, quedando preso su libre corazon, y por dár mas lugar à la gloria que yà le bañaba el pecho, dando à entender queria divertir al doliente, mandò à vn criado le truxera vna viguela, y despues de aver punteado con mucha gala, y intrincados redobles, cantò vna letra, y dexado el instrumento, dixo el enfermo: En verdad, señor

Carlos Milanès, que no lie de quedar esta vez obligado à la merced recibida, que os la tengo de pagar muy de contado, porque veais que deseo servitos; y mirando à su hija, la dixo: Por tu vida, Teodora, que me saques de este empeño, pagando por mi esta deuda. La obediente Dama, mandò à vna criada la truxesse vna harpa; y despues de muchas, y galantes diferencias, dando al ayre el dulce acento de su voz, cantò los versos siguientes.

*De los ojos de Lisarda*

*llevaba flechas Cupido,  
recogidas en su aljaba,  
para tirarle à Leonido.*

*Sintió el Pastor sus harpones,  
y dixole al verse herido:*

*si son de Lisarda, Ciego,  
mira no pierdas el tiro.*

*Aunque tiras à matarme,  
tu cruel rigor estimo,  
contento de ver que muero  
por objeto, que es divino.*

*El cro de su cabello*

*voy siguiendo, aunque perdido;*

*gustoso de no hallar  
la puerta del laberinto.*

*Teseo, para salir,  
llevaba en la mano el hilo,  
que à un ingrato le està bien,  
preciarse de fugitivo.*

*Escuchaba la Pastora  
el amante enternecido,  
y tocando un instrumento,  
de aquesta suerte le dixo:*

*Si el amor os hiere,  
pulido Zagat,  
yo serè el Cirujano,  
que os ha de curar.*

Cantò con tan dulces que-  
bras, y passos de gargan-  
ta los referidos versos, que  
el enternecido Amante esta-  
ba fuera de su acuerdo, y la  
honesta Dama reparando en  
su elevada suspension; dexò  
el instrumento, dando lugar  
à que se despidieran los agra-  
decidos hermanos. Ocho dias  
passaron sin que Margarita  
visitasse à su amiga, y apre-  
tandole los dolores de la go-  
ta à Otavio, embiò à su-  
plicar à Carlos passasse à di-

vertir su penosa melancolia;  
Pidiòla à su hermana, se pu-  
siesse à toda priesa el man-  
to, para obligar à Teodora  
que saliera à recibirla, fue  
fuerza assistir en la sala de  
su padre Carlos, por divertir  
su achaque, pidiendo vna vi-  
guela, despues de averla pun-  
teado con estremo de des-  
pejo se levantò, y danzan-  
do un canario con intrin-  
cadas mudanzas. Divertida  
Teodora con verle danzar, se  
llevò de la cõsideracion de su

mucha bizarría , y reconociendo tan repentina mudanza , bueltos los hermanos á su casa , dando de cenar á su padre , y orden á lo restante de su gobierno : Mientras cenaban las criadas , se retirò á su recogimiento , y sentada sobre vna bordada cama , torciendo sus blancas manos , hablando con sus nuevos pensamientos , dixo assi : Qué es esto Teodora ? Como aveis dado lugar á tan extraño cuydado ? Donde están los antiguos recatos de vuestra honestidad ? Como aveis permitido , que Carlos Milanès os robe el alma ? Qué será de vos , si el dueño que aveis escogido , llevado de otros amorosos cuydados , se precia de cruel ? Desgraciada de mí , en fuerte hora llegò mi nacimiento ! Y detramando copiosas lagrimas , quedò tan inmovil , que pudo passar plaza de cristalina estatua , y entrándolas criadas á desnudarla , pasó lo restante de la noche en congojadas ansias , y ardientes suspiros . El dia siguiente mandò llevar los bastidores de sus curiosas bordaduras á vna sala , que caia frontero de las casas de Carlos , dando á entender , lo hacia por el calor , para ver

despacio á su nuevo dueño : habia en las guardas de los balcones , por estar adornados de espesas , y texidas celosias , y lustrosas vidrieras . El penado Cavallero , sintiendose indispuesto , convocò todos sus amigos , para que á la puerta de su casa , por ser la calle anchurosa , se inventassen diversos , y entretenidos juegos : vnas veces de esgrima , otras de fortija , y estafermos , solo á fin de que su señora , ocupara los balcones , y no consiguiendo el fin de su amoroso cuydado , porque Teodora gozaba de todo , sin ser vista de nadie , vna tarde arrebataado de sus mortales congojas , hablando con su hermana , la dixo : Ocho meses ha , amada Margarita , que muero desesperado de mejor fortuna , y he pensado q mi señora Teodora , todas las fiestas que consagro al templo de su hermosura , entenderá que son entretenimientos de Cavallero mozo , por divertir el tiempo , y he determinado esta noche darla á deshora vna musica en aquella calle , que está junto á su casa , pues me decís que las ventanas de su dichoso albergue caen en aquella parte ; y si esta diligencia no furtiere efecto , os ruego , que tengais por

bien de elegir el estado que mas convenga , para que dexandoos en pacifica quietud , me vuelva yo à la guerra, para perder en ella la vida, que yà me cansa , sino es que me la quite primero la que tengo en el alma. Escuchò la afligida hermana la triste relacion , derramando hermosas, y cristalinas perlas, le consolò con sabrosos cariños , y prudentes consejos , aprobando por buena su determinacion , gustoso de la buena acogida que hallò. Entretuvo

lo restante de la tarde en dár las voces à dos criados musicos que tenia en su servicio; y pasada la media noche , se fue à la referida calle , à propósito de su intento , por ser angosta , y poco pasajera , y puesto debaxo de las ventanillas de su hermoso cielo, mandò à los criados dieran principio al sonoro rumor. Despues de aver cantado los criados las letras prevenidas , tomando Carlos el instrumento, cantò solo , la letra que se sigue.

*Luchando con impossibles,  
me admiro de mi passion,  
pues vivo de lo que muero,  
muriendo de mi dolor,*

*Divino objecto , à quien rindo  
un amante corazon,*

*carácter en quien se imprime  
la imagen que adoro en vos.*

*Escuchad mis tristes ansias,*

*que un Ser asin es rigor,*

*que se precie de cruel,*

*pues es Deydad superior.*

*No os pido que me premicis,*

*si es gloria, que entiendo yo,*

que el amar sin esperanza,  
son quilates de mi amor.

Solo quiero que entendais,  
que ya tan perdido estoy,  
que en no hallarme está mi dicha,  
quando me pierdo por vos.

A un tiempo sin competencia,  
señora, estamos los dos,  
canformes en los efectos,  
aunque desiguales son.

Vos atenta à los recatos  
à que obliga el pundonor,  
y yo atento à respetarlos,  
pues piden veneracion.

Avia salido Teodora, por divertir sus melancolias, à vna celosia, y reconociendo à su reenclinado amante, arrebatada del repentino gusto, considerando, no avia en la calle otra persona à quien se le pudieran cantar los versos referidos, retirándose de la verana, dixo así: Ya, Teodora, te puedes llamar dichosa, y solemnizar cõ repetidos elogios tu ventura, pues Carlos, à quien rendiste el albedrío, te ama con

tal extremo, que puedes romper la carcel del silencio, en que has tenido presa tu bien empleada voluntad, no ay que esperar, que si matas tu misma vida, morirás de infeliz. Carlos te estima, igual à ti en calidad, y aventajado à todos los necios que te pretenden, ignorantes de que eres esclava, y sin licencia de tu dueño, no puedes disponer de ti. Demos principio à la felicidad que ya deseas, pues el

Ciel

Cielo dispone tu mayor dicha: y diciendo esto, y otras amorosas razones, tomó la pluma, cifrando en corto decir mucho sentimiento, con intencion de darlo otro día à su querida amiga. No se descuydò Margarita de aliviar las penas de su hermano, y passando à visitarla, fue recibida con tan amorosas demonstraciones, que se prometió alguna novedad; y retiradas à vn jardin, bañando Teodora el hermoso rostro en purpureos claveles, la dixo: Amada Margarita, solo de tu prudencia, fiara yo los secretos de mi rendido corazon. Carlos mi señor, me dió anoche à entender sus penas, y no me cuestan tan baratas, que no puede alegar mayoria en las muchas que me debe. Da-

le este papel, y cumple por mi, como amiga verdadera. Abrazóla Margarita con tan locas demonstraciones de contento, que la ocasionò à sobrada risa, y despidiendose à toda priessa, venida à su casa, dixo à su cuydadoso hermano: Yà Carlos se acabaron mis llantos, y los muchos disgustos que me cuestan los vuestros. Tomad este papel, que vuestra adorada os embia, ella os le escribe, y yo le traygo, deseosa de saber lo que contiene. Quedò el enamorado Cavallero tan suspenso, que en mucho rato no pudo articular razones, y besando muchas veces la nema, le abrió, leyendole recio, para que su hermana le oyera, el qual decia assi:

*Amar sin esperanza, es valentia  
del amador atento, y prevenido,  
pues huye su cuydado del olvido,  
à que condena amor en rebeldia.*

*No temer su rigor con offadia,  
hace menor el daño recibido,  
pues cuyda de su herida apercibido,  
de que su amor no passe à derroasia.*

El

*El vuestro ha merecido en mi cuidado,  
la mucha estimacion que ya le ofrece  
un corazon, que en fuego transformado,  
No huye de las llamas donde crece;  
y si amor con amor queda premiado,  
yà tiene el vuestro el premio que merece.*

No ay que esperar aqui, dixo Margarita, y me parece que habeis à vuestro tio Antonio Milanès, y à nuestros deudos, para que le hablen à Otavio Esforcia, pues no ha de negar, conocida nuestra calidad, y riqueza, vna cosa tan justa. Parecióle bien à Carlos, y sin detenerse se fuè à casa de su tio, y dandole larga cuenta de sus amores, le puso el referido soneto en las manos, cosa de que quedò muy gustoso, y saliendo de casa à buscar otros dos amigos, y algunos de sus deudos, se fueron juntos à besar las manos al anciano Cavallero, el qual sabida su demanda, respondió: Pluguiera à Dios señor Antonio Milanès, fuera yo tan dichoso, que Teodora me obedeciera, pues se muestra tan rebelde, que no me atrevo à casarla por fuer-

za, y así tengo despedidos muy grandes casamientos. Lo que alleguro es, que no ha de faltar por mí, si puedo vencerla: pues estimo tanto al señor Carlos Milanès, por lo que merece, y por hijo de su padre, à quien yo tanto quise. Quedaron todos contentos, sabida la determinacion de la hermosa Dama, y despedidos, prometió Don Otavio Esforcia dar la respuesta. El dia siguiente fueron à dar à Carlos las buenas nuevas, llamando vna criada à Teodora, venida à la sala de su padre, la dixo la demanda de aquellos Cavalleros, significandole el mucho gusto que tendria, de verla tan bien empleada. Quedò tan loca la enamorada doncella, que bafiando el rostro de encendidas colores, lo atribuyò su padre à su acostumbrada honestidad. Reportada del repen-

zino gusto, respondió, que no tenía mas voluntad que la suya; que el no averle obedecido, nacia de su mucho amor, por no apartarse del amoroso nido. Agradeció su padre, que se mostrara obediente: y pareciendole avia vencido vn imposible, sin esperar à mas dilaciones, embió à llamar à Antonio Milanes, y quedando asentado el casamiento, le suplicò tomasse à su cargo la disposicion de todo, respecto de sus muchos achaques. Estimò en mucho el cargo que se le daba, quedando de acuerdo seria el desposorio dentro de quince dias, y despedidos, se fuè Antonio Milanes acompañado de los Cavalleros mas nobles de Zaragoza à combidar al Corregidor, para que apadrinasse tan festivas bodas, tratando de que dentro de quatro dias fueran las capitulaciones, embiando tantas, y tan ricas joyas, y costosas galas, que à todos les pareció passaban à exceso, dando à todos los que fueron à ellas lacidas curiosidades, de lienços, guantes, y otras cosas. Passò el Venturoso Amante con mejor fortuna aquellos dias gozando las noches honestos favores de su amada esposa.

Llega lo el dia señalado, se fuè la señora Corregidora acompañada de dos amigas, que gustaron de servir el oficio de Camareras à casa de Otavio Esforcia. Aderezaron à la desposada con vn vestido de color de perla, con asientos de oro, enlazandole el hermoso, y dorado cabello, con vnos hilos de transparentes perlas, quedando tan hermosa, que puso en admiracion à aquellas señoras, y baxandola el Corregidor de la mano, entraron en las carrozas, y acompañados de la nobleza de Zaragoza, llegaron al templo de la Virgen del Pilar, y celebrados los Oficios Divinos, y recibidas las bendiciones, bolvieron à casa de Otavio Esforcia, tan tarde, que por no embarazar el gusto de la prevenida, y opulenta comida, no se diò nada por desayuno, divirtiendo el breve rato vna encañada que tenían prevenida los criados, y mozos de cocina, vestidos ridiculamente, con diversos instrumentos entraron en la sala baylando, cosa que diò à todos sobradissimo gusto: y llegada la hora, ocupando las blancas, y olorosas mesas, conieron al son de diversos instrumentos, cof-

rosos, y regalados platos. Acabada la comida, y tomada agua manos de ambar, bueltos à sus asientos, y passada vna hora de fosiiego, danzaron todos los Cavalleros, haciendo à las hermosas damas. En esto, y en otros gustosos juegos se pasó lo restante de la tarde. Margarita, que era sazoadísima, pidiendo licencia para salir allà fuera. Don Pedro Maza, picado de la agudeza de sus dichos, se levantò á tenerla, diciendo: En verdad, mi señora, que con licencia del señor Carlos Milanès, que avemos de danzar los dos, por que me han alabado mucho su despejo, y tengo deseo de verle. Hanle engañado á vuestra merced, mas con hazer lo que supiere, cumplirè lo que debo: y mandando que le truxeran vna harpilla pequeña, y Don Pedro con vna vigüela, danzaron los dos vna pavana con ayrosas, y diversas mudanzas. Quedò tan enamorado, que propuso en su corazon pedir la por esposa; y recibidos los aplausos de todo el auditorio, avisando Antonio Milanès, que esperaban las mesas; cenaron con mucho gusto, y mayor admiracion, de tan sumptuosos, y magni-

ficos banquetes: dando sobre mesa las debidas gracias, les pareció dar lugar à que los contentos desposados gozassen el deseado retiro, combidandoles Otavio Esforcia para el dia siguiente. En diversos pensamientos lo passaron Margarita, y Don Pedro lo restante de la noche, que no le pesara à la hermosa Dama de verse tan bien empleada. Y venido el dia siguiente, por detenerse las Damas en sus curiosos tocados, era el medio dia quando llegarò, à la gustosa junta, y assi le pareció à Antonio Milanès, no dár nada de desayuno. Entretuvose el breve rato en darle algunos motes à la desposada, preguntando como la avia pasado, à que Carlos tomó la mano en defender a su señora. Passada la comida, y bueltos a sus asientos, se tratò de en que se entretendria aquella tarde: dieronse varios pareceres, y Margarita deseosa de darle a Don Pedro alguna ocasion, dixo a todos: Lo mejor será, respeto del cansancio que tuvimos ayer con los muchos juegos, y bayles, que se haga vna Academia, en que estas Damas den assumpto a los Cavalleros, y sean obligados a responder en

lo que cada vno supiere: Y el señor Otavio Esforcia, como dueño de todo, será el Juez, sentenciando los premios merecidos. Parecióles á todos bien, y el Juez respondió: Pues no he de reservar á mi hija, que no la ha de valer la hermosura de despo-

sada. Dele assumpto al señor Carlos: Ella entre risueña, y vergonzosa: le dixo: Llegó mi esperanza al Puerto. Agradecido Carlos el Geroglífico, conociendo el gusto que le bañaba el pecho, y elevada en él la vista, dixo así:

*Engolfado navegaba  
el mar incierto de amor,  
y remando en mi dolor  
el corazón zozobraba:  
Era la tormenta braba,  
salió el Norte, y descubierta,  
me guió con tal acierto,  
que siguiendo su hermosura,  
viento en popa mi ventura,  
llegó mi esperanza al Puerto.*

Celebraron todos la enamorada respuesta, y el Juez mandó, que se le diera premio. Dióle la hermosa Teodora vn corazón de diamantes, y volviendosele á prender, le dixo: Pues no tengo en quien emplearle, será ocioso el recibirle, pues reynais en el que tengo, esso me basta;

qualquiera razon de los desposados, renovára el gusto de los presentes. El Juez mandó á la hermosa margarita, diera assumpto á Don Pedro Maza. Avia en el auditorio algunas Damas apasionadas, en particular la hermosa Bernarda, con quien avia estado tratado de casar, y por causas indife-

rentes Don Pedro avia despreciado el casamiento. Temerosa Margarita, de que le sucediera lo mismo, mirandole con vn gracioso desden, le

dixo: Vandolero es el amor. El discreto amante, reconociendo su temor, la quiso asegurar en la Decima siguiente.

*Por què llegais à culpar  
en Cupido los despojos,  
quando le dan vuestros ojos,  
las flechas para tirar?  
Vos sois quien sale à matar,  
no culpeis al Ciego Dios,  
y aqui para entre los dos,  
bella, y tyrana homicida,  
pues ya me quitais la vida,  
la Vandolera sois vos.*

No le pesò á Carlos de ver tan declarado á Don Pedro, y la noche antecedente, hablando con su nuevo padre, le diò á entender, no le pesaria de ver á su hermana tan bien empleada, mandò el Juez se le diera premio, y la hermosa Dama le diò vn curioso, y esmaltado cabestrillo, y mirando Octavio Esforcia á la hermosa Anarda, le dixo, le diera assumpto á Don Luis Esforcia su sobrino. Era Anarda de diez y seis años, de estrechado despejo, singular her-

mosura, y conocida nobleza. Amabala Don Luis ternissimamente, aunque no lo explicaba, por palabras expresas, por ser de natural vergonzoso, y encogido: propia condicion de quien sabe poco. Sentialo Anarda, y quiso dárselo á entender, mirandole con vn sobrecejo de grave honestidad, le dixo: Amor pierde por callar. Reconociò el enamorado mancebo su disgusto, determinado á declararse, la quiso satisfacer en los siguientes versos.

*Anarda, despues que os vi  
ardiendo en tan dulce fuego,  
aunque perdido el sosiego,  
es gloria la pena en mi,  
con el llanto en que me anego:  
Y pues me mata el rigor  
del Ceguezuelo traydor,  
y està mi vida en hablar,  
si amor pierde por callar,  
publiquese mi dolor.*

Sonriòse Don Luis el rostro, con tan encendidos colores, que causò en todos mucha risa, dandole alguna vaya. El Juez mandò se le diese premio, y la hermosa Dama le diò vna joya de cristal engarzada en oro; llegò à recibirla, diciendo: Por Dios, que pues estos Cavalletos se rien de mi, que les he de dàr motivo de mayor risa, y al tomar la joya, la afsiò la blanca mano, dandole en ella vn beso recio, y repentino. Creciò en todos el gusto, y celebrando el discreto despejo, empezaron vnos, y otros à glossar de repente muchos, y razonados disparates, mandoseles tanta parte de

la noche, que oyeron las campanas de Maytimes, y alborotandose por la mala obra que recibian los alegres, desposados, mandando à los criados encendieran hachas. Antonio Milanès, que estava en la puerta esperando razonada coyuntura, para dàr gustoso fin à tan glorioso desempeño, entrò en la sala, diciendo: Passo señores, que no por media hora mas, ò menos, dexarà mi sobrino de gozar los favores de su esposa. Vs.mds. han tenido mucha risa, y los juzgo muy enjutos de saliva, y no serà razon embiarlos tan secos de garganta. Acabadas estas razones, entraron quatro Pages

con grandes, y colmadas fuentes de costosos dulces, y llegando dos á los Cavalleros, y dos á las Damas, dieron lugar á que tomara cada vno lo que le dió gusto. Pasado el almibarado regalo se despidieron; renovando los alegres parabienes, y dando lugar á que el Amante Venturoso gozara en pacífica quietud de su amada Teodora.

Estuvo Don Enrique tan atento á la referida relacion, que no fue poco en Doña Lupercia, disimular la risa de verlo tan suspenso, y dandole todos las gracias, respondió: Dexen Vs. mds. esse aplauso para el señor Don Enrique, que yo creo, que mañana en la noche, nos dará vn buen rato. No dudo de esso, le respon-

dió, pues hallandome tan favorecido, acertaré á darles gusto á Vs. mds. si no es que el mucho favor me turbe. Dexar essa turbacion, le dixo Don Vicente, y vamos á acostar, que est arde, y le hacemos mala obra á mi señora Doña Lucrecia. Respondiòle: Mucho me ofendo de esso, quando es para mi de tanto gusto la merced que recibo; algun dia mostrarè el agradecimiento. Con esto se despidieron, y llegado el dia siguiente ultimo de Pasqua, las regalò Don Enrique con tantos platos, que se aventajò en dár á entender su franqueza. Estimaron todas su galanteria, y alzadas las mesas, dixo assi.



69

# EL ESCLAVO DE SU ESCLAVO.

## NOVELA QVARTA.



L suceso q̄  
tengo de  
referir, es  
digno de  
memoria,  
aunque es  
anti guo.

Quando el  
Condado de Barcelona no es-  
tara agregado à la Real Co-  
rona de España, Reynava en  
Cataluña vn Conde llamado  
Rodulfo : entre los grandes  
Potentados de su Corte, pri-  
varon dos de los mas nobles,  
y poderosos, mereciendo su  
gracia. El vno llamado Don  
Felix Centellas. Y el otro Fe-  
liciano Torrellas. Gozava D.  
Felix el absoluto poder del  
gobierno de Cataluña. Fe-  
liciano Torrellas, con su mu-  
cho valor, defendia sus tierras  
del Conde, de todos los enemi-  
gos, en particular de los Mo-  
ros de Argel, porque el Rey  
Moro las molestaba, en ven-  
ganza de vn Baxà, que le  
avian muerto los Catalanes en

vna batalla. Don Felix con el  
asistencia en Palacio, gozaba  
los favores de Blanca, her-  
mana del Conde, Dama de tan  
rara belleza, que pretendian  
su casamiento muchos Prin-  
cipes. No queria el Conde  
casarla, porque era incapaz  
de engendrar, y temia que le  
quitaría la Corona el esposo  
de Blanca. No le pesaba à ella  
del rigor de su hermano, por  
estar enamorada de D. Felix;  
y mostrandose esquiva en los  
favores que le daba, lo sentia  
el rendido amante, dandole  
amorosas quejas. Respon-  
diòle vn dia, que no se-  
ria posible passar à ma-  
yores demonstraciones, haf-  
ta que su hermano murie-  
ra, pues sin darle la ma-  
no de esposa, se aventu-  
raba su decoro. Estaba sin sus  
Damas, y Don Felix se arro-  
jó à tomarla vna, y besan-  
dosela, la dixo: Pues no me la  
quereis dar, yo la tomarè, para  
que su nieve temple el fuego,

que

que me abraza. Dióse Blanca por ofendida del atrevimiento, por que vna Dama entrò à la ocasion, y quedò tan triste del rigor con que le tratò, por dissimular su amor, que ofendido de las razones, se determinò à darle à entender su sentimiento, y aquella noche se fuè al terrero à dar vna musica, y significarle parte de lo que sentia. Como Blanca le amaba tan tiernamente, quedò arrepentida de averle tratado mal; y conociendo la discreta Dama su encubierta tristeza, le dixo: No escusè señora mia, el ser atrevido pues yà conoces mi lealtad, y tengo de quejarme, de que no la pagas, pues no descansas conmigo, conociendo mi amor. Era Rosimunda hija de la ama, que avia criado à Blanca, y pareciendole que se podia fiar de su prudencia, la respondió: No te espantes de mi silencio, pues no era permitido à mi decoro decirte mi cuydado:

y pues yà le viite en el atrevimiento de mi amante, no te quiero negar parte de mi amor, pues no fuera razon. No le pesaba a ella del rigor de su hermano, por estar enamorada de Don Felix, y mostrandose esquiva en los favores que le daba, los sentia el rendido amante, dándole amorosas quejas. Respondiòle vn dia, que atenta à su decoro, no se determinaba à mayor demonstracion, pues no era possible darle la mano de esposa, hasta que su hermano muriera. Respondiòla. Pues yo la tomarè aora, pues tengo lugar de besarla. Dióse Blanca por ofendida del atrevimiento. Quedò tan triste el rendido Cavallero, que se determinò à darla à entender el pesar que tenia, y aquella noche se fuè acompañado de vnos musicos al terrero, y despues de aver referido muchas letras, cantò solo la que se sigue.

*Adorado imposible,  
rompan mi triste acento  
las peñas à mis voces,  
los ayres con mis ecos.*

Què importan los favores,  
 si tantalo sediento,  
 tengo el agua à la boca,  
 con la sed que padezco?

Què importa en mi fortuna  
 aver llegado al puerto,  
 si bebo de mi llanto  
 el mar en que me anego?

Aunque es mi dicha tanta,  
 con justa causa siento,  
 que quanto mas la busco,  
 me falte al mejor tiempo.

Pues gustais de matarme,  
 yo morirè contento;  
 si el esclavo leal,  
 siempre obedece al dueño,

Quitame yà la vida,  
 y ha de ser advirtièdo,  
 que estais con gran peligro,  
 pues reinais en mi pecho.

Pudieron tanto en el corazon de Blanca estos versos , que dandole vna llave maestra , le permitio entrar en su quarto , favoreciendole con tan amables finezas , que dentro de po-

cos meses , se sintio preñada: Tenia Don Felix vn secretario llamado Alberto , de quien pudo fiar su amoroso cuidado , mandandole , que con toda diligencia previniera

VNA

vna ama, dandole à entender, que la criatura era suya. Saliò Blanca, diciendole à su hermano, gustaba de ver el mar. Amabala el Conde tanto, por verla tan obediente à su gusto que la concediò quanto le era pedido. Llegò al Castillo de Monjuique, y estuvo alli quince dias. Pariò vna niña, à quien pusieron Matilde, fiando este secreto de vna Dama, à quien estimaba. Estaba Alberto à la mira, y cogiendo el dichoso fruto, fuè à toda priesa en casa del ama, que tenia prevenida. Criò la hermosa niña hasta edad de seis años. Saliò tan parecida à su madre, que temiò no se descubriera el secreto con el verdadero retrato. Determinò Don Felix, por asegurarle el temor, que Alberto, y el ama se fueran à vivir à vn Puerto de mar cerca de Barcelona, llamado Piana, donde estuvo quatro años. Vivian melancolicos sus padres con el ausencia de Matilde, porque Don Felix no podia ir à verla, por no dar sospecha. Mandòle à Alberto, que para el consuelo de su madre se la truxera retratada en vna pequeña lamina. Hizo el leal criado la diligencia, estando deter-

minado de llevarlo, sentia Matilde su ausencia con tal estremo, q̄ para engañarla la sacaba vn dia antes de su partida à correr el mar en vna faluca, y contenta del paseo, le daba licencia para que se partiera: fue tan desgraciada esta postrera salida, q̄ alargandose mas de lo justo, fueron cautivos de repente por vn Pirata cosario, q̄ andaba encubierro, haciendo algunas presas: y llevados à Argel, fuè el Pirata à Palacio, codicioso de la ganancia, como la niña era tan hermosa, à presètarla à la Reyna Sultana. Estimò el presente, mandando que le dieran ducientos doblas, porque su trato del cosario era vender los esclavos que cautivaba, siguiendosele grandes medras, y mirando que Alberto tenia buen tallo, y parecia noble, se lo vendiò à vn Moro llamado Audalia, porque le tenia encomendado vn buen esclavo. Era Audalia estimado del Rey, por su mucho valor. Servia vna Dama de la Reyna, llamada Xarifa, y aunque servia à su Rey con lealtad, era inclinado à los Christianos, y sabido de Alberto, que Matilde era su hija, y que el Pirata la avia llevado à Palacio, le consoliò di-

cien:

ciendose, que no lloràra, que el encargaria à Xarifa; su señora, cuydara de su regalo. No fue menester el ruego de Audalia; porque los Reyes pusieron tanto amor en la cautiva, que deseosos de que dexara la Santa Fè, y tomara su Ley para rendirla à su voluntad, la regalaban con extremo, vistiendola à la Morisca, ricas, y costosas galas. El Rey, por dar gusto à la Sultana, juntò sus Baxaes, y Moros de estima, y dandoles à entender el deseo de su esposa, les dixo, que en las zambas, y fiesta de Palacio, galanteassen à la cautiva, procurando reducirla à que dexara su Ley, y que prometia al que la venciera, darle grandes dones; y si estuviere enamorado de ella, prometia darsela por muger. Alberto, mirando su perdicion, quando lo cautivaron, mientras dormia la chusma, la dixo à Matilde su illustre nacimiento, y quien eran sus padres, encargandola con muchas lagrimas, que guardasse la Fè Catholica. Respondiòle: No dudes de mi, padre mio, aunque soy niña, que yo morirè por mi Fè, aunque me maten. Era Matilde de claro entendimiento, y acordandose de lo

que Alberto la avia encargado se mostraba desdenosa, diciendo à la Reyna, que ella no avia de casar con Moros, pues era Christiana. Sintiòlo Sultana con tanto extremo, que à no amarla tanto, la diera muy mala vida; y fiada en el tiempo, y en los muchos regalos que la hacian, templaba su enojo, creyendo serian bastantes à vencerla. En esta ocasion sucediò, que Audalia saliò con sus Galeotas à correr las Costas de Cataluña, para hacer algunas entradas de importancia. Tuvo Feliciano aviso, y saliò à resistirle con tan dichoso acierto, que Audalia fue cautivo. Bolvieron las Galeotas à Argel, y el Rey Moro sintiendo su pérdida, tratò de rescatarle, embiandole à Feliciano muchos, y ricos dones, y mil doblas. El noble Catalàn, como Audalia era tan valeroso, le tratò con tanta cortesia, que le sentaba à su mesa, mandando à sus criados le sirvieran, como à su misma persona. Agradeciò el Moro, le cobrà tan verdadero amor, que à no estàr enamorado de Xarifa, diera por bien empleado su cautiverio. Venidos los Embaxadores del Rey Moro, dieron à Feliciano su Emba-

xada. Respondiòles, que no le daría por la Corona Real: porque Andalia hacia muchos daños en las tierras del Conde su señor, y que teniendo preso, se atajaban. Partieron los Embaxadores, y retirandose el afligido Moro à su aposento, heria su rostro con duras bofetadas, dandose tantos golpes en su cuerpo, que no le podían detener los criados. Dieron aviso à su dueño, y venido al aposento, le dixo: Qué es esto Audalia? Como te dexas llevar de tu furor? Tan maltratamiento te hago? No te regalo, y te estimo? Mal pagas mi voluntad. Respondiòle: Amado señor de mi corazón, no siento yo el verme en tu poder, mayor es mi desdicha. Dixole Feliciano: Pues dime lo que sientes, que te juro, por quien soy, de remediar tu pena, si està en mi mano. Respondiòle: Si cumples tu palabra, poderoso, y noble Catalàn, yo te juro, por Alá, que yo, y mi amada Xarifa, feremos eternamente tus esclavos, y dandole cuenta de sus amores, remató su plática, con decirle: Miña, señor amado, si tengo razon de llorar, pues me veo yo cautivo, considerando, que es

Xarifa de las mas hermosas Moras que tiene Argel, y estimada de la Sultana, servida de los Moros de mayor estima, y que yo ausente, trocará su amor en olvido. Acabò estas palabras, y contant las lagrimas, que enterneciò el noble corazón de Feliciano, y le respondiò: Darte libertad, facil es para mi, si me prometes, como noble, no tomar las armas en contra del Conde. Arrojàse à sus pies, diciendole: Hasta aora fuy tu cautivo; yà soy tu esclavo, y tan leal, que te juro de bolver à tu poder, en gozando la hermosa mano de mi adorada Mora. No quiero yo que buelvas, le dixo Feliciano, solo quiero que cumplas tu palabra, no inquietando las Costas de Cataluña, y dandole passaporte, y vna nave proveida de lo necesario, le dexò partir. Llegado à Argel, fue à Palacio, y el Rey contento, y admirado de verlo, le preguntò: Qué dicha es esta, pues mi presente no bastò à rescatar te? Diòle cuenta de todo, suplicandole lo empleasse en la guerra, en contra de otros enemigos, permitiendole que cumpliera su palabra: Yo te estimo tanto, le dixo el Rey, que no quiero

aventurar tu persona. No salgas de la Corte sin mi orden; y pues Xarifa es causa del contento que me ha dado el verte; luego al punto la darás la mano. Besòle Audalia los pies, agradeciendo su dicha. Otro dia se celebrò con mucha zambra, y fiestas. Quedò tan abrasado de zelos vn poderoso Baxà, que amaba à Xarifa, que se determinò de pedir licencia al Rey, para seguir las Costas de Cataluña, pues Audalia las avia dexado. Fuele concedida la licencia, y dandose al mar siguiò su derrota. Como Feliciano estaba seguro de que Audalia cumpliria la palabra dada, quiso descansar, algunos dias, y saliendo à recorrer los Puertos, para ver lo que faltaba en ellos, pareciendole que el mar estaba seguro, no fue con preticho de guerra suficiente. Llevaba en su compañía hasta cien Soldados, fueron asaltados de repente de vnas Galeotas, que traia el Baxà. Contento con la presa, pareciendole eran hombres de importancia, diò la buelta à Argel, sin saber lo que llevaba, que no fue poca dicha para Feliciano. Desembarcados, mandò el Baxà llamar à vn Corredor, encargandole ver-

diessè aquellos esclaves, para aumento de las pagas de sus Soldados. Puestos en el mercado, saliò Audalia à verlos, como supo que eran Catalanes, y conociendo à Feliciano, fue tanto su pesar, que no fue poco dissimular su pena. Llegandose al Corredor, le preguntò, quanto queria por aquel esclavo, pidiòle trecientos cequies, y sin reparar à la paga, le comprò, y llevò consigo. No le conociò el afligido Cavallero, por las muchas galas que vestia. Llegados à su casa, le mandò esperar en vna sala, y entrando al quarto de su esposa, mandò retirar las cautivas, y quedando solos, le dixo: Querida esposa, tengo en mi poder el dueño que adoro, y que me diò la vida, pues gozo por su causa tu hermosura. Tenian intento de recibir la Fè Catholica, y porque Xarifa amaba con tierno amor à Matilde, no avia Audalia hecho fuga, esperando ocasion de poderla robar; y saliendo à la sala donde estaba su dueño, arrodillandose en su presencia, le dixo: Amado señor, dà la mano à tus esclavos, mi Audalia te comprò para darte libertad, y ganar perpetua fama con el blason

de su lealtad, pues desde oy será Esclavo de su Esclavo. Quedò Feliciano tan turbado del impensado gozo, que no acertaba à responder, y echándole los brazos al cuello à su leal siervo, le dixo: Yà noble Audalia, doy por bien empleada mi desgracia, por aver conocido tu leal corazon, rogandole, que se sentara, y dandole à entender el proposito que tenian de ser Christianos, y bolver à su poder, le contò Audalia el cautiverio de Matilde, y el intento de los Reyes, y que el tenia en su casa à su padre ocupado en los jardines. Pidiòle Feliciano, que le llamara. Respondiò Audalia, seria mejor baxar al jardin los dos, porque sus Moros no entendieran nada, y que seria à proposito, que asistièra alli en compaõia de Alberto, mientras se disponia su viage. Respondiòle Feliciano, que fuera de suerte, que se partieran juntos, porque no dexaria à Argel, hasta llevarle consigo. Llegados al jardin, le dixo Audalia à Alberto: Noble cautivo, vès aqui à Feliciano mi señor, de quien tantas veces hablè, yà le he contado el cautiverio de tu hija, sia en Dios, que con su venida tendrèmos buen

sucesso: lolo temo, que por su pèrdida no embie el Conde su rescate antes de nuestra fuga. No ay que temer esso, respondiò Feliciano, porque su Alteza queda tan malo, que dudo de su vida, y no se atreveràn à darle pesadumbre. Quedò Audalia contento, encargandole à Alberto cuydara de su regalo. Con esto se despidiò, mandandole à vna cautiva le aderezasse vna sala en que asistièra. Quedando solo Alberto con Feliciano, le dixo: Pues mi dicha ha sido tanta, que ostruxo Dios en esta ocasion, mirad señor Feliciano este retrato, y os dirè vn secreto, que nunca saliò de mi pecho. Mirò el retrato, y admirado de su rara belleza, le preguntò, si era de su hija perdida. Respondiòle: Si señor: Venid conmigo, que solo de vuestro valor, fiarà mi lealtad vn secreto tan importante, y sentandose en la vasa de vna hermosa fuente, debaxo de vnos copados naranjos, le contò quien era Matilde, diciendole, que como Audalia era Privado de el Rey, le permitian, que la fuesse à ver, creyendo que era su padre, que pues el Rey daba licencia para que la galan-

tantearan ; que mirasse que orden podrian avèr para sacarla de cautiverio , pues Audalia se mostraba tan favorable. Respondiòle, como yá le avia dicho que tenia intento de robarla. Otro dia baxò Audalia à saber como lo avia passado aquella noche. Respondiòle Feliciano , que muy bien , y que seguro de su lealtad , le pedia pagasse la fineza que le debia, pues le avia dado libertad , porq̄ gozàra de su amada Xarifa , que él estava enamorado de Matilde, que yá no sería posible vivir sin verla; mientras llegaba el dia de su partida , que le llevase à Palacio , para que gozàra de su amada vista. Respondiòle Audalia , que si le llevaba como cautivo, no sería estimado, que vistièsse galas à la Morisca, pues no era conocido , y que darìa à entender al Rey , que era su deudo , y que avia estado mucho tiempo cautivo, y que se le llevaba presentado, para que le ocupara en su servicio. Sabia Feliciano mucha parte de la lengua Arabiga: pareciendole bien la determinacion del prudente Moro , le dixo la pusiera por obra. Hicieronse las galas , y Audalia dixo à Xarifa fuesse à vèr à la Reyna , y dièsse à entender à

Matilde quien era Feliciano; porque no se mostrasse esquivada teniendole por Moro. Fue la discreta Mora à Palacio , y fue bien recibida de la Sultana, por lo mucho que la estimaba. Diò cuenta à Matilde del concierto de su esposo, pidiendole que dièsse favores à su señor Feliciano, asegurandole, que merecia gozarla por amada , y esposa. Tenia Matilde satisfacion de que Xarifa guardaba en secreto la Ley Christiana, y dando credito à lo que le dixo , no supo palabras con que agradecerle el cuidado, prometiendo hacer lo que le pedia. Pareciendole à Audalia era hora de executar su engaño, le mandò à Alberto hiciera vnos ramilletes que llevar à la Reyna , para darle lugar de que viera su hija. Llegados à Palacio, dixo al Rey lo que llevaba determinado , añadiendo , que Mostafà su primo era tan cierto, que si le daba licencia de servir à la Christiana , no avia duda de que la venceria. Quedò el Rey tan pagado del buè talle de Feliciano , que le diò oficio de Secretario , diciendole, que si vencìa à la cautiva , cumpliria la palabra que tenia dada, que acudiera à la tarde al sarao que avia en Palacio.

cio. Bolvieron tan contentos con el buen despacho que avian tenido, que no acertaba Feliciano à encarecer su gusto. Dixole Audalia, pues aora falta lo mas importante. Alberto se ha de partir à Barcelona con tus cartas, pidiendo ayuda para quando llegue el dia de nuestra ida: Yo pedirè al Rey licencia para salir à resistir las Galeotas que vinieren, porque de otra fuerte tenemos peligro de riguroso castigo, si el Rey entendiera que dexabamos la ley Mora. Diràs por tu carta: Señor, que vengan las Galeotas en publico, haciendo estrago, y avisando las espías de su venida. Serà facil el dexarnos prender, y conseguiremos el dichoso fin de nuestro intento. Tábien se advertirà en la carta, que en llegando à dár vista, se pondrà en nuestra Galeota vn a Vandera en la

gavia, para que conozcan que vamos dentro. Abcazòle Feliciano, estimando su lealtad, y alabando su entendimiento; y por ser hora de ir à la fiesta, le pidió, que no se detuvieran, porque deseaba ver à su dueño. Subiò Alberto con los ramilletes, tomò Feliciano vno de candidas mosquetas: quando llegaron à Palacio, estaba empezado el sarao, y visto que danzaban algunos Moros con las Damas, esperaron à que dexàran el sitio. Entrò Alberto à dár los ramilletes, y dixo à los musicos, que tocasten vn Canario à la Morisca, porque Mostafà querria danzar en presencia de los Reyes. Tocaron el son que les fue pedido, y entrando en la sala, y hecha la reverencia acostumbada, danzò con el ramillete de las mosquetas en la mano, cantando la letra que se sigue.

*Estas flores son pintura  
de vuestra hermosura, y gala,  
à la mosqueta se iguala  
vuestra candida blancura,  
presagio es de mi ventura,  
quando os pido, que troqueis*

*conmigo la Fè, y vereis,  
Christiana, pues ya os adoro,  
que estimo en vuestro decoro  
lo mucho que mereceis.*

Acabada la danza, hizo reverencia à los Reyes: llegó al estrado de las Damas, besando el ramillete, se le dió à Matilde. Tomòle, diciendole: Moro, no puede ser por aora el daros la fee que me pedis, bastará que os favorezca en recibir la que me ofreceis en estas flores, cosa que no pensè hacer, pues siendo Christiana, ni puedo amaros, ni permitir que me ameis. Quedaron los Reyes contentos de verla humana, quanto zelosos los pretendientes, en particular, vn Moro llamado Zulema, y dandole al Rey la queixa de que avia admirado à Feliciano en el farao. Le respondió, Mostafá es noble, y primo de Audalia: de què es tu queixa? quando conoces que ninguno de vosotros gozará à la Christiana por muger, sino fuere el que la obligare à dexar su Ley, y seguir la nuestra, trabaja por vencerla, y será tuya. Con esto cesò el festin, y acabada la

fiesta, bueltos à casa Audalia, y Feliciano, se determinò que Alberto se partiera, dando à entender que los Redemptores de la Merced, que estaban al presente en Argel, se le avian rescatado à Audalia, para llevarsele con los demás cautivos. Navegaron con tan prospero viento, que en breves dias tomaron Puerto en Barcelona, y desembarcados, supo que el Conde era muerto, y que Blanca avia dado la mano de Esposa à Don Felix su señor. Con el contento de tal nueva, pidió al Padre Redemptor le permitiese ir à ver al Conde, y que le asseguraba vna gran limosna. Diò licencia, y llegado à Palacio, le conocieron todos, y dandole la nueva à Don Felix, mandò le truxessen à su presencia, y que dando à solas con èl, le dixo: Què es esto Alberto? Donde està mi hija? Què cuenta me dais de la joya que os entreguè? Siempre os tuve por traydor desde el dia que fuís-

fuiſteis adondeno ſupe de vos. Reſpondiòle : antes por fer tan leal , no ha ſabido V. Alteza de mi : y deſpues de darle el parabien de el nuevo eſtado , le dixo : Lea V. Alteza eſta carta , y verà en ella donde eſtà ſu prenda , y lo mucho que debe à mi lealtad. Abrió a carta , y leida , quedò admirado , de que Feliciano eſtuviaera cautivo : porque en Barcelona ſe entendia que andaba corriendo los mares en ſu acostumbrado exercicio. Diòle Alberto cuenta de todo , y quedò eſpantado de la nobleza , y lealtad de Audalia , y entrando al quarto de ſu eſpoſa , la diò las alegres nuevas , diciendole eſtaba determinado de ir ea perſona à traer à ſu hija , y previniendo à toda prieta ſeis Galeras con el pertrecho , y matalotage ſuficiente à guiſa de pelea , y partiendo con la referida prevencion , tomó ſu dorrota. Dentro de pocos dias dieron auiſo las eſpias de ſu venida. Alborotòſe el Rey Moro con la impenfada nueva , mandando à toda prieta ſe previnieran para ſalir al encuentro. Pidieron Audalia , y Feliciano licencia al Rey para ſalir , diciendo Audalia , que pues el Catalàn los in-

quietaba , no debia èl cumplir la palabra que le avia dado. Tuvo el Rey por bien ſeguro de ſu valor , y armando ſus Galeotas à toda diligencia , procurò entrar en la ſuya todos los mas Chriſtianos que pudo , diciendo , que aquellos perros hacian ſeta en la Ciudad , y era mejor darlos al remo. Vn dia antes de la embarcacion fue Xarifa à ſuplicarle à la Reyna diera licencia à las Damas , para que fueran con ella à ver partir à ſu eſpoſo , pues era dia de tanta fieta. Concediòle la Sultana lo que pedia , y Matilde le rogò la dexara ir con ellas. Reſpondiòle : Si tu hicieras lo que yo quieto , yo te diera guſto en lo que me pides. Dixo Matilde : Yo ſeñora mia , te prometo , ſi me caſas con Moſtafa , de darte guſto , que el mucho amor que le tengo me obliga , con el ſentimiento de ſu auſencia à pedirte , que me dexes ir à verle partir. Quedò tan contenta la Sultana , que recabò del Rey permifiſion para dexarla ir. Llegadas todas à la playa acõpañadas de la Guarda , les pidió Audalia , que entraran en ſu Galeota , pues eſtaba amarrada , para ver desde allí la embarcacion. No quie-

ron entrat las Damas, temiendo el mar, y Matilde le pidió à Xarifa, que entrassen las dos, porque gustaria de ver à Mostafa. Contentas las Moras de verla inclinada à quererlo, creyendo que estaba determinada à dexar la Santa Fè. Pidieron al Capitan de la Guarda, que pues los Reyes gustaban de aquello, la dexasse entrar: Embarcòlas Audalia contento de su dicha, aviendole metido aquella noche de secreto en la Galeota toda su riqueza. Quiso esperar para assegurarlos à que se embarcàran los Capitanes, y Moros de pelea, y cortando las amarras, alzadas las anclas: partiò la Galeota siguiendo à las demàs con tan poderosa ligereza, que pareció que vsaba, mas parte de los vientos, que de las aguas. Turbados de verla partir los que estaban en tierra, fueron à dár cuenta al Rey, pareciendole à la Sultana, que sería descuydo de los Marineros; y que estando Xarifa dentro, bolveria la Galeota al Puerto. Antes, dixo el Rey, que se arme à toda priessa vna falua, y vaya por las mugeres, para escusarle esse enfado à Audalia, fueron à ponerlo por obra, mas no fue có tanta brevedad

que no diessen lugar, como el viento era favorable à que se engolfaran, lo que les bastò para dár vista à las Galeras que venian en su busca. Puso Feliciano la seña, y conociendo Don Felix era aquella Galeota en que venian, diò orden de que passara la palabra en sus Galeras, para que salieran à impedir el passo à las otras Galeotas, para que no dieran favor à la que trata la banderola, y que en disparando vn cañon de cruxia su Galera, embistieran las demàs à la resistencia, y bogando à toda priessa los remeros, llegó la Galeota à dár cara, embistiendo con la Galeota, aunque hizo Audalia demonstracion de pelea, diò lugar à que de la Galera arrojasen los ferros para prenderla, y aviendola asido, se disparò el tiro, salieron las Damas à la seña, disparando en ellas las piezas de artilleria. Reconocieron los Moros, que iban cautivos Audalia, y Mostafa, y temerosos, mirando que las Galeras les hacian ventaja, se pusieron en huyda, siguieron los hasta perder de vista la Galera de su dueño, y pareciendoles à los Capitanes de Galera, que ya estaba en salvamento, cortando las aguas bolvieron en

su seguimiento, y conociendo las fugitivas Galeotas la chalupa que venia, la detuvieron contando lo que pasaba, y sabido por el Rey la desgracia, sintió la pérdida de Audalia, y de Matilde con tanto estremo, que no se puede encarecer. Llegados los dichos Catalanes al Puerto, y desembarcados, fueron recibidos de Blanca con tantas lagrimas de ver su amada prenda, que causò general tetnura en todos, abrazando à Xarifa, le dixo: Noble Mora, dueño seràs de quanto tengo: hincò la rodilla, diciendo: Yo señora, serè Christiana: no quiero en premio mas de que nos bauticen à mi, y à mi esposo. Prometiò hacerlo en descanfando, porque queria ir à visitar à la Virgen Santissima de Monferrate, para dàtle las gracias de tanto bien. Previniéronse quatro lamparas de quatro mil ducados cada vna, ricas relas para frontales, y ornamentos, y dos mil ducados para el aumento de la caridad, que se dà à los muchos Peregrinos que visitan aquel Santuario. Estuvieron todos nueve dias en su Santa Casa, fueron bautizados en ella los dos nobles Moros: pidiendo Xarifa le pusieran el nombre

de aquella Divina Señora, y fue llamada, Maria de Monferrate: Y preguntandole à Audalia, que nombre queria. Respondiò, que pues los avia servido à entrambos, que sus dos nombres, pues avia sido tà feliz, que se avia logrado su intento, y assi le pusieron, Felix Feliciano, y venidos à la Corte, les dixo, que seria bueno embiarle al Rey vn presente, en agradecimiento del buen tratamiento que le avian hecho à Matilde. Pareciòles bien su prudente consejo, y Don Felix mandò, que todos los Moros que fuesen de Argel, pareciesen en su presencia, para vestirlos, diciendole à Audalia sacasse à su voluntad galas dignas de Reyna, para la Sultana, enjaezando cien cavallos encubertados de brocado, y quatro mil treintines de oro, embiando dos Grandes de su Corte, lo embiò todo al Rey, diciendole en vna carta, que no le embiava à Audalia, y à Xarifa; porque avian recibido el Santo Bautismo, y que Matilde era su hija, y le embiaba a quel presente en rescate. Llegada la nave al Puerto de Argel, sabido el Rey que venian de paz, diò licencia para que saltaran en tierra. Llegados a Pa-

lacio, refirieron el presente que traian dando la carta, y considerando el Moro, que ya no tenia remedio, y mirando la noble correspondienciam de los dos valerosos Catalanes, les embiò su Embaxada, agradeciendo el presente, y que en demonstracion del grande amor que avia tenido à Matilde, queria tener con ellos perpetuas paces, empenando su Real palabra, de no quebrantarlas. Bolvieron los Embaxadores contentos con la buena nueva, renovandose en Barcelona muchas, y alegres fiestas, y Audalia pidiò à su dueño, que en perpetua memoria de su lealtad, se hiciera una pintura, en que retratara

todo lo referido, y se pusiera en parte publica, donde fuera vista de todos. Prometiò darle gusto, y mandò que en lo alto de vna pared se hiciera vn grande nicho à modo de Capilla, mandando à vn diestro Pintor, que tomando la medida del ambito, retratara vna pequeña Imagen de la Virgen Santissima de Monferrate, y y que pintara à los lados à Audalia, y à Xarifa, con galas de Christianos, y que cupiese vn mapa, en que se retratase todo lo sucedido, y que en lo alto pintase la Fama con su trompeta en la vna mano, y en la otra vna targeta, y en ella escrito de letras Goticas, este verso.

*Cante la Fama inmortal  
de la firmeza que alato,  
que fue Esclavo de su Esclavo,  
Audalia, por ser leal.*

Acabadas las pinturas, se adornaron las calles de ricas colgaduras, y sumptuosos Altares, y llevaron à la Divina Imagen con solemne Procesion, y puesta en lo alto del nicho, y el mapa debaxo con una dorada rexa por delante.

Vivieron todos despues largo tiempo, gozando Audalia el oficio de Mayor domo Mayor, y Xarifa el de Camarera. Casò Alberto con vna Dama de Blanca, gozando quatro Lugares de Señorío. Tuvo Matilde dos hijos varones, que Rey

naron despues con gloriosa memoria.

Acabada la referida relacion, dieron todas las gracias à Don Enrique, y dixo Doña Lucrecia: Yo quedò tan picada del gusto que avemos teni lo estas noches, que avemos de passar adelante el tiempo que duraren las vacaciones. Mañana contarè vn caso que me contò Don Antonio, que estè en el Cielo, y darè à Vs. mds. la cena à su costa: pues los muchos regalos que me han dado esta Pasqua, seràn bastantes à facarme de la obligacion. Celebraron el donayre con mucha rifa, y retirandose à sus quartos, y llegada la hora, el siguiente dia pi-

dieron à los dos amigos; que mostrassen sus habilidades. No quedará por mí, dixo Don Enrique, y tomando vna viguela, cantò algunas lerras: y acada la musica, le dixo D. Vicente, que le tocasse vna Pabana; y saliendo al puesto, danzò con tan ayroso despejo, que à no estår Doña Getrudis tan prendada, fuera bastante à rendirla. Traidas las mesas, los regalò Doña Lucrecia con mucha galanteria: y acabada la cena, dixo assi. El suceso que he de contar, aunque tiene mucha parte de tragico, es digno de ser referido, por los dichos fines que tuvo.



QVIEN

# QUIEN BIEN OBRA, SIEMPRE ACIERTA.

## NOVELA QUINTA.



Después de aver servido ocho años en Flandes, vn Cavallero Cordovés, llamado Don Alonso de Saavedra, por averse confirmado las paces de los Reyes, y retirandose los campos, pidió licencia à su General para bolver à su Patria: fuele concedida, y embarcandose acompañado de vn esclavo que llevó de España, y dos criados, que en Flandes le avian servido, desembarcó en Sevilla por el riñon del Invierno. No quiso avisar de su venida, por dar à su casa aquel repentino gozo: y saliendo à la Iglesia Mayor à oír Missa, encontró vn mozo del camino, con quien avia caminado antes de ausentar se, llamóle, y venido à su presencia, le preguntò, si daba viajes. Respondiòle, que sí, y

que los daba por su cuenta, porque tenia nulas de suyo. Alegròse D. Alonso de verle tan medrado, diciendole, que lo avia menester, porque avia de ir à la Corte, y de passo avia de entrar en Cordova, q̄ todo lo que fuesse, se le pagaria con mucha ventaja. Respondiòle Francisco, que con él iria al cabo del mundo. Estimòle la buena cortesía, y aunque el tiempo era riguroso, se determinò à partirse luego, y prevenido lo necessario, salieron de Sevilla à ocho de Noviembre. El segundo dia de su viaje, casi à la vista de su Patria, le sobrevino vna tan repentina tempestad, que obscureciendose la luz, arrojaban los Cielos espesas lanzas de vn congelado, y grueso granizo, con truenos, ayre, y relampagos, que le cegaban la vista, convirtiendose en breve  
tiem;

tiempo , en tan copiosa lluvia que pensaron anegarse. Afligidos de tan impetuoso rigor, se determinò Don Alonso, antes que la noche cerrara sus lobregas puertas, entrar en vn espeso, y dilatado olivâr que estaba vn quarto de legua del camino , y picando à toda priesa , entraron en el, buscando sitio en que guarecer parte de su disgusto, amparados de sus gruesos, y copiosos troncos , haciendo dosel de las capass, asidas à las ojasas ramas. Durò el copioso torbellino , à su parecer de los afligidos caminantes, hasta mas de las once de la noche, y sossegado, descubriò la hermosa Cintea su plateado rostro, y à los confusos rayos de su breve luz, conociò Don Alonso que estaba cerca de vna zanja, termino que partia otros olivares. Dentro de vn breve tiempo, oyeron relinchos de cavallos, que venian cerca de la otra parte, temieron no fueran ladrones, y previniendo las armas, prestando mucha atencion, vieron venir dos cavallos, y que del vno se arrojaron dos hombres, y llegando vn dellos al otro cavallo, puso en tierra vna muger que venia llorando, arrojandose tras della

vn hombre que la traia consigo. Dixo la llerosa muger en tono baxo: Señor, piedad; como es possible, que en vn pecho tan noble, cabe tal crueldad! Respondiòle: No ay que llorar, que esta voz de falso, y engañoso cocodrilo, indigna mas mi irritado corazon; diciendo à los otros, daos priesa, pues el rigor de la noche nos ayuda. Sin responderle tomaron dos azadas que traian prevenidas, y empezaron à cabar al pie de vn grueso tronco. Quedò Don Alonso admirado del lastimoso, y repentino suceso, y determinado à no consentir tan grande alevosia, dixo muy quedo al esclavo, y à los criados: arrojaos con los azeros defaudos contra estos traidores, para que yo tenga lugar de robar esta muger, y ponerla en salvo, mandandole al mozo tuvièsse à punto las dos mulas en que venian, y que iban à la Corte, pues yà no era possible entrar en Cordova, diciendole à Rodrigo que en la Venta de los Santos los esperaba. Mientras daba esta orden, dixo vn delos que cavaban: Señor, yà me parece que està bueno este hoyo, llegòse à mirarlo, y respondiò: Cabadlo  
has

hasta el centro, para que dexé en él enterrados, mi agravio y mi venganza. Parecióles à los criados del Noble Cordovès, no dár lugar à que bolviessè donde la muger estaba, y arrojandose à él, se le pusieron delante, acosandole, para que se apartasse, y trabados todos en pendencia, salió Don Alonso, y assiendo la muger por el brazo, la dixo: Venid conmigo, que en mi poder nadie os ofenderà. Bien entendió serìa Vandole-ro, mas no por esso dexò de seguirle, considerando, que estaria mejor en poder de ladrones, que no en las brasas duras de la espantosa muerte que esperaba. Estaba yà Francisco con su mula, y arrojandole Don Alonso la muger en las ancas, subió en la suya, y partieron por los atajos, para llegar mas presto à la referida Venta; y conociendo Rodrigo en el ruido, que yà su dueño avia partido, quiso abreviar con el peligro en que quedaban: y sacando dos pequeños pistoletes que traía, disparò el vno, hiriendo à vno de los que cavaban, y disparando el otro, hizo lo mismo de su compañero. El cruel hombre temiendo lo mismo, le rogò no le quitara la

vida. Respondióle Rodrigo; pues vere por essa espesura, y agradece que no te mato. Y bolviendo à los dos cavallos èl y lus compañeros, los mataron, porque no fueran en su seguimiento, y bolviendose donde estaban sus mulas, subieron en ellas para ir à la Venta donde los esperaban: Avia dado à entender el mozo à los Venteros, que llevaba aquella muger, para que sirviera à vna señora, que se la tenia encomendada, que le dieran vna cama, mientras llegaban vnos criados de aquel Cavallero, que con la tempestad se avian perdido. Preguntò Don Alonso, si tenian algunos regalos considerables. Respondió la Ventera, que si, que buenas gallinas, y mucha caza, y frutas del tiempo. Mandò, que se cocieran quatro gallinas para llevar salpimentadas, y que aderezassen vnos conejos y perdices, para tomar vn bocado, porque se avian de ir luego. Pusieronlo por obra, y llegados los criados, sin preguntar por la muger, almorzaron, y previniendo lo que avian de llevar, partieron teniendo no vinieran à buscarlos: apartados de la Venta mas de vna legua, dexaron

el

el camino Real, y entrandose entre vnas tajadas peñas, quiso saber á quien llevaba consigo, para ver el riesgo en que estaba: porque la encubierta Danra traía vna mascarilla, y apeados le dixo: Yá señora, aveis visto, que avemos puesto todos á riesgo las vidas, por defender la vuestra: y si esta voluntad merece correspondencia, os ruego que os descubrais, y me digáis quien sois, y adonde quereis que os lleve: Mi viaje era á la Corte, mas yá no será sino el que vos quisieredes, hasta dexaros segura. Respondiòle con desprenderse la mascarilla, descubriendo vn rostro de tan rara belleza, que los dexò admirados, y mas confuso á Don Alonso: porque en su honesta gravedad, demostraba ser muger principal, y así lo diò á entender, diciendole, no le negasse la verdad. Respondiòle: Ingrata fuera yo á no cumplir vuestro deseo. No dirè quien soy, bastará que diga la causa de mi desdicha. Yo soy de Cordova, y de tan conocida nobleza, que puso los ojos en mi vno de los mas principales Cavalleros que ay en ella, que en dezidos que es su nombre Don Luis de Saavedra, os digo

su calidad. Galanteòme con tan encendidas, y continuas finezas, que ganò en mi pecho el lugar, que ya no perdera, si no pierdo yo la vida. Hablabale de noche por vna ventana baxa, y vna noche encareciendome su amor le respondi, que se conocia mal fu fineza, pues siendo iguales en calidad, y nobleza, no me pedia á mi padre Satisfizome con dezir esperaba vn hermano que tiene en Flandes, y que no tendria gusto cumplido, si no estaba presente á celebrar su dicha; Yo os aseguro, que me diò tanto deseo de conocerle, que lo mas de nuestro viaje era tratar de su venida. Sucediò por mi desdicha, que tratando en el Cabildo de sacar las suertes de Procuradores de Cortes, por ser mi padre, y mi amante Ventiqatros, se encontraron los dos sobre sacar vna suerte, con tan encendida colera de mi padre, que desmintiò á Don Luis, y ofendido, sin acordarse de que yo reynaba en su pecho, diò á mi padre con el sombrero en la cara: sacaron las espaldas, y sin poderlos reportar se hirieron tan mal, que se dudò de su vida. Deciros mi pena,

serà imposible, porque todos en mi casa son mis enemigos, y no tave de quien fiarme, para saber de su salud. Sacaron, para mayor desgracia mia, porque tratando de las paces, se declarò mi padre por su enemigo, y de todo su linage, y de quantos le hablaban en las amistades. Alteraronse todos de suerte, que faltò poco para que huviera bñados. Pidiòle el Corregidor à Don Luis, que se ausentasse por algun tiempo: diò à entender que se iba à Valladolid, quedandose escondido en vno de sus cortijos, dos leguas de la Ciudad. Quando se partiò, temeroso de que yo, indignada, mudaria de intento, me

dexò vn papel, fiandolo de vn criado, que sabia nuestro amor: estaba yo con el mismo miedo: y viendo al criado vn dia, le llamè, sin mirar el riesgo à que me ponía. Preguntéle por su dueño. Dize xome adonde estaba, y dandome el papel, me encargò que respondiera. Dixele que acudiesse à la noche à la ventana por donde le hablaba, y retirandome à mi sala, hallè vnos versos en èl, que no escusarè deciroslos, aunque temo el causaros. Mucha merced recibirè, dixo Don Alfonso, y os ruego, que no me calleis nada. Respondiòle: Pues escuchadlos, y vereis mi buen gusto.

*Quien duda de mi desgracia,  
que se ha trocado en rigor,  
el cariño de vnos ojos,  
à quien rinde el corazon.*

*Como es possible que vivo,  
si entiendo que me faltò  
la esperanza que me daba  
la vida con el favor.*

*Si me teneis olvidado,  
acabeme mi passion,*

M

su:

Quien bien obra, siempre la cierta.

pues ya no estimo la vida,  
si la he de gozar sin vos.

Piedad, que me abraço en fuego,  
y no es propiedad del Sol,  
aunque enciende con los rayos,  
consumir con el ardor.

Mirad, que os tengo en el alma,  
y que penamos los dos.

Vos, porque estais en mi pecho;  
y yo, porque estoy sin vos.

Sino pude mereceros,  
faltandome el pundonor,  
disculpe mi atrevimiento  
el bolver por mi opinion.

No puedo deciros mas,  
que ya se anega la voz  
en un mar de amargo llanto,  
zozobrando en mi dolor.

Determinada de asegurar su miedo, le respondi, que me ofendia en dudar de mi fee, y que yo avia tenido el mismo temor, que me respondiara, para alivio de su ausencia, pues no podia vivir sin él. Venido el criado à la noche, le di el papel, encargandole la

brev edad. Respondiome, que luego se avia de partir, y que otro dia estuviera cuidadosa, para que el tuviera lugar de hablarme. El dia siguiente à medio dia, acudi à la ventana, y legura de que mi padre festeaba, visto que me esperaba, le llame, tomè el papel,

en-

encargandole, bolviessse à la noche. Retirème à mi sala à vér que me escrivia, y despues de muchos agradecimientos, estimando el averle escrito, y pasó adelante, diciendo, que si mi amor era tan firme, como lo significaba, que me determinasse à dexar mi casa, pues ya no era posible que nuestro casamiento se executasse con gusto de mi padre. Respondile, que la noche siguiente viniera por mi, que vna vez casados, se allanaria mi padre, y que à no haverlo, como yo estuviera con él, lo demás no me importaba. Tengo por mi desdicha vn hermano bastardo, hijo de mi padre, y avido en vna esclava de casa, tan hermosa, que os promégo, que à no tener vn clavo, pudiera competir con la mas perfecta Dama. Hà conocido mi padre en publico à Leonardo, dando à entender, que es de otra madre, cosa que se ha dado tanta soberbia, que no ay quien se averigüe con él, por sus muchas travessuras. Estando yo para cerrar el papel que os he referido, y teniendo el de mi amante sobre vn bufete, entrò tan de repente en mi sala, que no pude esconder los papeles: Qui-

tomelos de las manos, y leyò los, y visto lo que contenian, me tratò tan mal de palabra, y de obra, que puso ó las manos en este rostro q mirais. Arrebata da de la colera, le dixè, que era vn vil esclavo, hijo de vna petra: Echò su mano à la cara, jurando, que se lo avia de pagar. Llevo se los papeles al quarto de mi padre, fue mi dicha (si es que tengo alguna) tan grande, que embecido en su venganza, no adviertiò el cerrarme la puerta. Pásseme en casa de vna señora, que vivia frontero: fue mi padre à la noche por mi, y abrazandome, me dixò, que él no se enojaba por cosas ligeras con vna hija, pà quien amaba tanto, y trayendome à casa mi, quedando à solas conmigo, me dixò: Yo no gusto del casamiento de Don Luis. Yo os prometo de poner os en tal estado, que no aveis de tener que desear. Mientras determino el pasado, que he de elegir, os quiero llevar à Sevilla, y dexaros en vn Convento. Quitaos estas galas, y poned os vnos paños humildes, porque esta noche avemos de salir desta qhiz, y no quiero que nadie sepa que faltais de casa. Respondile, que no tenia mas voluntad que la

fuya, con intento de avisar à Don Luis, para que me sacara del Convento por justicia. Cerrò la noche, y acompañado de Leonardo, y de otro esclavo de tan malas propiedades, como las fuyas, llegamos à aquel sitio, à donde fuera cierto aver muerto à sus crueles manos, si vuestro valor no me huviera defendido. Acabò estas vltimas razones, derramando algunas lagrimas: Y Don Alonso la dixo: Mi señora Doña Esperanza, enjugad los hermosos ojos; y à sè quien sois por las cartas de mi hermano. Yo soy Don Alonso, à quien deseasteis conocer, y el hombre mas dichoso que tiene el mando, pues al cabo de tanto tiempo de aver faltado de mi casa, me traxo el Cielo à defender vuestra vida. Lo que temo es, que vuestro padre, creyendo que ha sido por orden de Don Luis el tobaros, buscarà nuevas trayciones para vengarse. Mirad, señora, adonde quereis que os dexè, porque he de correr la posta, para bolver à Cordova. Queddò tan contenta la hermosa Dama, que abrazandole, le dixo, que la llevassè à la Corte, que tenia vna tia hermana de su madre. *Monja en las Descal-*

zas Reales. Mandò Don Alonso, que sacàran de los regalos prevenidos, y despues de aver comido, montaron à cavallo, determinados de caminar à à toda prisa, y llegados à la Corte, dexandola en vna posada, se fue al Convento, y llamando à la Priora, diò cuenta de lo que passaba, pidiendo llamassen à su tia. Dixeronle, que se la truxesse, mientras embiaban por licencia para recibirla. Parecióle al noble Cordovès no llevarla con tan malas ropas, y llegando à casa de vn Mercader de vestidos, comprò vno de espolin de oro, y bolviendo à la posada, la hizo vestir, pidiendo al huesped, que mientras la llevaba, le buscassen Postas. Entregòla à su tia, y partiendo à toda prisa, llegó à su casa, y hallando à su madre, y à todos los criados llorosos, sin dár à entender su cuidad, preguntò la causa. Diòle cuenta su prudente madre, de los amores de Don Luis, y disgustos del Cabildo, rematando su platica con decir: Ocho dias ha que falta Doña Esperanza de su casa, y Don Alvaro se ha querellado de vuestro hermano, pidiendole el deshonor de su hija, quebrantamiento de casa, rapto de

de bienes de mas de doce mil ducados. Huvo soplo de que estaba escondido en vno de los cortijos, y el Corregidor le ha traído preso, y le tiene en vn calabozo, sin dexarlo ver de nadie: y si no parece Doña Esperanza, lo veremos en vn cadahalfo. Respondiòle, que todo tendria remedio, pues él avia venido, y para consolarla, le diò à entender, como estaba en su poder, y pidiendo vn vestido negro se le puso: acompañado de sus criados, fue à casa del Corregidor, alegròse de verle. Suplicòle Don Alonso quedassen solos, y retirados los criados, le diò cuenta de la traycion de Don Alvaro, y contandole todo lo referido, le dixo, que los criados, no podian estar buenos en tan breve tiempo, y que serian los mayores testigos de su verdad. Mandò el Corregidor llamar vn Escrivano, y que hiciera cabeza de proceso contra Don Alvaro, tomando las declaraciones de Don Alonso, y de sus criados, y examinados los testigos, llamó vn Capitan, pidiendole favor, y ayuda, para que cercara la casa de Don Alvaro, y acompañado de sus Ministros entrò

en ella, alborotòse de verle Preguntandole què que mandaba? Respondiòle, para asegurararlo, que buscaba vnos delinquentes que avian faltado allí por vnos texados. Mandòles à los Alguaciles frand que assen la casa, aunque Don Alvaro lo resistiò: hallaron los criados, y haciendolos vestir, mandò que los pusieran en la Carcel: llevando à Don Alvaro à las casas del Cabildo, le notificò, que diese cuenta de su hija, porque tenia averiguado la avia dado muerte. Respondiòle, que era falsos los testigos, y que Don Luis daria cuenta della, pues la tenia en su poder. Dexòle aprisionado, con orden de que nadie le hablasse, y venido à la Carcel, se determinò à dar tormento à los dos reos: temerosos de los cordeles, confesaron toda la verdad: preguntandoles, si conocieron à los que la llevaron. Respondiò Leonardo, que no, que à los rayos de la Luna reparò, en que era mulato el que tirò los pistoletes, como se supone en publico el caso: hubo testigos de que avia hallado muertos los cavallos. Verificada la causa, fue el Escrivano à tomarle à Don Alvaro juramento. Res-

pondió por segunda negacion, que los heridos, temerosos del tormento, avian concedido con lo que les fue preguntado. Hallóse el Corregidor confuso, como era hombre poderoso, y de tanta nobleza, y facando vn traslado de los autos autorizados, embiando vn criado de satisfacion, lo remitió al Consejo, embiando en vna carta al señor Presidente de Castilla à decir, que las partes eran de las mas nobles, y poderosas, y que no se determinaba sin orden de su Señoria à sentenciar aquella causa. Visto los papeles en el Consejo, vn Secretario de Camara fuesse al Convento à tomar la declaracion de D. Esperanza. Avia le traído el criado vna carta de D. Alonso, en que le advirtió, que declarasse, que era el quien la avia defendido, y traído alli. Llegado el Secretario, como ya estaba apercebido, lo declaró todo à la letra. Bolvió al Consejo con la declaracion, y visto que conforma con lo escrito, se despachò provision Real, para que el Corregidor, como Juez competente, sentenciara, embiandole à decir en vna carta: Que atento à que no avia procedido muerte ninguna,

procurasse atraerlos à las amistades, casando Don Luis con la contenida en los Autos. Llegado el criado à Cordova, contento el Corregidor con el buen despacho, se fue à las casas del Cabildo, y facando à Don Alvaro de donde estaba, le intimò la provision Real, leyendole la declaracion de su hija, y que tenia orden de su Magestad de casarla con Don Luis, y de sentenciar en aquella causa: que su delito merecia quitarle la cabeza de los ombros, y que usando de misericordia, seria mejor allanarse à obedecer el Decreto Real, alzando mano de la querrela que tenia dada, pues era injusta: donde no, que procederia con todo rigor. Hallóse Don Alvaro convencido, y afrentado, de que fuesse publico el trato que tenia con la esclava, y assi le respondió, que estaba obediente à su orden. Estimò el Corregidor su prudencia, y careandolos à todos, se hicieron las capitulaciones, pena de la vida, el que quebrasse las amistades. Con esto se diò mandamiento de soltura, trataron luego de partir à la Corte por Doña Esperanza, acompañados de muchos deudos,

dos, y amigos. El tiempo que tardaron de bolver à Cordova, el Corregidor, como buen Juez, sentenciò à Leonardo à seis años de Presidio, y al esclavo à Galeras perpetuas al remo, y sin sueldo. Bueustos à Cordova con la contenta desposada, embiò el Corregidor à llamar à Don Alvaro, notificandole, que dentro de quinze dias vendiesse la esclava fuera de la Ciudad, porque no era justo, que vn Cavallero de tantas partes diessse mal exemplo. Prometiò cumplirlo, aunque lo sintiò mucho. Y llegado à su casa, la llamò, y la dixò: Yà, Juliana, se cumplió vuestro deseo, que tantas veces me aveis pedido, que os de libertad. El Corregidor me ha notificado que os venda fuera de Cordova: yà sabeis el amor que os he tenido, y sentirè mucho, que estando fuera de mi poder vivais desenfrenadamente. Yo he de buscar vn mozo, que sea hombre de bien, con quien casaros. Mañana os darè la libertad; y de mas de lo que aveis adquirido en mi casa, os darè quinientos ducados. Prevenid todo lo que fuere vuestro, mientras me buscan cosa à proposito, porque no ten-

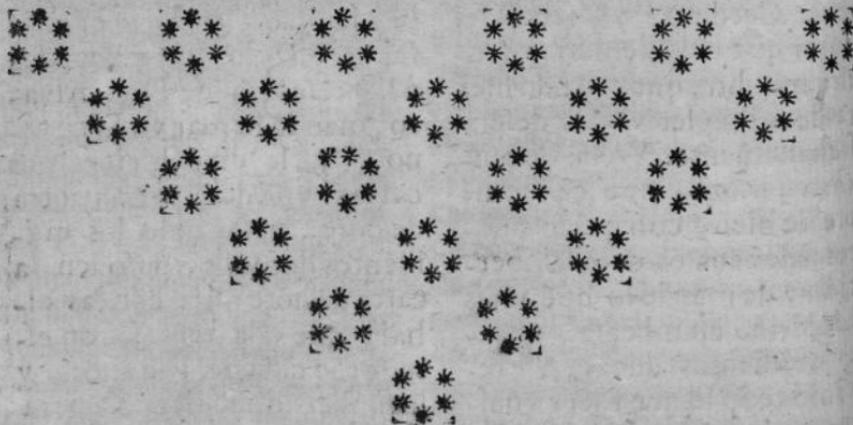
go mas de quinze dias de plazo, y que os aveis de salir de Cordova; y sin dár lugar à que le respondiera, llamando al Mayordomo, le dixo, que le truxera vn Cirujano, para quitarla el clavo, y que buscase algun hombre de bien con quien casarla, advirtiendole, que no avia de vivir en Cordova. Respondiòle, que conocia à vn mezo Carpintero, natural de Granada. Respondiòle Don Alvaro, pues habladle luego, porque ha de ser con brevedad. Fue el Mayordomo à tratar con su Maestro la intencion que llevaba. Dieron cuenta al mozo del casamiento, y aceptò con mucho gusto, diciendo: como le diessen lo que le prometian, cumpliria su palabra, que fuera su Maestro à tratarlo con su señor. Hizolo así, y llegados à la presencia de Don Alvaro, mandò llamar vn Escribano, y le dixo hiciera dos cartas: vna de libertad, y otra de dote, y sacando los quinientos ducados, puso en la carta de dote mil, con las alhajas que ella tenia. Con esto se fuè casa del Provisor, y le suplicò diera licencia para que se desposara sin amonestaciones. Como el Provisor

sa.

56 Quien bien obra, siempre acierta.

Tavia los disgustos passados, lo tuvo por bien; y recibidas las bendiciones, se partieron otro dia para Granada. Acabada la referida relacion, dixo Doña Lucrecia: Yo le di à este suceso, quando Don Antonio me le contó, titulo: de Quien bien obra, siempre acierta. Pues el mucho valor, y prudencia de Don Alonso, fue causa de su dichoso fin, gozando su hermano el copioso fruto de su bien empleada voluntad, viviendo todos despues, con firmes, y seguras amistades. Dieron todos el lauro à Doña Lucrecia, diciendola, que se avia aventajado en todo. Respondiòles, que estimaba

la lisonja, y Don Antonio dixo: Bueno està, señores, dexen vuestras mercedes algo para mi, porque mañana les he de contar vn caso, que vn Milanès me refirió estando en Salamanca, celebrando la industria que tuvo vn Cavallero, para vencer los desdenes de vna Dama: y en esto oyeron los Maytines, y se retiraron à dar parte à la noche. El dia siguiente, llegada la noche se fueron todos al quarto de Doña Lucrecia, determinadas de juntar las cenas, embiaron los dos amigos por empanadas, y otros regalos, y despues de aver cenado, dixo Don Antonio assi.



# Z E L O S

V E N G A N D E S P R E C I O S .

## NOVELA SEXTA.



**N**arcisa ; Dama Milanesa , señora de Vassallos , tan illustre por su sangre , como altiva por los pensamientos : era de tan rara hermosura , que se aventajaba á todas las demás de su Patria . Vivía tan libre de amor , que se preciaba de truel , y desdeñosa con todos los que pretendían gozar su mano en dicho caso : Pretendíanla los mas poderosos Cavalleros de Milán , publicándose por amantes de su hermosura . Entre los muchos pretendores , los que mas se adelantaban , fiados en su poder , como teniendo en poco á los demás ; eran el Duque Arnaldo , y el Conde Leonido . Era Arnaldo feo de rostro , y servio de condicion ; dabase por ofendido de los desdenes

de Narcisa , preciándose de darla muchos enfados , con decir , que nadie avía de gozar su hermosura , si no era él , porque todos sus amantes eran vnos pobres escuderos , indignos de merecerla . Con este arresto avía algunos escandalos de cuchilladas . Leonido no se descuydaba en vengar sus desprecios , hablando mal de la honesta Dama , con intento de deslucir su honor . Sentíalo Narcisa con tanto estremo , que se determinò de quejarse al Virrey . Respondióle , que bien echaba de ver la razon que tenía , que aquellos Titulos eran tan poderosos , que le obligaban á dárse por desentendido , que lo llevase con prudencia , pues tenía tanta . Quedò tan disgustada , que por vengar su enfado , los trataba con rigurosos desdenes . Como en Milán era

N

ca

tan publica la cōpetencia de los dos: vn Cavallero Español, que estava de asisnto allí, no se determinaba à declarar su amoroso cuydado, considerando, que Narcisa era tan soberana, y rigurosa, y que no estimaria su amor, pues despreciaba tantos amantes, y Titulos: no porque no era digno de su casamiento, pues Don Duarte era dichoso descendiente de la illustre Casa de los Duques de Cardona, y tan inmediato á la herencia de los Estados, que á morir su tío sin herederos, no avia deudo mas cercano que le heredasse: solo tenia no enfadarla, mirando que se daba por ofendida de los que la servian. Passaba el bizarro Español vna vida triste, tan enamorado, como melancolico, y serviale de alivio el seguirla en los actos publicos, sin dār à entender sus desvelos: en particular en la Iglesia, adonde iba à oir Missa, acompañada de vna prima suya, llamada Clori, Dama de tantas partes, que à no estār á su lado, era digna de ser amada. Tenia Narcisa vna Quinta á vn quarto de legua de Milán, sitio de mucho recreo, por sus amenos jardines, y por estār cerca de vn hermoso fono,

donde avia mucha caza. Gustaban sus amigas de ir à desenfadarse algunos dias; en particular dos Tituladas, porque Narcisa era amada de todas, cosa que se halla pocas veces. Preciabase de tan cortés, y afable con las mugeres como de cruel con los hombres, y con su amoroso cariño, no daba lugar à la embidia. Tenia su estrado en la Iglesia, cerca de vna Capilla, y Don Duarte entrandose en ella, gozaba de ver, y oir à su adorado dueño, sin dār nota de sospecha à los pretendientes. Vn dia estando las dos amigas con ella, despues de oir Missa, le dixo Madama Rosana, que quando gustaba de que se fueran à la Quinta: Respondiò, que luego, si gustaba de ir à entretenerse. Dixo Laurencia que lo dexasse para el dia siguiente, porque tenia aquella tarde vna visita, y queria ir con ellas. Como Don Duarte oyò la platica, deseoso de verla, sin los recatos de la gravedad, luego que salió de la Iglesia, se fue à su casa, y vistiendo vn vestido, y capote de paño burdo, que tenia para salir à campaña, se fue à la Quinta, y pidiò al jardinero le recogiesse allí vn par de dias,

porq̄ venia de camino, y estaba enfermo, y sacando vnos reales de à ocho, se los diò. Contento el jardinero con la paga, le llevò á vn aposento que estaba en los jardines, acomodandole vna cama en que descansara. Otro dia por la mañana vino vn page à decir, que no dexasse entrar à nadie, porque avia de venir su señora con otras Damas. Como el jardinero le viò á Don Duarte en trage ordinario, no cuydò de echarlo fuera. Venidas à la tarde, sentandose debaxo de vna hermosa entramada, mientras era hora de salir al soto, pidieron vnos azafates de flores, para entretenerse en hacer vnos ramilletes. Tomò Narcisa cantidad de las flores, y texiendo vna guirnalda, se la puso. Dieronla todas el parabien, celebrando su hermosura. A este tiempo sonò vn grande ruido: y preguntando quien le causaba: dixo vn criado: El Conde Leonido, y dos criados, han entrado por fuerza, sin poderlos detener: venian yá adonde estaban las Damas, y Narcisa enfadada, dixo: No sè yo, señor Leonido, sobre que cae tanta demasia; y se pudiera escusar, quando conocéis

de mi buena voluntad, que no estimo vuestros cuydados. Picòse el Conde, de que le tuviera en poco delàte de aquellas Damas; y respondiòla: La demasia es vuestra, pues tratis de esta suerte à vn hombre como yo, y tanta vanidad, y à passa de sobervia. Bien parece, dixo Narcisa, que hablais en el jardin, pues à estar en Milàn, no faltàra quien vengara mi disgusto. No quiso Don Duarte perder la ocasion, y saliendo de donde estaba, se arrojò con la espada desnuda, diciendo: Tampoco en la Quinta falta quien os sirva; sacaron el Conde, y sus criados los aceros, y Don Duarte ganandole la punta, cortò á Leonido de vn rebès mucha parte del rostro, y descalabrando à vn criado, les obligò à salir à toda priessa, temiendo no los matàra: Saliò tràs dellos, y por no ser conocido, se fue à Milàn, para llegar antes que fueran los criados. Quedaron todos admirados de ver su mucho valor, y Narcisa preguntò al jardinero quie era aquel hõbre: Respondiòle, q̄ no lo sabia, q̄ el dia antes preguntando, si avia algo en q̄ servir, le avia recibido para que cuydasse de los jardines. Con el repentino enfado, no

quisieron salir á cazar, y bueltas á Milan, dixo Narcisa á su prima, que venia sospechosa de aquel hombre, porque su mucho valor no podia ser de hombre baxo. Así me parece á mi, dixo Clori, sin duda te ama, y temiendo el rigor de tu condicion, no se atreve á declararse. Respondiòle: Yo te prometo, que me ha dexado tan picada su ayroso despejo, que diera quanto tengo por conocerle. Riòse Clori, diciendola, pues mira lo que haces, porque esse cuidado es principio de amar, y me espanto decirte, quando te miro tan libre de amor. Pues no te espantes, dixo Narcisa, que si nací libre de amor, no lo es hoy de aver nacido muger. Al tiempo que sucediò este disgusto, avia salido Arnaldo á visitar sus Estados, quando bolviò contándole los amigos, que estaba

herido el Conde, Respondiò lo mismo que avian sospechado de las dos primas, diciendo, que sin duda Narcisa favorecia en secreto á alguno de sus amantes, temiendo su enojo, como la estorbaba, que no tomasse estado. Arrebatado de los celos, quiso satisfacer su duda, y se determinò á pasear de noche su calle, encubierto, por no ser conocido. Como Don Duarte sabia que estaba ausente, y que Leonido no se avia levantado, aunque estaba mejor, quiso celebrar en vnos versos vna guirnalda, que se avia puesto en el jardin, y acompañado de vn page, que le llevó el instrumento, se fuè á su calle. No quiso Arnaldo, aunque hechò de ver que queria cantar, interrumpir la musica para reconocerle, y despues de aver tocado muchas, y galantes diferencias, cantò así.

*De las manos de Narcisa,  
las rosas, y los claveles,  
aumentando la hermosura,  
beben candores de nieve.*

*Las mosquetas, y jazmines  
coronan su hermosa frente,  
ufanas de verse altivas*

con el favor que merecen.  
*Las hiervas, quando las pisa,*  
*por besar su planta, crecen,*  
*y en ellas mis esperanzas,*  
*aunque lloro sus desdenes.*  
*Loco me tiene el amor,*  
*y estoy contento en mi suerte,*  
*pues vivo libre de zelos,*  
*mirando que à nadie quiere.*  
*Pues no sabe amar Narcisa,*  
*deme el mundo par abienes,*  
*pues mi vida està en su mano,*  
*y està en perderla mi muerte.*  
*Si el tiempo lo puede todo,*  
*nadie terna sus baybenes,*  
*pues al curso de los años,*  
*se mudan los pareceres.*

Llegóse Arnaldo embozado, diciendole: Bien escusado podiais tener este atrevimiento, pues no ignorais que el Duque Arnaldo sirve à esta Dama, y pretende sus favores. Respondiòle: Yo no le estorvo su pretension, aunque adoro à Narcisa: Y si os parece mal, salgamos de la calle, sin

alborotarla; à parte donde responda à lo que me dezis: Sacò el Duque la espada, diciendole: No he menester dexar la calle para echaros della, y tirando à herirle en la cabeza, reparò el golpe con el instrumento, y hecho pedazos, con el mastil que le quedò en la mano, le diò dos,

ò tres palos, eõ que le d'tribò en el suelo, diciendole: Por guardar el decorò de la que ofendes, no te mato. Con esto dexò la calle antes que acudiesse, gente porque sacaron algunas luces de las ventanas. Estaban las dos primas en vna zelosia, y quitandose, dixo Clori: Sin duda es cierta nuestra sospecha, que este hombre me pareció el mesmo del jardín, pues celebra la guirnalda que te pusiste. Mas me obliga, dixo Narcisa, con mirar por mi decorò, que con el amor que me tiene: y si la calidad conforma con el valor, no dudas que serà dueño de mi alvedrío, pues la industria de servirme sin darse à conocer, me tiene tan rendida, que entiendo que me ha de costar desvelos: No serà facil, dixo Clori, el saber quien es, si se encubre. No me dà pena esto, la respondiò, pues su mismo amor le traerà à mis manos. Estuvo Arnaldo algunos dias en la cama, y ofendido de los referidos palos, quiso hazer experiencia del encubierto amante, para ver si bolvia por ella en publico. Fuesse à la Iglesia à esperar à Narcisa, y llegando la Dama à tomar el agua, al quitarse vn guante para re-

cibir la, se le atrebatò, con alguna violencia, diciendola: Embiad el dicho so à que me le pida. Bolvió Narcisa à mirar à sus amantes, y visto que no se daban por entendidos, dixo algo recio: Bien hago yo de no estimar à los que me sirven, pues no se atreven à castigar estas demasias. Riòse Arnaldo, como haciendo burla, y con esto fuesse. Llegada la noche, se armò D. Duarte à toda satisfacion, y poniendose vna mascarilla se fuè à casa del Duque, y dandole vn papel que llevaba à vn page, le dixo: que esperava la respuesta. Subió à darle, y visto en el, que le desafiaba, tomò vna pistola con intento de matarlo, y baxando à la calle, le dixo: Sois vos quien me busca? Respondiò. Yo foy, seguidme, si teneis valor. Siguiòle, porque no se entendiera que era el quien le mataba. Llegaron à vn despoblado, dixo Don Duarte: Yo vengo à que me deis vna prenda que quitasteis oy à vna Dama. Sacò el guante Arnaldo, diciendole: Veisle aqui, mirad si os atreveis à llevarle, y poniendole dentro en el sombrero, le disparò la pistola con tan mala fortuna, que errò el tiro. Arrojàse el

valiente Español, y atravesándole de vna estocada el pecho le tendió à sus pies. Quitóle el sombrero, y visto que estaba dentro el guante, le bolvió las espaldas, diciendo: Dos veces te he dado la vida, y si porfias en ofender à quien tu sabes, te la quitarè. Con esto se fuè, y llegando à casa de Narcisa, pidió que le llamasen al Mayordomo: salió à ver quien le buscaba, y dándole el sombrero, y el guante, le dixo: Decidle à vuestro dueño, que el Duque queda en tal estado, que no se atreverá otra vez à disgustarla, y que si manda algo en que la sirva, quien la adora. Subió à dar el recado, y alborotadas, le mandaron que le hiciera subir, que querian verlo. Bolvió, à buscarle, y visto que no parecia, bolvió à decir, que ya se avia ido. Quedò Narcisa tan disgustada, que se diò por rendida, diciendola à Clori: Brava industria tiene este hombre para vencer mi corazon, pues me sirve, y me obliga sin darse à conocer. Yo estoy determinada de irme à la Altea, para escusar el escandalo que pueden causar las heridas del Duque, y podria ser que allí tuvieramos mas lugar de sa-

tisfacer nò duda, pues no dexarà de seguirnos. Respondiòle: Pues es el Aldeano, y no està mas de dos leguas, haràs bien de escusar estos enfados, y desde allí sabremos, si Arnaldo està peligroso, que el ser hombre de tanto valor, me tiene con cuidado. Por esto quiero yo, dixo Narcisa, ausentarme mañana, y he de salir en publico, para que se sepa adonde vamos, y que este mi encubierta amante, no ponga la vida à tanto riesgo, por defenderme. Con esta determinacion salieron otro dia de Milan. No quiso Don Duarte seguir las de dia, por no hazerle sospechoso con los amigos, ò deudos del Duque. Iba de noche à verlas, como salian à gozar de vna hermosa arboleda, que estava à la vista del Lugar, y bolviendose de dia à Milan, entretenia los pensamientos con el desco de que llegasse la noche. Sintieron las amigas de Narcisa su ausencia, y como estava tan cerca, quisieron visitarla, y acompañadas de otras señoras se fueron à la Aldea, con intento de estar-se allí dos dias. Fueron bien recibidas de las dos primas, y las zagalas, y labradores inventaron muchos

Bayles , y juegos , para entretenerlas. De noche encendian muchas cazoletas , y a la luz de ellas hacian moxigan-gas , y vestidos ridiculamente. Como Don Duarre iba todas las noches , no quiso pasar en silencio la lucida fiesta , y escribiendo vnos versos se le llegó à vna linana que tenia Narcisa , à quien estima-

ba mucho , por ser gran mus- ca , le dió el papel , y vna for-tija , diciendola: Hacedme merced de cantar este Ro-mance delante de vuestro dueño , y fiad de mi , que esti-marè el favor. Prometiò ha-cerlo contenta con el pre-mio : y retirandose à darle el tono , llamádola à la sala para cantar , refirió la siguiéte letra.

*Cielo es la Aldea , Pastores,  
por estar Narcisa en ella,  
Alva hermosa de los campos,  
Diosa hermosa de las selvas.*

*Contentas todas las Damas,  
dexan à Milàn por verla,  
que no admite su hermosura  
embidias , ni competencias.*

*À los rayos de sus ojos,  
no ay humana resistencia,  
pues nadie puede mirarlos,  
sin adorar su belleza.*

*Dichoso yo , que abrazado  
Aguila del Sol , atenta  
gozo , bebiendo sus luces,  
la gloria de amarla , y verla.  
Pretendan los imposibles*

*los necios, que consideran,  
que son dignos de gozar  
una Deidad tan Suprema.*

*Si à mi, que me juzgo indigno,  
me basta en premio, que entienda,  
que amandola sin cansarla,  
la sirvo sin ofenderla.*

Celebraron la letra, y Narciso le preguntò, quien se la avia dado? Respondiò, que yn labrador, que no le conocia. Dixo Laurencia: Y à no nos tendreis por lisongeras, pues los labradores alaban vuestra belleza. Estimòle el favor, y otro dia se determinaron de bolverse à Milán. Pidieronle que se fuera con ellas. Respondiò, que por librarse de los enfados del Duque, queria estàr de asiento alli dos meses. Estuvo Arnaldo en la cama, y yà que estuvo bueno, dando à entender que se iba à sus Estados, salió en publico de Milán, con intento de alcanzar por fuerza el fin de su deo: y quedandose encubierto, puso espías que le avisaran, quando avia de bolver su adorada ingrata à Milán, para salir al camino à lograr su mal fundado in-

cento. Escrivieronle las amigas, dandole cuenta de su ausencia, y rogandola que se viniera à Milán, porque se hallaban muy solas sin ella. Despachò Rosana vn criado con la carta, y venido à la Aldea, respondiò que dentro de dos dias les cumpliria el deseo, pues era la que ganaba en gozar de su amada compañía. Avisaronle las espías al Duque, y acompañado de seis hombres salió à esperarla al camino, dandoles orden de que llegaran à resistir los criados que la acompañaban, porque no la pudieran defender, y que los retirassen àzia el arboleda, para dár lugar à que llegasse el coche, sin que lo conocieran. Como la enana cantò la letra que Don Duarte la avia dado, sospechando las dos primas, que estaba en el Aldéa, no quisieron que

las acompañasse mas de vn gentil hombre, y el cochero, por dár ocasion à que el encubierro amante, con la licencia del cãpo, se llegasse à hablarlas, y para lograr su intento, salieron à prima noche. Venia el dichoso Cavallero descuidado de su buena suerte, y por sentirse cansado con el peso de las armas, se retirò al huecò de vnas peñas, à la vista del camino. A poco rato de estàr allí, oyò ruido de coche, y como no sabia el intento de su dueño, presumiò serian algunas Damas, que avian venido aquel dia à visitarla. Determinòse à esperar que el coche passara, poniendose en la parte mas obscura, y yà que venia cerca, viò salir de la arboleda los que la esperaban. Venia diciendo Arnaldo, pues no trae gente, llevad vosotros effos dos que vienen con ellas à lo espeso de los arboles, y atadlos, en ellos, para que no puedan ir à pedir favor à estos villanos, y no bolvais tan presto, hasta que yo dè vn silvo. Bien conociò Don Duarte que el agravio era contra Narcisca, mas no quiso salir de donde estava, por dár lugar à que el Duque quedara solo, y que ella conociera lo mu-

cho que le debia. En esto llegó el coche, y arrojandose los seis hombres à el, los tres llegaron al estribo, para que el gentil hombre se apeara, amenazandole de que le darian la muerte si daba voces, y los otros tres hicieron lo mismo con el cochero, llevando los assidos à lo espeso de los arboles. Llegòse el Duque, diciendo: Desta suerte he de vencer vuestra cruel tirania, pues gozando vuestra hermosura, os obligarè à que me deis la mano. Estaban tan turbadas, que no le respondieron. Saliò Don Duarte de donde estava à tiempo que iba à quitar el estribo, y dandole vn cruel cintarazo que le aturdiò, le dixo: Villano, bien cumplierades vuestro gusto, à no tener estas Damas quien las guardara. Aunque el Duque quedò turbado, sacò la espada, y ti andole Don Duarte vn rebès, le llevó toda la mano. Cobraron animo las turbadas Damas. pidiendole que no le matara, porque aventuraban su decoro. Respondiòles: dias ha que le huviera muerto: si no mirara effo, y subiendose en las mulas à toda priesa, bolviò al Aldèa rigiendo el coche con tal despejo, que las

las obligò à rifa. Como los criados estaban à la mira, y vieron andar el coche, temieron alguna novedad, pareciendoles que el Duque no le avia de llevar, y dexando atados à los dos presos, corrieron à saber la causa, y espantados de verle herido, le dixeron, que porque no avia silvado para llamarlos? Respondiòles: Diòme en la cabeza vn cintarazo, que me privò del sentido el dicho que la defiende, llevadme presto de aqui, que pues bolviò al Aldea, vendràn en nuestro seguimiento. No se engañò en la presuncion, porque alborotados todos de verlas volver, llegaron à saber lo que avia sucedido, y Narcisa mandò à los Labradores, que fueran à toda prisa à lo espeso del arboleda, à defender à los dos criados de vnos hombres que avian salido à robar el coche, y subieron arriba, acompañadas de su nuevo Cochero. Luego que llegaron à la sala le conocieron, por la mucha asistencia que tenia en la Iglesia. Hicieronle sentar, y Narcisa le dixo así: Solo vos, señor Don Duarte, pudo librarne de vn enfado tan grande, y la industria con que me aveis ser-

vido, y obligado, ha sido tan poderosa en mí, que ha rendido mi libre corazon, pues sin enfadarme aveis puesto la vida à riesgo por defenderme. No fuera yo quien soy, à no mostrarme agradecida; y si el premio de vuestras finezas consiste en que os dè la mano de esposa, vivid seguro, de que no será otro el dueño de mi alvedrio: solo esperarè à ver en que pararon las heridas de Arnaldo, que no quiero àventurar vuestra vida, pues ya la estimo. Quedò tan loco de contento, que no acertaba à responderla. Pidiòle licencia para bolverse à Milàn; y respondiòle, que se quedasse aquella noche en el Aldea, porque temia, que los traydores le esperarían en el camino. Otro dia se fueron à Milàn, y llegadas à su casa, les contò el Mayordomo, como el Duque avia venido aquella noche herido, y que se decia, que à vna legua de Milàn le avian salido vnos ladrones à robar. Quedaron contentas, considerando, que por encubrir su delito, no avia publicado la verdad? pues el quererla forzar en vn campo, era bastante à quitarle la cabeza de los ombros. El tiempo que tardò en

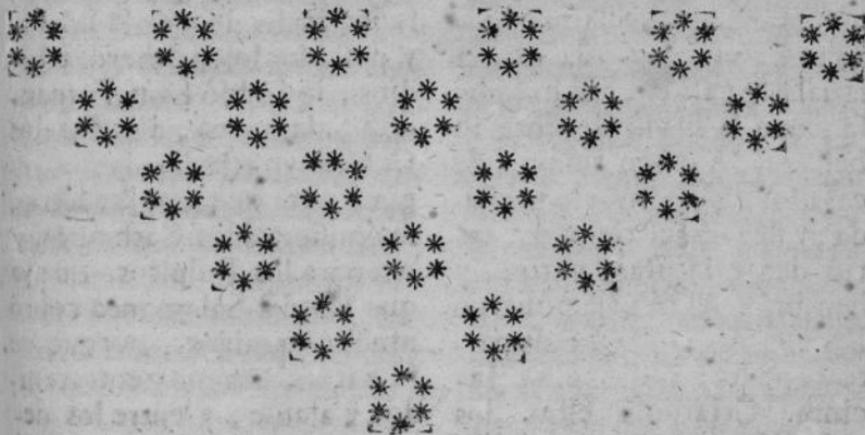
cenar estuvo el valiente Español gozando muchos favores de las dos agradecidas primas. Luego que el Duque se vido bueno, considerando que seguia vn imposible, y que Narcisa tenia de secreto quié la amaba, no quiso aventurar su vida à mayores riesgos: y mudando de intento, dió la mano à vna prima suya, à quien debia muchas finezas, aunque no se avia dado por entendido de sus favores, con la ceguedad que avia tenido, y como en desprecio de lo que tanto avia estimado, quiso celebrar su casamiento con fiestas Reales, y publicos regocijos. Quedò tan gustosa, quando la dixeron la nueva de verse libre de tan penoso embarazo, que quiso dár à entender su contento; y mandando la buscaffen vna ventana cerca de la del Duque, vestida à toda gala, acompañada de su prima, y de amigas, se fue à ver las fiestas. Quedò tan abrafado de verla contenta, y desenfadada, que su esposa conoció el disgusto que avia recibido, y passadas las fiestas, se pidió por merced que se fueran à vivir à sus Estados: y visto que ya no tenia remedio su presension, tuvo por bien de darle gusto. Lue-

go que el Duque se ausentó, dió Narcisa la mano à Don Duarte, con mucho gusto de todas sus amigas, y mayor admiracion del mucho valor, y prudente industria del valeroso Español: porque Narcisa les contó todo lo que avia passado. Al cabo de ocho meses bolvió el Conde Leonido, y contandole los amigos la ausencia del Duque, y casamiento de Narcisa, pareciendole que Don Duarte, le tendria por sospechoso, por el lance del jardín, tratò de pedir à la hermosa Clori, embiandola à decir se tendria por dichofo de emparentar con tan illustre Cavallero, embiandole à pedir licencia para visitarle. Estimò D. Duarte la cortesía, y adelantandose, cumplió con su obligacion. Y efectutando el casamiento, hizo el Conde alarde de su grandeza, embiando à su esposa ricas, y costosas galas, viviendo despues largos años, conservandose en seguras paces.

Acabado Don Antonio de referir el suceso, alabaron todos la industria de Don Duarte. Y Doña Juana les dixo: Y à vs.mds. han cumplido con su obligacion, mananales he de contar vn suceso de

de vna Dama Toledana, que en algun modo servira de exemplar, para que estas señoras no sean mal acondicionadas, pues sucede muchas veces, que las mugeres terribles, pierdan su ventura, ó yá que la tengan, vivan mal casadas. Apoyaron la razon que tenia, contando algunas cosas de personas conocidas. Levantandose Don Vicente,

diciendoles : Señores míos, cierrese esta conversacion con vn adagio vulgar, en que se dice : Que el humo, y la muger braba, echan al hombre de casa. Con esto se retiraron, y el dia siguiente, despues de la cena, les dixo Doña Juana : Pareceme que yá v. mds. esperan à que cumpla mi palabra. Vá de suceso.



LA

# LA INDUSTRIA VENCE DESDENES.

## NOVELA SEPTIMA.



En la Ciudad de Vbeda, vivia vn Cavallero llamado Don Fernando de Medrano, gozaba vn corto mayorazgo, que llaman vinculo Casòse con vna Dama igual à su calidad, tan hermosa, que la sirviò de dote su belleza. A poco tiempo de casados, se reconociò preñada, y llegado el tiempo, pariò dos criaturas, varon, y hembra: Al niño le pusieron Pedro, por su abuelo de parte de padre: Y à la niña Jacinta. Criaronse estas dos criaturas, creciendo en ellos el amor al passo de la edad, y llegòse el tiempo de aprender las vrbánidades que deben saber las personas principales, les dieron Maestros suficientes; y parecien-lose à Don Fernando, que no tenia dote igual à su calidad para casar à su hija, la enseñò todo el ar-

te de la musica, para que à titulo de Corista, gozàra en vn Convento las conveniencias acostumbradas. Don Pedro, con el vso de la razon, diò à entender à sus padres, se inclinaba à ser de la Iglesia, y passados los primeros estudios, le embiò Don Fernando à Salamanca, à passar los Cursos, y estudiar la Teologia, para que por las letras, se opusiera à las Cathedras, y ocupàra los Pulpitos. Luego que llegò à Salamanca cobró muchos amigos, porque de su natural era muy entretenido, y afable, y entre los demás prpfessò estrecha amistad con vn Cavallero Italiano, à quien su padre tenia en aquellas Escuelas, solo à fin de aprender el Idioma de la Lengua Española. Era eminente en la pintura, imitando las cosas tan vivas, que era vn remedo de la naturaleza. Respeto de vivir los dos

en vna posada, le ganó Don Pedro la voluntad, con deseo de aprender la eminente facultad; y las horas que faltaban de sus estudios, se entretenian en su gustoso exercicio. Salió tan diestro, que ya su Maestro le embidiaba; y por estár en vso el hacerse diferentes bordaduras de vestidos, camas, y otras cosas, hacian galantes dibuxos; con que Don Pedro empezó á manejar dineros, y remitiendo á su madre algunas pinturas, y á la querida hermana algunas galas, les embió á decir, no se empeñaran en remitirle socorro, dando á entender en que divertia los ratos ociosos. Passados quatro años bolvió á su casa, tan lucido de galas, que todos embidiaban á Don Fernando la dicha de tener dos hijos tan dignos de ser estimados. Tenian vn primo de los mas bizarros mozos de Vbeda, tan enamorado de la prima, que trató de echar intercessores para que su tio se la diera. Cerró Don Fernando la puerta con decir se inclinaba á ser Religiosa. Sentialo Doña Jacinta, aunque no lo daba á entender, porque honestamente amaba á su primo. Luego que Don Pedro vino,

compró libros para estudiar, hasta que se llegára el tiempo de Ordenarse. Atajóle la fiera parca el intento, por darle á su padre vn peligroso tabardillo, y como su esposa estaba á su cabecera cuydando de su regalo, y medicamentos, la alcanzó mucha parte del contagio, tanto que la obligó á rendirse á las fatigas de la cama. Murió Don Fernando, llevándole á su esposa tan poca ventaja, que en poco mas de vn mes tuvo Don Pedro dos entierros, cumpliendo con el debido sentimiento, y funerales, con tan generales alabanzas, que no se trataba en Vbeda de otra cosa. Avia conocido el poco gusto que la hermana tenia de ser Monja, que passados algunos dias de la muerte de sus padres, le dixo vna noche. Amada Jacinta, ya sabes el mucho amor que me debes, correspondiencia debida á tu mucha voluntad; y pata que entiendas que te pago, te quiero decir mi pensamiento: yo he conocido, que no te inclinas á la Religion, quiero partirme á Roma: ya sabes, que el Cardenal D. Gerónimo Zapata está en el Colegio Apostolico, fue amigo de nuestro abuelo, y no ay duda

de

de que me ampare, sabiendo quien soy. Llevaré cartas de Doña Juana Zapata su hermana, y de otros señores, llevarte conmigo no es posible. Nuestro primo Don Alonso te quiere, dime la verdad, y no te ocupe la vergüenza: si gustas de que te case con él, esto ha de ser luego. Yo renunciaré en tí todo el derecho que tengo à la herencia de nuestro padre. Con esso, y con la poca hacienda de Don Alonso para vna Ciudad corta, lo passarás, sino como yo deseo, por lo menos con algun lucimiento. Respondióle: Yo no tengo voluntad, haga v. md. lo que fuere servido, pues no le quiero negar que estimo à mi primo. Con esto se tratò de la dispensacion, que por ser el parentesco en quarto grado, la consiguió vn Curial con facilidad. A tres semanas de su casamiento se partiò à la Corte, à recabar las cartas, y despachar muchas, y curiosas laminas, para juntar dinero, y hacer su viage. No despachò tan presto, que no passaron quatro meses, en los quales supo por cartas, que su hermana estaba preñada, y aunque le rogaron quando bolvió à Vbeda esperasse el parto, no lo

aceptò, por estàr el tiempo à boca de Invierno, pidiendo à Don Alonso, que si se lograbá el deseado fruto, le pusiera el nombre de su hermana, y se le embiara retratado, para tener algùn consuelo. Prometiò Don Alonso darle gusto, y passada su derrota, llegado à Roma, fue al Palacio Sacro, y sabida la casa del Cardenal, llegado à su presencia, le diò las cartas, y besò la mano, y leídas, mirandole con amoroso cariño, le dixo: Yo no he menester cartas de favor para estimaros, basta saber que sois nieto de Don Pedro. Fuimos grandes amigos, y passamos los estudios, y la mocedad juntos; y si correspondéis à hijo de vuestro padre, no dudeis de mí: yo tengo deseo de ir à España. Su Santidad sabe mi voluntad, servid ahora, que à su tiempo yo verè lo que conviene. Con esto mandò al Mayordomo que se le aderezara vn quarto decète, y veinte reales de racion, mandandole à Don Pedro le asistiera à comidas, y cenas, dandole desde luego vn plato de la mesa. Passados quinze dias, pareciètole avria deseado, le hizo Sumiller de Cortina, dicièndole: Por daros lugar à que estudiéis, no quie-

fo ocuparos por aora en otra cosa. Daba el Cardenal todas las Pasquas aguinaldos à todos sus criados, aventajandose en estimar à Don Pedro tanto, que à no tenerlos gratos con su mucha cortesía, pudieran levantarse contra su fortuna las embidias, que siempre la derriban. Tenia el Cardenal en la sala de recibimieto vna pared que hacia testera à proposito, para ocuparla con vn lienzo al tope del ambito, y como era tan eminente en la pintura, tomando la medida se determinò à copiar al glorioso San Geronimo. Pintò à vna parte jaspeados, y peñascosos montes, y à otra hermosos, y pintados quadros de silvestres florecillas: arboles cubiertos de silvestres frutas; atroyos, que por la verde, y menuda hierva parecian enroscadas culebras de rizada plata; muchas aves, y diversos brutos; y à la boca de vna espinosa grua, al glorioso Santo de rodillas sobre vna peña, salpicada de la sangre que le caia del herido pecho al golpe de la pizarra, con que infundia à vn mismo tiempo temor, y admiracion: y aunque se guardò de que nadie le viera, por ser preciso tomar la medida del marco, vn page-

cillo que le vido, fue echissimo à su dueño, y texto con la nueva, le asalto de repente. No le pesò à Don Pedro, aunque se mostrò turbado, dandole à entender el fin à que le avia hecho. Estimòle el cuydado, y llevando la pintura, y otras laminas que le parecieron bien, despues de averlas puesto en su sitio, abriendo vn escritorio, le diò en vn papel cien doblones de à ocho, diciendole: Razon es pagar al Pintor. Con esta medra, y otras que avia conseguido, vivia gustoso, por averle embiado à decir por cartas, avia parido su hermana vn hijo, y refiriendole las gracias de la media lengua, le refirió su hermana: solo lo que tiene de malo es, parecerse à mi, cosa que Don Pedro estimò en sumo grado: porque Doña Jacinta era rubia, blanca, y de perfectissima hermosura. Llegado el tiempo de cantar Miffa, echò el Cardenal el resto, firviendole de Padrino, y como era estimado de todos, por lisonjear al Padrino, passò la ofrenda del Miffa Cantano de quatro mil ducados: y haciendole su Capellan, le aventajò el salario. Celebraba el Car-

En todos los años una sum-  
 ma fiesta al glorioso San-  
 to. Satisfecho de que Don  
 Pedro era grande estudiante,  
 por averle experimentado  
 muchas veces, por aver ar-  
 gumentado con él, por darlo à  
 conocer generalmente, le  
 mandò prevenir para hacer  
 el Sermon. Ocurrió à la fama  
 lo mejor de Roma; y aunque  
 le pudiera seguir el concurso  
 de turbacion, hizo espuela  
 del aplauso, para correr su  
 derrota, predicando con tanto  
 realce, que assombrò à todos,  
 por verle tan mōzo. Con esto  
 ocupò los Confesionarios con  
 tan feliz prosperidad, que no  
 daría lo adquirido por veinte  
 mil ducados, pareciendole  
 todo poco para el nuevo  
 sobrino, por aversele embiado  
 retratado de edad de seis  
 años à lo soldado, con vn  
 vestido de tela de nacar con  
 vna carta en la mano; refiriendo  
 su madre en la fuya tantas  
 gracias, que le bolvían loco.  
 Diez y siete años estuvo en  
 Roma, à este tiempo murió el  
 Cardenal de Toledo, y llegado  
 à noticia de su Santidad, mandò  
 llamar al Cardenal, diciendole:  
 Y à estais viejo, razon es que  
 os vais à descansar. El Ar-

zobispado de Toledo està sin  
 Prelado; disponed vuestro via-  
 je, y ireis à ocupar la plaza.  
 Besòle el pie, estimandole la  
 merced, y de camino le pidió  
 para D. Pedro le concediera  
 algunas Rentas Eclesiasticas,  
 dandole à entender su cali-  
 dad, y pobreza. Tenia noticia  
 de la mucha fama que le  
 daban; y en el Partido de To-  
 ledo en Pensiones, y Benefi-  
 cios simples, le diò mil y quin-  
 ientos ducados de renta: y  
 al Cardenal veinte mil de  
 principal, para la costa del  
 viaje. Con esto, y muchas In-  
 dulgencias, y Reliquias que  
 le diò, echò à todos su bendi-  
 cion, por el riesgo de la vida  
 en los peligros de la mar. No  
 quiso Don Pedro escribir nada,  
 por no tener à su hermana  
 cuydadosa. Mientras se dis-  
 puso el viage, hablando à vn  
 mercaderes de lonja, tratò  
 con ellos hacer vn empleo de  
 telas de Milán, rasos de la  
 China, y Florencia, sin otras  
 muchas, y ricas alhajas que  
 avia comprado en las muchas  
 almonenas, seguro de su ganancia,  
 por estår en vso en España  
 el vestirse todos de tela, con  
 muchos golpes los hombres en  
 las ropillas abotonados, y las  
 Damas, ropas de levantar  
 con alamares de oro. Por  
 él:

esta causa empleò vna gran cantidad a parte de lo que avia comprado para el adorno, y homenaje de la casa. Luego que llegaron à Sevilla, por detenerse el Cardenal algunos dias, le pareció avisar de su venida, y despachando vn proprio, remitió a su hermana algunas piezas de telas, lienços, y otras cosas, cosa que estimaron en mucho, por embiarles vn libranza de ducientos escudos: con que se remediaron muchas cosas que se padecian de pñertas adentro, por no descaecer de la publica ostentacion, y por estar Don Alonso con vnas peligrosas tercianas, embiándole a decir su enfermedad, por la qual no iba a verle, y que si gustaba le embiasse al sobrino, lo haria: Respondióle, que de ninguna manera hasta llegar a Toledo no tratiran de nada, y renovando los regalos, le encargò mirára por su salud. Llegados a Toledo, le hizo el Cardenal su limosnero; y como a la fama del nuevo Prelado, acudieron tantos pobtes vergonzantes, y mendigos, y como Don Pedro era generoso, y socorria francamente sus necesidades, se hizo en pocos dias tan amable, y como ocu-

paba los Confesionarios, se le llegaron muchos hijos de penitencia, así hombres como mugeres, entre los quales fueron dos señoras, madre, y hija, de lo mas lucido de aquella Ciudad. Luego que las comenzò a comunicar, le parecieron tan bien, que estrechò con ellas particular amistad. Vendianse vnas posesiones, y la vna era vna casa principal, pared en medio destas señoras: y la otra vna casa de placer, casi a la vista de Toledo, con vn jardin, y ducientos marjales de viña: y juntamente dos Esclavas, la vna Etiope, que por averse criado en vn Convento, eraladina, y de muchas habilidades, la otra, Berberisca; y la causa de venderse todo fue, que el difunto dueño, no tenia heredero forzoso, y dexando a muchos parientes pobres, dexò a todos iguales mandas. Avisaron estas señoras a D. Pedro, y tratò de comprarlo todo, con tan prospera fortuna, que à seis meses de estar en Toledo vacò vna Canongia en la Santa Iglesia; y aunque hubo pretendientes, se la diò el Cardenal de mano poderosa. Tratò de que las esclavas assearan la casa, y adornandola de la

costosas, y ricas alhajas, asombrò à todos los que le dieron el parabien; mandò se le buscàra vn mayordomo, dos pages de habito largo, dos lacayos, el vno grande que sirviera la despensa, y otro pequeño, y despachando vn proprio, embiò à decirle embiasen la descada prenda, advirtiendo que no le hicieran vestidos, y que entràra de noche, porque no gustaba que supierà su venida hasta adornarle à su gusto. Llegada la carta, diò Don Jacinto tanrprieta, que al segundo dia le despachò su padre acõpañado de vn criado, de quiè tenia segura confianza. Llegado à Toledo observò la ordè de su tio, y entrando à dos horas de la noche, preguntando por la casa del Canonigo Medrano, vn Ciudadano, à quien avia hecho muchas limosnas, se ofreciò de llevarlos à ella: aparearonse, por escusar el estruendo de las mulas, dando orden al mozo las llevassè à la posada, y llegados à su casa, dixo el Ciudadano, que le avisaba de q̃ le buscaban dos forasteros, y como estava con el cuidado, mãlò que subieran; despachò al honrado pobre, dandole

vn socorro, diciendole no se acortará en lo que se le ofreciera, y quedando solo, mandò à los criados, que si le buscaran, respondieran, no estava en casa: era la causa, que vn Racionero, y dos Canonigos, venian à entretenerse las mas de las noches: eran entretenidos, y como Don Pedro gustaba de la chanza, professaba con ellos estrecha amistad, en particular con el Racionero, que las vezes que le parecia se quedaba à dormir en su casa, y para este fin tenia mas adentro de su alcaoba vna sala aderezada, y llamando à la morena, la mandò hiciera la cama, y aderezasse lo necesario, y llegando à vn bufete, adonde estava vn velòn de plata, le dixo: Llegaos à la luz, que tengo deseo de veros. Besòle la mano, diciendole: Deme v.m.d. su bendicion, para que todo me suceda bien. Abrazòle contento de verle obediente, y tomando fillas, mirandole con alguna suspension, le dixo: el deseo me has quitado de ver à tu madre, no he visto cosa mas parecida. Respondiòle: Prometo à v.m.d. que no la conociera de flaca, aunque se ha mejorado despues que tuvimos aquel

aquel focorro, porque mi padre juega tanto, que estava la casa rematada, y apenas se alcanzava para vna triste holla, y à la noche vn guisado, y muchas vezes faltava. Dixo Don Pedro: Bien se os hecha de ver, que parece que estais encanijado. Preciavase Don Jacinto de la chanza, y como sabia el buen humor de su tio, le respondiò: No se espante v.m.d. que como la holla era poca, me atava mi padre al pie de la mesa, porque no alcanzara al plato. Celebròlo con mucha risa, diciendole: Pues tratad de comer, y engordar, que gracias à Dios, no faltan quatro reales: yo vengo de vna tierra, adonde se come bien, y se bebe mejor. Aviale embiado à decir su hermana, que el sobrino era gran musico: teniale prevenido harpa, y viguela de lo mas primoroso: preguntòle: Como os va de musica, que vuestra madre me ha embiado à decir grandes cosas? Respondiòle: Siempre las madres hablan apasionadas, mas ya sald à vn hombre del empeño, si se ofreciere. En esto salio Antonia à dezir, que ya estava prevenido lo que le avia mandado, le dixo, que se entrara en la sala, y que en

estando acostado se trataria de cenar; y hallandola tan adornada, quedò admirado de la riqueza de su tio. Teniãle prevenido vn baño en vna tina, con tan curiosa invencion, que por la parte de abaxo tenia vn tornillo con que se desaguaba. Estaba cubierta de vn pabellon, y Antonia le dixo: Entrese v.m.d. en el baño, y sientese, para que le bañe el medio cuerpo. Hizolo assi, y como vivia contenta con la buena condicion de su dueño, luego que le empezó à bañar, le dixo: Ay deputa que blanco es el mozico, parece la mano de la negra mosca en leche. Con esto empezó Don Jacinto à decir tantos donayres, y la negra à responderle, que no se podian tener todos de risa. Tenianle la cama de Verano por ser à los postreros de Mayo, y quitado el baño, avisaron à Don Pedro, abrió vn baul, y sacando vna almilla de gafa de oro, y vn capotillo frangeado de galones, y alamares, le mandò se le pusiera, porque no se rescriasse: Hizole tomar vn poco de agua de azar con piedra vezal, y mandò se pusiese la mesa, acudieron cada vno à su obligacion: pusieron sobre

vn bufete grande vna baxilla à modo de aparador , y vn bufetillo de plata junto à la cama , sirviendoles quatro platos , sin los postres , y principios , y dandoles agua mannos , les mandò Don Pedro se fuesflen à cenar : quedòse por vn rato de conversacion , y levantandose le dixo : Quedaos con Dios , que yo me voy à ver vnas señoras , que viven pared en medio , son madre , y hija , estimolas tanto , que no me hallo la noche que no las veo : son de lo mas ilustre desta Ciudad ; la madre señora de valor , prudente , y bien entendida ; la muchacha será de vuestra edad , grande musica , y de las mas lindas Damas que ay en esta Ciudad : Saben que aveis de venir , y no ay duda que se alegrarán. Preguntòle al descuido : Y como se llaman estas señoras ? Respondiòle : La madre se llama Doña Guiomar de Meneses : La muchacha Doña Beatriz de Almeida : fuè hija de vn Cavallero del Abito , de lo mas noble de Portugal , jugava tanto como vuestro padre , y las dexò tan pobres , que no passa el dote de mil ducados : bordan Casullas , y otras cosas , y con esto sustentan vn honrada familia ; y lo

mejor que tienen , es el recato , porque Doña Beatriz es tan esquivada , que tiene fama de mal acondicionada. Con esto se fuè à su visita , dexando al forastero tan repentinamente enamorado , que le pareciò no viviria sin ver à la que já tenia por dueño de su alvedrio. Bolviò Don Pedro de su visita , y hallandole dispierto , le dixo : Mucho se han alegrado estas señoras , y Doña Guiomar queria passar à veros , y la detuve con decir estabais acostado : mañana será preciso llevaros conmigo. Con la buena nueva passò lo restante de la noche en amorosos desvelos : el dia siguiente le sacò su tio vn vestido de tela de nacar , diciendole : Esta gala hice à vuestra contemplacion ; como os embiaron retratado deste color , y llamando al lacayuelo , le mandò llamasse al Sastre , para ajustarlo , sacando vn ferretuelo de dos felpas , vn sombrero de castor , y vn cintillo de diamantes. Mandò à la Negra le cosiera en èl , cogiendo la falda con vna brocha de lo mismo. Con esto se fuè à la Iglesia , y venido el Sastre , no fuè menester mas de ajustarlo , por ser Don Pedro mas grueso ; quando bolviò , como le

le hallò vestido, le mandò que se passéara, llegó hasta la puerta, y quando bolvió acia él, le hizo vna ayrosa, y despedida cortesía, diciendole: Conozca v.m.d. este Maesse de Campo, que tiene para servirle. Respondiòle: otro lo representará menos, mas no os quiero en la guerra, porque os estimo mas de lo que pensais: no os desnudeis, porque he dicho à vnos amigos en la Iglesia, que aveis venido, y no ay duda que vendrán à veros. Entrò vn criado à decir, que venian dos Canonicos, y vn Racionero, y le dixo: Baxad presto, que son personas de mucha importancia; pasó la escalera tan de buelo, que contentos de ver su bizarría, se detuvieron à verle, y como el Racionero era chancero, le dixo à Don Pedro: Lindo ruido nos aveis traído con este mocito; los Cavalleretes se han de arrinconar. Estimòle el favor, diciendole: Si v.m.d. me dice esos requiebros: qué dexa para vna Dama? adviertole que soy muy hombre, y me precio de serlo para servirle. Subieron arriba, y como eran tan de casa, les preguntò Don Pedro si avian comido? Respondieronle: que

no, y mientras se previno algo mas de lo que estava aderezado, le pidieron hiciera alarde de sus habilidades. Sacaron la viguela, y despues de aver cantado algunas letras, alabò el vno de los Canonigos, por ser gran musico; la mucha destreza: y dixo el Racionero: Pues no ha de quedar en esso, que quien sabe tan buenos passos de garganta, no ay duda que los hará buenos en la mudanza. Rehusòlo, diciendo tenia poco de mudable, y porfiandole, danzò vn canario, con tan sazonadas, y curiosas mudanzas, que les pesò de que entraran à poner la mesa, encareciendo la mucha razon que Don Pedro tenia, de estimar prenda de tantos meritos. Despues de aver comido, se entretuvieron en jugar hasta hora de visperas, y preguntandole si le avian de llevar contigo; astes le he de tener preso hasta el dia de San Juan, pues viene cerca, que todo será menester para cortarle galas, y recibir visitas. Con esto se fueron, y se entretubo lo restante de toda la tarde, en que Antonia le enseñara toda la casa, y riquezas de su tío. Luego que bolvió de la Iglesia, se puso de

cor-

corto , diciendole : Vamos antes de cenar à ver estas señoras: Passaron à su casa , y Doña Guiomar le recibió con los brazos , diciendole : Venid acá hijo mio , abrazadme , que prometo , no sabré encarecer el gusto que he tenido de ver al señor Don Pedro tan contento , abrazola , diciendola: Yo venia à ofrecermeme por esclavo , y cumplir parte de las muchas obligaciones que me corren , segun mi tio dice : y pues v.m.d. me dà nombre de hijo , no quiero perder el derecho à tanta dicha. Turaralo yo , respondió Doña Guiomar , que vn sobrino de Don Pedro no avia de saber responder à lo que se le dice. Con esto besó la mano à su nuevo dueño , y doña Beatriz le dió la bienvenida , con pocas razones , y mucha mesura. Mandó Doña Guiomar traer vn instrumento , diciendole : En verdad que tengo de lograr el deseo. Cantó vna letra nueva , y pareciendole bien à Doña Beatriz , le pidió se la diera escrita , y apuntado : ofreció el hacerlo , recabando que ella cantara otra : y despues de aver hablado algun rato , aunque se mostrò tan esquiva , que fuè menester que su ma-

dre se enfadara para conseguirlo. Despidieronse con mucho pesar de su amante corazon. Otro dia por la mañana , mientras su tio bolvia de la Iglesia se entretuvo en escribir la letra , y apuntarla , y en medio pliego cifró parte de su amorosa , y encendida llama , doblandolo de suerte , que no se echara de ver al darle. Por la tarde tuvo algunas visitas , como se supò su venida , entre las quales fuè vn Cavallero llamado Don Rodrigo , tan vecino suyo , que no avia mas de la casa de Doña Guiomar en medio , y como vieron instrumentos , dos hermanos casi de su edad , preciados de musicos , le tomaron , y con esto se dió motivo à que Don Jacinto , à petición de todos , cantó algunas Xararas sazoadas , y como todos eran muchachos , entretuvieron la tarde en cantar , y jugar las armas , tan aficiona los al cortès Andaluz , que se le ofrecieron por inimos amigos. Despidieronse , y como Don Rodrigo estaba tan cerca se entrò en su casa. Estaba casado con vna señora llamada Doña Ana , era plaçentera , y como suelen decir vulgarmente à la buena

fin. Tenia vna hermana viu-  
da de veinte y quatro años,  
vivía de asiento en la Corte  
en compañía de su suegra,  
por averla dexado su marido  
por heredera de toda su ha-  
cienda, con calidad de que  
no desamparasse à su madre,  
por ser anciana; y enfadada  
de perpetua suegra, se iba to-  
dos los Veranos à Toledo, à  
gozar del fresco de Tajo. Co-  
mo Doña Ana era à su propo-  
sito, porque Doña Leonor  
como era moza, era mas de-  
sentadada de lo que era ra-  
zon; y como su hermano vi-  
no tan temprano, estrañando  
la venida, le preguntaron la  
causa, y respondiòles: Vengo  
de casa de Don Pedro de ver  
vn sobrino suyo, que ha ve-  
nido. Con esto les refirió las  
muchas partes del forastero,  
diciendo es famoso: no he vi-  
sto en mi vida mas fazonado  
muchacho. Encareciòlo tan-  
to, que hizo en el corazon de  
la hermana la operacion que  
Don Pedro avia hecho en el  
de Don Jacinto, alabando à  
Doña Beatriz; y como era  
tan desahogada, le dixo: No  
nos le alabe, que nos dà de-  
seo de verle. Respondiòle, le-  
jos de sospecha, facil ferà,  
idos à casa de Doña Guio-  
mar, y le vereis. Con esto no

esperò mas, diciendo à la cu-  
ñada: vamos luego, porque  
estèmos allà antes que ven-  
gan. Con esto passaron à ver-  
las, por ser tan amigas, di-  
ciendolès, no agradezcan es-  
ta visita, porque venimos à  
ver al sobrino del Canonigo,  
porque mi hermano nos ha  
dicho tantas cosas, que nos  
trae el deseo. Respondiòlas  
Doña Guiomar: Por mucho  
que diga, quedarà corto. Ha-  
blòse de otras cosas, y veni-  
dos à verlas, les recibieron  
las cuñadas con tan grandes  
alabanzas, que le pudieran  
desvanecer, à no ser tan en-  
tendido, y despues de los  
cortesefes parabienes, le pidie-  
ron que cantasse algo, di-  
ciendole Doña Leonor lo mu-  
cho que su hermano le avia  
encarecido. Estimò el favor,  
y tomando el instrumento,  
como que se le avia olvidado,  
facò el papel, y dandosele à  
Doña Beatriz, le dixo: Aquí  
tiene v. md. la letra que me  
mandò escrivir. Tomòla con  
la debida cortesía, y cantando  
Don Jacinto algunas letras,  
alargò el instrumento para  
darlele: escusòlo, diciendo  
tenia el pecho apretado, mi-  
rando à Doña Leonor, le di-  
xo: Canta por mi, que no es-  
toy buena. Tomòle descola

de parecerle bien al que yà la tenia sin sosiego, aunque no le sucediò como pensaba, por cantar vnas coplillas algo licenciosas, porque à Don Jacinto le pareciò tan mal, quanto no se puede encarecer, porque de su natural era callado, y vergonzoso, aunque no por esto dexò de celebrar la musica, y como fuèrio las hallò de visita, por no estorvar la conversacion se despidiò, y quedando solas, como Doña Ana era entretenida, dixo: Ay amiga, y que buen casamiento era este para Doña Beatriz. Respondiò Doña Guiomar: No amiga, que Don Pedro es rico, y no puedo yo competir, porque mi hija es pobre; si fuèrio tratara de casarle, mejor era para Doña Leonor, que tiene dote suficiente. Respondiòle: Ojalà fuera yo tan dichosa, que me ha llevado los ojos, y he de hablar à mi hermano acerca de esto. Todavía estemprano, dixo Doña Ana, que aun no ha pisado las calles: razones fueron estas para el corazon de Doña Beatriz de mucho sentimiento, no por estàr inclinada, sino sola por verse pobre, y fue menester su cordura, para resistir el repentino pe-

far. Despidieronse, y para dár lugar à la pena, le dixo à su madre: Acuestese v. md. que yo quiero estudiar esta letra, para ver si la acierta, mandando à las criadas se fuesen: se entrò en su quarto, y sentandose en vn estrado en que se tocaba, derramando copiosas lagrimas, dixo: Dios se lo perdone à mi padre, que tanto mal me hizo, pues me falta la ventura: quando Doña Leonor se atreve à competir, porque tiene dinero, teniendo menos calidad que yo. Con estos penosos discursos pagò el común tributo à su sentimiento, pues no tiene mas remedio que el llanto, y por divertirse en algo, quiso ver la letra, llegando vna bugia al bufecillo, y mirando el papel que venia dentro, se turbò, diciendo: Yà es mayor mi desdicha, si este hombre me quiere, pues no tengo esperanza de mejor fortuna; y movida de la curiosidad, leyò las siguientes razones. Mi señora, sin culpar mi atrevimiento, le suplico no desfiteme la fee que le confagro, pues antes de verla le rendi el alma por la noticia que tuve de mi tío, corta para tanto empeño, pues no tiene su belle-

lleza humana explicacion, ponderando objetos divines; dexarla de adorar, no es posible, ni vivir sin verla; y pues la vecindad es à proposito para escusar la nota, y el calor es tanto, le suplico se sirva de llegar à la ventana, allegurando mi temor, pues le tendré hasta saber no encaentre alguna criada este papel, y mandeme en cosas de su gusto. Leido el papel creció la confusion, diciendo: que puedo hacer en esto? D. Jacinto esbizarro: yo desgraciada; si le respondo, le doy à entender que estimo su cuydado; si no respondo, dexo la puerta abierta à mayores atrevimientos: Pues muera yo à manos de mi dolor, y no mueran en mi mis obligaciones. Con esta valiente, aunque necia resolucion, abrió la ventana, y visto la esperaba, llamandole en tono baxo, llegó à cele-

brar su dicha, y sin responderle, rompiendo el papel, se le tiró, diciendo: A semejantes atrevimientos, respondiendo de esta fuerte, y cerrando la ventana, le dexò tan loco, que faltò poco para perder el sentido, alzando los pedazos se reportò, considerando que vna Dama de tantas prendas no le avia de favorecer tan presto, y determinado à pasar adelante con su pretension, y desvelado en varios pensamientos, escribió vna letra, para darle à entender su firmeza. Otro dia llegada la hora deseada, pasó con su tio à verla. No se descuydaron las cuñadas en ganarle la entrada, y despues de las acostumbradas cortesias le pidieron cantasse algo. Aceptòlo, por lograr su intento, y traído el instrumento, cantò la siguiente letra.

*Si Faeton por atrevido*

*llegò à la Region del Sol,  
aunque muera despeñado  
he de seguir à Faeton.*

*Si os preciais de ser cruel,  
advertir, que es el rigor  
muy impropio à una Deidad.*

*pues merece adoracion.*

*La culpa de ser tan linda,  
disculpa mi pretension,  
que nadie puede miraros  
sin quedar loco de amor.*

*Perdido estoy, y contento,  
de ver, señora, que son  
esos rayos que me abrasan,  
causa de mi perdicion.*

*Culpa fuera no ser viros,  
pues ya nacimos los dos;  
vos para ser dueño mio,  
y para adoraros yo.*

Acabada la letra le pidieron que danzara, y por decirlo Doña Guiomar, fue preciso el hacerlo. Danzó vna Gallarda, y pareciendole que por estar en publico, no escusaria D. Beatriz el salir, la sacò, aunq̃ no consiguió su deseo; y como sabia su condicon no la porfiò, aunq̃ el pesar fue tan grande, que la severa Dama lo conociò, satisfecha de que la letra se avia cantado al desprecio del papel rasgado, y luego que llegó à su casa, por desahogar el corazon, le dixo à su tio: Terrible es mi

señora Doña Beatriz. Respondiòle: Pues aora ya se ha enmendado. Al principio que las visitè, se escondia de mi, y me costò el enojarme muchas veces, el que no se quitara de la sala; y me espanto asista en ella estas noches: A Doña Ana se lo podeis agradecer, que à no estar allí fuera possible el no salir con esta mala nueva. Creciò el fuego de la pretension, y al mismo passo crecieron los desprecios. Conociendo en el pecho que la picaba el cuydado de su amiga, y se vengaba

en sí misma, con los pesares que le daba à su rendido amante. En esto llegó el día de San Juan, y quatro días antes le dixo Don Pedro, que tenia intento de que se fueran à la cañeria todo el día, advirtiéndole à Doña Ana, que combidara de su parte à Doña Inés su prima, y à su esposo, quedando de concierto, que todos los hombres se juntáran en la Iglesia; y que las señoras se fueran de por sí por escusar el calor. Con esto se despidieron, y quedando solas, dixo Doña Leonor: Madruguemos para oír Misa de rebozo, y verèmos este mocito, que tengo deseo de ver si es tan galán en la calle, como lo es en la sala. No quiso Doña Beatriz contradecirlo, por estár yà tan picado, que le parecia que todas lo echaban de ver. Luego que Don Pedro llegó à su casa, diò orden à las esclavas se fueran luego à prevenir vna sumptuosa comida, dándoles por memoria los platos que se avian de aderezar; y llegado el día siguiente estrenò Don Jacinto vna gala digna de vn Príncipe. Era el vestido de tela rica noguerada, gala de Soldado, con mucha botonadura de diamantes, ca-

bos blancos, bordadas las mangas, tahali, y prerina de medias cuentas de plata, con guâtes bordados de lo mismo. Entrò acompañado de algunos amigos, y criados, tan galán, que se llevó los ojos de quantos le miraban. Estaban las encubiertas Damas en vna Capilla, por no ser conocidas, y como estaba descuidado oyò la Misa con tanta devocion, que à su zelosa Dama la sirviò de alivio el poco reparo que hizo en las muchas Damas que avia en la Iglesia, y bueltas à su casa, le preguntò à la viuda al descuido: Qué te ha parecido el forastero en la calle? Respondiòle. Tan bien, que no tendré sosiego hasta que mi hermano trate este casamiento. Quedò tan abrafada, aunque vivia sin esperanza, que se vistiò à toda gala: Era el pelo de vara, y media, y de color castaño, claro, y rizandolo de menudos rizos, dexando à la parte del rostro lo bastante para copete, y guedejas, dexò lo restante caido à la espalda: pusose vn apretador de esmeraldas, y algunas rosas de gruesso aljófar, con otras muchas rosas, y fortijas, con vn vestido de color de perla, con franjas de oro sobre vi-

vos.

vosleonados, y muchos alamares en la ropa, guarnecida de los mismos vivos, y aunque todas se adornaron de cuidado, las obscureció con la mucha gala. Detenidas en los costosos aliños, tardaron tanto, que llegaron primero los hombres. Iban los Canonicos, y Racioneros con Don Alvaro, y Don Rodrigo; porque Don Alvaro, y Doña Inés no le avian visto; y respeto de que ella estaba malparida, y él ausente, quando llegó à Toledo. Tenia la morena debaxo de vna enramada, que cubria vna fuente que estaba en el jardin, cercada de macetas, puestas vnas alfombras, con almohadas, y taburetes en que descansarían, y en vna sala de tres que avia, por estar cerca de la fuente, sobre vnas tarimas puso en que festearan las Damas: en la otra frontera hizo lo mismo para los hombres: en la otra, por tener adentro vn patio que servia de cocina, se pusieron aparadores, y mesas, tan bien dispuesto todo, assi en la comida, como en lo demás, que Don Pedro le estimó el cuidado, y abrazandola, como se preciaba de la chanza, le dixo: Pareceme que la Negra

quiere estrenar el día de mi Santo chilénitas de gatatumba, coralitos, y toquita de puntas, en yendo à casa daré para todo. En esto entró vn page à decir que yá venian, y saliendo todos à recibir las, Don Pedro se llegó à Doña Guiomar para servir la de bracero; hizo el sobrino lo mismo, llegando à su esquivo dueño, y à Doña Leonor, que venian juntas, diciendoles: Si vs. mds. quieren vn gentil hombre, aqui le tienen; assíde Doña Leonor el brazo respondiendole: Claro está que queremos servirnos del gentil hombre, porque es muy bizarro mozo. Enfadóse tanto Doña Beatriz de verla tan desahogada, que tropezó de vnas chinelillas que traía. Acudieron todos à detenerla, y el mas dichoso fue el que lo deseaba; y en achaque de tenerla mientras la criada llegó à ponerla, le assió las hermosas manos, y apretandolas, significó con los ojos, lo que no explicaba la lengua. Retirólas con tanto enfado, que le dixo: Que gentil demasia. Como era el primer amor que Don Jacinto avia tenido, sentia tanto estos rigores, que yá se le conocia en lo palido del semblan-

blante. Y llegados à la fuente, de verla tan enojada, sin poderse reportar, le diò vn congojoso sudor, y reparansu tío en èl, preguntandole, què que tenia: Respondiò, que como aquel vestido era pesado, le avia fatigado por el mucho calor. Llegòse Doña Guiomar à limpiarle el rostro con vn lienzo, diciendole à su tío: Escusada estaba esta gala para el campo. Penada la cruel Dama de ver que era la causa, sacò otro lienzo, y dandosele à su madre, la dixo: Este viene ruciado, y el buen olor le foflegará. Alargò la mano el affigido mancebo, y limpiandose el rostro con èl, para reconocer si era favor, sacò el que traia en el bolsillo, diciendola: Pareceme descortésia bolver à v. md. su lienzo, avien dome limpiado el sudor con èl. Tomòle sin responderle, y echòle en la manga, cosa que le bastò para bolver en sí, y entretenerlos con algunas letras mientras se llegaba la comida, y avisando que esperaban las mesas, se fueron à comer, regalandolos Don Pedro con muchos, y costosos platos, aunque no era nuevo en èl. Retiraronse acabada la comida à festejar, y

Don Jacinto se quedò en el estrado de la fuente, en achaque de poner cuerdas al instrumento. Pusose Doña Beatriz en parte donde le pudo ver por entre vna cortina, sin dár nota, y como à Doña Leonor le pareciò que se avian dormido, saliò en achaque de cortar algunas flores de las macetas. Hizola Don Jacinto la cortesía, y pareciendole que el no decirle nada seria respeto, se llegò à èl, diciendole: Quiere v. md. claveles? Respondiòle: No, mi señora, que están muy bien empleados. Para todos ay, dixo Doña Leonor: tomòle vno, diciendo: Para hallarme favorecido este basta; y pareciendole à la Dama era bastante la ocasion que le daba, se despidiò, y entrandose en la sala se recostò donde estaban las demás. Estaba Doña Beatriz tan rabiosa de ver la desemboltura de su enemiga (que este nombre la podemos dár) que reportando poco la encubierta colera, dispertò à su madre, diciendola: Vamos à pedir agua, que con el mucho dulce me abraço de sed. Salieron las dos, y el contento amante las preguntò si mandaban algo, pidiò Doña

ña Guiomar que la truxeran agua, y mandando à la Esclava les truxera vna tembladera, mientras su madre bebía le puso Don Jacinto el clavel en los rizos de la espalda: bolvió la mano, y quitandole, le hizo pedazos, y le arrojó. Quiso Doña Guiomar ver el patio en que se guisaba, por los muchos afeos de Antonia, y como entrò delante, la dixo Don Jacinto como al buelo: Cruelles son las Damas de Toledo. Respondiòle: Y los Andaluces muy atrevidos, y sin esperar à mas siguiò à su madre. Quedò tan corrido, q̄ no quiso esperar à q̄ salieran, entrandose en la sala adonde reposaban los hombres, se dexò caer sobre vna silla, con tan profunda melancolia, que passò plaza de dormido. Levantòse el Racionero, diciendo à los demàs: Aqui venimos à tener vn rato de gusto, levantense, que en casa dormiràn: Levantaronse, y entrando en la sala de las Damas, saliò Don Jacinto tan disgustado, que casi lo echaron de ver, aunque los divirtió con tomar el instrumento, preguntando: A qual de estas señoras sacarè à baylar? Respondiò el Racionero, à todas. Y como Doña Ana sabia el

cuidado de su cuñada, le dixo: Saque v. md. à mi hermana, que bayla por estremo. Diò algunos passeos, y facandola, le romiò à su hermano el sombrero, diciendo: Toque v. md. la capona, tocò el referido son, y baylandolo los dos, fueron tantos los ademanes de la viuda, que le pareciò mucho peor que en las passadas coplillas. Acabado el bayle bolvió solo al puesto, y temiendo no le hiciera en publico algũ desprecio, no se atreviò à sacar à su ingrato dueño: puso la mira en Doña Inès, y pidiendole tocara vna gallarda, à los primeros passos se la quitò Don Alvaro. Retiròse sin dexar el son, diciendo: No ay dicha como tener imperio en las cosas: danzaron los dos contentos casados, con mucho aplauso de todos, y abrazandola, la bolvió al estrado. Mandòle su tio sacara à Doña Beatriz: y por no parecer demasiada, saliò diciendo: Toque v. md. la capona, que pues mi amiga gusta de este bayle, quiero galantearla, y siguiendo las mismas mudanzas que Doña Leonor avia hecho, la baylò con tanto donayre, y gravedad, que todos le dieron genio:

nerales aplausos; y como Doña Ana sabia poco, y no avian celebrado à su cuñada, les dixo: Donde mi señora Doña Beatriz está, nadie luce, todas quedan à oscuras. Atajòla el discreto Andalúz, diciendo: No tenga v.m.d. pena, que yo traerè el Sol de Guínea, para que nos alumbrè: y llamando à Antonia le mandò traxesse su adufe, diciendole: Señora morena, los dos hemos de baylar vn bayle mandingo à lo Negro, con todas sus circunstancias. Respondiòle la despejada Negra: No quedará por mí, si v.m.d. le sabe baylar, y traído el adufe, lo baylaron con tantos gestos, y ademanes, que hizo el mancebo, remedando à su Negra, que yá les dolian los cuerpos de risa, y pareciendoles que era tarde, se tratò de mendar, y se bolvieron à la fuente, y entre las muchas frutas, se sacaron vnas peras vergamotas, y por ser vna de ellas digna de darla a su dueño la guardò Don Jacinto. Con esto bolvieron à Toledo, y por el camino fuè cantando xacaras, y haciendo tantas diabluras, que al llegar à casa de Doña Guiomar, co-

mo yá era de noche, le diò Doña Leonor vn pellizco, diciendole: Mal aya èl, y quien acà le truxo. Detuvole la mano, diciendo: Bravo favor, si no tuviera tanto de cruel. Apartòse la viuda, porque su hermano no entendiera nada, y mientras se despedian se llegó Don Jacinto, y sin decirle nada le echò la pera en la manga, como avia oido lo que avia pasado, presumiendo que Doña Leonor se la avia dado la facò, y tirò à la calle, y sin esperar, se entrò en su casa, diciendo: A Dios, que vengo cansada. Otro dia mientras su tío estuvo en la Iglesia, se entretuvo en escribir vna letra, para dár à entender lo mucho que sentia los desprecios: y llegada la hora de su visita, le preguntaron las cuñadas, si avia llegado cansado? Respondiòles, No poco, porque me siento indispuesto. Respondiòle Doña Leonor: Pesame mucho que no estará para darnos algo. Cayòle la palabra à medida de su deseo, y pidiendo el instrumento, le tomò, diciendo: No me puedo yo cansar de servir à vuestras mercedes. Con esta capa cantò la siguiente letra.

R

DE

De los desdenes de Celia  
 llorando estaba Jacinto,  
 el verse tan despreciado,  
 mirandose tan rendido.

Aumenta del claro Tajo  
 los cristales fugitivos,  
 corrido de que murmuren  
 sus lagrimas, y suspiros.

Como es posible, que un Angel,  
 dize el Pastor à los riscos,  
 imite vuestra dureza,  
 mostrandose tan esquivo.

De que abra se con la nieve,  
 no me espanto, ni me admiro,  
 pues es propio de los hielos  
 convertir en fuego el frio.

Solo me espanto de ver  
 que es hermoso un basilisco,  
 y que maten con la vista  
 ojos que son tan divinos.

Muer a yo, pues gusta Celia  
 de matarme, y solo estimo  
 la vida, para perderla  
 al rigor de su castigo.

Cantò la referida letra con tan tristes acentos, que le costaron à la cruel Dama el deramar algunas dissimuladas lagrimas, aunque no por esso desistió de su primer intento; antes creció mas la resistencia, pues otro dia por la tarde entrandose en vn pequeño, y aseado patio, que le servia de jardin, por tener vna fuentequilla, y muchas macetas, renovando sus dissimuladas penas, estaba tan divertida, que parecia Ninfa de candido alabastro. Viòla su rendido amante desde vn corredor, y resuelto á decirla à boca algo de su mucho sentimiento, entròse tan de repente, por no perder la ocasion que afustada de verle, y temerosa de que no la viera llorando, le dixo indignada: Braba grosseria tienen los Andaluces, y no sè en que funda v.m.d. tantas demasias, vayase con Dios, y no le suceda otra vez entrarse desta fuerte. Encolorizòse para decirle esto, y viendo su enojo, de tal suerte se turbò Don Jacinto, que sin responderla se bolvió à su casa, quebrando el corage en tan tacia calentura, que aptiessa le desnudaron, y venido su oio se alborotò con la nueva.

Llamaron al Medico, y avisaron à Doña Guiomar del nuevo accidente, passò à ver al enfermo à tiempo que yà estaba el Doctor de visita, y estaba diciendo: Juraralo yo, que la fiesta del Cigarral avia de parar en esto, y mandò que à toda priesa le cargaran de ventosas, y se le dieran friegas de brazos, y piernas, y que passada vna hora se le diera vna bebida que ordenò, por asegurar el resfriado, diciendo: la calentura es maliciosa, y estamos à pique de vn tabardillo, si de aqui à mañana no se templá, serà menester sangrarle, y no importa que esta noche no cene, yo estarè aqui à la primera salida. Estuvo Doña Guiomar presente à todo, y por su mano le diò las friegas, y buelta à su casa, hallando à las cuñadas, les contò lo sucedido. Sintiólo Doña Leonor con tal estremo, que passò de raya, pidiendo à Doña Guiomar que otro dia las avisara para ir con ella à verle, darò la calentura al passo del fuego que estaba en el pecho, y dandole cuenta al Doctor, que avia estado desvariando, mandò que al punto le sangraran. Passaron las causadoras de su mal à casa de Doña

Guiomar para ir con ella , y diciendola á su hija que se vistiera , la respondió: Yo no quiero ir , que á vna doncella no le toca essa visita. Dixola su madre: pues no vás conmigo , y van estas señoras ? Ruplicóle : No importa , que v.m.d. puede ir , y estas señoras , que vna es viuda , y otra casada. Como su madre la conocia , la dexò , por no enfadarle ; y llegadas á casa de Don Pedro , significò la enamorada viuda su sentimiento con tan encarecidas palabras , que pudieran dàr cuidado à otro , que no estuviera tan divertido. Preguntò Don Pedro : Como no iba doña Beatriz ? Y respondió su madre: No me la nombre v.m.d. , que cierto que he menester quererla tanto para sufrirla : y con esto refirió lo que avia pasado , diciendole , no avian podido recabar que fuera con ellas , cosa que apasionò tanto al enfermo , que sin poderse reportar , diò vn suspiro tan congojoso , que pareció le faltaba la vida. Entrò el Medico , y hallando el pulso tan alborotado , mandò le bolvieran à sangrar : pasado el medicamento bolvieron todas à su casa , de Doña Guiomar , y D. Leonor no quiso

entrar con la pena que llevaba , y llegada à la sala le preguntò Doña Beatriz : Como está el enfermo ? Respondiòle con el enfado que tenia : Como ha de estar cargado de ventosas , y de sangrias ; y si Dios no lo remedia , à pique de morirse , y sois tan terrible , que debiendole à Don Pedro lo que le debemos , os preciais siempre de ser tan necia. Con esta palabra tomò ocasion para derramar parte del susto en copioso llanto , diciendo : Yá no falta mas de que v.m.d. me trate dessa suerte. Con esto se entrò en su quarto llorando tan de veras , que empeñò à su madre en darle satisfacion , pensando lo hacia por lo que le avia dicho. Otro dia embiaron à saber como lo avia pasado , y respondieron , que toda la noche avia estado desvariando ; y llegada la tarde , con la mucha pena que tenia , le dixo à su madre : Ya es obligacion el ir à ver à Don Jacinto. Embiaron à llamar à las cuñadas , y por tener vna visita de cumplimiento , respondieron que se fueran , y que allà se juntarian , cosa que Doña Beatriz estimò por declararse con su rendido enfermo. Logrósele el intento porque

al tiempo que entraron, salia Don Pedro acompañando à vnos Cavalleros : estaba el vno casado con vna sobrina de Doña Guiomar, y deteniendose à saber de su salud, pasó Doña Beatriz adelante, y llegando à la cama, le dixo: Qué es esto señor? Así trata V. md. de matarnos? Quedò tan elevado con semejante razon, que presumió la Dama estaba con algun desmayo, y arrodillandose delante de la cama en fé de la mucha amistad que tenian, le preguntò: A ver, es mucha la calentura? Y sin facar el brazo, le alargò el pulso, diciendo: Si, mi señora. Al tiempo que le tocò, assiendole la otra mano con la que tenia dentro, estampò en ella los ardientes labios, y sintiendo que se la bañaba con muchas lagrimas, no se atrevió à resistirle, segura de que no podia causar sospecha, y por disimular, porque ya entraban su madre, y Don Pedro, preguntandole, si le dolia mucho la cabeza? Respondiòle: Se me parte, mas lo fresco desta mano, basta para darme vida. Alegrome de ser de provecho, le respondió Doña Beatriz algo risueña, de verle tan enamorado; y visto que no cessaba

de besarle la mano que le tenia assida, y que duraba el llanto, en achaque de taparle las espaldas, le dixo: Quedo, basta ya por vida mia, no me mate con esse sentimiento. Entrò el Medico, y levantandose la que le daba la salud, y tocandole el pulso, como le hallò tan trocado, les dixo: Gracias à Dios, que ya se reconoce mejoría, está como de muerto à vivo, mucho han importado las sangrias, denle vna pechuga de ave, y vn poco de conserva: Y como lo recabarèmos, dixo Don Pedro, que no podemos hacer que traspasse bocado: Respondiòle: pues anime se, que aunque es muchacho, le hace falta la sangre. Con esto se fue, y la contenta Dama, conociendo que la mejoría avia nacido de sus favores, pasó adelante, y sentandose en vn taburete, dixo: Sangrado, y no comer, en verdad que no me contenta, mande V. md: q̄ traygan la cena, porq̄ de no alentarse, no ferèmos amigos: truxòse todo con brevedad, y partiéndole la pechuga de ave, tomò vna presa, y se la diò, diciéndole: mire V. md: q̄ lindo bocado, comale por vida mia: comiòlo, diciéndole: El juramento basta para dars

darme la que yà me falta. Con-  
tento su tio de verle tan alen-  
tado, le dixo à Doña Beatriz:  
Canta algo niña, para que es-  
te muchacho se divierta, por-  
que se muere de melancolia.  
Sabia vn saynete, de que Don  
Pedro gustaba, à proposito de

lo que le estaba passando: y  
respondiò: Pues V. md. gus-  
ta de Carrillejo, se le tengo  
de cantar al señor Don Jacin-  
to, à vèr que le parece, y  
con esta capa, cantò el si-  
guiente Romance:

*Carrillejo de verte llorar*

*Belilla se muere:*

*ay Pasqual, que me engañas:*

*no ay tal, que yo sè que te quiere,*

*Si te queexas de vn rigor,*

*muy poco sabes de amar,*

*pues seruir, y no esperar,*

*son quilates de tu amor.*

*Templa Carrillo el dolor,*

*pues Belilla se muere:*

*ay Pasqual que me engañas:*

*no ay tal.*

*El otro dia en el Prado,*

*reparè en que te miraba,*

*y aunque lo dissimulaba,*

*yo conoci su cuydado.*

*No vivas desconfiado,*

*pues Belilla se muere:*

*ay Pasqual que me engañas,*

*no ay tal.*

Di:

*Dile, Carrillo, tu amor,  
y no la culpes de ingrata,  
que aunque vès que te maltrata,  
en el alma està el favor.*

*Vive contento Pastor,  
pues Belilla se muere:  
ay Pasqual que me engañas:  
no ay tal.*

Al tiempo que acabò el ultimo verso, entraron de visita el Racionero, y otros Caballeros, con que no pudo el contento amante celebrar su dicha, y à poco despues las cuñadas, y Don Rodrigo: y despues de aver preguntado, como se sentia, por vèr el instrumento, le pidieron à Do-

ña Beatriz bolviessè á cantar: Disculpòse con que la dolia la cabeza, y alargandole à Doña Leonor el instrumento, le pidió que supliera la falta, tomòle, y cantò la siguiente letra, ò yà que la compusiesse de intento, ò yà que la supo acafo.

*Tan triste vive Leonida,  
de ver su Pastor doliente,  
que aumenta del claro Tajo  
las fugitivas corrientes  
Ay, dice, como es posible.  
que vivo, pues yà me tienen  
los achaques de Lisardo  
en los brazos de la muerte.  
En el rigor de los males,*

La Industria vence Desdenes:  
 es el mayor el que siente,  
 quien ama, y pena callando,  
 sin decir lo que padece.

[A ser posible en amor  
 trocarse los accidentes,  
 yo le pagà a los males  
 à peso de muchos bienes.]

Tuvieramos los dos  
 à un mismo tiempo,  
 mi Lisardo el descanso,  
 y yo el tormento.

Como Don Jacinto no pudo significar su gusto, por aver entrado las visitas, lexos de presumir su daño, quiso valerse de la referida letra, diciendole: Mi señora Doña Leonor, dichofo Lisardo, pues merece que su Pastora sienta sus males. Respondiòle: Prometo à V. md. que todos sentimos tanto los suyos, que el mismo sentimiento me ha obligado á referirla. No fue menester mas, para que Doña Beatriz se mesuràra, tan corrida, que quanto arrependida de averse declarado, pareciendole no estimaba su favor. Necedad conocida de los zelos, pues por lo q̄ tienen

de embidia, se precian de ser villanos. Aunque su enfermo reconociò su disgusto, atribuyendolo à su dicha, por entender era pena de su achaque, se hallò tan aliviado, que le mandò el Medico que se vistiera, y deseoso de celebrar el favor recibido, el dia que se levantò, luego que su tio se fue à Visperas, passò à ver à su adorado dueño, hallòla sola en la sala de Verano, en su bastidor, por estar su madre en el patio ajustando vnas cuentas; y seguro de la llaneza con que se trataban, sentandose en la tarima del estrado, la dixo: Como será posible, señora mia, signifi-

cár mi contento, ni pagar tantos favores? Arajóle con decir: No hago yo favores à nadie, esto ha sido cumplir con lo que debemos al señor Don Pedro: levántese v. md. no le vea mi madre tan cerca. Respondiòle: Pues que importa que me vea, quando reciba la merced que me hace? Levantòse Dona Beatriz, diciendo. Cierro que estas cosas me han de obligar à dexar mi casa, y meterme en un Convento. Detuvola con decirle: No dexes v. md. su estrado, que yo me irè, y para dissimular con su madre, le diò à entender que no se atrevia à detenerse, por estàr tan rēcica levantado. Entròse en su casa, y como bolviò à reynar el fuego del pecho, bolviò el de la calentura, y venido su tío, hallandòle con tanto crecimiento, preguntando si avia comido algo que le hiciera mal, le respondiò Antonia como avia salido, y que el ayre lo avia causado; y como le queria tanto, le diò enfadado con la pena de verle así: Cierro que sois terrible, y si entendiera que me aviais de dár estos pesares, no huviera enbiado por vos. Con esto creció el pesar con tanto extremo, que se cu-

brìo de un fudor elado, ahogandosele el corazon de suerte, que le dexò sin sentido. Embiaron à llamar el Medico, y como se alborotò la casa, se allomò Doña Guiomar à la ventana, preguntando què avia sucedido, y como lo supieron, sin esperar à las vecinas, passaron à verle à tiempo que yà avia cobrado el sentido. Saliò Don Pedro, y el Dotor, y como Doña Guiomar se detuvo à preguntar el suceso, passò Doña Beatriz adelante, y llegando à la cama tan turbada de la pena, arrebatada con el mucho pesar, le dixe: Què es esto? Cada dia hemos de tener estos sustos? Indignado de oirla, incorporandose en la cama, la dixo: Muger tyrana, què me quieres? por què te precias de atormentarme? si adorar-te es delito, matame de una vez. Con esto se dexò caer, bolviendose à la pared. No se atreviò à responderle, porque yà venian su madre, y Don Pedro. Llegò Doña Guiomar diciendole: Hijo mio, bolvocos acá, mirad que està aqui Beatriz. Bolviò por la cortesia, y como yà estava enojado, para darlo à entender, la respondiò: Estoy de suerte, que no estoy para verme à mi, ni à na-

die; y aunque se sentò frõterero por desenojarle, cerrò los ojos, dando à entender le dolia la cabeza; y pareciendoles seria mejor dár lugar à que reposara, se despidieron, passandolo Doña Beatriz aquella noche, que no le quedó à deber nada en las penas anfrías. Otro dia como las cuñadas supieron el repentino achaque, passaron à su casa, para que se fueran, juntas, fue à tiempo que estaban acabando vnas Imagenes para vnas casullas, y estaba esperando el que las avia de llevar. Dixoles Doña Guiomar, que yà quedaba poco, que se fueran, y las esperasen allà. Hicieronlo así, llegando à tiempo que el enfermo le estava diciendo al Medico, mandasse le dieran agua por que se abrafaba: Mandò le diessen vn poco de agua de njeve, con vn poco de azucar. Enfriòse la bebida, y trayendola Antonia, le tomò Doña Leonor el vaso para tenerle, sentòse sobre la cama, à tiempo que entraba Doña Beatriz, y visto el agastajo, colmò el pecho con los rabiosos zelos, tanto que brotò el veneno, y al tiempo que se avian de ir, se detuvo de intento, y quedandose la pos-

trera, en achaque de despedirse, le dixò: Yà no se que xara de mis rigores, pues el favor de mi señora Doña Leonor, basta para darle salud. Yo tengo la culpa de venir à recibir estos enfados, y le juro de no bolver à esta casa. Con esto le bolviò las espaldas, dexandole tan alborotado, que en lugar de pena, le sirvieron de alivio las referidas palabras, diciendo: Podrè creer que Doña Beatriz vâ zelosa? No ay duda, segun lo que me ha dicho. Zelos sin amor, no pueden ser, yo he de darle zelos declarados, y averiguar mi sospecha, y si no lo siente, aunque aventure el perder à mi tio, me he de ir adonde no se sepa de mi. Fue tan poderosa esta consideracion, aunque no bolviò à verle, atribuyendolo à que estava enojada. Cobrò tal mejoría, que le mandò el Medico se vistiera, con que no saliera de casa. Vistiòse, y llegando à la ventana para ver los vmbrales q deseaba pisar. Assomòse à tiempo que salian las cuñadas, para entrar se en la casa de Doña Guiomar; y Doña Leonor alborotada, le dixò: Norabuena le vèa yo, que no sabrè encarcerle el contento que

tengo de su mejoría. Respondióle, seguro de que por estar en el patio Doña Beatriz, lo podía escuchar. No quiero yo el parabien desde la calle, si tiene tanto gusto de verme, hagame vna visita, que ya se la feriarè. Contentas en verle de su parte, entraron al patio, baxò à recibirlas, y como Doña Beatriz lo oyò, llamando vna criada, le mandò le llevasse vn recado de parte de su madre, y mira quien son estas mugères que entraron allà. Fue à dár el recado, y le respondió: Di à mi señora Doña Guiomar, que estimo el cuydado, y que hallandome tan favorecido de estas señoras, no dudo de tener la salud que deseo. Bolvió la criada à decirlo, y poco despues entraron ellas, mostrando Doña Leonor tanto contento, que refirió todo lo que avia passado, diciendo: Quiero llegar à la ventana, para ver si està en la puerta, porque no se atrevió à entrar acá, por amor de su tío. Llegò Doña Beatriz con eila, celebrando falsamente el verla tan gustosa: contento de ver que avia llegado à la ventana, se llegó diciendo: Mi señora Doña Leonor, bien merecido le tengo el favor,

pues viene à ver si cumplo mi palabra de esperarla, y me pesarà sea curiosidad, y no cuydado. Dixole Doña Beatriz demudado el color: Entre v. ind. si gusta de sentarse. Respondióle: No me atrevo à disgustar à mi tío, básteme el favor de mi señora Doña Leonor, por aora, y quitandose el sombrero como de passo, le dixo: A Dios mi señora Doña Beatriz, y muy risueño le dixo à la viuda: Mandeme muchas cosas de su gusto. Con esto se entrò en su casa, y las enemigas se fueren à la fuya. Aquella noche despues de acostada su madre, escribió vn papel, y otro dia por la mañana dandosele à la criada, la dixo: Vete en casa de Don Pedro, sin que nadie te vea, dale este papel à su sobrino, y di que Doña Leonor me le dexò, para que se le embiara encargandome le ganara la respuesta. Fue la criada à darselo, aunque le pesò, creyendo era suyo, le mandò esperasse la respuesta, y retirandose à ver lo que contenia, leyò las siguientes razones.

Nunca di credito à la cautelas de yuesa merced, que de vn hombre tan mudable, y falso, nunca esperè mas

atenciones; y pues me obligo à declarar el enfado que tengo, le advierto, que Doña Leonor tiene casa en que galantearla, y las ventanas de la mia, no estàn acostumbra- das à semejantes devaneos, es- zufe la demasia, si no quiere que yo la haga tan grande, que se pierda todo.

Quedò tan loco de aver conseguido su empresa, dan- do mil besos al papel, se de- terminò de apretar la cuerda, para que saltàra de vna vez, y respondiò las siguientes razo- nes.

Yo no sè por qual razon v. mds. me culpa de mudable; quando los rigores de su con- dicion me han tenido à pi- que de perder la vida. Ne- garla, que adoraba su hermo- sura, serà mentir: Dexarme morir, serà necesidad; Doña Leonor es mi ignal, y me es- tima: y si trato de casarme con ella, culpe su condicion, y no mi mudanza, y pues tie- ne la culpa de sus zelos, que- desè con ellos, que zelos ven- gan deprecios.

Cerrò el papel, y dandose- le à la criada, la dixo: Di à mi señora Doña Beatriz, que le estimo mucho el cuydado, y que me sea buena interces- sora, pues Doña Leonor, co-

mo amiga, le ha fiado este secreto. Bolvió la criada à decirlo, y estimò el engaño, pareciendole avia seguido su rumbo, por no darle sospe- cha; y confiada de que le embiaría muchas finezas, y mayores satisfacciones, leyò el papel, y fue tanta su cole- ra, que haciendole menudos pedazos, se le ahogò el cora- zon, como no pudo llorar, cayendose en el estrado tan mortal, que al entrar su ma- dre, hallandola assi, la tomò en los brazos, dando voces como loca, salió la criada à llamar à las cuñadas, dicen- doles: Vengan vs. mds. que se ha muerto mi señora Doña Beatriz, y como estaba cuy- dadoso esperando el efecto de su diligencia, oyendo las vo- ces, passò à ver lo que avia sucedido, quedando tan muerto, que le faltò poco pa- ra acompañarla; repertòse; diciendo: Cortenle el cor- don, y las cintas de los vesti- dos, y la llevarè arriba. Co- mo Doña Guiomar estaba con tanta pena, sin reparar en la cortesia lo permitiò, fompesòla el torbado aman- te, dando lugar à que la des- nudaran, y quedando en vn guardapies la tomò en los brazos para llevarla à la ca-

ma, derramando sobre el nevado rostro tantas lagrimas, que pudieran bolverla en su acuerdo, y dexandola sobre la cama, les dixo: Desnudenla mientras llaman al Dotor, y viene mi tío. Con esto entrò en su casa, diciendo al primero que encontrò llamasen al Medico, tan ciego con la pena, que no viò al tío que venia yá de la Iglesia, y llegando á la sala, se dexò caer sobre vna silla, diciendo: Bien empleada es mi muerte, pues yo mismo me matè con mis manos. Maldita sea Doña Leonor, que tantos pesares me cuesta. Como Don Pedro era tan prudente, pareciendole que iba con pesadumbre, se detuvo en la puerta para escucharle, entrò en la sala, diciendo: Què teneis, no me negueis la verdad, que yá escuchè parte de lo que estais diciendo? Doña Leonor, aunque es rica, no es á mi proposito, y me pesará de que la tengais voluntad. Respondiòle: No me la nombre v. md. que la aborrezco con todos mis cinco sentidos. Sentòse el prudente Canonigo, diciendole: Advertir, que me enojarè si no me decis lo que teneis, y si nace de amor, os doy la palabra de daros gusto.

Alentado, se determinò á pedir remedio, contandole todo lo referido, y ensoñandole el papel de Doña Beatriz, passò adelante refirièdolo que la avia respondido, para obligarla á que se declararia, diciendole: Y soy tan desdichado, que el pesar que la di, la privò del sentido. Va, a vuestra merced á verla, si estima mi vida. Sinriòlo Don Pedro, diciendole: Aveis andado necio en hacer tal disparate, huvieraitime dicho vuestro amor, que yo lo huviera remediado. Con esto passò á verla á tiempo que yá avia buuelto en si, por averla dado vnas ligaduras apretadas, y vna bebida cordial que mandò el Medico, y consolando á Doña Guiomar, por hallarla tan penada, se sentò sobre la cama, y tomandola las manos, la dixo: Què es esto, señora rayaza? aora que trato de casarla está desfa manera? Por Dios que tenemos gentil desposada, y como se preciaba de la chanza, presumiendo lo decia por entretenerla. Vayafè v. md. con Dios, en verdad que estoy propia para estas gracias. Respondiòle con mucha risa, como sabia de que procedia el achaque,

que , os parecen muy malas: pues yo os juro , que algun dia aveis de querer comprar-melas , y no os las he de vender. Entretuvolas vn rato , y cuidadoso del enfermo que dexaba en casa , se levantò , diciendole à vna criada: vente conmigo , y le traeràs à esta niña vna piedra bezal , y vna vña , para que se la ponga sobre el corazon. Saliò Don Jacinto à recibirlo tan ciego , que no viò à la criada , y preguntandole , como estaba , le respondiò: que yà estaba buena , cuidad de vos , y no cuideis de mas. Con esto abrió vn escritorio , y sacando vna piedra à modo de poma engarzada en oro , asida à vna bandilla , se la embiò con otros regalos. Passò la criada à darlo à su señora , diciendo:

Mucho ha sentido el señor Don Jacinto el mal de mi señora , que saliò como vn loco à preguntar como estaba: Embidieron las cuñadas el presente , aunque Doña Leonor no presumiò llegaria à casamiento. A la tarde vino Doña Inès , y otras amigas à verla , y Don Jacinto mientras su tio vino de Visperas , se entretuvo en hacer vna letra burlesca , tanto por divertirla , como por satisfacerla. Venido su tio , passaron à ver su enferma , recibiolle Doña Inès dandole el parabien de la mejoría , por no averle visto , respeto de estar malparida , le pidieron todas cantasse algo para alegrar à la enferma , y trayendo el instrumento , cantò con gallarda , y admirable destreza el siguiente saynete.

*Beatrizica la de Anton*

*saliò al egido vna tarde,  
y poblaronse los montes  
del ayre de su donayre.*

*Ibala niña zelosa,  
y anunciando tempestades,  
fuego arroja por los ojos  
en dos rios hechos mares.*

*Bar-*

*Bartolillo el de Quiteria,  
que le andaba a los alcances,  
para quitarle el enojo,  
le dixo estos disparates.*

*Rapaza de lindo brio,  
pues miras que soy tu amante,  
no me encapotes la vista  
de esos ojos celestiales.*

*Mirame alegre, muchacha,  
y te ferirè unos guantes,  
que en la tienda el otro dia  
me costaron quatro reales.*

*Mostrabase Zahareña,  
porque el muchacho en el bayle  
avia baylado el Fuebas  
con Leonida la del Valle.*

*Dixole, cesse el enojo,  
hagamos los dos las paces,  
y te juro, si me quires,  
que no baylarè con nadie.*

*Dióle una mano Beatriz,  
y dixo à los dos rapaces,  
ha, quien fuer a tan dichoso,  
que hiciera otras amistades!*

Acabada la letra, celebraron la feria de los guantes, y para satisfacion, como Doña Leonor estaba presente, respondió; Lo que es digno de celebrar, es, que la Pastorcilla tenia el nombre de mi señora Doña Beatriz, que por esso me atreví à cantar este disparate. En esto entraron algunas visitas, y no pasó adelante la musica. Al tiempo de despedirse, dixo Doña Inès se queria ir, por estar su marido indispuesto. Despidieronse todos, y al quererlos acompañar Don Jacinto, le detuvo su tio, diciendo: quedaos, que yá saben estos señores, que estais malo, con tanto pesar de Doña Leonor, que casi lo dió à entender. Contento de aversele ofrecido la ocasion que deseaba, se llegó à la cama, diciendole: Què es esto, así trata v. md. de matarnos? Como fueron palabras que ella le avia dicho rabiosa de oírle, teniendolo à modo de fisga, le respondió: Vayase v. md. con Dios, que para venganza, basta lo sucedido. Esto si, dixo el contentó inancebo, pruebe v. md. parte del azibar que nos di à beber. Respondiòle: Ojalà fuera veneno; tomòle vna mano, aunque

con alguna violencia, diciendole: Y para què puede ser bueno, que v. md. me mate? No vè que no nos casarèmos; y à mi tio sabe que adoro su hermosura, y me ha dado palabra de hacerme dichoso. Retiròse, porque sintió que venia su madre, y Don Pedro no quiso sentarse, diciendole à Doña Guiomar: Vayase v. md. mañana à la Iglesia, que tengo vn negocio, que tratemos los dos. Con esto se fueron, y alborotada con el nuevo cuydado, le dixo à la hija: Ay Beatriz, no sè que diga, de vèr à Don Pedro tan cariñoso contigo: Si yo fuera tan dichosa, que te vieta tan bien empleada. Respondiòle, satisfecha de que su madre conocia su condicion: bien sè yo que Don Jacinto me quiere, y pues v. md. sabe mi recato, no quiero negarle lo que me ha pasado. Con esto le dió cuenta de todo, con que Doña Guiomar enterò la sospecha. Por la mañana se fue à la Iglesia, y entrandose los dos en vna Capilla, le refirió lo que yá sabia, y le dixo: Pareceme que la perfecta cura de estos enfermos, será casarlos, si vuestra merced me quiere dàr à su hija.

ja. Tomòle las manos , con demostracion de quererselas besar , diciendo : Solo me pesa de no tener vn millon que darle , pues Beatriz serà la dichosa. Respondiòle : No he menèster riqueza , bastame su calidad , y virtud , y quedando determinados de que Don Pedro hiciera todo lo que fuera importante , tratò luego de sacar joyas , y galas , embiandole cosas tan ricas , que las dexò admiradas. Despachò vn proprio , embiando à decir à Don Alonso , y à su hermana se vinieran à Toledo , dandoles cuenta de que le tenia casado. Corrieronse las publicaciones con tan general contento de todos , como à pesar de la viuda , pues no fuè posible que su hermano , y cuñada la pudieran detener. Fuesse à despedir , dando à entender se iba à la Corte , por estar su suegra à lo vltimo. Con esta capa disimulò su embidia , dandole la contenta desposada algunas curiosidades , mintiendole pena por su ausencia , y venido sus padres se celebrò el desposorio con nuevas , y repetidas fiestas. Viviò casada largo tiempo con su amante esposo , tan gustosa , quanto prevenida , de no darle

ocasion à que renovàra los passados zelos.

Acabado el suceso se detuvieron à celebrar la venganza de Don Jacinto , aunque no le quitaron à Doña Beatriz el aplauso merecido , pues atenta à su calidad , y obligaciones , quiso mas morir de sus penas , que no faltar à su decoro. Viendo Doña Lucrecia , que los aplausos que se debian de justicia al donayre con que les avia referido la Novela , y que no aplaudian sus huespedes mas que los sucesos de su relacion , sin acordarse de lo donayroso con que los avia entretenido , atajò la conversacion , diciendo : O mi desaliño , ò lo que mas cierto es , mi rudeza ha procedido tan à lo encogido , que no se debe agrado alguno à mi cuidado. Disculpeme la modestia de muger , que aun quando mas aliento se previene para el desahogo , se encuentra mas de golpe con el natural empacho. Mas yà que tengo perdido el horror à la mesura con la referida relacion , quiero dar à entender , que no la turbacion ha ocasionado encogimientos , que sean desayre , y assi puesto que aun todavia estè prano , quiero dar de barato à vuestras mer

cedes vna Fabula de Apolo, y Daphne, que llegò à mis manos, y yo por sazónada la encarguè à la memoria. Veamos si con el donayre de sus versos no desinerezco los aplausos que se olvidaron vs.mds.dàr à mi Novela.

Celebraron todos el justo sentimiento que avia mostrado la entendida señora, y culpò cada vno su inadvertencia, en no aver con exageraciones encarecido su donayre. Mas quando oyeron que Doña Lucrecia por des-

picarse, les ofrecia nuevo plato al gusto con la Fabula, dieron por acertada la inadvertencia de no aver aplaudido lo donayroso con que refirió la Novela, pues de este silencio se les originò el obligarla à que les repitiesse nuevos agrados de su entretenido, y sazónado dezir. Con esto le dieron en el silencio mayores aplausos, y Doña Lucrecia con vn desahogo decente, y vna mesura despejada, dixo assi.

### *Pretendiò los amores*

*de Daphne Apolo, y con aquestas flores,  
sin ser por Mayo el caso,  
que assi lo dexò dicho Garcilaso,  
andaba vn ran run de que la amaba,  
y verla entre sus luzes deseaba.*

*Estaba entre las matas*

*la niña esquiua, aqui las escarlatas  
no faltan, si quisiera  
pintar rocios à su Primavera;  
mas Dios me guarde el juicio,  
que andarme à pintar niñas, fuer a vicio.*

*Si ella estaba sentada,*

*en cuclillas, à gatas, recostada,*

TEN-

*tendida, ò de rodillas,  
 bocabaxo, ò puesta de costillas,  
 yo no lo sè, que no estoy obligado  
 à saber de la Fabula lo echado.  
 Estaria à mi ver, si no me engañò,  
 con la postura que se usa ogaño,  
 recostada en el suelo,  
 de que resultò à Apolo gran desvelo,  
 pues la viò entre las matas,  
 patente vn ponle vi, no de las patas:  
 Jesus, que grosseria,  
 patas avia de tener su Seoria?  
 pies eran tan menudos,  
 que no se vieran, à venir desnudos;  
 miren con la llaneza,  
 que yà me iba quebrando la cabeza;  
 pues no me ha de costar tanto trabajo;  
 dexo el pintarte amores por abaxo,  
 que el modo es peligroso:  
 yo soy modesto, casto, y vergonzoso,  
 y no sè de los baxos circunstantia,  
 que es esso para mi, pueblos en Francia.  
 No usaba el Erimanto,  
 que tapassen las caras con el manto:*

La Industria vence Desdenes.

enaguas no llevaban,  
guardainfantes tampoco los usaban;  
cartones, ni guedejas  
con que se remozan tantas viejas:  
galones no traían,  
ni ponlevi al zapato le añadian:  
todo era carne pura,  
que todo lo demás es gran locura.

Contento estaba Apolo,  
quando a questo cantò Jacinto Polo,  
mas vamos poco à poco,  
que yo tambien à ratos soy un loco,  
y podrè sin ensayo  
de mis versos tambien hazer un sayo.

Perdona Daphne bella,  
que tengo contra Polo una querella,  
diciendo, ibas descalza, y entre abrojos,  
y que Apolo te dixo eras sus ojos.

Si pintarte queria,  
porque hizo del caso gulloria,  
y con donayre, ò treta,  
dixo que eras descalza, ò recoleta:  
por que no te maltrates  
te ofreciò un millon de disparates:

que

que las piernas te via,  
 dixo, y que zapatos te traia:  
 ò requiebros baratos,  
 pues sin medias te calza los zapatos!

De Apolo no nos dixo cosa alguna,  
 si no que en la laguna  
 que rebalsan las aguas de Erimanto,  
 donayre vido tanto,  
 y abrasado en congojas, y desvelos,  
 carro, y cavallos se dexò en los Cielos:

Luego echado à tus plantas,  
 por los ojos babea penas tantas,  
 que no daba lugar à las razones,  
 y luego tu à empellones  
 le despides ayrosa,  
 y le dices esquiva, ò melindrosa:  
 de quando acà se atreve?  
 apartese, ò le darè que lleve.

[Algo mas atrevido  
 un trozo de cristal Apolo ha sido,  
 mas ella esquiva, y braba,  
 la mano con los dientes le apretaba:  
 no le supo la fruta,  
 pues dixo a floxa hija de una puta.

Dexòla mas piadosa,

no mas amante, siempre desdenosa,  
y comienzan de Apolo las querellas,  
no dexando en el Cielo las Estrellas.

Huvo aquello de ingrata fementida,  
cuchillo fiero de mi triste vida,

si codiciosa eres,

mi caudal te darè para alfileres;

y tan grandes riquezas,

que no salgan de valde tus bellezas.

Mas pareces honrada,

y no seràs con esso interessada.

si quieres verne esta noche,

embiarète mis pages, y aun el coche:

ea, buelue muchacha,

si no acetas por Christo, estàs borracha,

que es coche una palabra,

que el mas fino diamante, y roca labra:

si de mi no te fias,

y temes algun perro, mis porfias

abonan este broche,

que es un topacio, y embia por el coche,

que es la mayor fineza:

digo algo, ò me quiebro la cabeza?

No.

No aya melindres niña,  
 levanta un si es no es de la basquiña,  
 no es grossero mi trato,  
 pues no se anima mas que al un zapato.

Levanta el guarda infante:  
 mas soy un mentecato, un ignorante,  
 que entonces no se usaban,  
 ni menos los infantes se guardaban:  
 vayase noramala  
 el que à estos versos cobrar la alcavala.

Prosigue su porfia

Apolo, y aunque Daphne se reia  
 del tierno rendimiento,  
 no permite el menor atrevimiento:  
 mas con colera estraña,  
 viò que la assaltaba el cierra España:  
 bolviò las plantas ella  
 tan ligera, que Apolo, ingrata bella,  
 la dixo: Por que has huïdo?  
 bolver tienes à casa, pan perdido,  
 y nunca se resuelve,  
 que pueda irse, quien à casa buelve.

No afloja Daphne el passo,  
 èl le dice, de colera me abr aso.

ya

yà conozco tus tretas,  
 no ha de ser toda la vida tixeretas,  
 que tengo de gozarte;  
 no corras mas amores, que es cansarte,  
 y si tu gana tienes,  
 bastan tantos desvíos, y desdenes:  
 no siempre han de ser nones,  
 para que son mis ojos, los turriones;  
 mira que ay otras muchas,  
 y à enjutas bragas no se pescan truchas;  
 daréte para aloja,  
 no corras mas muchacha, el passo a floja:  
 huye por cumplimiento,  
 que para adrede, corres mas q̄ el viento;  
 suspende la carrera:  
 ea, rapaza, no estes de essa manera;  
 mas por qué me congojo,  
 si yo no tengo bubas, ni soy coxo?  
 no hagas arremangarme,  
 que no sirve de mas de fatigarme:  
 Daphne el correr aplaca,  
 fuego de Dios qual corre la bellaca.  
 Mas alli ha tropezado  
 desta la alcanzò, que iba yà cansado:

peſcò mela el coſeto,  
no pretende rendirla à lo diſcreto:  
daba la Ninfa voces,  
y Apolo le promete algunas cozes,  
ſi no viene en ſu guſto,  
aunque al melindre le parezca injuſto:  
ella ſe reſiſtia,  
y con razones èl la convencia,  
tan tiernas, que pudiera  
en ellas imprimirſe como en cera:  
hubo aquello de vida de mis ojos,  
como el ſer adorada te dà enojos?  
y ſiendo tu mi vida,  
quieres por lo cruel, ſer mi homicida:  
dexa lo riguroſo  
para un Orlando, ſuyo es lo furioſo,  
aqueſſe encogimiento  
dale à una Monja para ſu Convento:  
uſaron los deſdenes  
antes que uſar an rizos en las ſienes:  
Ya en el ſiglo que corre,  
aqueſſo arriſco tu memoria borre,  
y dexa lo terrible  
para los Gigantones de Mantible:

corresponde à mis queexas,  
 pues no estorvan clausulas, puertas, rexas,  
 advierte que te ruego,  
 pudiendote assaltar à sangre, y fuego.

Resistiose la moza,  
 Apolo la embistiò, no la retoza:  
 y viendose en sus manos,  
 clamorea à los Dioses soberanos,  
 la Ninfa laurel hecha,  
 de Apolo las finezas escavecha,  
 donde en tiernos abrazos,  
 gozaba la frescura de sus brazos.

Grandes fueron los aplausos, y encarecimientos con que exageraron lo ayroso, y lo bien referido de la Fabula, que quando ella por si no fuera de tan buen gusto, la fazon que le diò el donayre de Doña Lucrecia, obligaba à que quedassen cortos todos los hiperboles que encierra en sus capacidades el encarecimiento: Y Doña Leonor, à quien tocaba el siguiente dia, para entretener con su Novela à sus combidados, ofreciò de antemano el referir otra Fabula de Euridice, y Orfeo, despues de su Novela, porque no queria que en sus agrados

excediesse Doña Lucrecia; pagando de mas. Con que se recogieron aquella noche, previniendose para el siguiente dia vn festejo muy de buen gusto; y llegada la hora, despues de averles servido con vna magnifica cena, prevenida por Doña Lucrecia, que quiso galantear à su amiga Doña Leonor, con ocasion de festejar à su esperada hija. Despues de levantadas las mesas, les diò por postre el mas gustoso plato Doña Leonor, que fue su Novela, que refiriò en esta forma.

AMAR

# A M A R

## SIN SABER A QUIEN.

### NOVELA OCTAVA.



Ludovico, Rey de Escocia, tenia vna hija llamada Lisena, su florida, y hermosa juventud, no passaba de los diez, y seis años, era tan clara, y aguda de entendimiento, que ponía en admiracion à quien la escuchaba: era poco inclinada al casamiento, quanto, afectuosa à la caza, pues era su continuo exercicio penetrar los montes, y fatigar los valles; y aparte de esto tan recatada, y virtuosa, que pidió à su padre por merced, que no se copiaran retratos de su belleza. A la fama de tan soberanas partes, fue tan pretendida de muchos Principes, en particular del Rey de Vngria, el de Alemania, y Enrico Rey de Navarra: embiaron sus Embaxadas à la Corte, y su padre cerrò la

puerta à los pretendores con decir, que la Reyna estaba enferma, y que no avia esperanza de mayor sucession. Sintieron todos el mal despidiente, y quien mas lo diò à entender, fue Enrico, por encarecerle su Embaxador la divina hermosura de Lisena, con tan exageradas ponderaciones, que fueron bastantes à rendirle el corazon, tan amante de su propia idea, que representando en ella à todas horas lo que avia escuchado, vivia melancolico. Tenia Ludovico à doce leguas de su Corte vna bien fabricada Ciudad en tan amenno sitio, que la podemos llamar hermoso pensil de la naturaleza, pues era vn abreviado Paraiso: tenia frondosos, y espesos bosques poblados de mucha caza, assi de monte, como de bolateria, y à partes dilatados fosos en que

apacentar los ganados, espaciosas selvas, y como en testera que la señoreaba toda vna fortaleza, ó Castillo, que servia de Real Palacio à los Reyes quando venian, por dar gusto à Lisena, à gozar de su mucho recreo: cercabala por la vna parte vn caudaloso Rio, pielago tan profundo, que le daban nombre de brazo de mar. Era la causa que à temporadas venian al Puerto algunas naves, vnas derrotadas de los vientos, otras de intento à comprar, y vender mercancias, por lo qual, y por estår separadas de otros Lugares, le llamaban la Isla: era el trato de sus moradores prevenirse al año de todo lo necesario para la provision de las naves, hacian ropa de embarcacion de todos generos. Con esto vivian ricos, y contentos, vestian galas à lo Labrador, los mancebos de lustre, baqueros guarnecidos de vistosos passia manos, las doncellas sayuelos, y abanalles, corales, y patenas. Preciabanse de tener en las casas pintados jardines, con varias flores, arboles frutiferos, labrabanlos à tapia baxa, guarnecidos, y cercados de gruesos encañados, de fuerte que se gozaba desde à fuera de su

amea vista, en particular todos los que vivian à la parte del mar, porque en la fortaleza daban dos ventanas del quarto, en que posaba Lisena à aquella parte, y desde alli señoreaba todo el mar, bosques, y jardines: avia en el cristalino Rio, hasta veinte y quatro galerillas en que se passeaban, quando gustaban de ir à ver pescar, y muchas barcas para el servicio de los Isleños, que este nombre les daban, y porque las ventanas del referido quarto daban à vn angosto, y pedregoso callejõn, que tenia la entrada por las espaldas del Real Palacio, se avia labrado en èl, fabricada de argamason, y cal, y canto, trabado con las peñas, que servian de muralla à los embates de las ondas; vna plaza à modo de azotea, con su baluarte para seguro, y à la parte de vna ventana rasgada, que estaba en la primera sala, se labrò vna torrecilla que servia de atalaya, cercada de vn cubo de poyos, y almenas. Este sitio, por la mala entrada que tenia, y por estår remoto al comun comercio, era inhabitable, y solo servia de encender lucidos, y boladores fuegos, para celebrar la venida de los

Reyes, y en lo restante se encendian muchas luminarias, y cazoletas; prevenianse las galerillas de trompetas, y clarines; esto servia de salva, y de tanto gusto à Lisena, quanto no se puede encarecer. A pocos meses de aver su padre despedido los pretendientes de su casamiento, murió la Reyna, con tan general quanto debido sentimiento, como pedia vna perdida tan grande; y pasado el tiempo de los acostumbrados lutos, pidieron los Grandes de Escocia à Ludovico, fuera servido de admitir segundo matrimonio, poniendole por delante, si moria sin heredero, los dexaba sujetos à Señor extraño, pues era preciso que su Alteza se casara, y como la amaba tan tiernamente lo rehusaba, temeroso de darle madrastra, y quien mas le persuadia, era ella misma. Hallòse convencido, pareciendole que le pedian razon, y determinado à darles gusto, le truxeron algunas copias en que hiciera eleccion; entre las quales vino vn retrato de Clorinda, Duquesa de Mantua, Dama de tan gentil, y hermosa disposicion, que luego que la viò, efectuò su casamiento; y como las cosas

de los Reyes son publicas, y dilatadas, y mas quando de suyo son festivas, bolò la fama del tratado casamiento, y llegando à noticia de Enrico, se determinò à ir encubierto à la Corte de Escocia, tanto por ver la entrada de la Reyna, como por satisfacer su deseo, pareciendole imposible lo que su Embaxador le avia significado; y como amante, prudente, y prevenido, mandò que le retrataran en vna pequeña lamina, y que al pie le pusieran su nombre, y el de su Reyno, seguro, sin vana presumpcion de sus muchas partes: era de lindo cuerpo, ayroso, bizarto de talle, blanco, y pelinegro; ojos grandes, negros, y rasgados; proporcionado de facciones, y lo mas de todo, poderoso, asable, y de raro entendimiento: Preciabase de hacer mercedes, y con esto reynaba en pacifica quietud. Dexò vn deudo suyo en el gobierno de su Reyno, con el orden que avia de seguir para remitirle las cartas, y con doce Grandes, valientes, y leales, prevenido de joyas, y dineros, llegó à la Corte, quinze dias antes de la entrada de la Reyna, gozó de las sumptuosas, y pre-

venidas fiestas , y la mayor para su amante corazon; fue el ver à Lisena , tan admirado de su belleza , que le pareció vn breve rasgo quanto le avian dicho , en comparacion de la verdad ; y con este nuevo , y encendido pensamiento , sin darse à conocer se quedó en la Corte , con intento de hacer las diligencias posibles , para que su retrato llegasse à manos de su adorada Princesa. Trabò amistad con algunos Cavalleros de Palacio , para ganar la entrada ; y aunque no consiguió su primer intento , se consolaba con verla , y gozar de los festines , y saraos. A dos meses se renovaron las fiestas , por la certeza que hubo de que la Reyna estaba preñada : y como salia à los acostumbrados passeos à ver , y ser vista de sus vassallos , y llevaba consigo à Lisena , eran tan generales , y tantas las alabanzas que todos daban à su Princesa , que reparando Clorinda en el mucho aplauso , reynò en su pecho vna embidia mortal , con tanto extremo , que pasó à ser rencor declarado , diciendo al Rey: Vuestra Magestad , y toda su Corte quieren tanto à la Princesa , que no se hace caudal

de mi. Sintió Ludovico los malfundados zelos con tanto desabrimiento , que se encendieron en Palacio algunos fuegos de continuos , y pesados disgustos. Hallabase confuso , por quererlas igualmente: teniale melancolico el temer que la Reyna no abortara el deseado fruto. Sentia Lisena el ver à su padre tan disgustado , tanto como se puede entender de su prudencia ; y vna tarde que pudo hablarle à solas , le mandò llamar , y venido à su quarto , le dixo , derramando copiosas lagrimas: Padre , y señor , yo quiero pedirle à Vuestra Magestad vna merced , con que me parece que los pesares de la Reyna se templaràn : Yà Vuestra Magestad sabe que yo gusto de ir à la Isla , alli vivirè contenta , considerando su quietud , aunque me atormente el ausentarme de sus ojos , y el mayor favor ha de ser , que Vuestra Magestad le dè à entender que me destierra por darla gusto. Abrazòla el enternecido padre , estimando su prudencia : y pareciendole no era fuera de proposito quietar à la Reyna por el tiempo que durasse el preñado , se determinò à darle gusto. Mandò llamar

al Almirante , y dandole cuenta de lo que passaba , le diò orden para que se previniera la partida con brevedad. Publicòse luego el fingido destierro , y llegando à noticia de Enrico , fue tanto su contento, que passò à extremos de loco , pareciendo e que en la Isla tendria logro su amante pretension , mandò que le truxeran vn poco de paño pardo , y basto , y que le cortassen vn vestido tan bronco , que despues de vestirse , quedò en la semejanza de vn toseo vil ano. Mandòles à sus Grandes se quedaran en la Corte , y que vno dellos disfrazado , fuera todas las semanas à llevarle los pliegos que le traian de Navarra , y para lo demàs que se ofreciera. Con esto se fue à la Isla , sin esperar la partida de Lisena , y llegado a vna posada , pidiendo cama , y de cenar , combidò à los dueños para introducirse , y para encubrir su grandeza , à entender era hombre simple , y falto de juicio. En el discurso de la cena les dixo: Yo soy proposito para la labranza de los campos , heme criado en esto , si saben de vn amo , à quien servir , busquenmelo,

que yo se lo pagarè , y si quieren algun dinero por los dias que he de estàr aqui , pidan lo que quisieren , que bien traygo que gastar. Tenia Ludovico en la Isla vn Cavallero llamado Alberto , solo à fin de guarda mayor de los bedados bosques , y como sabian andaba à buscar vn criado , para que de noche sirviera de guarda , y se quedara en vna casa de campo cerca del sitio , le dieron aviso , mandò que se le truxeran , y venido à su presencia , le preguntò como se llamaba , y de donde era : Respondiòle : Yo soy de par de Aragon , en mi Pueblo me llamaban Rustico Amador , llameme como le cumpliere , que à todo le responderè. Mi padre era muy rico , te , vendile vnas bacadas para hacer dinero , y tomè el camino en la mano , y me vine à ver mundo : aqui traygo dos mil ducados , y se los darè para que me los guarde pues me ha de dárlo que huviere menester. Pareciòle à Alberto hombre domestico , y à proposito para el trabajo , y codicioso del dinero , para emplearlo en el trato de las embarcaciones , le recibì en su casa ; era casado , y tenia dos hijas muchachas , y el  
pru-

prudente Rey las regalaba, y las traía algunas galas de lo mejor que miraba en las tiendas. Con esto, y con servir puntual à lo que le era mandado, le cobraron tanto amor, como si fuera vn hijo, à la sombra de su dueño, como era persona à quien todos respetaban, se fue introduciendo con los mancebos de lustre, combidabalos, prestabalos dinero, y à lo que le decian tan graciosos disparates, que yà no se hallaban sin él. Vn mes estuvo en la Isla, pendiente de sus esperanzas, y venido el Almirante, con otros Cavalleros, que avian de asistir al servicio de Lisena, mandò llamar hombres à proposito para adornar el Palacio. Fue Enrico como espantado à su casa, y preguntò à su dueño: Quien son estos? No has visto otros como ellos? No por cierto, que en mi tierra todos andan como yo. Bolviòle à decir: Estos son los Grandes de Escocia, que vienen à vivir aquí, porque han de servir à la Princesa. Dixole: Quiereme dexar ir à verlos? Diòle licencia, y como todos le querian bien, luego que entrò en el Castillo empezaron à burlarse con él. Respondiòles de intento,

tancas, y tan graciosas boberrias, que les provocaba à tanta risa, que repararon el Almirante, y los Cavalleros en él, y preguntando quien era, no faltò quien les diò cuenta de todo, y que Alberto le tenia en su servicio. Con esto empezaron à trabar con él conversacion, por entretenerse, y como era lo que él deseaba, los entretuvo con tantos donayres, que yà le echaban menos, si se apartaba de allà, y tratando el Almirante de repartir las estancias, para que se aderezaran, entrando en el quarto de Lisena para adornarlo, les dixo à los Cavalleros: En esta sala primera se pondrà el estrado, en la de adentro el dormitorio, y en la sala de mas adentro el dormitorio de las Damas, porque de noche estèn cerca de su Alteza, para lo que se ofreciere. Estaba como al descuido atento à lo que decia, y llegando à ver à que parte caian las ventanas, creció su contento, reconociendo el sitio entrò en la sala de las Damas, para ver si las ventanas caian al callejòn, y hallò que daban à vna plaza que estaba dentro del Castillo, en que se acostumbra hacer fiestas Reales à

los Reyes. Con este impensado gusto baxò , en achaque de traer vnos clavos que faltabã , y dando buelta à la azotea , puesto en el cubo de la torre-cilla , como la ventana rasgada estaba abierta , alcanzò à ver tanta parte de la sala , que alcanzò à ver parte del sitio en que se avia de poner el estrado , y dando buelta à todo el callejon , para ver si avia otras ventanas , quedò satisfecho de que solas las dos que èl avia menester daban en aquella parte , tan gustoso de ver el sitio , que no le cabia el corazon en el pecho , y buelto al Castillo , ayudò à armar el dorado lecho : mandaron prevenir la salva de las galerillas , y las luminarias , y luego que llegó Lisena se fue à la azotea , para ayudar à encender los fuegos , y llegando à las ventanas con sus Damas , gozò de contemplar su belleza. Entre las fiestas que le hicieron , era la mayor cantassen en su presencia los mancebos mas diestros ; y conociendo el amante su gusto , se determinò à partir sus cuida-

dos con su descuidado dueño. Comprò vna viguela , digna de sus manos , y ajustando al instrumento vna letra que avia compuesto , como se quedaba en la casa de campo. Llegada la deshora de la noche se fue al despoblado sitio , seguro de que no podia ser oido de otra persona , sentado al pie de la torre-cilla , diò principio à la sonora harmonia. Como Lisena venia tan disgustada , passaba lo mas de la noche sin dormir , espantada de oir en semejante parage musica que ninguna vez de las que avia venido à la Isla avia oido , por divertir sus penas , y por la mucha inclinacion , sin llamar à las Damas se levantò , y abriendo la media rexa del dormitorio , se puso à escuchar , presumiendo serian algunos mancebos , respeto de que yã empezaba el calor , que vendrian à gozar del fresco del mar. Reconociò el dichoso amante con la Luna , que avia persona en la rexa , y seguro de que no seria otra que la que buscaba , cantò la siguiente letra.

*Lise , Aurora de estos montes,  
y Diana de las selvas,  
Amaltea de las flores,  
Deydad , à quien reverencian.*

*Amor me manda que os pinte,  
y no es posible que pueda  
copiar Apeles un rasgo  
de vuestro rara belleza.*

*Quien duda del pelo hermoso,  
que viene à robar las trenzas,  
para fuego de sus rayos  
el luminoso Planeta?*

*Quien duda en los bellos ojos,  
que dulcemente se precian  
de alagar con la blandura,  
quando matan con las flechas?*

*Quien duda que de essa boca,  
caxa de Orientales perlas,  
que en ambar beben las flores  
la fragancia que les presta?*

*Quien duda en las bellas manos,  
que os diò la naturaleza,  
lindas manos al formaros,  
para haceros tan perfecta?*

*Quien puede de tantas gracias  
celebrar la menor dellas,  
sin perder por atrevido  
la dicha de merecerlas?*

*Quiera el Cielo, Lise hermosa,*

*que os corone la cabeza,  
 un Rey rendido, y amante,  
 que daros un Reyno intenta.*

Acabada la letra, dexò el sitio, diciendo: A Dios Alcazar dichoso, albergue del serafin mas bello, que ha dado el Cielo a la tierra. Con esto se fue tocando muchas, y galantes diferencias, hasta salir del callejon. Bolviòse à la cama tan admirada del repètino suceso, que llevada de su imaginacion, discurriendo en varios pensamientos, empezó à decir: Serà posible dar credito à lo que me passa esta noche? cantar en este sitio, celebrar mi belleza, repetir mi nombre; cosas me parecen de sueño. Como podrè conocer à quien me dà este cuidado? Con estos desvelos passò lo restante de la noche, y pareciendole que no podia averiguar su sospecha estando en Palacio, mandò à otro dia al Almirante, que la armaran vna tienda que se acostumbra las veces que gustaba de baxar à ver el Rio. Era vna

espaciosa selva, poblada de alamos: prevenianse junto à la tienda alfombras para las Damas, y desde alli gozaban de todo: Advirtiòle al Almirante, que mandara juntar todos los musicos, para que cantasse cada vno de por si, dando à entender queria escoger los mejores para las ocasiones que se ofrecieran, y venida à la tienda, como fue publico el hacer eleccion, cantando cada vno de por si, conociò Enrico el cuidado, pareciendole era la prevencion para reconocerle, y gustoso con la prevencion, tratò de darle nuevos cuidados, dando à entender, que la entendia, y à la hora del comun silencio, se fue à la torrecilla, y dando principio al sonoro instrumento, contenta de ver que perseveraba; y reconociendo el gustoso amante que avia llegado à la ventana, cantò la prevenida letra.

*Montes, pues Lise me escucha,  
 contento vengo à deciros,  
 que celebren vuestros ecos.*

las glorias que yo repito.  
 Cuidados dissimulados,  
 me han dado claros indicios,  
 de presumir un favor,  
 que ya tengo merecido.

Lise me busca, y sin duda,  
 de su cuidado imagino,  
 que no me tiene de hallar,  
 pues por ella estoy perdido.

Decidle de parte mia,  
 que solo sabe este riesgo  
 quien soy, porque teme el alma  
 rigores de su castigo.

Con las dudas de perderla  
 el miedo de aborrecido,  
 me obliga à morir callando,  
 sin atreverme à decirlo.

Algún dia querrà el Cielo,  
 que estemos los dos unidos;  
 Lise à estimar mis finezas,  
 y yo à sus plantas rendido.

Mas ay, que tarda el tiempo, y solo vivo  
 de la gloria que tengo, si la miro;  
 y elevado en su cielo,  
 es gloria en mi cuidado mi desvelo.

Cantò con tan tristes acentos los últimos versos, que no le dieron lugar à proseguir, aunque llevaba intento de entretenerla con diversas letras, y supliéron los suspiros los acentos que le faltaron. Con esto se fue, dexandola tan disgustada: mal aya tanto miedo. No sé si le agradezca el respeto, pues no será posible averiguar quien es. Clato me ha dicho, que no vive si no quando me vè. Segun esto, no entra en Palacio, y hasta conocerle he de dar ocasion à q me vea. Con esto le mandò al Almirante, y à sus Cavalleros, que se dispusieran algunos bayles, y entretenimientos para divertirla, porque estaba melancolica, y que se le armasse la tienda todas las tardes, para gozar del fresco. Era Alberto gran jugador de pelota, y mandò que le avisaran, porque gustaba de verle, y à otros mancebos, que se preciaban de jugar bien: y venida à la tienda, deseoso el encubierto amante de introducir conversacion, con la capa de la simpleza, se llegó à su dueño, luego que se empezó el juego. Ha mi amo, dexeme jugar con estos, y verà como les gano el dinero, para que sus muchachas merienden. Reusòlo,

por el habito bronco, y los Cavalleros como yà lo conocian, le mandaron que le dexasse jugar; llegóse à los mancebos, preguntandoles: Qual de vosotros juega mas? Respondiòle el hijo del Governador: Yo, y pondré de partido quinientos escudos. Y si re los gano, quien sale por tí? Respondiò el Almirante, juega, que si Amador perdiere, yo salgo à la paga. Ganòlo el dinero al mancebo, y al que se refelo pagar, mostrando tristeza, no le quiso recibir, diciendole: Yo no quiero tu dinero, si no tu amistad. Con esto no pasó adelante, y lo restante de la tarde la entretuvieron con los bayles prevenidos. Y buelta à su Palacio, le preguntò al Almirante, quien eran aquellos hombres? Refiriòle todo lo que le avian contado, diciendo: Prometo à vuestra Alteza, que en mi vida he visto simple mas gracioso, y à no serlo tanto, podia ocupar la plaza de bufon en Palacio. Con esto refiriò algunas boberias de las que le avia oido, y despues de averle dado la cena, quando se retirò para que la desnudaran, les dixo à sus Damas: Quando baxemos mañana à la

felya, hablad à effe hòbre, que  
 gustarè de oirle, y quedando  
 sola discurriendo en su cuy-  
 dadoso pensamiento, dixo: Se-  
 ria posible que sea este hom-  
 bre el mismo que escucho en  
 la musica; y para enebrir su  
 grandeza, se valga de esta es-  
 tratagemas; en la tienda no  
 puedo faltar à mi decoro, re-  
 suelta estoy à satisfacermè; y  
 con este nuevo pensamiento,  
 dixo à sus Cavalleros el si-  
 guiente dia, que gustaba de  
 entrar en los bosques à cazar  
 de bolateria, y luego que lle-  
 garon à los vedados sitios, co-  
 mo las Damas iban adverti-  
 das, le empezaron à decir à  
 Enrico algunos donayres, para  
 provocarle à que respondiè-  
 ra. Cumpliòles el deseo con  
 tanta risa de todas, que no  
 fue poco en Lisena el dissi-  
 mular la fuya, y levantando-  
 se al ruido de los primeros ti-  
 ros, vna bandada de palomas  
 à favorecerse en las ramas de  
 los espesos arboles, vna de  
 ellas era tan blanca, y pom-  
 posa, que dixo Lisena: Ti-  
 radle à àquella paloma, que  
 gustarè de verla caer, y enar-  
 bolando vno de los Cazadores  
 la ballesta, le detuvo Enri-  
 que, diciendole: Dame, que  
 yo tirarè: apuntòla con tan  
 grande acierto, que la candi-

da à vecilla cayò, bañada en  
 roxos granates. Dixole vna  
 de las Damas: Amador, lina-  
 do pullo, bravo tiro. No os  
 espanteis, que como apuntò  
 al blanco, tirè con cuidado,  
 por no errar el acierto. Este  
 dixo, poniendo los ojos en  
 Lisena, aunque de passo; co-  
 sa que la obligò à sonrosiar el  
 rostro, y notan poco, que no  
 conociera el efecto que avia  
 hecho. Quando bolviò à su  
 Palacio, por hallarle caluro-  
 sa, mandò que no se cerrara  
 la ventana de la sala, y llega-  
 da la hora de la musica, co-  
 mo salia siempre à escuchar-  
 lo, despues de aver cantado  
 algunos saynetes, poniendo-  
 se de pies en los poyos del cu-  
 bo, mirando à la sala, dixo  
 recio: Bien aya quien dexò  
 esta ventana abierta, pues  
 aumenta mi gloria en darne  
 lugar de que ponga los ojos  
 en aquellas alfombras. Con  
 esto se fue, y pareciendole  
 que seria bastante à dexarla  
 abierta, se estava tan cuyda-  
 dosa, como èl presumia. En  
 caso de duda, por lo que su-  
 cediera, buscò vna ballesta  
 bien armada, y en vna flecha  
 puso yn papel, llevòla con su  
 instrumento, y hallando la  
 ventana abierta, por no al-  
 fustarla, se valiò de la mu-  
 si-

fica, y luego que salió a la raxa, puesto de pies en el cubo, disparò la flecha con tan sobrada pujanza, que diò à la mitad de la sala; y por dar lugar à que ella viera, no cantò aquella noche. A mirada del valeroso atrevimiento, salió à ver lo que avia tirado, y hallado el papel, leyò en el las siguientes razones.

Seguro de que V. A. como Deidad superior, y divina, no se darà por ofendida de verte adorada de vn hombre tan loco de amor, que se determina à tan grandes arreitos, escrivo estos renglones, no porque espero respuesta, pues fuera el presumirlo mayor atrevimiento: Bústame para vivir contento, que V. A. sabe que vive encubierto en esta Isla, quien pretende su mano, con presunciones de merecerla.

Quedò tan picada, que passando el papel muchas veces, decia: Mal aya la Isla, nunca yo huviere venido à ella, pues huyendo de la Corte, y de los pesares que me daba la Reyna, he venido à tenerlos mayores, sin poder averiguar quien me los dà, pues yà me tienen de suerte, que no sè si diga, que tanto cuydado nace de amor, y

Amar sin saber à Quien, será desdicha, cosa que me puede costar la vida. Este hombre no entra en mi Palacio, yo he de baxar à la Isla, para que la ocasion me le trayga à las manos. Otro dia mandò al Almirante que se hicieran fiestas. Llamò al Governador para prevenirle de lo que le era mandado. Venían cerca las Carnestolendas, y los mancebos hacian vna ridicula, y bulliciosa fiesta. No avia venido Lisena a tiempo de verla. Propuso el Governador el caso, y preguntandole, qué cosa era? Respondiò, que los mancebos echaban fuertes para sacar vn Rey de los gallos, para obedecerle, y festejarle aquellos tres dias: con tal condicion, que al que le tocasse la suerte, avia de dàr à veinte criados libreas, y que estas se hacian de oropel, papeles de color, y otras cosas para mayor rifa, que al Rey le ponian cosida en la caperuza vna corona de papel, y se le daba vn baston, en señal del mando. Estaba obligado à darles el Domingo vna comida, y que à èl se le avian de dàr los gallos que se cortieran. En la selva adonde à su Alteza le armaban la tienda, se

ponia  
vna

Vna maroma de vn arbol à otro, y allí se colgaban los gallos, y que se les bendaban los ojos à los que los corrian, y que verlos caer, y maltratarse causaba general alboroto; y el Domingo por la mañana con danzas, y atabalillos passaban al Rey por todas las calles de la Isla. Pareciòles à los Cavalleros, que seria gustosa, y le mandaron que ella previniera. Supo Enrico lo que passaba, y desefo de presentarse à los ojos de su Princesa con galas de amante, aunque rusticas, se fue à casa del Governador, y le dixo: Si hace que me hagan Rey, le darè vn valandràn, pintado como èl quisiere, y à los que han de ser mis vassallos, libreas de importancia, para que se queden con ellas, y las rompan en los bayles, que esto de papeles, no es cosa para que lo vèa su Alteza. Embiòlos à llamar, y sabido lo que el rustico prometia, le dieron el baston. Con esto se fue à su casa, y diciendole à Alberto lo que passaba, le dixo: Pues se tiene allà effos dos mil ducados, cumpla con todo lo que es menester, y quedese con lo demàs, y preguntando que avia de hacer, le

le lo

respondiò: al Governador le ha de dar vn valandràn, y à mis vassallos baqueros, y monteras de tafetan verde, guarnecidos con passamanos pintados, y para mí vn vestido de raso encarnado, guarnecido de cortaduras negras del mismo raso, la corona ha de ser negra, y orlada con oro, y las cortaduras han de ser de esta manera, y dandole vn papel en que estava vna S grande, y prevenga vna buena comida, y aora deme dos reales de à ocho, que los he menester. Tomòlo todo por memoria, y dandole el dinero que le pidiò, tomando Enrico el baston, se fue à casa de vn Pintor de estos que hacen cosas de papelon, dandole el dinero, y el baston, le dixo: Vos me aveis de hacer en vna tablilla vna polla muy pintada de papelon, y me la aveis de clavar en ella, q̄ no se caya, y aveis de clavar en este baston, y pendiente della aveis de poner otra, y en ella me aveis de escrivir esta coplilla de letras grâdes, y no aveis de decir nada hasta que la vean, porque quiero dar q̄ reir à estos Marquesotes. Prometiò el secreto, contento cò la paga, como el Almirante estava cuidado de la fiesta, preguntando

do

do en què estado estaba , el Governador le refirió lo que avia , y como el rustico era el Rey , cosa de que se alegraron , y como todo era à fin de divertirla , como la veian melancolica , quando firvieron la cena , le refirieron lo que el Governador les avia dicho , y aunque lo dissimulò , quedò turbada con el gusto de la consideracion , pareciendole que la disposicion de las galas no eran de hombre mentecato , y acreditandola sospecha , le respondió: Quando le saquen al passeio , le mandareis que venga à Palacio , porque gustaré de verle passar. Venido el Domingo , se fueron todos à casa del Governador , à tiempo que ya se estaban vistiendo , y como los visos de lo encarnado lucian tanto con lo negro de la guarnicion , y de suyo era tan ayroso , y tan blanco , como estaba abochornado , les pareció tan bien à los Cavallos , que les pesò de que vn hombre de tantas partes fuera simple. Dixole el Almirante: Aora aveis de ir à Palacio , porque su Alteza quiere verlos passar: advertir , que el Rey es Magestad , y en llegando à dar vista à las ventanas , le aveis de hazer tres

reverencias con mucha gravedad. Bolvió à mirar à los mancebos sin responderle , y les dixo : En llegando adonde està su Alteza , hareis calle , tantos de vna parte como de otra , para que yo passe , y haga estas reverencias que dice el Almirante , y pidiendo el baston , celebraron todos con mucha risa el Geroglifico de la polla , y de la letra. Salieron al passo , y avisando à Lisena llegò para verle à vnos balcones , que daban à la Isla , acompañada de sus Damas. Luego que le vieron , obediendole sus vassallos , pasó por medio con passos graves , y medidos , y quitandose la caperuza en que estava la corona , despues de aver hecho las reverencias , se quedò destocado , diciendole al Governador , que danzaràn en presencia de su Alteza tres danzas que traian. Acabados los bayles bolvió à repetir la cortesia , y al proseguir con el passeio , dixo el Almirante : No puedo creer fino que este hombre es algun Cavallero de importancia , y por algun caso de fortuna anda encubierto , y peregrino. Respondiòle otro Cavallero , llamado Don Rodrigo ; Espantome de que

Y

Vue

Vuecelencia diga vna cosa como essa. Agora sabe, que la aprehensiva de vn loco, es de las cosas mas fuertes que tiene el mundo? Como le advertimos que el Rey es Magestad, llevado de su aprehensiva, representò el papel al vivo. No ay duda de que es verdad lo que dice Don Rodrigo, respondiò otro Cavallero llamado Don Alexandro, cosas se cuentan de locos, dignas de ser memorables. Respondiò otro, llamado Don Sancho: Yo pudiera

contar muchas, à no ser tan tarde. Con esto subieron à dar la comida, y Lisena preguntò, que significaba la insignia que llevaba en la mano? Respondiòla el Almirante: Es costumbre el dar los gallos al que es Rey: y el Rustico de su inventiva facò la invencion de vna polla, que và en lo alto del bastòn, y en la tablilla pendiente mandò que le escribieran vna coplilla, y la tomè de memoria, para referirla à Vuestra Alteza, la qual dize assi.

*Aunque soy Rey de los Gallos,  
No me los deis en la holla,  
Que mejor es esta polla.*

Celebraron el donayre todas con mucha risa, y Lisena en duda de la verdad, quiso regalar à su encubierto amante, y respondiò: Como yo he de ver esta fiesta, pide en esso que se le haga alguna merced embiadle estos dias quatro platos, y vna polla, y desele racion por el tiempo que estuvièremos aqui, y ponganle esta tarde el asiento cerca de mi tienda, porque gustarè de oirle. Refiriòle el Almirante la sospecha que avian tenido,

la qual creciò mas: Porquè baxando à comer, le embiò à llamar, y venido à su presencia, le dixo: Amador, su Alteza ha gustado del donayre de la polla, y ha mandado se os den vnos platos de regalo, y racion el tiempo que estuvièremos aqui. Quando esta tarde baxe à la tienda, aveis de hincar la rodilla, y con mucha cortesia le aveis de agradecer la merced que os hace. Miròle con severidad, diciendole: Andad

de

de ai, que fôis vn tonto: si el Rey es Magestad, como vos decís, no veís que la pongo en lugar inferior llamandola de Alteza; y bolviendole las espaldas, le dixo: Embiadme esos platos, que quiero comer. Admirados de escucharle, dixo Don Sancho: Cierro, que estoy por acreditar la sospecha del Almirante; y llegada la hora de acompañarla, para que baxasse à la selva, le bolvieron à referir lo sucedido, y gustosa de escucharlos, dixo à vna Dama llamada Doña Inès de Palma, decidle algo acerca de la Magestad quando estè en mi presencia, para ver lo que responde: y venido à la tienda, le advertieron, que el sitial de las Alfombras, era para que se sentàra, y entrando en ellas hizo vna reverencia, hasta hincar la rodilla, y quitando la caperuza en que estava la Corona, la dexò en el suelo, y tomó asiento. Como Doña Inès estava advertida, le dixo: Como dexa Vuestra Magestad la corona en el suelo? Respondiòle: Adonde os parece que puede estar mas alta, que à los pies de la Princesa de Escocia? Mirò la Camarera à las demás,

diciendo: En verdad, que podemos acreditar lo que dice el Almirante, que estas boberias tienen mucho de discrecion. Acreditò Lisena por evidencia la presuncion que tenia, y llegada la Quaresma no continuò Enrico las musicas, por la decencia del tiempo, cosa que le causò tanta melancolia à la cuidadosa Dama, que dixo vn dia al Almirante, mandasse prevenir las galerillas, para entrar en el mar. Acostumbravan ella, y sus Damas, por escusar el embarazo de los verdugos, el vestirse de corto à lo labrador, acudiò la gente à ocupar las barcas para verla, y Enrico se entrò en vna, por donde avia de passar, por verla subir à su galera, y despues del passeo llegada la hora de bolver à tierra, divertido el barquero en verlas desembarcar, amarrò la barca con la escalerilla tan floxa, que al entrar el Almirante para servirle de bracero al baxar, fuè en tan desgraciado punto, que apartandose la barca con el movimiento de las aguas, diò en el Rio, sin poderla detener. Arrojo se Enrico con tan veloz presteza, que à todos les pareció vn ave, y assiendola

con el valeroso brazo por la mitad del cuerpo , asíò vna cuerda que le arrojaron con la otra mano , facòla con brevedad tan fuera de su acuerdo , que les pareció estar difunta , y desesperado con la presente pena , sin acordarse de la simpleza , dixo á los Cavalleros : Llevadla luego al Palacio que el resfrio de las Aguas le puede dañar , y se hará vna cosa que yo os dirè , que la hicieron para mi otra vez que caí en el mar. Metióse la camarera en vna silla , y tomandola en los brazos, mientras la subieron al Castillo, le dixo al Almirante : aveis de hacer que en vna payla se ha de echar cantidad de vino, vnos sarmientos , y cogollos de romero , y en hirviendo aveis de empapar vna sabana, quan caliente se pueda, y desnudandola hasta la camisa, la embuelvan en ella , y carguenla de ropa para obligarla à sudar : hagase vna enfusion de camuefas , y agua de azahar , misturada de coral, oro, y piedra bezal , espesa , y bien caliente se la apliquen en el corazon ; prevengase vnabebida cordial para quando buelva del desmayo. Avia dos Medicos en la Isla , y refiriendoles lo que el Rustico

avia dicho , aprobaron el remedio , aunque el vno dellos, dixo : No sería malo darle vnas ligaduras muy apretadas. Enfadado le respondió: Idos à dar estas ligaduras à vuestra mula , diciendoles algunas boberias , que casi los provocò a risa. Mandò el Almirante , que se hallaran presentes a prevenir los medicamentos , y traída la payla con la sabana , se retiraron à la sala, para dar lugar à que la desnudaran. Dixole la Camarera : Amador , dexemos resfriar esta sabana vn poco porque está muy caliente; llegó à tenerla , y pareciendole estaba buena , le dixo: Ponedse la , que mas vale que se quemè , que no que se mueva. Hicieronlo así , echandola ropa bastante , para que sudara ; dos horas estuvo sin bolver en su acuerdo, y abiertos sus hermosos ojos , hallò à sus Damas tan llorosas, quanto pedia la presente pena. Preguntandole como se sentia? Respondió estaba cubierta de vn gran sudor ; y preguntando, que era lo que la avian puesto , lo refirió la Camarera , diciendola , que el Rustico lo avia ordenado, y el valor có que se avia arrojado al mar, para librarla, y arreba-

tada de su imaginacion , sin advertir lo que decia , le respondió: Quien si no vn Rey amante , pudiera tener tanto valor? Preguntadle si me pueden quitar esta ropa , y llegando à decir lo que le era mandado , le respondió , que con vnas tohallas tibias la vayan limpiando el sudor blandamente , y mudandole ropa faumada , y caliente. Oyò la cuydadosa enferma lo que decia , y sin esperar à que lo refiriera , le mandò lo executàra. Hizose todo con brevedad , y resuelta à tenerle cerca de su persona , les dixo: Decidle que entre , y à mis Cavalleros que les quiero alegrar con la mejoría. Entraron todos , bolviendo à repetir la presteza con que se avia echado Enrique à las aguas. Miròle algo cariñosa , diciendole : Los medicamentos de esta noche son tan acertados , que me siento buena : no sirvais de guarda , servidme à mi , que el tiempo que estuviere en la Isla , si tuviere algun achaque , quiero que vos me curéis. Quiso arrodillarse para agradecer el declarado favor , tan turbado , que tropezando en la alfombra que estaba delante de la cama , le fue preciso poner las

manos en el borde para detenerse. Rieronse todos , y Don Sancho , le dixo : Què es esto Amador ? Assi te turbas? Miròle , diciendo : Cuerpo de tal con vos , no quereis que me turbe , si desde criado de Alberto , he dado vn salto à Medico de Camara? Con estos donayres la entretuvo vn rato , diciendola tomasse la bebida , y que dentro de vna hora se la diesse de cenar. El dia siguiente entrando los Medicos à visitarla , la hallaron sin accidente , cosa de que todos se alegraron , significando vno dellos , como por admiracion , el asombro que le avia causado , que vn hombre tan incapáz dispusiera cosa tan importante , quiso aventajar el favor : mucho le debò à Amador , pues le debò la vida. Respondiòle como estaba presente : y què mucho hiciera yo en perderla en servicio de V. A. quando no la estimo para otra cosa , que para servirla : determinaron que guardasse la cama ocho dias , y passados los quatro , contento de ver , que no tenia novedad , y para significar la pena del pasado susto , despues de averse recogido todos al comun descanso , tomando su instrumento se fue al des-

despoblado sitio, luego que le  
oyò, fiada en el valor, abri-  
gandose con vn manteo de ri-  
zada tela, y vn serenero, lle-

gò à la ventana, y por no de-  
tenerla, cantò la siguiente la-  
tra.

*Como es posible, que vn Angel  
estè sugeto à las penas,  
quando es gloria para vn alma  
el contemplar su belleza.*

*Padecer eclipse el Sol,  
es presagio que à la tierra,  
le dà à entender que es criatura,  
aunque es inmortal Planeta.*

*Si en las deydades humanas  
predominan las Estrellàs,  
quando tan loco os adoro,  
no os espanteis de que tema.*

*Ay Lise, adorado dueño,  
como en mi pecho se alienta  
la voz, para pronunciar  
los miedos que me atormentan.*

*Muer a yo de mi dolor,  
vivid vos, y el Cielo quiera,  
que del feudo irremediable  
pague mi vida la deuda.*

Acabada la musica dexò el sitio, diciendo: El calor no escusa el riesgo de los atrevimientos que pueden causar vn resfiado. Contenta, y satisfecha, de que el fingido Medico era el encubierto amante, al passar por debaxo de la rexa, le arrojò vn poco de agua de vnas alcarrazas que estaban en ella; detuvose, diciendole: Agua de Angeles, no es razon que cayga en la tierra, venga mas, que bien es menester para templar algo del fuego que me abraza: echòle otra poca tan risueña, que casi le tocò el acento en el oido. Con estos motes, y otros muchos, lo passaban los enamorados amantes, sin determinarse à mayores empeños; Lisena atenta à su decoro, y Enrico temeroso de no disgustarla; y vna mañana amaneciò en la Isla Cotreo de la Corte con cartas, y pidiendo albricias de que la Reyna avia parido à luz, y avia dado Principe à Escocia: leidas las cartas, mandò Lisena que previnieran fiestas Reales, y que en la plaza de el Castillo se hiciesen andamios para la gente de la Isla; y como estaba tan introducido, valiendose de la fingida simpleza, le dixo al

Almirante: Los Medicos de Camara pueden entrar à correr los toros: Respondiòle, si, si quieres entrar en ellos, bien puedes. Con esta permission sacò librea conforme à los demàs: y para declararse, y ver el efecto que surtia su diligencia, juntando à los Cavalleros les dixo: No se ria malo, que antes de los toros entraramos en la plaza à jugar vnas cañas, y que lleváramos todos adargas, y divisas, significando cada vno el estado en que tiene su amor, ò pretension. Como Don Rodrigo le tenia por mentecato, le respondiò: Pues sabes tu qué es pretension, y amor? Bravo tonto sois, no veis que las muchachas de Alberto me quieten mucho, por que las llevo golosinas? Celebraron el simple galanteo, y como algunos galanteaban las Damas de Lisena, les pareció à proposito el seguir la parecer: Don Rodrigo galanteaba à la Camarera, y llegando todos à casa de vn Pintor, llevando tafetanes à proposito, le mandò Don Rodrigo retrátsen en el suyo vn Cavallero de rodillas, con vna cadena à la garganta, y vna Dama en pie con el cabo de la cadena en la mano, y decia así la letra,

*Aunque me veis en cadena,  
est tan dulce mi prision,  
que aspiro à la possession  
del fuez, que me condena.*

Don Sancho servia à la Secretaria, y para darlo à entender, mandò que le pintàran vn Cavallero, con vn candado en la boca, y decia assi el mote.

*Est tan secreto mi amor,  
que el dueño de mi cuydado,  
puso en mi boca el candado,  
porque no diga el favor.*

Don Alexandro servia à Doña Inès de Palma, y para significar el nombre en los jazmines, y el apellido en la palma, mandò que le pintàran vna, cercada de muchas varas, cubiertas de la misma flor, y al pie vn Cavallero caido en tierra, con el pecho atravesado de vna flecha, y el Dios del Amor apuntandole con el arco à dispararle otra, y decia la letra.

*Los jazmines desta palma  
Me tienen tan mal herido,  
No las flechas de Cupido.*

Enrico mandò pintar en el tuyo vn globo à modo de Cie- lo, y en medio vna cara de vn Serafin, con la Luna, y el Sol

Sol à los lados, y en lo baxo vn pedazo de selva, con algunas matas, y florecillas, y en vna dellas vn paxarillo, con las

alas abiertas, y el cuello alto; como dando à entender que-  
ria bolar, y la letra decia,

*Aunque me veis en el suelo,*

*He de bolar hasta el Cielo.*

Acabadas las pinturas, contó el Almirante à Lisena lo que passaba, diciendole, que el Rustico avia dado el assiento, y contenta de verle tan declarado, le dixo: En acabando las fiestas hareis que subin todos à la sala, y prevenidles premios, conforme os pareciere que los merecen, y verè los mores, para que me sirvan vn rato de entretenimiento: y llegado el dia de las fiestas, mostrò el valiente Rey su bizzarria, condenando à la muerte los brutos que le hicieron cara para envestirle, con tanto aplauso de todos los Isleños, que à estàr las Damas en sospecha, conocieran en el rostro de Lisena el gozo interior que le bañaba el pecho. Acabadas las fiestas subieron todos arriba, y sentandose el Almirante para juzgar los premios que yà tenia prevenidos, y traídas las pinturas para que Lisena las viera, despues de aver visto la de Don Rodrigo, mandò al Juez le diese premio: diòle vna

buelta de cadena, diciendole; que pues se hallaba tambien con las prisiones, le avia parecido proposito doblarle las cadenas. Tomò el premio con mucho gusto de la contenida, y vista la divisa de Don Sancho, le diò vna llave de plata, assida à vn cordon, diciendole estava compadecido de verle mudo, y como amigo le daba llave, para que pudiera publicar su dicha. Celebraban las Damas con mucha rifa los graciosos premios, y traída la pintura de Don Alexandro, le diò vna banda de gasas de oro, guarnecida de las mismas puntas, diciendole que se la daba en nombre de su pastora, para que el favor le alentasse à convalecer. Traída la pintura de Enrique, la mitò Lisena con particular atencion, pareciendole, que en el Cielo, y Serafin significaba su belleza, aunque dudosa de lo que contenia el paxarillo: Mandò que se le diese premio, y el Almirante, por hacer mas ridicula la fiesta, avia

avia mandado prevenir vna jaula adornada de colonias, y tejones, y traída à su presencia se la diò, diciendole: Amador, como tienes esse paxarillo libre, me ha parecido darte esta jaula, para que le encierres, porque no se buelva. Tomòla con mucha gravedad, y respondiò: En vuestra vida aveis andado mas prudente que agora, pues me tratáis como à loco en darme jaula; y os juro, que os la he de pagar con vn Ducado. Quedò Lisena tan picada con la encubierta merced, que propuso de buscar ocasion, para decirle se declarasse. Atajòle el intento el venirse segundo Correo con nuevas cartas, à tiempo que Enrico no estaba allí, y leídas las cartas, le dixo el Almirante: Parece que Vuestra Alteza ha recibido disgusto con lo que escribe el Rey mi señor. Respondiòle: No os espanteis de mi pesar, que embia mi padre à decir, que la Reyna, como se halla contenta, le ha pedido me buelva à la Corte, luego se disponga mi partida, porque me dice, que ha de venir por mí dentro de seis dias. Con esta orden mandò llamar hombres à proposito, para dis-

poner lo necessario; fue à tiempo que entraba Enrico, y como los hallò alborotados, preguntò à vn page la causa. Respondiòle: Nos vamos à la Corte. Quedò tan palido el semblante con la mala nueva, que la enamorada Dama conociò en lo mortal del rostro, que su pena era pagada con igual correspondencia; y para divertirle, y obligarle à que se declarasse, le dixo: Amador, yà llegò el tiempo en que os he de premiar; en viniendo mi padre le he de contar lo que ha pasado, y le he de pedir os haga Medico de Camara. Estimòle la merced, como dixo en publico, y temeroso de que lo executara, visto que les mandò à las Damas se fuesen à prevenir lo que tenían que disponer, sacando el retrato del pecho, se le diò, diciendole: Perdona Vuestra Alteza este atrevimiento, y mire si el original de esta copia, puede servir la plaza de vn Dotor, y sin espirar à mas le bolviò las espaldas, dexandola tan turbada con el repétino gusto, que en mucho rato no bolviò en sí. Mandò que le llamassen al Almirante, y aviendo venido à su presencia, le dixo: Yo siento el bolver à los pesares passados,

dos, y segura de vuestra lealtad, os encargo hagais de vuestra parte con mi padre lo que fuere posible, para que me dè estado, y quiero saber que personas eran los pretendientes de mi casamiento. Respondiòle: Como su Magestad cerrò la puerta, no se tratò de pedir los retratos. Lo que yo sé decir, es, que qualquiera de los tres, es digno de merecer à Vuestra Alteza: en particular el Rey de Navarra, pues le hacen fama del mas poderoso, y bizarro que tiene el mundo. Diòle el retrato, diciendole: Pues mirad esta copia à vèr que os parece. Tomòla, y leído el rotulo, le respondiò: Yà Vuestra Alteza sabe que esto no me coge de susto: Siempre tuve sospecha de que era hõbre de valor, aun quando presumiera cosa tan alta. Respondiò Lisena: Os juro por quien soy, que no ha media hora que yo lo sé, y pues me aveis criado, no escusarè el deciros lo que me passa. Todas las melancolias que aveis visto que he padecido, nacen de la confusion en que el Rey me ha tenido: Yà sabeis que le debo la vida, y quando no le debiera mas, que aver estado tanto tiempo en esta

Isla, sugeto à que le ayais tratado como à hombre falto de juicio. No quiero negaros q̃ me tiene obligada; està mortal con la pena de mi ausencia: Buscadle de mi parte, y dadle à entender que estimo su cuidado, y que pues yà es preciso bolver à su Reyno, que tendrè gusto de que me afsista hasta dexarme en Palacio. Con esto le fue à buscar, y hallandole en la sala que daba vista à la Isla, de pechos en vna ventana, tan aborfo, que parecia inmovil, se llegó con el sombrero en la mano, diciendole: Ahora que Vuestra Magestad avia de estar contento, se muestra tan triste? Pareciòle era gana de entretenerse con las simplezas passadas, y le respondiò: Vayase Vuecelencia con Dios, que no es agora tiempo de gracias, que yà passò el Rey de los G. los. No hablo yo en esto, dixo el Almirante, yà sé que hablo con el Rey de Navarra; su Alteza me ha enseñado el retrato, dandome cuenta de todo lo que passa: Echòle los brazos al cuello, diciendole: Padre, este nombre mereceis, todo mi Reyno es poco para premiaros con la nueva que me dais: es posible, que mi señora

Lisena estima mi fineza? Respondiòle, estimala tanto, que tiene gusto de que Vuestra Magestad no se ausente hasta dexarla en su Corte. Tardò Ludovico seis dias en venir; y en este tiempo se reconociò Lisena tan obligada, que le diò à entender claramente no daría la mano à otro. Luego que llegaron à la Corte, dexò à vno de sus Grandes, para que sirviera la Plaza de Embaxador, con poder para que concediera todo lo que importasse à los conciertos en la forma acostumbrada. No se descuydaron los demás pretendientes en embiar nuevos Embaxadores, y llegados à la Corte, salió el Navarro en publico: diò Ludovico Audiencia, y cada vno propuso alegando de su parte los meritos de su dueño. Despidiòlos con decir se fuesen à descansar, mientras se determinaba lo que avia de responder. Con esto se tomaron los retratos, y quedando à solas con el Almirante, le dixo: Yo quiero tanto à Lisena, que sentirè errar esta eleccion. Respondiòle, como quien sabia lo que avia de decirle: Si Vuestra Magestad sigue mi parecer, lo mejor sería darle à entender à su Al-

teza, que se trata de darle estado, y pedirle haga eleccion, pues eligiendo à su gusto, no ay duda de que irá contenta. Pareciòle bien al Rey, y aquella noche entrando en su quarto, despues de averle dado à entender su determinacion, enseñandole las copias, le dixo: El mayor gusto que me has de dár, será el decirme qual te parece à proposito: El casamiento, es cosa que se acaba con la muerte, y sentirè que vivas disgustada. Reusòlo, diciendo: Yo no tengo mas voluntad que obedecer à Vuestra Magestad; y visto que le porfiaba, tomó los retratos, y reconociendo el que tenia en el alma, se le bolviò, diciendo: Este es el mejor, à mi parecer. Con esto se efectuaron los conciertos, con los requisitos acostumbrados. Despachò el Embaxador por la posta, embiando à decir por su carta, estabà señalada la Ciudad de Estrella en el dicho Reyno de Navarra, para las entregas, diciendo el dia efectivo que avia de llegar à ella. Desposòse el Rey con su hija en virtud de los poderes, y pidió à Clorinda le permitiese el ir la acompañando, y llegado el dia señalado de

de su partida , huyo à vn tiempo fiestas , y llantos: acompañaronla Doña Inès, y la Camarera, y otros muchos Cavalleros, y sabido Enrique el señalado dia , quiso aventajar sus finezas, y acompañado de sus Grandes llegó à la Ciudad referida, y al verse los dos Reyes, quedó Ludovico tan pagado de su bizzaria, que lo dió à entender, diciendole, se tenia por dichoso, de ver à su hija tan bien empleada. Quatro dias estuvo de secreto confiriendo algunas cosas importantes à la conservacion de los Reynos. Bolvió à su Corte para hallarse à la prevenida entrada, y Ludovico dandolos brazos, y la bendicion à su hija, mandò al Almirante, y à otros muchos Cavalleros la acompañassen hasta dexarla en su Corte. Recibiòla el amante esposo con tan magestuosa grandeza, que los dexò admirados. Detuvieronse dos meses, para gozar de las alegres, y prevenidas fiestas; y llegado el dia de su partida, los honró à todos con magnificas mercedes, y dandole al Almirante vn Decreto Real, le dixo: Por este os hago merced de seis Lugares en mi Reyno, con Titulo de Duque

de Sanguesa. Besòle la mano, diciendole: Vuestra Magestad ha cumplido su palabra en darme el Ducado de la jaula. Detuvieronse à celebrar con alguna risa memorias passadas, y venidos à la Corte de Escocia, refirieron à Ludovico la grandeza del recibimiento, cosa que le dexò contento. Reynò Lisena largos años, colmando el Cielo su dicha con illustres descendientes.

Tan gustosos quedaron todos los circunstantes, de aver oido lo bien dispuesto de la Novela de Doña Leonor, que engolosinados en lo dulce de su representación, aunque no les huviera prometido el dia antes referir la Fabula de Orfeo, y Euridice, le pidieron que volviera à repetir otra qualquiera cosa, porque le daban sus acciones tanta viveza, que aunque no fuera lo referido de suyo tan gustofo, por el modo con que lo adornaba su donayre, se daba à desear. Con que conociendo Doña Leonor el gusto de sus oyentes, por despenarlos, les dixo: Aun no he acabado con la obligacion de mi empeño, pues aun me queda por satisfacer con la Fabula q̄ ayer prometí, y así por despenar-

harme presto de este cuydado, aunque aya de ser penoso rato para los oídos de los circunstantes, digo así. Dieron todos gustosos aplausos à su fazonado desembarazo, y

pagaron con admiraciones de la atención, los agrados que mostraba la noble señora en hacerles corto el tiempo, y así comenzò la Fabula en esta forma.

*Ocioso el pensamiento,*

*por dar treguas à un vano sufrimiento,*

*consulto con la pluma,*

*si ay alegría alguna,*

*que pueda del cuydado*

*quietarme en un desvelo emperezado;*

*y ocurre à mi memoria*

*mal distinta, la historia*

*de Euridice, y Orfeo,*

*adoptivos amantes del Peneo:*

*Canto por divertirme,*

*el que quisiere, pues, podr à seguirme;*

*y si no le contento*

*arrimarme à un ladito: V à de cuento,*

*Siendo Orfeo muchacho,*

*Tengo juicio? sin duda estoy borracho,*

*que no sè su linage,*

*y es en un Fabulista grave ultraje*

*dexar la parentela,*

*sin referir del nieto, hasta la abuela,*

de el caso que se cuenta,  
 porque es hacerle afrentas;  
 mas ocurre vn remedio,  
 con que puedo echar libre por enmedio,  
 diciendo, fue vna puta,  
 muger essenta, libre, y disoluta,  
 la madre del muchacho;  
 y con buen continente, y libre empacho  
 defenderlo, que es esso  
 ponerle mil esmaltes al suceso.

Si alguno se picare,  
 haga la informacion que le quadrare,  
 que yo escuso el sabello,  
 grango el ser leído, ò parecello,  
 que en casos semejantes,  
 passan por doctos otros ignorantes.

Yà tenemos à Orfeo

de hoz, y coz, en la Fabula, y me veo  
 libre de esse embarazo,  
 y se me queda saboreando el brazo.

à Euridice passemos,  
 con que mi confusion aqui no es menos,  
 que no han de ser entr ambos  
 echados à la piedra: Pues veamos  
 de Euridice el linage,

el consorcio, la union, el maridage  
de sus progenitores;

otro ardid aqui ocurre mis señores,  
diciendo que fue hija del Peneo,  
que à cada passo veo  
achasar à los rios

estos recientes partos, ò estos frios,  
y tenga esta belleza

en el agua estampada su flaqueza.

Yà, pues, mi Dios loado,

tiene la narracion mejor estados

no examinemos de ambos la crianza,

que es esso para mi Pueblos en Francia.

Dexèmos las mantillas,

trompos, muñecas, argolla, almoadillas,

y en edad mas madura,

vea Orfeo à su Ninfa en la espesura,

censure el que quisiere,

que yo puedo ponerla do quisiere:

El mozo uelo cantaba,

no como quier a assi, se las pelaba.

Y viendola sentada,

la mexilla en la mano reclinada,

sin templar, sin toser, sin tomar punto,

rompió la voz, el ayre todo junto;

con que se viò assaltada  
 la Ninfa, y alterada:  
 procura levantarse;  
 diligenciò ausentarse,  
 mas puso tal cuydado  
 el Garzon al tonillo comenzado,  
 que quedò suspendida,  
 y no bien levantada, ni caída,  
 quedòse en el estado,  
 que llaman los poltrones recostado;  
 y mas atenta escucha,  
 no quedò pez, ni trucha,  
 que olvidando la concha, y sus escamas;  
 mal vestidos de lamas,  
 no ondeen codiciosos,  
 y procuren curiosos  
 gozar la suavidad de la harmonia.  
 Euridice suspensa se dormia,  
 y Orfeo con secreto  
 pescò mela el coletto;  
 echòla entr ambas manos,  
 despierta dando gritos inhumanos;  
 lexos està la gente,  
 Orfeo es diligente,

y despues de algunos casos,  
 y tenerla en los brazos,  
 ella menos esquiva, y reportada,  
 vn si es no es de enamorada,  
 en aquestos trabajos  
 permite que los bajos  
 examine la vista,  
 y comenzò de Orfeo la conquista:  
 y à con passo contado  
 à pintar à la Ninfa hemos llegado,  
 porque fuera maltrato  
 el no poner retrato  
 de estos fines amantes,  
 el de Euridice es antes,  
 que despues al mozuelo enamorado,  
 llegar à la ocasion de su traslado.

Era el folio primero

vn ayroso baquero,  
 sayuelo guarnecido  
 de oro entre sedas, bien entretregido,  
 y pollera de lama,  
 mas vistosa que pintan à la Fama,  
 sin guarda infante estaba,  
 que entonces no se usaba,

ena-

enaguas tres traia  
 de delgado cambray, de cotonia,  
 y ormesi otros dos pares,  
 con ayrones, con lazos, y alamares;  
 estas à un lado, y el cambray tendido,  
 voy al ultimo velo, què perdido!  
 Jesus, y que ignorancia,  
 el pintar los países, no de Francia,  
 aunque países baxos,  
 estos son arrendajos  
 de lo que otros refieren,  
 mi modestia disculpen si quisieren,  
 ò si no à troche moche,  
 harè el pintar la noche,  
 y la miel en los labios,  
 enmendarè, si quiero, estos resabios;  
 mas importa muy poco,  
 que me tengan por loco,  
 profano, è impudico,  
 y no quiero poner el punto en pico:  
 entre puntas, y encaxes  
 de enaguas los embajes,  
 percibi noguerado,  
 pequeña proporcion, y bien formado

un boton de mosqueta,  
 que adornaba curiosa una roseta  
 blanca, que parecia,  
 que el pico del boton la desprendia.

Dos columnas de seda.

guiaban de las vassas la vereda,  
 mas yo que lo azechaba,  
 no vi donde paraba,  
 porque Orfeo en los brazos la assegura,  
 y entròse del jardin à la espesura.

Procurò resistirse,

no pudo deffasirse,  
 y la mano de esposo  
 la ofrece amante, tierno, y amoroso.

Fue Padrino el Peneo;

y consumò su matrimonio Orfeo,  
 quedando consumido  
 con los sabores, el que antes tan rendido;  
 que en lances semejantes,  
 ò quales son antes del antes,  
 los mas enamorados,  
 y despues del despues empalagados,  
 saliò haciendo floretas,  
 que los que han conseguido ya son tretas:

la vista ella passea  
por el, que ya mas tibio galantea;  
mirale de el copete,  
sin dexar sin examen, ni un juanete:  
Ven como hemos llegado  
à pintar al mozuelo enamorado?  
vaya, pues de pintura,  
y comienzo (oye vstè) desde la altura,  
que me cuesta congojas  
el tomar por las hojas,  
quando copio un retrato,  
y saldrà mas varato  
el tallar la cabeza,  
que es el primor mejor de una belleza:  
Boquirrubio, lampiño  
era mas el muchacho que un arminiño,  
y se le viò en lo tierno,  
pues por sacalla à ella del Infierno,  
hizo aquella fineza,  
forzada necesidad de su cabeza.  
El resto de su talle,  
como quier an llamalle,  
pecho, espalda, y postura,  
de buena compostura,

Amar sin saber à quien:

piernas muy bien formadas,  
robustas por arriba, y bien sacadas:  
todo èl muy bien tallado,

aunque ser rubio me ha causado enfado.

De las manos asidos,

y en lazos amorosos bien unidos  
la selva passeaban,

y à las flores, y plantas ajaban:

un aspid escondido

à Euridice mordió, diò un aullido;

fuè poniendose yerta,

y à corto espacio la imagina muerta:

El Garzon alterado

se quedò boquiabierto, y tan turbado,

que no supo decir un Dios te ayude,

que se dice à qualquiera que estornude.

Muerta Euridice estaba,

y Orfeo de pesarse las pelaba,

y entre un suspiro tierno

determina buscarla en el infierno.

Deciende por su esposa,

templo su violin, notable cosa,

pues cantando à compàs dos seguidillas,

salen à escondidillas

del

del calabozo aberno  
desatado en demonios el infierno:  
todas las reendijas  
ocupaban notables sabandijas,  
oyendo con cuidado  
de la musica el tono comenzado.

En pago del bureo  
salio luego Asmodeo,  
el diablo del amor, y muy galante,  
procura consolar al tierno amantes;  
y mandò à sus sayones,  
que examinen los lobregos rincones  
del retirado centro,  
sin que dexen alcoba, ò aposento,  
cueva, desvan, texado,  
que no quede mirado,  
y venga à su presencia  
Euridice, que quiere dàr licencia  
à que orfeo la saque,  
y la lleve sin mas traque barraques  
esto mandò, y fuè justo,  
que ay demonios tambien de muy buen  
no à lerdos le fiaron (gusto,  
la comission, al punto la sacaron,

Amar sin saver à quien,  
 y le dicen llevadla,  
 sin que bolvais la espalda,  
 siempre ella ha de ir delante,  
 y vos detras por guarda vigilante,  
 mas sino buelve los ojos à miraros,  
 no ay si, desauciaros,  
 que no tendràn lugar las chanzonetas,  
 sonetos, seguidillas, ni quartetas:  
 esta vez, se os perdona,  
 libre partid, cargad con la matrona,  
 y en un ruido eterno,  
 se cerraron las puertas del infierno.  
Quien, señores, me niega,  
 que ellos jugassen la gallina ciega?  
 pues sin verse decian sus ternuras,  
 y iban las almas hechas levaduras,  
 si me miras te matas,  
 la dice Orfeo amor, y me maltratas,  
 si me miras, te ofendes:  
 resistete muchacha, ò no lo entiendes,  
 fuerza se hace la moza,  
 los ojos cierra en vista perezosa,  
 por verse entre vivientes,  
 aprieta bien los dientes,

y no puede con ello,  
 buelue al soslayo el cuello,  
 echò al mozo los ojos,  
 y causandole enojos,  
 sin mas mover la planta  
 de el suelo se levanta,  
 y en aquel mirar tierno,  
 fue sus passos contando al infierno.  
 Orfeo la miraba,  
 y al demonio la daba,  
 diciendo ir à contenta,  
 porque hizo su gusto muy essenta:  
 Pensò la disoluta,  
 que era hijo de puta,  
 y que muy fino amante,  
 bolveria al instante  
 à suspender orrisonas cadenas,  
 y à divertir las penas,  
 pues muy mal lo ha pensado,  
 que ay otras muchas y es chico pecado.  
 Que à vste la lleve el diablo,  
 y à mi tambien, si verso, si vocablo  
 en buscarla gastare,  
 y si mas por vsted me apassionare:

Amar sin saber à quien  
no quiero ser marido,  
este se vuesaaced donde se ha ido

A labado el suceso, celebra-  
ron todos el donayre con que  
Doña Leonor le avia contado,  
y Doña Lucrecia les dixo: To-  
do él ha sido muy bueno; y lo  
que mejor me ha parecido,  
es la pintura de Lisena. Avia  
Don Antonio compuesto al-  
gunas letras, celebrando la

hermosura de Doña Leonor;  
y respondió: Yo tengo otra me-  
jor, q cierto amigo consagrò à  
vna Deydad, à quien tiene  
rendida el alma. Pidieronle la  
refiriese, y tomando el inf-  
trumento, cantò los siguientes  
versos.

*Los donayres de Leonida,  
unos con otros compiten,  
y apostando à ser mayores,  
aspiran à vn imposible.*

*Nadie celebre sus gracias,  
pues decirlas, no es posible,  
si no es que la admiracion  
callando las solemnice.*

*Embideas de su hermosura,  
son veneracion humilde,  
que le ofrece quien le embidia,  
diciendo no ay quien la imite,*

*Las aguas de Manzanares  
sus cristales eternicen,  
porque le sirvan de espejo,  
para que su rostro mire.*

*Y en ellas templen los rayos*

*de*

*de unos ojos que invencibles,  
triumfan siempre vencedores,  
pues de lo que matan viven.*

Contenta Doña Juana de verle tan enamorado, por tener un rato de chanza, le dixo: Señor Don Antonio, que nombre es Leonida? Respondiòle. Preguntese lo v.m.d. à la Dama Toledana, pues su amiga Doña Leonor le diò tantas penas. Levantòse Don Enrico, diciendo: El intento ya está conocido, metamonos en baraja, y vamos à acostar, que es tarde. Passado mañana se abren las Audiencias, y jugarèmos todos à carta vista. Con esto se retiraron à gozar el comun descanso, y el dia siguiente se fueron los dos amigos à efetuar el casamiento de Doña Lucrecia, y Don Vicente le respondiò, tratasse el suyo con Doña Getrudes: aceptò el servicio, advirtiendoles no salieran aquella tarde de casa, y venido à casa de Doña Lucrecia acompañado de un oficial suficiente para las cartas de dote, y capitulaciones, y despues de aver ajustado la que tocava à su sobrina, le propuso à Doña Getrudes el in-

tento de Don Vicente; no tenia padres, aviala criado una tia, que al presente vivia enferma, y descofa de verla en estado, le respondiò à Don Alonso: Quando yo no tuviera tantas experiencias como tengo de dos años à esta parte, que ha que vivimos de puertàs adentro, bastaba que v.m.d. apoyara los merecimientos del señor Don Vicente, para tenerme por contenta de ver à mi sobrina bien empleada, estimòle el agasajo, ofreciendosele para la carta de dote, y lo restante que se le ofreciera: A lo qual dixo Doña Lucrecia: En verdad que todas hemos de ocupar à v.m.d. porque yo tengo tratado de casar à Antonio. Diòle el parabien, preguntandole quic era la desposada. Y respondiòle: Preguntese lo v.m.d. à mi señora Doña Juana, que es el dueño de todo. Cumpliò Don Alonso con la debida cortesia, celebrando la igualdad de las partes, y ajustadas las capitulaciones, y cartas, mientras se corrieron las ca-

tuciones, embiaron los con-  
 tentos desposados, joyas, y  
 galas, en que mostraron el  
 gusto de su buen empleo, y  
 por estar Doña Lucrecia tan  
 recién viuda, se determinò  
 se hiciese el desposorio de  
 todas vna tarde, combidan-  
 do à las personas de mayor  
 obligacion, en particular las  
 que avian de apadrinar las  
 velaciones. Doña Lucrecia  
 llamó à vna señora llamada  
 Doña Teresa Faxardo, à  
 quien se le daba Señoria. Don  
 Alonso à vn Regidor de la  
 Villa; y Don Vicente à vn  
 Cavallero del Abito de Al-  
 cantara, deudo suyo, y para  
 cumplir à vn tiempo con la  
 viudez, y el desposorio, la  
 vistieron à Doña Leonor vna  
 faya entera, negra de felpa  
 corta acuchillada, aforrada  
 en lama de plata blanca, po-  
 blado el campo, y manga de  
 de punta de asientos de oro,  
 y botonadura de diamantes:  
 desmintió con la mucha gala  
 las sombras de la tristeza. Las  
 amigas à su imitacion, aun-  
 que se vistieron ricos vesti-  
 dos, fueron de color honesto;  
 y aunque se tenia prevenida  
 cena para los combidados, por  
 venir D. Teresa acompañada  
 de quatro señoras Tituladas,  
 le pareció à Don Antonio se-

ria mas apropósito vna sum-  
 tuosa colacion, la qual se diò  
 con magestuosa liberalidad à  
 los combidados. Y para cele-  
 bracion de las bodas, todos  
 los circunstantes, dandose  
 por obligados de agasajos tan  
 cumplidos: tomaron por su  
 cuenta el festejar aquella no-  
 che los desposorios, corrien-  
 do por cada vno el desempe-  
 ño en que se hallavá obligadas  
 sus cortesanas. Y así encar-  
 garon à Doña Lucrecia dis-  
 pusiese el modo, como en-  
 trando todos los circunstantes  
 à la parte en el festejo, pues  
 todos se hallaban obligados,  
 no se escusasse ninguno en  
 franquear sus gracias, sin que  
 costassen, ni recateos, ni  
 ruegos de persuasiones, que  
 son los que suelen deslucir lo  
 mas donayroso de las gracias  
 personales. Doña Lucrecia  
 respondió con aquel su sazo-  
 nado desembarazo, pues vue-  
 sas mercedes fian à mi dispo-  
 sicion el que de todas sus gra-  
 cias haga vna ensalada: Digo,  
 que siendo yo la primera que  
 salga à la palestra, aunque  
 desfaliñados los donayres, darè  
 principio à nuestra fiesta: ad-  
 virtiendo, que en concluyen-  
 do con lo que me toca, ten-  
 go de citar de remate à vno de  
 los Cavalleros presentes, pa-  
 ra

ra que saliendo por mi fiador, no quede el puesto con quienbra, sino que se asegure la finca, de que se mejora de creditos la dita del festejo: y en cumpliendo el Cavallero, à quien yo citare de remate, para que satisfaga por mí, y quedará à su eleccion el elegir para su desempeño vna de las Damas presentes, à quien citará para credito de su buena paga, y la Dama citará en haciendo sus gracias á otro Cavallero, y este en cumpliendo con las suyas, à otra Dama: con que el puesto no se hallará jamas desocupado del festejo que pretendemos. Y cerraremos la puerra à que no aya vnas excusas melindrosas, que suelen ser feos lunares en los divertimientos: y quieren passarnos tal vez el melindre, y la hazañeria por encogimiento, ò por mesurado recato, siendo así, que reventando de buenas ganas, quieren que se las paguen à precio de ruegos. Con que reduciendolo à porfia, es vn defabrimiento penoso para los circunstantes. Y aunque luego sea muy perfecto el donayre, como ha costado el porfiar, no sale tan bien parecido, como quando se franquea có apacible liberalidad.

Y si tal vez no sale tan ayrosa la accion, la fazona tanto la voluntad, y buena gana, de quien la executa, que la sube de quilates para la estimacion y para el bien parecer: con que desde luego quedamos todos los circunstantes obligados à sacar en publico nuestras habilidades, y donayrosas gracias, sin que aya quien se pueda excusar, porque será hazer vna ofensa à la persona que le citare de remate, y vn agravio à todos los circunstantes, que aviendo intervenido en el pacto, y concierto aya quien falte à lo prometido. Alabaron todos la buena, y prudente disposicion de Doña Lucrecia: y quedando debaxo de vna misma obligacion todos, para quando fuessen citados: comenzò la señora Doña Lucrecia, diciendo: Pues me toca el dar principio à este sarao, quiero referirles à vs.mds. vnos versos de buen gusto, que llegaron à mis manos, aviendose caido de las de vna Dama, no tan recatada en sus acciones como debia su modestia à sus progenitores, valiendose del ser de preclaro nacimiento, para poner en mas costa los intereses de su desemboltura. Quien fuesse el galán que se  
los

los embiò no lo sè ; lo que no ignoro es, que por los versos se conoce no era lerdo, y que sin ser sátira, pudo con su pluma quitar muchos hilbanes de vana à la señora, que por mostrarse intereslada, diò

permiso à que no se leguara dassen todos los decoros debidos à sus prendas, que yo la conozco, y tiene en todas calidades las que bastan, para ser dignas de estimacion. Los versos son los que vs.mds. oiràn.

*Què gloriosamente ufana,  
què indignamente feroz,  
Amarilis te querellas,  
ò te haces acreedor.*

*Pues atento mi cuydado  
à disculpas del d. udor,  
como quien siendo tu gusto,  
aun no ha cobrado un favor.*

*A tus querellas amores,  
respondo, soy fiador  
de tus quartos, ò por què  
es contra mi el antubion?*

*Si de olvidos poco atentos  
tomas la resolucion,  
cura, señora, la herida  
à costa del que la diò.*

*Essos ceños, Amarilis,  
conmigo, para què son?  
si una es la naturaleza,*

la

la vñidad me distingió,  
Si contra los hombres todos,  
tomas la resolucion,  
y no crees los nacidos,  
buscalos en embrion.

De què agraz has aprendido  
el azedillo teson?

essa contumacia, niña,  
ò esse desden fanfarron?

Por què contra mi dinero  
he de satisfacer yo  
los despiques del Alano,  
ù del perro el mordiscon?

Si es rabia, Amarilis bella,  
ò si el mastin te mordió,  
pan bendito te remedie,  
yo no soy Saludador.

Si pidieres Sacramentos,  
hasta el de la Estrema Vncion,  
cuydadoso buscarè  
remedio à todo dolor.

Mas de vna rabia curar  
con vnturas del doblon,  
es milagro que lo alcanza,

*muchacha tu inclinacion.*

Los hombres siempre fingimos,

las mugeres, esso no,

y por esso adelantada

quieres la paga al favor.

Y à sabes que en niñerías

es un rapaz uelo amor,

pues tengamos, y tengamos

dineros, y execucion.

Què mercancia encareces?

Sabes que en cada canton

de essas calles ay su tienda,

y en cada tienda un millon?

Lo principal exageras,

acaso acaso me voy,

y si eres tan principal,

no vendas el pundonor.

Vendete al precio comun,

ò pedirè à un Regidor,

que pues eres toda sangre

te de à precio de morcon.

O si no que diferencia,

para aquello de la union,

hallas en noble, ò vulgar,

an lo picaro, ò señor?

Para el deleyte quisiera,

(esto para entre los dos)

verte de muy mala sangre

sujeta à la Inquisicion.

Con esso se abaratarà

del gasto tanta pension,

y del gusto se aumentará

à las tres partes las dos.

La executoria podràs,

(pues haces de ella blason)

mientras conmigo estuvieres,

prestarla à una informacion.

Si te busco, es porque entiendo,

que perdiste el pundonor

desde el punto que perdiste

de virgen la palma, y flor.

Esto honrado, en que consistes

exterior demonstracion

algas? fisica te quiero,

ente real, no de razon.

Vna quimera propones?

solo una imaginacion?

una apariencia soñada?

Amar sin saber à Quien.

una nada, una ilusion?

Para mi gusto es muy bueno

esso, que no se tocò,

lo honradazo, quien lo abraza,

lo noble, quien lo palmò.

Actos possitivos solo,

para los Habitos son,

para ser del Tribunal,

in de un Colegio Mayor.

Los actos que yo pretendo,

(si bien possitivos son)

son de sangre menos grana,

sangre de generacion.

Si con estas circunstancias

me quieres, à lo picaron,

verás que ratos tenemos

dueño de mi corazon.

Yo de valde no te quiero,

de lance si, y ocasion,

el dinerillo socorra,

medio siendo à la aficion.

En essotros de vancos,

no se gasta mi vellon,

mas que de la piedra fueras

*legítima sucesion.*

*Con esto, Amarilis mia,*

*sabes mi resolucion,*

*sepala tuya este amante,*

*si consumamos, ò no.*

Con grande aplauso celebraron los circunstantes los versos referidos de Doña Lucrecia, porque además de tener ellos en sí la fazon de estar hechos al uso, los repitió tan donayrosamente, que no les pudo dár el Poeta tanta alma como tuvieron en su bocascito de remate, para que ocupasse el puesto, prosiguiendo su entretenimiento à Don Antonio, que dispuesto à la execucion de lo que se le mandaba, huviera començado el desempeño de lo que se le encargaba, à no aver interrumpi lo Doña Leonor la accion, queriendo bolver por el credito de las Damas, à quien parece dexaba amancillado el Romance referido, y assi dixo: Por cierto, que en mugeres principales, que no atienden à lo mucho que se deben à sí mismas, y atropellan por las obligaciones de su nacimiento, poniendo la mira en otros dictámenes, ò

caprichos; que salgan de los motivos que gobierna la voluntad; bien merecido es el castigo de atreverseles à perder el decoro à su pandonor; ellas dan licencia con la poca estimacion que hacen de sí propias, para que se les atrevan con desmesura los mismos que la respetaban con cariño. A que respondió Doña Lucrecia: Ay amiga mia, y como no conoces que esse achaque de que adolece la mayor parte de la Corte; porque como pudieran muchas de estas Damas, sino se aprovecharan de estos caprichos, bizarreat, con tanta diferencia de galas, como cada dia inventa la ociosidad en la Corte: Don Antonio que estaba en pie, para proseguir con las obligaciones del farao, les dixo, en contorverfia de question, que es tan indiferente, como las que vs. mds. han levantado, bueno será entre à hacer las pa-

zes el harpa ; porque si se ha de seguir la question , ay tantos argumentos de vna , y otra parte , que no nos quedaria noche para festejar los desposorios , si se huviera de atender à dár satisfacion : y para que vs. mds. vean que todo consiste en opiniones en esta vida , les quiero cantar unas coplas mas frescas , que las que hizo aquel Poeta gran-

de , à quien obligò Juanilla con su salida al Prado , que à esse tiempo debió de desobligar à estotro , para que fuesse de diferente opinion , tocò el harpa , y en el mismo tono que se cantaban por las calles de Madrid generalmente alabanzas de las perfecciones de Juanilla , aviendo salido al Prado , dixo asì.

*Que salga al Prado Juanilla,*

*nada al Prado se le dè:*

*quando un papel de color*

*hizo chistar al clavèl.*

*Si corrieren los arroyos,*

*(aunque tengan que lamer)*

*ser à porque fuana en ellos,*

*no quier a lavarse el pie.*

*Que esto de enturbiar cristales,*

*no es dificultoso , que*

*los empañar à qualquiera,*

*mientras mas sucia , mas bien.*

*Corran las fuentes , si pueden,*

*que à todos hacen merced,*

*no por temor de Juanilla,*

*han*

hande atormentar la sed.

A sus líquidos cristales,  
dixo, les dà en que entender  
su blancura, que blancura,  
que es soliman, si no es miel.

La nieve se huyò à los montes,  
porque es candida, y tal vez,  
temiò ver en desacatos,  
jugar Juanilla del pie.

Quien examinò la edad  
à los jazmines? y quien  
dirà, que son muy rapazes  
jugando arrima pared?

Juanilla, que, no se arrima?  
yo sè de ella por mi fee,  
que cada instante se arrima,  
y que juega al esconder.

De que gaste rabia el Sol,  
no sè que lleguè à entender,  
y que se estè allà en el Cielo,  
ò se eche à rodar por èl.

Juanilla se eche à rodar,  
que esso suele apetecer,  
y gasta rabias Juanilla,

*si quieren tenerla en pie.*

*Este Romance le canta,*

*à Juana, ofendido, quien*

*viò ultrajes del Prado ameno,*

*por vna facil muger.*

*Señor Poeta, en su vida,*

*quiera por su parecer,*

*hacer ofensa à las flores,*

*à las fuentes, y al clavel.*

*No me sea mentiroso,*

*ni alas à Juanilla dè,*

*que para ofender Juanilla,*

*tiene lo que ha menester.*

Con grande aplauso se celebraron las coplas que cantò Don Antonio, que aunque no fueron muchas, por lo bien dispuestas, por la suavidad de su voz, y destreza en el harpa, suspendieron tanto, como admiraron à los circunstantes, pues valiendose de la obligacion del festejo, sin saltar al corriente entretenimiento, metiò el montante con sus coplas, para apaciguar la trabada question que avian levantado las encontradas opiniones de Doña Lucrecia, y Doña Leonor, con que que-

dò apaciguada la disputa, dexando à cada vna en su alvedrio, para que siguiesse su parecer. Y prosiguiendo las obligaciones del comenzado festin, citò Don Antonio con vna gran cortesia à la señora Doña Getrudis, para que siendo el Iris de Paz, acabasse de serenar las paces. Y Doña Getrudis, obedeciendo con prontitud las leyes del festejo comenzado, propuso referirles vnas Octavas elegantes, hechas por vno de los mayores ingenios de España, aunque no conocido por Poeta, por la

mo;

molessia de su profesion, las sus quatro tiempos, y combi-  
 guales Octavas tienen por zarro donayre, comenzò, di-  
 assunto describir el año en ciendo:

## A LA PRIMAVERA.

*En la parte del año mas piadosa,  
 Quando el Toro en Abril las cumbres pisa,  
 Y dà, para vestir la selva umbrosa,  
 Al prado flores, y à las fuentes risa.  
 Quando del monte la estacion frondosa,  
 Sin fabricas de yelos se divide,  
 Y puesta en libertad, la errante nieve,  
 Sediento el prado en arroyuelos bebe.  
 Quando por ver el rostro à la mañana,  
 De sus cabañas salen los Pastores;  
 Y entre celages de cristal, y grana,  
 Zefiro assiste al parto de las flores:  
 La verde selva, que desnuda, y cana,  
 Resistió del Invierno los rigores,  
 Buelve à mirar compuesta en la corriente,  
 Los nuevos rizados de la anciana frente.  
 Del monte al valle los arroyos corren,  
 Que el blando aliento del Abril desata,  
 Sin miedo yà, que las crecientes borren*

Las

Las blancas huellas de sus pies de plata:  
 Y los vestidos arboles socorren  
 La hierba que en los campos se dilata  
 Con nuevas sombras, quando empieza el Toro  
 A dár bramidos por los campos de oro.  
 Las dulces aves, con alegre canto,  
 Celebran las exequias de los meses,  
 Entre cuyo rigor callaron tanto,  
 Que sus furias vencieron, y rebeses.  
 Vístense, desnudando el verde manto,  
 De la color del Sol, las rubias mieses;  
 Y al Cielo muestran, sin lisonja alguna,  
 Que son agradecidas en la cuna.  
 Los rios que del yelo en las prisiones,  
 Ni murmurar pudieron, ni quejarse;  
 Con priessa, y à cristales, y à vellones,  
 Pretenden à sí mismos alcanzarse:  
 No suele tan veloz, en las regiones  
 Tartanas, la saeta acelerarse,  
 Como camina rot a la cadena,  
 El agua libre sobre blanca arena.  
 Vio Guadarrama un tiempo coronada  
 De yelo, y nieve su cabeza verde,  
 Y con ramos, y flores mejorada

*Ve la Corona, que lucido pierde:  
 Y en la vestida cumbre sosegada,  
 Antes que alegre el claro Sol recuerde:  
 Oye, con dulces voces, y suaves,  
 Callar los vientos, y cantar las Aves.*

## AL ESTIO.

*En la parte del año mas ardiente,  
 Quando el rigor del abrasado Estio  
 Hace callar la mas sonora fuente,  
 Y enfrena el curso al mas soberbio Rio:  
 Quando el ganado busca diligente  
 Del arbol el reparo mas sombríos  
 Y están, sin el favor de las mañanas,  
 Las flores secas, y las mieses canas.  
 Quando el sediento Labrador cansado,  
 Embuelto en polvo, con mortal congoja  
 Le muestra apenas el inutil prado,  
 Rastro de fuente, que à beber se arroja:  
 Y sin alzar, corrido, y porfiado,  
 La adusta cara con la fuerza roja,  
 En medio del cansancio, y la porfia  
 Doblo la sed, creyendo que bebia.*

Montes de mieses yacen erizadas,  
 Adonde Junio coronò la tierra,  
 Coronas son al fin todas prestadas,  
 Que igual peligro la mayor encierra:  
 En las rústicas manos abrasadas  
 Las hozes mueven importuna guerra  
 Al campo, que pagando sus tributos,  
 Recibe injurias, y retorna frutos.

Quiere el rocío reparar en vano  
 El último desmayo de la grama,  
 Que fue en los dulces meses del Verano,  
 De fieras, y hombres, apacible cama:  
 Y en la septima Casa Soberano  
 El Celeste Leon furioso brama,  
 Y ardiendo el campo en sus madejas rubias,  
 Al Austro pide las primeras lluvias.

La tierra que callo (sufrida, y muda)  
 Estoda bocas ya, para quejarse  
 Del Sol, que si la viste, y la desnuda,  
 Del bien si, no del mal quiere olvidarse:  
 La inculta selva, mas agreste, y ruda,  
 Iguales al temor de desnudarse,  
 Las soledades siente de las flores,  
 Y ansencias de los dulces Ruiseñores.

*Nada recibe ser, nada florece,  
 Siendo menor, y mas ardiente el dia,  
 Que como siempre en el incendio crece,  
 Calienta mas el Sol que se desvia:  
 Y el fatigado campo, que padece,  
 En llamas arde, si en calor ardia;  
 Que siempre son las gracias postrimeras,  
 Coger los trigos, y abrasar las heras.*

### AL OTOÑO.

*En la parte del año mas fecunda,  
 Quando entra por las puertas del Estio,  
 Lluvioso Octubre, en el Otoño funda  
 Nueva esperanza al Labrador tardio:  
 Que como rico en la cosecha abunda,  
 Tardo en sembrar, y rez elando el frio,  
 El campo le rogaba por Septiembre,  
 Con repetidas lluvias que le siembre.  
 Formando nuevos surcos el arado,  
 Penetra las espaldas de la tierra;  
 Y el tardo buey, con passo fatigado,  
 Le mueve lenta, aunque continua guerra:  
 Mayor descuido, en el mayor cuydado,*

Dexò en el campo que el tesoro encierra,  
 Fiado al ayre, al agua, al Sol, y al yelo,  
 que el hombre siembra lo que guarda el Cielo.  
 Del monte dexa el natural assiento,  
 Con las lluvias embuelta: el agua clara,  
 Que la velocidad del movimiento  
 A su pureza le salio tan cara:  
 Y esta el inutil campo tan sediento,  
 Que en lo turbio del agua no reparas;  
 Y aunque la bebe afsi por tantas bocas,  
 Al ansia misma le parecen pocas.  
 Baxaron animosas las corrientes,  
 Que pretenden en sus margenes, y arenas;  
 La libertad risueña de las fuentes,  
 Con Soles Julio, Enero con cadenas:  
 Mayor caudal le dieron las crecientes,  
 Mas todas son al fin aguas ajenas;  
 Y aunque tan breve inundacion la baña,  
 De medias flores viste la campaña.  
 Corre con mas aliento, y diligencia,  
 Templado el ayre, que en Agosto ardia,  
 Haciendo à sus ardores resistencia  
 La humedad de la sierra que le embia,  
 Y en esta conocida diferencia

Creció la noche, y recogióse el día;  
 Y aunque son todos passos naturales,  
 Siquiera fueran al partirse iguales.

Dexando ya la sombra a las ovejas,  
 La hierba buscan que les dió el Octubre;  
 Y humilla sus vellones, y madejas  
 La mansa lluvia, que las moja, y cubre:  
 De Enero los temores, y las queexas,  
 Medroso el arbol en la tez descubre  
 Sus ramas, viendo sin poder vestillas,  
 Con menos hojas, secas, y amarillas.

## AL INVIERNO.

En la parte del año mas elada,  
 Quando la sombra en el Imperio excede  
 Al claro Sol, y en nieblas sepultada,  
 La menos luz al ayre se concede:  
 Hace tan corta el dia su jornada,  
 Y tan presto la noche le sucede,  
 Que en la estacion ya lobrega, y sombría,  
 Primero acaba, que comienza el dia.  
 El Pastor, temeroso, y encogido,  
 A estrecho albergue sus ovejas llama,

Por-

Porque no las sepulte en el exido,

De elada nieve la reciente cama:

Y el ayre à voces, con igual ruido,

Gime en las selvas, y en los montes brama,

Y son en ellos, quando Enero empieza,

Cristal los pies, y plata la cabeza.

Las Aves no despiertan el Aurora,

Como acostumbra, dulces, y suaves;

Que en tiempos tales, quando el campo llora,

Comer, y no cantar quieren las Aves:

Y quando la inclemencia vencedora

Retira al Puerto las soberbias naves,

Resisten en arboles mas altos,

Del viento en paja, y pluma los assaltos,

Quanto se mira son montes de nieve,

Que los traslada el viento por instantes,

Como otras veces con violencia mueve

De Lybia las arenas inconstantes:

Y à el passagero à caminar se atreve,

Y à parecen los arboles Gigantes;

No ve la industria de librar se modo,

Si es todo nieves, y peligros todo.

En techos de cristal viven los Rios,

Que xosos, aunque callan del Invierno,

Moviendo por los concabos sombríos,  
El lento passo de su curso eterno:

La furia temen de los meses frios;

Mas con industria, y natural gobierno,

Aora callan, para dar con ella

Al Tribunal de Mayo su querella.

Los tristes campos, que vistieron flores,

Y escarcha, y nieve temerosos visten,

Si de Julio sufrieron los ardores,

Al frio Enero en vano se resiste:

Si el ayre, el Sol, los yelos, y calores

En deslucirlos sin piedad insisten,

Padezca alegre, quien lograr espera

Venganzas de la fertil Primavera.

El Sol se templá, ablandanse los yelos,

Las flores buelve el mismo que las lleva,

Risueños muestran su piedad los Cielos,

Nace en Octubre una esperanza nueva:

Desatanse los muchos arroyuelos,

Todo lo muda el tiempo, y lo renuevas

Y pará si, con su poder alcanza,

Que siendo el mismo, es otra la mudanza.

Tan elegantemente repitiò circunstancias fueron diciendo las Octavas D. Gertrudes, que do, que aunque estuviera todos los quatro tiempos del año los aplausos que la dieron los

representando las circunstancias de su variacion, les pareciera breve espacio para su entretenimiento. A que respondió la entendida señora: Bien conozco que he sido larga, y si es motejarme de cansada, culpen vs. mds. al Poeta, que si él huviera gastado menos versos en la descripción de los quatro tiempos, à mi me huviera escusado la tarèa de tomarlos en la memoria, y à vs. mds. el cansado enfado con que les he sido molesta, quando era mi intento el agastarlos. A lo qual respondieron todos, dándole el vitor de cortesana, y entendida, admirando la buena eleccion que avia tenido en encomendar aquellos versos à la memoria, de que algunos de los circunstantes le pidieron traslado para eterni-

zarlos en las fuyas. Liberal se le ofreció à todos, y principalmente à Don Vicente su amante, citándole para que ocupasse el puesto del entretenimiento comenzado, el qual se dió por favorecido de que su Dama fiasse el desempeño de sus gracias en su persona; y así dixo, dándose por entendido al favor: Siempre he oido decir, que estando dos instrumentos igualmente templados, en tocando el vno, hace las mismas consonancias el otro. Siendo esto así, como podrá mi espíritu diferenciarse de los alientos, que le han dado los versos de mi señora Doña Getrudes, y así tomando el harpa, cantò con gallarda destreza à la Primavera en un alegre tono, los versos siguientes.

*To verde Mayo me acuerdo,  
quando fuistes bien venido,  
y con Auras, y flores,  
tan galan como vos mismo.*

*De vuestros yelos se quexa  
el campo inutil, y frio:  
no hagais Mayo novedades,  
y no tendreis enemigos.*

To ví quando conocian  
montes, y campos floridos,  
en vuestros ardientes Soles,  
la vecindad del Estío.

Y aora encogido, y triste,  
quando os toca por oficio  
vestir de flores las setvas,  
vestis de nieve los riscos.

Y vuestro rigor obliga,  
que busquen los paxarillos,  
mas defensas para el ayre,  
mas plumas para los nidos.

O que burlados quedaron  
los que buscan, ofendidos  
de las injurias del año,  
el reparo, y el abrigo!

Ni es razon que à los arroyos  
humildes, y fugitivos,  
despues de prision tan larga,  
les pongan segundos grillos.

O que bien entre las Aves,  
sonaron en los oídos  
las canciones de las fuentes,  
y las voces de los rios!

Del mas dulce Ruiseñor,

Ec

que alegre à buscaros vino,  
 las mas amorosas voces,  
 y à son apenas suspiros.

Campos, arroyos, y selvas,  
 altos montes, y sombríos,  
 os desconocen presente,  
 y os buscan como perdido.

Bolved Mayo à lo que fuistes,  
 en vuestros verdes principios,  
 dexa à los meses locos,  
 nieves, furias, y peligros.

Estos versos, sin cantarles,  
 Lisardo à Mayo le dixo,  
 mirando montes de plata,  
 de escarcha y nieve texidos.

Sin dexar el harpa de las ma-  
 nos, antes mudando el passa-  
 calle, para nuevo tono, no  
 diò Don Vicente lugar à que  
 aplaudiesen Damas, y gala-  
 nes el desempeño, con q̄ ay-  
 rosamente los avia festejado,  
 diciendo: Yà propuse à Vs.  
 mds. lo de los instrumentos  
 templados igualmente: con  
 que es preciso, que el es-  
 piritu de mi señora Doña

Getrudes, por quien vivo,  
 me aya comunicado los alien-  
 tos para imitarla, y así quie-  
 ro alargarme à cantar otra le-  
 tra, aunque en diferente to-  
 no, al mismo asunto, de las  
 mudanzas de la Primavera,  
 pues el año pasado vino tan  
 desconocida, que solo go-  
 zamos el nombre de sus me-  
 ses, alargandose el Invierno  
 hasta el de Junio.

Las mañanicas alegres,  
mas dulces que las de Abril,  
frescas si, pero no frias,  
en Mayo las conocí.

Yo vi salir el Aurora,  
con blanco, y roxo matiz;  
quando despierta las flores  
el blando viento sutil.

Ya sale sin la corona,  
de la rosa, y del jazmin,  
par ar llorar en los campos,  
la que solia reir.

Vidro elado entre la nieve  
es el clavel carmesi,  
y las flores, que engañadas,  
se atrevieron à salir.

Quando Mayo se muestra  
mas florido, y mas gentil;  
de seco, mas no de elado  
suele à los campos mentir.

Los dias, años, y meses  
tienen su mudanza al fin;  
y el que esta desnudo, y triste,  
vestido, y galan le vi.

*Si Mayo sale furioso,  
yo manso le conocí;  
pero es poderoso, y sabes  
que todos le han de sufrir.*

*Estos versos à Lisardo  
cantar à Mayo le oí  
y à un Pastor que le escuchaba,  
riendo bolvió à decir:*

*Què haràn las Mayas Gil,  
si los Mayos se mudan assi?*

*Què diferencia, y ventaja  
haràn à Mayo en mudarse,  
si ellas son Mayas un mes,  
y todo el año mudables?*

*Y siendo sus libertades  
las que siempre conocí,  
què haràn las Mayas Gil,  
si los Mayos se mudan assi?*

Con gran gusto quedaron los oyentes, admirando la cuerda disposicion de Don Vicente, así en aver echado agua al fuego que avia levantado la question, y controversia de las dos Damas, como en aver dicho à la que festejaba su efecto, quan rendido esta-

ba en su voluntad, pues no disonaba en ninguna accion de seguirla, viviendo à imitacion de sus alientos. Acabados los aplausos que merecian sus prendas, tomó el harpa D. Juana, à quien D. Vicente avia citado con suplica, el tiempo que los circunstantes avia

gastado en su alabanza , y antes de cantar la prudente señora , previno à los oyentes, diciendo quan enemigas eran las Damas de encontrar para sus empleos, con hombres jugadores , que de ordinario es

meter en casa vna continua guerra , y pérdida de hacienda , honra , y vida , y que asy les quería caatar vna satira; contra los tahures, que aviendo templado sonoramente, cantò lo siguiente,

*Para reñir los Tahures*

*à mi pluma he dado alas,  
no se me encogen , pues todos  
son amigos de barajas.*

*Que aya quien juegue à los naypes,  
aviendo juego de Damas,  
pues es mejor que con tantos  
jugar vn hombre con tantas?*

*Los que vna vez han caído  
en esta maldita plaga,  
siempre veo que prosiguen,  
aunque tantas veces paran.*

*Sanguijuela es el garito,  
de sangre amarilla , y blanca,  
y quando el perderos pica,  
los gariteros os rascan.*

*En casa del Tablagero  
unos pierden , y otros ganan,  
mas esto no importa vn quarto,*

*que*

Amar sin saber à quien  
que todo se queda en casa.

Las Aguilas mas astutas,  
miran el Sol cara à cara,  
por si ay alguno que quiera  
jugar selo antes que salga.

Los inocentes marchitos,  
perdidos con flores varias,  
quedandose sin vn pelo,  
nos dicen que no son vanas.

En vuestras casas despues,  
que os quedais sin vna blanca,  
sabe lo que passa el diablo,  
Dios sabe lo que se passa.

El perder vuestras haciendas,  
es la mayor ignorancia,  
que à quien su caudal le juega,  
su entendimiento le falta.

Gozosísimos dexò Doña Juana con sus cantados versos à todas aquellas Damas, porque cada vna vivia rezelosa de peligro semejante, como encontrar en su empleo la desdicha de aver de sufrir la ruina que trae à vna familia vn hombre jugador, con que despues de aver agradecido

las gracias que le dieron, de su buen gusto, citò à Don Enrique, para que prosiguiese con su acostumbrado donayre, los entretenimientos del festejo. Tomò el harpa Don Enrique, y haciendo primero (como todos) la salva, previniendo à los circunstantes de el asunto que avia de re-

fe.

ferir , informò de esta suerte. He reparado , hermosissimas señoras , y Nobles Cavaleros , en que siendo assi , que anda oy tan valido en la Corte , el faynete de las Xacaras , no ha avido entre los circunstantes , quien aya para su asunto tomadolas por desemeños;serà por guardarse à si mismos cada vno la decencia

de la modestia , y compostura natural , que parece se estraga con la desemboltura de las consonancias que hace el tono de semejantes versos; mas para que en este sarao no falte , ni el plato de esse divertimento , quiero cantar vna , que compuso vn sazonado gusto de esta Corte; que fue la que se sigue.

*A Frazquilla la frutera  
el Romillo de Pastrana,  
quiso pegarla con otra,  
porque es su lengua navaja.*

*Dicen que habló descompuesta,  
de Juanilla vna muchacha,  
que la sirve , y nunca huelga,  
mas que el rato que trabaja.*

*El gaxnate del Romillo  
qualquier agravio se traga,  
y aunque vn bofeton le peguen,  
es mozo que no repara.*

*Mas Dios nos libre del hombre,  
si de Juanilla le tratan,  
porque es su hacienda la moza,  
aunque èl la tiene gastada.*

Pu

Pusose descolorido,  
 miren quales son sus mañas,  
 que hasta la color del rostro  
 llevava el jaque robada.

Llegòse bonito à ella,  
 y sacando la afilada,  
 de oreja à oreja le yende,  
 de parte à parte le rasga.

Dexòla chillando, y fuesse,  
 quedandose la cuytada,  
 con dos fuentes en los ojos,  
 y con un tajo en la cara.

Llevoùsele las narices,  
 y es de su oficio probarla,  
 que perdiendo los cañones,  
 no entrar à mas en la plaza.

Mientras con abuja, y hilo  
 el Cirujano llegaba  
 a detenella la sangre,  
 que se iba à la desfilada.

Al Romo sus compañeras  
 le culpa la vil hazaña,  
 de que navaja pusiera  
 en una cara tan rasa.

Yà nada aprovecha, dixo,  
Benita la Galiciana,  
para conservar su rostro  
ser la muger descarada.

Yà yo he passado estos tragos,  
y allà me hizo en la guanta  
con una crisma mi hombre  
decir que no era Christiana.

El diablo debiò de darle  
comisiones tan bellacas,  
pues sin hacer los informes,  
me diò la Cruz colorada.

Mas yà lo paga con otros  
en el Reyno de las ansias,  
donde el cabello les quitan,  
y hacen salirles las canas.

Però pues tienen los hombres  
condiciones tan abaras,  
y lo han de dàr en el rostro,  
no hagan por nosotras nada.

Yà nos estiman en poco,  
yà la que dellos se ampara,  
aunque sea la mas justa,  
nunca quieren sustentarla.

Ff

De

*De tan malas compañías  
otra cosa no se saca,  
que à la marca que mas quieren,  
le ponen luego la marca.*

*Mas cuydese desta niña,  
porque està con la desgracia  
el aliento recogido,  
y la sangre derramada.*

*Cosandle el rostro à dos cabos,  
que despues mas à la larga,  
hablarèmos desta historia,  
que dexàmos apuntada.*

Contan ayroso desembarazo cantò Don Enrique la Xacarra, que à no conocer todos los circuntantes su modestia, cõpostura, y assentado juycio, pudieran quedar con alguna sospecha de sus prendas, por que la representacion de semejantes saynetes, solo parece que la entienden personas de menos obligaciones: antes le grangeò credito de entendido, y de que sabia dár à cada cosa su sentido. Dieronle las gracias con aplauso general, y èl haciendo vna gran cortesia, citò à vna señora de las Tituiadas, que avia sido

Madrina, diciendo, que à todos comprehendia el concierto que avian tratado al principio de su festin, y que assi puesto que con su asistencia honraba los desposados, q̄ con sus gracias solemnizasse fiesta que era tan suya. A que ella respondiò con sazonado donayre: Yà yo echaba menos el que Vs. mds. (siquiera por la curiosidad) no avian valido se de los de à fuera para su fiesta, pues solo la han compuesto hasta aora de los de dentro de casa; mas à fee mia q̄ tengo de hacer vengadas à estas Damas, dandoles à Vs. mds. vn mal

rato, que no durará poco, por-  
que tengo de referir la Fabula  
del Juicio de Paris, q̄ por nue-  
vamente escrita, yá que no por

la representacion, me persuadi-  
do ha de merecer sus agrados:  
ella es en esta forma.

**H**Ecuba Reyna de Troya,  
de cuyos muros sagrados,  
llorò la infeliz ruina,  
por una Griega, y un Parto.  
Pronosticandole en sueños  
el infelice presagio,  
que han de abrasarle sus torres  
un Infante, y un cavallo.

En la Ida, monte eminente,  
que de luces coronado,  
es de los vientos fatiga,  
y de los Cielos descanso.

A Paris mandò criar,  
donde vivia ignorado,  
oculto yá en el Retiro,  
y yá en la Casa del Campo,  
Alcalde, y Legislador

los Pastores veneraron,  
por Garnacha su pellico.  
y por vara su cayado

El con sus manos lavadas.

Amor sin saber à Quien.

Si era en las disputas sabio,  
para contárselo a todos  
iba su fama bolando.

Vna tarde, pues, que el Sol  
hipocrita de sus rayos,  
los ocultaba modesto,  
y estaba al mundo abrasando.

Paris entregado al ocio,  
cerca de un chopo descalzo,  
que en el agua de un arroyo  
los pies se estaba lavando.

Liquida tyra de plata,  
musico Cisne del Prado,  
dando el cristal en las piedras,  
eran las guijas los cantos.

Sus ojos el sueño apenas  
sepultaba en ocio blando,  
que es la quietud una dicha,  
que se goza sin trabajo.

Quando de beldades tres,  
(Astros e'l Cielo biz arros)  
dulce rumor le recuerda,  
al intempestivo assalto.

Tienta los ojos temiendo,

que

que fuesen del sueño eng años,  
y conociò la verdad,  
luego que se viò tentado.

Quien sois, la dice, y al punto  
Iuno, que estaba rabiando,  
como si hablar a por señas,  
tomò por todas la mano.

Yo soy aquella Deydad,  
de quien rendido, y postrado,  
el Dios que rige los Cielos,  
es marido mas que hermano.

Es verdad que algunas veces,  
lo he cogido en malos passos,  
mas no me espanto, que es mozo,  
y lo hacen los pocos años,

El quantas vè, tantas quiere;  
pero de ellas no hace caso,  
que en dando à una Dama un perro,  
la embia à espulgar un galgo.

Mas vaya se donde quiera,  
que despues tarde, ò temprano,  
se viene à casa à pagar  
la pensión de los casados,

Y vamos à lo que importa,

Amar sin saber à quien.

aunque no parece malo  
el andarse por las ramas,  
quien va manzanas buscando.

Las tres que ves, esta tarde  
el irnos al rio trazamos,  
que estar se siempre en el Cielo,  
esso es bueno para un Santo.

Para merendar Mercurio,  
unos pasteles de à quarto  
de la Puerta del Sol truxo,  
que se hacen alli estremados.

Mercurio, el Dios muy amigo  
de llevar siempre recados,  
que es principal por su sangre,  
y alcabuate por su amo.

En pareciendonos hora,  
solas las tres con los mantos,  
y sin coche, porque tengo  
dos pabones enclavados.

Disfrazaditas, y haciendo  
el ojuelo Castellano,  
al Manzanares del Cielo,  
con lindo calor llegamos.

Quando esta rubia manzana,

quan-

quando este lucido Astro,  
bella exalacion dorada,  
llegò à mis faldas rodando.  
Que le dè à la mas hermosa,  
en unas letras de cambio  
escrito venia, letras  
que todas las acetamos.  
Como ha de ser la mas linda  
dueño del pomo gallardo,  
el ponerle buena cara,  
fue hacer el pleyto mas largo,  
Por la manzana muy mal  
de palabra nos tratamos,  
y yà en las manos las vñas,  
tuvimos para el rebato.  
Era el pleyto por manzana,  
y assi no te cause espanto,  
que siendo Diosas las tres,  
qual fruter as nos tratamos.  
Pero sabiendo que tu  
eres fiel del peso sacro  
de Astrea, y eres Gentil,  
que no es todo fiel Christiano.  
A que lo juzgues venimos,

nuef-

Amar sin saber à Quien.  
 nuestro Alcalde te nombramos,  
 pues el tener buen juycio,  
 y à se te ha puesto en los cascós.  
 Reyna soy de las riquezas,  
 y yà en mi favor aguardo,  
 que te me vuelvas ligero,  
 con el metal mas pesado.  
 Palas te dar à sus ciencias,  
 mas si en mi poder fiado,  
 te doblas à mis promessas,  
 yo harè que sepas doblado.  
 El caudal es el dinero,  
 y assi en el mundo reparo,  
 que al que no tiene caudal,  
 le tienen por mentecato.  
 Siempre sabe mas el rico,  
 y esto es facil de probarlo,  
 porque el pobre como ayuna,  
 nunca puede saber harto.  
 Yo conozco muchos hombres,  
 discretos y celebrados,  
 que viven en vn rincon,  
 porque no tienen vn quarto.  
 Venus, madre del amor,

divino Rey venerado,  
de quien es cetro una flecha,  
de quien es corona un arco.

Beldad te darà gallarda,  
cuyos ojos, cuyos rayos,  
incendios seràn activos  
del noble pueblo Troyano.

Mas si de juzgar te precias,  
no estimes el agassajo,  
que perderàs tu juicio  
en estando enamorado.

Di, pues, qual es mas hermosa,  
tu conciencia descargando,  
y declara en mi favor,  
pues buen parecer te he dado.

Callò Juno, y el mozuelo,  
con ser un poco bellaco,  
en tartamudas palabras,  
assi les dixo turbado.

Hermosissimas Deydades,  
que os venis de vuestro grado,  
à que secretos divinos  
penetre discurso humano.

Ello es fuerza desnudarse,  
id poco à poco dexando

Amar sin saber à quien.

al un lado los vestidos,  
y el decoro al otro lado.

Pues son delgadas las ropas,  
no es mucho que en este caso  
os la quite la codicia,  
si sabe romper un saco.

De la bellez a el tesoro  
cabal he de registraros,  
sin que un quarto se me encubra,  
sin que me falte un ochavo.

Salgan en vistoso alarde  
à ser vuestros miembros blancos,  
del cristal luciente embidia,  
candido desprecio al marmol.

Corred la cortina, y vean  
mis ojos vuestros milagros,  
sin que ni el ultimo velo  
pueda servir de embarazo.

Con el debido respeto  
os condena el priimer fallo,  
à que os quedeis en pelota,  
por si faltas puedo hallaros.

Mas ya obedecéis, y yo  
de nuevos nortes guiado,  
en mares de blanca leche

entr ambas niñas embarco.

Mas Iuno: què pies son effos?  
sin duda alguna, que quando  
à, Y O, en baca bolvisteis,  
os quedasteis con los callos:

Larguillos son un poquillo,  
y de que encubran me espanto  
unos pies con tantas faltas,  
siendo justos los Zapatos.

Pues las piernas? quien tu viera  
para ser mas estimado,  
pensamientos tan sutiles,  
conceptos tan delicados.

Hacedles trampas à todos,  
porque al ver el desengañõ,  
serà el echaros calcillas  
modo de lisonjearos.

Poco hermoso, y mucho bello,  
està Pallas enseñando,  
tormenta corre lo lindo  
en cuerpo que no està raso.

Solo tu Venus divina,  
eres de belleza el pasino,  
y si con tus ojos flechas,  
arroje el amor sus dardos.

Si Palas te desafia,  
 no escuses salir al campo,  
 mejor vencer às armada,  
 pues yà desnuda has triunfado.

Toma la joya, que no  
 la vendas Venus te encargo,  
 aunque en una carcel veas  
 tal vez à Marte empeñado.

Quedòse Venus con él,  
 el cohecho concertando,  
 y la hermosura de Elena  
 en parte le diò de pago.

Diosela Venus, y todos  
 nos dicen que la robaron,  
 sin duda, que el recibir  
 un fuez, es como hurtarlo.

Ay pobre Paris, què has hecho,  
 mira, ò joven temerario,  
 que tu sentencia, con toda  
 Troya en la ceniza ha dado.

Uno, y Palas ofendidos,  
 à los Troyanos juraron,  
 que han de hacerlos peptoria;  
 no si no huevos assados.

No se puede encarecer con palabras, ni ponderar con todos, los encarecimientos, los aplausos, y alabanzas, que dieron los circunstantes al donayre, representacion, y compuesto desembarazo con que la señora Titulada refirió la Fabula que avia prometido, y quisieran que huviera durado todo el tiempo que faltaba de la noche, porque segun los tuvo entretenidos, ninguno otro saynete pudieran elegir de mejor gusto. Agradeció con cortesías cariñosas la Noble señora los aplausos, y citó con gran gala, y despejo à Don Antonio, pidiendole cantasse vn tono, que en otras ocasiones le avia

oído, de los zelos de Anarda, contra Nise, à quien parece miraba con agrado Belardo su galán. Don Antonio, obedeciendo el mandado de la noble señora, tomó el harpa, y dixo: No puedo hacer mayor lisonja à los circunstantes, que prevenirlos tan buen postre, como es: pero tendrán en oír cantar à la señora Madrina, que si en la representacion es vnica, en el cantar es Fenix, que nadie ay que à los quiebro de su voz no quede encantado, y tocando el harpa, refirió Don Antonio los versos que le avia pedido, que son los siguientes.

*Llegò à los ojos de Anarda  
Belardo con buena fee,  
y caricuerda la hallò,  
zelos debe de tener.*

*Della se quexa el Zagal,  
y just a la quexa es,  
que sospechas sin razon,  
son desayres del querer.*

*Sin culpa le hace desvios,  
como no se ha de ofender,  
que ella los dà tan de valde,*

costandole tanto à èl.

Porque han dicho, que agradable

à Nise mirò tal vez,

que aunque ay querer con agrados,

ay agrados sin querer.

Quisiera Anarda en Belardo

un despegado desden

con Nise, y acreditarle,

aunque incurra en descortès.

No es la misma permission

en el hombre, y la muger,

que en ellos es groseria,

lo que en ellas es desden.

No ay quien se ponga en razones

con los zelos, y par diez,

gente que razon no escucha,

muy necia debe de ser.

Vedarle que à Nise vea,

si es cordura, no lo sè,

que una hermosura vedada,

dicen que apetito es.

Sujeciones ay civiles,

basta Belardo à mi ver,

que estè tan sujeto à Anarda,

para que la guarde fee:

*Esto es amor, en quien quiere  
con lisura, y sin doblez,  
y assi obediente à tus ojos,  
otros jamàs ha de ver.*

*Esta palabra me ha dado,  
para que yo te la de;  
afianzandote su amor  
lo que ha jurado la fee.*

En acabando Don Antonio de cantar las referidas coplas, aviendoselas aplaudido primero el buen gusto de la señora Madrina, traian consigo calificadas las alabanzas de los circunstantes, que en repetidas exageraciones, dieron agradecimientos, assi al buen gusto de la señora Madrina, como à Don Antonio, por el buen rato con que les avia entretenido: Mas el, valiendose de lo primero que avia propuesto, puso el harpa en

las manos de la señora Madrina Titulada, executandola, para que cantasse vn Romance, que en otras ocasiones le avia oido, en el qual daba vn Galán cuenta a su Dama de la enfermedad que padecia; que añadiendo à lo sazonado de las coplas el donayroso saynete de cantarlas su Señoría, seria para todos la diversion de mejor gusto. Y despues de aver afinado el harpa, la señora Condesa, cantò assi.

*De no ver los esplendores,  
Leonor, de tu lucimiento,  
estoy con vn sentimiento,  
y muchissimos dolores.  
Y si la fama inconstante,  
(aunque es parlera la fama)*

*calla que estoy en la cama,  
digatelo el consonante.*

*Dicenne, que quien porfia  
en atormentarme, es,  
Leonor mia, un mal Frances,  
venido de Picardia.*

*Paciencia tendrè, y constancia,  
en sufrir este castigo  
con valor; aunque yo digo,  
que effos son pueblos en Francia.*

*Porque aunque la pena dura  
me aflige con tal rigor,  
no tengo, Leonor, dolor,  
que no venga à coyuntura.*

*No sè si crea al Doctor,  
mas si aquesta pena fiero  
la causò la Primavera,  
vino con muy mala flor.*

*Aunque de otras ocasiones  
recelan mis escarmientos,  
viendole hacer Sacramentos,  
que ha de darme las unciones.*

*Advertido determina,  
porque mi flaqueza apoden,  
que à la zarza me acomoden.*

*como estoy hecho una espina.*

*Del mas triste Labrador*

*seguirè el afan severo,*

*pues desde oy sino me muero,*

*vivirè de mi sudor.*

*To, aunque puedan castigarme,*

*ser quisiera en este afan,*

*Portuguès, ò Catalàn,*

*para saber levantar me.*

*Mas pues me tienen à raya,*

*perdona, Leonor, y advierte,*

*que pues que no voy à verte,*

*importa que no me vaya.*

En acabando de cantar la Condesa, todos los circunstantes quisieran (à valerles) escusarse de sacar en publico sus gracias, porque en todo genero las sujetaron, y rindieron à las de la señora Condesa; mas ella con vna modestia cortesana, les dixo: No será razon, que festin tan autorizado tenga tan desabrido dexo: así por esto, como por ser las noches tan largas, será razon, que no levante mos de obra, y puesto que el señor Don Antonio, por hacerme lisonja, sin merecerlo mis gracias, me ha puesto

dos veces en ocasion de quedar desayrada, le cito para que nos cante las coplas que hizo al retrato de su Dama, que aunque esté presente, ninguna de nosotras desprecia las alabanzas que aplauden sus perfecciones. Mucho sintió Don Antonio le obligasse el precepto de la señora Condesa, à que repitiesse en publico vnos versos que avia hecho al recato de su Dama, que aun no avia tenido animo para ponerlos en la mano, y que eu ellos reconociesse sus rendimientos; mas

Hh

por

por no faltar à lo pactado en el primer concierto del farao, y por obedecer cortès el man-

dato de la señora Condesa, tomò el harpa, y cantò assi,

*El retrato del dueño,  
que el alma quiere,  
oye, Leonor, y mira,  
que te parece.*

*Todo el Sol ajustado  
viene à su pelo,  
aunque digan le traygo  
por los cabellos.*

*Son en ella sus luces:  
rubias, y negras,  
novedad que ha salido  
de su cabeza.*

*Si la nieve me falta  
para el retrato,  
en la frente me aguarda  
con lindo espacio.*

*Al mirarla presumo  
que està suspensa,  
porque siempre arqueadas  
tiene las cejas.*

*Como matan mirando  
sus ojos lindos,*

*me*

me parecen milagros,  
y basiliscos.

Sus mexillas hermosas  
de coloradas,  
que las corren parece,  
mas no se alcanzan.

Su nariz peregrina,  
como no peca  
en pequeña, ni grande,  
es muy perfecta.

Es un punto de nacar  
su boca bella,  
y le vienen los dientes  
como de perlas.

En su aliento oloroso  
por breve herida,  
nunca el ambar se muere  
por mas que espira.

Compitiendo en su cuello  
el cristal blanco,  
con la nieve vinieron  
luego à las manos.

Sies jazmin la blancura  
del pie pequeño,

Hh

no

Amar sin saber à quien,

no lo juzga la vista,  
que es chico pleyto.

Lo que oculta el recato  
no ha de pintarse,  
que no quiero que en esso  
se meta nadie.

Tà mi amor, Leonor bella,  
como es tan ciego,  
por embiarte un retrato,  
embia un espejo.

A las primeras coplas que cantò Don Antonio, muchos de los circunstantes oyeron las campanas de la Corte, que tocaban à Maytines, à que no se dieron por entendidos, por gozar mas espaciosamente el entretenimiento de su gustosa diversion, y dandole ( en acabando de cantar ) las gracias al noble Cavallero, correspondiò con corteses agradecimientos, estimando las lisonjas que hacian à sus prendas, las quales reconocia por menos capaces de los aplausos que les daba. Y dandose por entendido à las señas de las campanas, dixo: Grande ofensa hicieramos à los señores desposados, si por gozar de en-

tretenimiento tan gustoso, les privaramos de mas parte de la noche, que la que se ha gastado en el entretenimiento de nuestro festin. Es cierto no lo llevaràn bien, aunque su cortesania lo disimula, y assi, aviendo de quedar por alguno, quiero hacerles esta lisonja, como tan fervidor fuyo, y no el menos interessado, suplicando à todos se ponga fin à nuestra fiesta, dexandola como comenzada para el dia de la tornaboda, como lo hizo un Poeta, que aviendo dado principio à la Fabula de Jupiter, y Danae, viendo que iba muy à la larga la historia, se contentò con escribir la mitad en un Romance, pro-

me

metiendo acabarla en otro, ta, dexandome citado à mi  
 quando se ofreciese nueva mismo para el dia de la tor-  
 ocasion, esse cantarè a vs. naboda. Este es el Roman:  
 mds. para dâr fin à nuestra fies ce.

**E**Rase en tiempo que avia  
 Reyes de medio mogate,  
 y que en las barbas se daban  
 todos, con todas deydades.  
 Acrisio, vn Rey de assí, assí,  
 sino vn Rey de medio talle,  
 Magestad hoja de cinta,  
 de algun imperio de naypes.  
 Este, pues, Rey de apalera,  
 y perdonenme lo cabe,  
 ò à la verguenza en la argolla  
 pueden ponerme lenguaje.  
 Vna hija tuvo, y luego  
 que la tuvo toma, y que hace,  
 va, y viene, y en una torre  
 me la pone de pañales.  
 Que no de patas, que entonces  
 no avia vulgaridades,  
 por no aver salido aun la  
 Fabula de Apolo, y Daphne.  
 Corrió al punto tempestad

de

Amar sin saber à quien.

de amas, que la criassen,  
y aunque tempestad corriò,  
en leche estaban sus mares.

De la Academia de Tetis

Medico era el vexamen,  
reprobando obras, que aunque  
no entendidas, muy bien saben.

En fin un ama, à quien cupo  
la suerte del encerrarse,  
se entrò à servir de alimento  
en la tal torre de Danae.

Guardas las pusieron, y  
las pusieron guardianes,  
para que jurassen de argos  
con las dos, ò renegassen,

Acrisio supo, y el como  
no me toca averiguarle,  
que un nieto suyo le avia  
de pegar con la del Martes.

Y asistiendo el buen Rey,  
de su hija este desastre,  
la metiò Monja en agraz,  
debaxo de siete llaves.

En este emparedamiento

lle-

llegò à quinze Navidades,  
y como llegò à sus quinze  
con mis once de pintarles,

Era su pelo un mar rubio,  
cuyas de oro olas brillantes,  
tal vez, surcaba de box  
un peyne aguisa de nave.

Su frente era perezosa,  
con tan bello, y gentil arte,  
que en ella la sterna pudo  
ser hermosa, y no culpable.

Sus ojos eran tan negros,  
que pudieran ser bozales,  
à no assistirles dos niñas,  
ladinissimos diamantes.

Con cuya ceja la Francia,  
muy poco poblada yace.  
y en ella era pedir pueblos,  
el pedir que no matasse.

Su nariz, el propio Apolo  
con bien de la tal me saque,  
era, ni grande, ni chica,  
era, ni chica, ni grande.

Su garganta, por lo blanca,

era

era de Borbon, y mas que  
 por prenderla una balona,  
 es su Sidonia, y su carcel.

Lo demàs que desde aqui  
 resulta hasta dár con el talle,  
 era de buen talle cierto,  
 era cierto de buen ayre.

Lo que negaba à la vista,  
 el adorno era admirable,  
 y sacolo de que no  
 lo dexaba ver à nadie.

Las que comunmente llaman  
 piernas todos los vulgares,  
 eran bien hechas, y hechas  
 sin mas obra que su carne.

El pie se estaba en sus cinco  
 puntos, justos, y cabales.  
 que estar se en sus trece, fuera  
 muy desaforado estar se.

La mano se me ha olvidado  
 de pintar, perdonar à me  
 la Ninfa, que aquesta vez  
 en blanco avrà de quedarse.

Pues su discurso no se

*dormia en los ignorantes,  
de las veras, era el Lope,  
de las burlas, era el Cancer.*

*X de aquesta copia,  
ningun Poeta se me ensanche,  
que alguno de los dos solo  
entrò por el assonante.*

*Letor mio, esta mi Musa,  
es mala fembra, es mudable,  
y por no entender con ninfas,  
no he de acabar el Romance.*

Acabò de cantar Don Antonio la media Fabula reperida, que celebraron con encarecimiento los circunstantes, y sintieran mas el acabar tan presto con su fiesta, à no quedar con las esperanzas de que avian de bolverse à juntar el dia de las velaciones. Y aunque antes del festejo referido les avian servido vna sumptuosa colacion, dixo Don Antonio con su acostumbrada bizarría: No será razon que salga ninguno de lo abrigado de salas tan apacibles, sin q̄ primero tome defensas para el sereno, que las noches desta Pasqua han sido rigurosas, y así suplico à vuestras merce-

des me den permiso para que se les sirva con chocolate. Aplaudieron todos su buen gusto, renovando en la opinion de todos lo merecedor que era del renombre de Cortesano, con que el Politico Cavallero hizo señas à sus criados, los quales entraron à breve espacio con fuentes de preciosos dulces de Portugal, compuestos de diferentes mufarñas, y jugetes de alcorza, que se llevaban los ojos. Fue tan esplendida la colacion, que las fuentes de dulces secos ocuparon todos los pañuelos de las Damas, y Galanes, que se hallaron presentes, y de las sobras, quedaron satisfe-

li

chos

chos los criados, los quales entraron à vn mismo tiempo cõ tantas bandejas de gicaras de chocolate , que sin ser necesario andar en cortesias , ni cumplimientos , à vn mismo tiempo hubo para que todos le tomassen. No ay palabras con que encarecer los aplausos, y agradecimientos, que todos dieron à su bizatria , y liberalidad. A que èl respondió con sumisiones corteses, no le afrentasen, notandole de corto, que bien conocia lo avia andado como Vizcayno, à quien no se le avia pegado nada de la Corte, sino los gastos que traen consigo las pretensiones, y la asistencia en ella por tantos dias, donde se gasta las mas veces la vida, la salud, los dineros, y aun los vestidos, que èl ( para darles buenas nuevas ) les hacia sabidores de como bolveria à su patria con vn remiendo, de que avian salido sus informaciones, aprobadas del Consejo; porque vn paje del Secretario le acababa de dàr las nuevas, que le permitiefen, pues eran todos tan suyos,

se atreviesse su alegria en hacellos à todos participantes de las albricias. Dieronle la norabuena con grandes demostraciones de gusto los circunstantes, y entrarõ de nuevo los criados con fuentes, en que venian ricos pares de medias de seda, con ligas, y guantes de ambar bordados, mucha copia de bolsos de diferetes labores, asì de ambar bordados, como de abuja, y de red, muchas carteras, y vigoteras de la misma materia; de suerte que alcanzò para todos el liberal agassajo: y despues de aver repetido nuevos desampenos sus agradecimientos, dandose vnos à otros gustosos abrazos de amistad, se despidieron las señoras madrinas Tituladas, tomáro sus coches; los de dentro de casa se recogieron à sus quartos, dexando sus esperanzas prevenidas, para el dia de sus Velaciones, en que se prometian nuevos festejos, y tan plausibles, que espero en Dios, nos han de dàr motivo para hacer la segunda parte de este te libro.

*Fin de las Novelas de Doña Mariana Caravajal.*

LI

# LISARDA, Y RICARDO. NOVELA NONA.



**E**N Ciudad Real (fundacion que fue del Rey D. Alonso el Octavo, por los años de mil y docientos y sesenta y dos, junto à las ruinas de Alarcos, en la raya de Andalucia, cercada de fertiles, y apacibles campos, porque tiene por vecino al Rio Guadiana, tan burlador de los ojos que le miran, que se desaparece por siete leguas) nació de padres tan ilustres, como poderosos, Lisarda, vnico hechizo de toda aquella tierra. Sus años eran diez y seis, y su dote, otros tantos mil ducados: y como no ay moneda, ni riqueza feas, siendo Lisarda rica, moza, y hermosa, de justicia pedia llevarse los ojos de quantos la mirassen. Tenia esta señora, despues de vna belleza natural, vn claro, y agu-

do entendimiento; que no todas las hermosas han de ser necias, ni todas las feas entendidas: y yà por la noticia q̄ la avian dado los libros, ò por lo q̄ avia oido en las conversaciones de sus amigas, vivia temerosa de casarse, no porque no lo deseaba como todas, sino porque la avia puesto miedo la condicion de los hombres; y mas en vn casamiento, donde se aventura el gasto, ò el martirio de toda vna vida. Quien podrá penetrar (decia la discreta doncella) el corazon y los pensamientos de vn hõbre, siendo tan varios, q̄ à vezes el mismo que los maneja, los ignora? Dos cosas ay en mi, que pueden mover la voluntad de quien me pretende: ò mi persona ò mi hacienda. Mi persona, no; por que yo conozco muchas en la Ciudad, sino de mas nobleza, de mas hermosu

ya, y por ser pobres, no solo no ay quien se case con ellas; pero aun falta quien se lo diga de burlas. Pues si es mi dofe el que hace estos milagros, fuerte cosa es entregarme à vn hombre que no se casa con migo sino con mi hacienda. Y quando ya passemos con esto, porque la ambicion està tan metida en el mûdo, que fuera hacer de nuevo los hombres, querer buscarlos desinteresados; pregunto: Quien podrá asegurarse de sus costumbres, don de ay tantos engaños, como mudanzas? Quando se casa, ningun hõbre ay malo, el tercero le abona, el deudo le acredita, el interessado le alaba, y el casamentero le asegura: y es lo bueno, q̄ al cabo del año, los vnos, y los otros salen mentirosos, á costa de la pobre q̄ dà la mano, y el alma á vn enemigo, que, ò le juega la hacienda, ò se precia de mal acondicionado: y lo q̄ peor es de casa de quien le adora: q̄ es la voluntad de algunos hombres tan opuesta à los terminos de la buena razon, que nunca dà menos fruto q̄ quando se sientre con mas obligaciones. Pues como (reperia muchas veces con lagrimas) esto es querer? Esto es casarse? Y esto es rendir la voluntad á vn cau-

tiverio eterno? No lo permite el Cielo, ni lo quieran mis padres: porque primero darè la vida à vn puñal, ò à vn vaso de veneno, que casarme sin hacer, no solo por meses, sino por años, muy bastante informacion de la voluntad, del trato, del entendimiento, y de las costumbres del que huviere de ser mi dueño.

Assi discurria la hermosa Dama, resuelta en no casarse por entonces, tanto por el temor que tenia al errar en la eleccion, quanto por ver que podia emplearse en en tan diferentes sugetos como la pretendian; si bien, como acontece à los que ven jugar, que se inclinan naturalmente mas à vno que à otro, y sin tener voluntad à ninguno. Lisarda avia mirado con algun genero de blandura à Ricardo, vn Cavallero de tantas partes, que ya el vulgo los tenia casados; porque decia que ninguno era digno de Lisarda; sino Ricardo, ni ninguna dama le merecia como ella. Hállõse la Ciudad en este tiempo obligada à vnas forzosas fiestas en muestra del regocijo que tenia de que Francia se juntasse con España trocando las dos hermosas Estrellas de

Isabel, y Juana, para que con el lazo del parentesco fuesen eternas las amistades de estos dos poderosos Reynos: y así por muchos días hubo luminarias, fuegos, y mascaradas, dando fin à esta solemnidad con doce valientes toros, fiesta mas aplaudida que las demás, ò porque hace mas ruido, ò porque el brío Español tiene mas ocasion en ella. Los galanes de Lisarda hicieron las fiestas buenas, porque la competencia, y el deseo de agradar, se juntaron, y sin reparar en gastos ni comodidades, cada vno procurò, no solo igualar, sino exceder al mas poderoso; si bien el q̄ en todo anduvo mas lucido, fue Ricardo, porque de suyo lo era, y porq̄ estaba mas favorecido; q̄ esto de pleytear cõ buena fortuna suele ser causa de acertar en todo. Triste de aquel q̄ sin galardón ni esperanza, se empeña en algũ intento, donde todo lo q̄ hace su malograr; ò porq̄ no se vè, ò porq̄ no se admite. Llegò el vltimo dia de las fiestas, que era de los hermosos Dama, aunque hasta entonces no avia querido ni tabia querer; queria bien à Ricardo, q̄ es la ciencia de la

voluntad, por nuèstra desdicha; tã facil, q̄ de la noche à la mañana se aprende. No quiso Ricardo perder ocasiõ ninguna de agradar sus ojos; y así entrò por la mañana con vara larga aplaudido de todos; menos de Lisarda, q̄ la pesò no de verle, q̄ esto era imposible, sino de verle tã à lo lexos del peligro. Saliò vn toro, despues de aver encerrado los demás, tan espantoso en la color, y en la ferocidad, q̄ puso miedo, no solo à los q̄ tenian delante, sino à los q̄ le miraban de mas lexos. Solo Ricardo entraba, y salia cõ tã buena suerte, que parece q̄ estaba cohecha de el bruto, segun daba lugar à que luciese su valentia. Sucedió, pues, que el fiero animal, ofendido quizá de los golpes de Ricardo, quiso vengarse en vn hombre de à pié, à quien alcanzò, y dándole muchas bueltas con obstinada porfia, parece que se le queria comer à bocados. Lastimò à todos esta tragedia; y mas à Ricardo, que enfadado de que los de à cavallo, que se hallaban mas cerca, no le socorriesen arrojando la vara, y metiendo mano à vna valiente espada, partió para el toro, q̄ apenas le viò venit, quando dexando

la presa, se encarò contra el, como molino de sus arevimientos, y baxando las agudas puntas de la frente, arremetió al cavallo con animo, al parecer, de despicar en el su rabiosa colera: aunque no le sucedió como lo imaginó, porq̃ al baxar la testa para hacer el golpe, le alcanzò Ricardo tan fuerte cuchillada que le cortò, sino toda la cerviz, la mayor parte della, con que quedò el sangriento bruto confessando à sus pies, que no ay ferocidad que no se rinda à la fuerza, ò à la industria del hombre. Aficionò de suerte esta accion à quantos se hallaron presentes, que como si à todos les huviesse dado la vida, le daban con publicas voces, los parabienes, los aplausos, y las alabanzas; solamente Lisarda la llorò de parte de adentro: porque el dolor de ver tan à riesgo su persona, la privò en vn punto de sentido, y sin darla lugar à que pudiera enterarse del buen suceso, cayò como difunta sobre las faldas de su madre. Aqui fue, donde se declaró la enigma de su llamada voluntad, aqui fue, donde salió en publico el secreto amor que avia regateado su recato: y aqui donde la pas-

sion oculta diò voces; porque vn desmayo suele decir sin lengua en vn instante, quanto la verguenza, el miedo, y el peligro han callado por muchos años. Bolvió en si la desmayada doncella, mas con las buenas nuevas que la dieron, que con el agua que despues la echaron; y como oyese que Ricardo, agradecido à la buena suerte de la mañana, estaba determinado à salir à la tarde; ella por no acabar de decir con mas demostraciones lo que le queria (que aunque todas quieren tener amor, ninguna quiere confessar que le tiene) quiso mas declararse con vno, que no dár que decir à tantos: y al fi resuelta, y enamorada, tomando pluma, y papel, por señas de que antes de escrito; junto à sus manos, no lo parecía; escribió à Ricardo lo siguiente.

**C**iert a amiga mia, que tiene creído, que hados años que la quereis, estima vuestra vida, mas que vos mismo, pues vos la aventurais sin piedad, y ella lá llora con mucho sentimiento: ha me rogado, os supliquo, la hagais gusto de ver esta tarde las fiestas sin salir à ellas; porque se la gallardía se endereza à ella.

morarla, y à lo està: y si es con fin de agradar otra dama, conserà, que la aveis menido, y servirà vuestra desobediencia de su desengaño. Esto os ruega mi voluntad, en nombre de su amor, que no es poco, pues compra à costa de muchos colores, la seguridad de vuestra vida. Siendo muger claro està que ha de entrar pidiendo; pero como es muger que os ama, solo pide lo que os importa con advertencia, de que sino lo haceis, se despidirà de pedir os otra cosa en toda su vida.

Con vn diamante, y algunos escudos, pagò Ricardo el porte del papel à la mensajera, cuyo dueño conociò por ella, y rogandola esperasse la respuesta, se puso à escribir; si bien la turbacion, y el gusto le tenian tan loco, que no le dieron lugar à que escribiesse lo que fabia, ni lo que queria, que los amantes nunca son mastorpes, que quando les viene alguna dicha sin esperarla. El en suma respondió en pocas razones desta suerte.

Si el riesgo de mi persona os ha de poner en cuydado, por deberos esse favor, pudiera aventurar se muchas veces: mas por no enojaros (quiere decir por no enojar à vuestra amiga) digo, que desde lue-

go desisto de mi proposito, y agradezco à vuestra amorosa piedad esta lisenja, aunque no se si acierto en llamarla piedad; porque escuáime el salir à la plaza, para que despues me miren vuestros ojos; mas parece querer alcanzaros con mi muerte, que deseo de guardarme la vida. No me acordaba que la criada està esperando, y aun yo tambien, ella que la despache, y yo que llegue este à vuestras manos, para que no os despidaís de pedirme, sino que empecéis à mandarme como à vuestro; espeso iba à decir, mas tenedlo por dicho: y à Dios que os guarde, y haga venturosa, aunque no teneis cara para ello. *Vuestro Esclavo.*

El efecto que hizo en Ricardo el papel de Lisarda, hizo en ella el de Ricardo; por que desta suerte la fiesta lo fue para ella, viendola sin miedo ninguno, por tener bien cerca de su ventana à Ricardo, aunque con pension de algunos curiosos, que descuydados de las fuyas, solo atienden à las acciones ajenas. Acabaronse las fiestas sin desgracia ninguna, y empezó la voluntad de los dos amantes à correr viento en popa en su correspondencia; y como

el amor es tan riguroso, que en mi opinion mas Poetas ha hecho el solo que la misma naturaleza; Ricardo lo empezó à fer en esta ocasion con tanta felicidad, que podemos dezir, que empezó por donde otros acaban: y como se moviese entre los entendidos vna disputa acerca de saber quien padece mas en materia de amor, vn olvidado,

ò vn aborrecido; entendiendo por el olvidado vn hombre de quien la dama vive tan agena, que no sabe si ha nacido en el mundo: Ricardo à petición de Lisarda, escribió estas quatro decimas, procurando, que de los dos males el menor es ser aborrecido; si lo prueban ellas lo diran, que son como se sigue.

**S***I puede Lisi, vn perdido  
En su desdicha escoger,  
Supuesto que aya de ser,  
Que me aborrezcas te pido:  
No me olvides, que el olvido  
No tiene ser, y el amor  
Pide ser para el favor;  
Y sinada vengo à ser,  
No me has de poder querer,  
Que es la desdicha mayor.*

*Supone el aborrecido,  
Que algun tiempo ha sido amado,  
Y es dicha ser desdichado,*

*Siquiera por aver sido,  
 Mas el que llora un olvido,  
 Alivia ninguno siente,  
 Que sus pesares aliente,  
 Pues en su fortuna ayrada  
 Ni festeja la passada,  
 Ni saluda la presente.*

*La muger mas desdenosa  
 Puede mudar parecer,  
 Que mudarse, y ser muger,  
 Parece una misma cosa:  
 Pero la que rigurosa,  
 De un hombre tan olvidada  
 Vive, que aun del no se enfada,  
 Mas que piadosa, es severa;  
 Porque no puede, aunque quiera,  
 Mostrar que es muger, en nada.*

*Lisi, yo quiero desdenes,  
 Sabrè al fin de tu crueldad,  
 Que sino en la voluntad,  
 En la memoria me tienes;*

*Y aunque mi mal previenes,  
 Puedes dolerte de mi,  
 Pues para ser lo que fui,  
 Viendo tus ojos serenos,  
 Tengo andado por lo menos,  
 Estar mas cerca de ti.*

Como ya Lisarda estaba enamorada, todo quanto hacia, y decia Ricardo, le parecia tambien, que no podia persuadirse à que huviesse en el mundo quien le igualasse, y no se engañaba, porque parece que la naturaleza le avia hecho, no con la prisa que suele, sino con tanto espacio, y perfeccion, que como quando vn Pintor acaba con felicidad vn lienzo, suele poner à vn lado su nombre, assi pudo la naturaleza escribir el suyo, como por termino de su ciencia. En esta altura de buena suerte estaba el amor de los dos venturosos amantes, èl passeando la calle de dia, y de noche; y ella hurtando al sueño algunos ratos, con la memoria de su dueño, ò por vivir mas, ò por lograr las breves horas de la vida, de manera que lo parezca: que

en opinion de Seneca no es tiempo todo lo que se vive, sino aquel que con gusto, ò con aprovechamiento se vive.

Quien creyera, que en medio de tanta felicidad se atravesara vn azar tan fuerte, que no solo eclipsasse por vn rato la llama amorosa de la voluntad de entrambos, sino que los pusiesse en estado, que dentro de quinze dias Lisarda estaba desposada con otro, y Ricardo en la Ciudad de Barcelona con animo de embarcarse para Napoles? Pero qualquiera lo creerà, atendiendo, y considerando à buena luz la inconstante rueda de la fortuna, y la comun mudanza de los tiempos. Bien experimentò Ricardo estos efectos, pues en vn punto se viò en la cumbre de la dicha, en la mayor esfera de su esperanza, y para de-  
 cir:

cirlo todo ; casi en los brazos de Lisarda ; y en esse mismo punto se halla sin patria, sin deudos , sin amigos, y sin ella : que para quien la amaba tanto , fue el mayor tiro que le pudo hacer su contraria fuerte. Es pues el caso, que Ricardo, antes que Lisarda le amasse con el estremo que hemos visto, como mozo galan , y divertido , avia tenido amistad con vna dama Sevillana que passando à la Corte, sin mas pretension que la de ver , y ser vista , y sin mas hacienda que su mocedad, que era mucha , y su cara, que era buena ; como Ricardo la viesse en vna posada , y por forastera , y dama , la regalasse en cortesia , con lo que pudo prevenir la brevedad de vn hora , ella se aficionò de su persona con tanto estremo, que despidiendo vna litera en que venia , y pagandola de vacio , se quedó por huésped de Ricardo , con quien dentro de vn mes estaba tan hallada , como si le huviera tratado toda su vida : que el amor de las que viven de dár, y tomar voluntades , tienen los mismos plazos que el rayo, en cuya breve luz , parece casi vna misma cosa el caer, el alumbrar , y el consumir

todo lo que topa. Hallóse el noble Cavallero empeñado en la fineza de Doña Clara ( que este era su nombre ) si puede llamarse fineza hacer con él lo que quizi en su tierra avia hecho por officio con otros : y assi buscandola vna casa conforme à quien èl era , hizo que la aposentasen , y cuidasen de su regalo con mucha liberalidad , previniendola de que si queria conservarse en la Ciudad , avia de ser con determinacion de vivir con mucho recato : lo primero, para no dár nota à los que la mirassen , y lo segundo, para que sus padres no lo alcanzasen à saber ) que en vn lugar corto todo se sabe ) y por tenerle à èl quieto , la hiciesen à ella alguna molestia. En fin por entrambas razones estaba tan recogida Doña Clara, que no sabian esta secreta amistad sino el Cielo , Ricardo , y vn criado suyo casado , en cuya casa vivia con el recogimiento posible.

Bien echaba de ver Ricardo , que el tener esta correspondencia , mas nacida de su cortesia que de su voluntad , podia servirle de embarazo para con Lisarda , si à caso por su

desdicha al legasse à entender. Y así quando viò que su amor estaba tan adelante, que los deudos de vna, y otra parte trataban de que se efectuasse, se declaró con Doña Clara, y dandola parte de su casamiento, y juntamente docientos escudos para temprarle la pesadumbre, la rogò se fuesse à la Corte, don le acudiria à servirla en quanto huviesse menester cò su hacienda, y con su persona.

Quando vna muger llega à picarse, no ay razones, interesses, ni diligencias que basten à divertirla. Doña Clara, aunque muger comun, amaba à Ricardo, y quando no le amara, solo el verse dexar por otra, avia de ser causa de mayores incendios. Y así lo que le respondiò, despues de otras locuras, fue decir, que avia de verse con Lisarda, y descomponerle de manera en su amor, que no tuviesse efecto, aunque aventurasse en ello la vida, porque yà estaba resuelta à todo quanto pudiera venirle.

Confuso se hallò el affligido Cavallero con esta respuesta, sin saber que medio tomaria para apartarse de Doña Clara, cuyo amor

le estaba mal, despues de ser ofensa del Cielo por muchas causas. La primera, porque podia llegar à noticia de su esposa, que yà en profecia la llamaba con este nombre. La segunda, por su reputacion misma; pues aunque Doña Clara era hermosa, muchacha, y entendida, en su modo, en su trage, y en su desenfado, daba à entender la libertad con que avia vivido. Y la vltima, porque no era de su gusto, que no ay en el múdo martirio que se iguale al aver de agasajar por fuerza à vna persona que se aborrece; porque es sacar de su cètro el corazon, y tener el alma como atada con vna cadena. Ricardo, pues, huuyendo de mayores daños, se determinò à salir desta obligacion, aunque no fuesen muy cortesanos los medios; porque dando parte deste suceso al Corregidor, que era deudo suyo, le dixo que fuesse à la noche en casa de Doña Clara, con quien èl estaria como galan; para que à titulo de Ministro grave, recto, y desinteresado, la pusiesse en vn coche con dos guardas, à cuyo cuidado encomendasse la execucion de no dexarla

has.

hasta ponerla en Madrid, ó a donde ella quisiese. Parecióle al Corregidor muy bien la traza, tãto por hacer su officio, quanto por desear con extremo la quietud de Ricardo, previniendo para las once de la noche vn coche, dos guardas, y vna informacion fingida contra los dos amantes, y el criado q̄ los encubria. Bien pensò Ricardo librarse por este camino de Doña Clara, sin que pudiesse tener queixa de su trato, y juntamente asegurarse de que Lisarda lo entendiesse; porque entenderlo, y perderla, le parecia que era lo mismo. Pero quien es desgraciado, nunca yerra mas que quando lo procura menos; porque esta misma noche que Ricardo tenia prevenido todo lo necessario para que Doña Clara saliesse sin escandalo de la Ciudad, como el padre de Lisarda estuviesse ausente, y à su madre la llamassen para asistir à la enfermedad de vna deuda suya, que estaba casi en los vltimos passos de la vida: viendose la discreta Dama sola, y triste, y por no aver visto en todo el dia à Ricardo, se determinò à hacer por èl vna fineza, que su rescato llamó *travessura*; porque con vn ca-

setan en la cabeza, las bañiquiñas en las manos, y vna criada que la acompañasse, salió de su casa con animo de verle, ó por lo menos llegar à su calle, que quien bien ama, con ver las paredes, y tentar las puertas, suele contentarse, quando no ay ocasion de mayor ventura. Llegò Lisarda à la calle, mirò la casa, acechò por el postigo, y viendo que estaba todo cerrado, aunque se holgara de hablar, y ver à Ricardo, para bolver siquiera mas bien acompañada, mirandolo con mas prudencia, se determinò à no llamar; no porque no lo deseaba, sino porque no lo atribuyesse à liviandad, que muchas veces regatea vna muger con el que ha de ser marido, lo que quizá hiciera con otro, que no la pretendiera con esse fin; porque ser liberal antes de casarse, no es sino ocasionar al marido para que despues de casado viva con escrupulo de su honra; y assi obligada de esta razon, se resolvió à bolverse, aunque à su pesar, sin hacer diligencia ninguna; y como passasse (porque era camino para su casa) por vn Convento de Religiosas Dominicãs, à la luz de vna lampara, que

estaba en la Porteria, viò vn hombre, cuyo talle la sobrefaltò, porque mirandoles con mas atencion, conociò que era Ricardo, à quien en la primera casa al ruido de vn silbo, que debia de ser la seña, baxaba à alumbrar, y abrir vna criada, la qual queriendo, despues de aver entrado, cerrar la puerta, èl no se lo consintió, diciendo que avia de bolver à salir muy presto; porque como esperaba que viniessse la justicia, y los hallasse juntos, para hacer mejor su hecho, y escusar el alboroto, quiso tener anticipada esta diligencia. No imaginò Lisarda, aunque viò todo esto, que podia ser cosa en ofensa suya, sino que aquella casa seria de algun amigo, donde los mozos debian juntarse à conversacion; vnos à jugar su hacienda; otros à gobernar el mundo; y otros à murmurar de quantos no se hallan presentes. Triste del que se vá primero, pues es fuerza que pafse por el mismo peligro. Pero aunque la segura Dama lo estaba del amor de Ricardo, con todo esto llevada mas de su curiosidad, que de su sospecha, llegó à la puerta, y como por la causa dicha la hallasse

abierta, entrò, y subió hasta el primer quarto, donde atrinmandose à vn postigo que tenia echada la llave, viò por el hueco de la cerradura à su descuidado amante, que sentado en las almoadas de vn estrado (tábe Dios con que poco gusto) estaba acariciando à vna muger, no solo hermosa, sino à su parecer hermosísima, que los zelos como miran con anteojos, hacen las cosas mayores de lo que son, y que para disculparse con ella, la decia.

Nunca pensè Doña Clara, que no echasses de ver, que el decirte que me casaba, iba solo enderezado à probar tu firmeza, y examinar los quilates de tu voluntad. Yote confieso, que fingia tambien las tibiezas, y sequedades, que tuviste disculpa para creerlas; pero no la tendrás para sustentar, que solo las mugeres sois en el mundo, quien sabe hacer con artificio vn engaño, pues à costa de tantos desvelos, lagrimas, y suspiros, has visto lo contrario. Verdad es, que mis deudos intentaron por sossegarme, el casamiento de Lisarda, que es la Dama que sin causa te tiene zelosa; pe-

ro yo lo he resistido tanto, que si puedo no tendrá efecto, porque aunque esta señora es noble, hermosa, y rica, hasta ahora no me ha hecho sangre en el alma, y debe de ser la razon, el estár hecho aver tu belleza, con quien no ay comparacion en el mundo. Y pues va todo de verdades, sabe que lo que ahora me obliga à quererte con mas fuerza, es, el ver que algunos de mis parientes, movidos à su parecer, de buen zelo, por aver entendido nuestra voluntad, dicen, que han de procurar estorvarla, como si para des que se quieren bien bastassen reos, amenazas, ni persuasiones.

Como loca escuchaba Lisarda estas cosas, sin determinarse à distinguir si era sueño, ò verdad, que las escuchaba. Mas viendo que los desenojos de Ricardo con su Dama llegaban à tomarle las manos, sin advertir, que peligrosaba su recato, que las mugeres, quando tienen prudencia, es solamente mientras no tienen zelos, y sin ver que se ponía à riesgo, de que Ricardo la despreciasse, por estár con quien adoraba, como él decia, diò tan grande

golpe en la puerta, q̄ sin duda pensò Ricardo, que se avia adelantado la diligencia de la justicia, y no se engañò, que tambien el amor con vara de zelos prende, y calliga à quien le agravia tan claramente. Alboròse fingidamente, diciendo à vna criada que abriessse, porque ya deseaba saber quien era el atrevido que osaba pisar aquellos umbrales, sabiendo que él era dueño de su dueño: sino es que sea (añadiò bolviendose à Doña Clara) algun secreto amante que os galantea, y aguarda quizá (como suele acontecer) à que yo me despidá para tener la futura sucesion en vuestros amores. Esto decia el cauteloso Cavallero, por deslumbrarla de imaginar que él podia ser autor de aquel engaño. En fin, mientras Ricardo se enojaba, y ella le satisfacía, Lisarda no cessaba de llamar, y Ricardo de mandar à vna criada que abriessse. Mas viendo que temerosa no se atrevia, colerico se levantò de donde estaba, y abrió la puerta bien ageno de la visita que le venia. Entrò Lisarda, elòte Ricardo, y D. Clara empezó à pedirle de veras los ze-

los, que poco ántes la pedia de burlas. Iba Ricardo, no á satisfacer á Doña Clara, sino á preguntar á su esposa la causa de venir de aquella manera. Mas ella sin querer oírle, ni mirarle con la mayor modestia que pudo, aunque la ocasion no lo merecia, dixo á Doña Clara de esta suerte.

No puedo negaros, hermosa Dama, el susto, el dolor, y el sentimiento con que vengo á vuestra presencia; porque quando yo quisiera encubrirlo, como suelen hacer las que desmienten por su decoro sus propios afectos, mi color, mi pena, mi congoxa, y mi turbacion lo dixeran á voces. Pero para que no os alborote mi venida, y á que yo no puedo dexar de estarlo, que no es bien que cueste vna ingratitud mas de vna vida, y que essa sea la de vn alma, que no la estima, porque no la vive, os advierto primeramente, que no vengo á quitaros el galán, que tan justamente os goza, y que vos debéis de querer por sus muchas partes, quanto al cuerpo digo, que en lo demás no hizo el Cielo Cavallero tan falso, tan mudable, ni tan engañoso; y porque me

disculpeis á mi, y no le creais á él escuchadme, sino lo tenéis á pesadumbre, y tomando vna silla, con mas suspiros, que razones, y con mas lagrimas, que palabras, la refirió las finezas, los ruegos, y los papeles de Ricardo. Después bolviendose á él, le dixo: Y no penseis ingrato Cavallero, que estas quejas nacen de mi voluntad, sino de mi honra, que como otras se avivan con los agravios, yo me desmayo con los zelos: y así de aqui adelante puede vuestro amor querer seguramente á esta señora, que su merced es tan linda, que para conmigo tenéis disculpa. Lo que yo siento, no es que me dexéis por ella, que como el amor suele proceder mas de la inclinacion de las estrellas, que de la perfeccion de los meritos, ni el buscar á su merced es abono suyo, ni el dexarme por ella puede ser descredito mio; antes bien suele andar, como es ciego, tan deslumbrada la voluntad, que quiere mas á quien lo merece menos, que lo que yo me queixo es, de que me ayais tratado con el termino q̄ á las mugeres comunes, engañandome (digo en las palabras) q̄ en lo demás, ni ves,

ni todo el mundo fuera bastante. Pero lo que me consuela tambien es, que de puro noble he creido vuestras mentiras; porque como los hombres de bien no pueden persuadirse à que aya quié haga infamias en el mundo, así las mugeres de mi calidad, como no sabemos destas ruindades, no creemos que aya quien las imagine, quanto mas quié las execute. Estareis vos à mi parecer muy yfano, con averos burlado de mis finezas, como sino fuera mayor ofensa para vos el tener mal trato, que para mi pensar, que como sois Cavallero en la sangre, lo erades tambien en las costumbres. Pero si en mi ha sido culpa daros credito, yo me enmendaré de aqui adelante, con no miraros en mi vida à la cara, de lo qual os doy palabra delante desta señora, à quien prometo embiar mañana todos los papeles que tengo vuestros, para que los junte con los sayos, porque como en el reyno de la voluntad no se consiente mas de vna corona, no pudiendo ser mia, se la daré de muy buena gana à su md. pues por dama, por linda, por vuestra merece muchas.

Decia esto Lisarda con tan vivos afectos, que por los ojos, como por vidrieras, se le divisaba el sentimiento del alma: y sin esperar respuesta, ni disculpa de Ricardo, que estaba pendiente de su boca, abrió la puerta, y como jugador quando ha perdido, que todo le embaraza, tropezando en sus mismas congoxas salió à la calle, sin querer escuchar à Ricardo, que à pesar de doña Clara, que le detenia, salió tras ella como loco: pero la obscuridad de la noche, y la prisa de Lisarda la desaparecieron tan presto, que no pudo encontrar con ella: si bien aunque la alcanzara, no sirviera sino de enojarla mas, que ay delitos cometidos tan claramente, que mas ofende à quien los ha visto, el satisfacerlos, que el confesarlos. En tanto que Ricardo estaba pensádo disculpas à escribir à Lisarda, y resuelto à confesarla toda la verdad del suceso, el principio del amor de Doña Clara, el deseo de apartarse de su compañía, y la traza de aquella noche, se hizo hora de que el Corregidor hiciesse lo que tenian concertado: y así por desahogarse de aquella carga, y por a-

participasse tambien Doña Clara de la pesadumbre que por su ocasion tenia, se bolvió con ella, dõde apenas entrò mal recibido, porque abrasada de zelos, conociò por los estremos que Ricardo avia hecho, que adoraba á Lisarda, quando llamó á la puerta la Justicia. Entrò el Corregidor visitando toda la casa, y hallando junto á Ricardo, y Doña Clara, á quié tomó su confesion aparte, la notificò que al momento saliesse de la Ciudad, porque para esto quedaba á la puerta vn coche de camino. Resistióse al principio la zelosa dama, mas viendo la resolucion del Juez, y que amenazaba con mas violento castigo, pidiendole dos horas de termino para recoger sus joyas, y vestidos, se despidió con los ojos solamente de Ricardo, á quien el Corregidor mandò llevar á su casa con dos guardas, y antes de las siete de la mañana, se hallò Doña Clara de estotra parte de Malagon, y llegando á Madrid dentro de cinco dias, en cuya Babilonia á la primera semana apenas se acordaba de Ricardo. No lo passaba assi Lisarda, porque desde aquella triste noche, me

lancolica, triste, y desesperada, no sabia que hacerse, ni que decirse en abono de su falso amante: que quien ama de veras, por hallar disculpa en lo que ama, suele andar buscando salida á los mismos agravios: aunque los suyos eran tales, que mas pedian venganza, que disculpa. Y como la cogió esta costosa experiencia de su desengaño, sobre los miedos que siempre avia tenido á la varia condicion de los hombres, se determinò á no querer bien á ninguno, y de camino á procurar aborrecerlos á todos. Y assi vnas veces se resolvía á entrar en la clausura de vn Convento, para acabar su vida, y vengarse por tan santo camino, de las trayciones de Ricardo, y otras mirandolo con menos paciencia bolvia sobre sí, y decia: Pues si Ricardo se queda en los brazos de su dama, contento, vfano, y aun desvanecido, què venganza viene á ser meterme entre dos paredes sin gusto, á tener vna perpetua muerte? Que no medra mejor quien toma estado, mas por tema, que por eleccion. La venganza fuera (á mi parecer) que como yo le vi con Doña Clara, él me

me viera con otro, que mereciera tanto como él: pues por mucho que olvide vn hombre, nunca se huelga de ver en otros brazos lo que quiso, ò lo que llegó à tener por suyo; y mas si el tenerlo fue con tal limitacion, que no pasó de los deseos. Si Ricardo me huviera gozado, no dudo que yá me aborreciera, que yá vna gozada hermosura trae la foga arrastrando para su desprecio. Pero estando tan à los principios, quien duda que le pesará de verme, y mas si le han quedado algunas cenizas de aquella Troya? No se passa dia, en que mi padre no me riña de la tibieza que tengo en tomar estado; pues que dudo en vengarme, y en aborrecerle, diciendo que daré la mano à vn Cavallero, à quien le veo inclinado? Cuyo nombre es Don Fulgencio grande amigo suyo, de gentil talle, de mucha hacienda, y por tener yá cūplidos treinta años, sosegado, y sin peligro de otros divertimientos: si bié es achaque tan ordinario en los hombres, no contentarse con lo que tienen en su casa, que ni bastan por freno las canas, los años, y lo que mas es, el peligro de que

las mugeres ofendidas de sus descuydos los imiten. Y quando Don Fulgencio haga lo que todos què me viene à importar à mi, si me caso, mas por razon de mi colera, que por inclinacion de mi voluntad? Antes bien desearé, que sea galán de las casas ajenas para que à mi me dexé, pues esse breve tiempo que me viere libre de sus halagos tendré de gusto, para poder llorar mi poca ventura, que podrá ser que no le sea, y que antes me salga bien la suerte, que el trato, la cama, y el matrimonio han hecho grandes milagros en el mundo. Pues què dudo? Què aguardo? Ni en què me detengo, que no me resuelva Ricardo me ha ofendido en el gusto, y en la correspondècia. Quien agravia, no espere mercedes, ni buenas obras, que estamos en tiempo, que aun los beneficios no se agradecen. Què pensò Ricardo; quando favotecido de mis ojos, y traídos à ellos, se iba à tender toda la noche en otros brazos? La suerte està echada en favor de Don Fulgencio, yo soy muger, y agraviada: y si vâ à decir verdad, no puede ser tanto el pesar que puede dar-

me vn marido à disgusto por muchos años, como será el placer que tendré de ver à Ricardo vn dia siquiera pesado de averme perdido.

Asi se quexaba Lisarda, resistiendo con valor algunas lagrimas, que porque no saliesen andaba repartiendolas por las entrañas. Ricardo en este tiempo escriuia papeles, solicitaba terceras, regalaba criadas, y à todós los de su casa, y de fuera della, daba satisfacion de la culpa, que al parecer avia tenido; pero como Lisarda estaba tan fuera de admitirlas, no escuchaba à nada, temerosa de la facil condicion de las mugeres, en llegando à oír lastimas, ò ruegos; porque como los oídos tienen las puertas de cera, y las palabras del amor de fuego, ò los derriten, ò los hablandan. Vino su padre de la Corte, donde avia estado algunos dias, y como la bolviesse à rogar le sacasse del cuidado con que venia à darla estado, pues avia tantos años que la solicitaba. Ella respondió que como fuesse con Don Fulgencio, desde luego podia disponer de su persona. Esso es lo que yo deseo, la respondió el viejo, dandole muchos

abrazos; y despidiendose de ella, lo fue à tratar con el descuydado novio, que como lo deseaba tanto, decir que si, concertarlo, hacer las escrituras, y sacar las amonestaciones, todo fue vno. Y asi estando Ricardo en la Iglesia Mayor vna mañana, oyó en mitad, de la Misa vna de las publicaciones, que à caso era la primera, en que decia: Que Don Fulgencio, y Lisarda, querian contraer matrimonio, y si avia quien supiesse algun impedimento: Miraron todos à Ricardo, como pareciendoles que el podia ponerle: mas disimulando quanto pudo, aguardò que se acabasse la Misa, y loco, descolorido, y precipitado salió de la Iglesia, y se fue en casa de Lisarda, à cuyas puertas no le faltó sino dar voces, para que ella, ò sus padres le preguntassen la ocasion: Pero ellos no quisieron darse por entendidos, y ella dió albricias à quien le dixo de la manera que quedaba. En fin el pobre Cavallero puso quantos medios pudo, para que no passasse adelante la costosa venganza de Lisarda: pero viendo que yá no tenia remedio, y que Don Fulgencio se avia partido à la

Corte à comprar joyas correspondientes à los meritos de su esposa , se resolvió à poner tierra en medio , para no hacer algun desatino , con que se perdielle para toda la vida. Consultò este pensamiento con sus padres , que rezelosos de mayor desdicha consintieron en su ausencia ; y assi vestido de leonado , y azul , enigma bien clara de sus zelos , y de su tristeza , tomando postas para salir mas apriessa , pasó otro dia por la calle de Lisarda , que llevada de su curiosidad , por el ruido que venian haciendo los cavallos , se asomò à vna ventana à tiempo que Ricardo llegaba à su puerta. Despidieronse entrambos con los afectos , y passando Ricardo la calle , quedò Lisarda arrepentida de su rigor tan necio , como costoso para entrambos. Mas considerando , que yà no tenia remedio , se determinò proseguir , como

lo hizo en su casamiento. Pero dexemos à Lisarda en Ciudad-Real , cercada de parabiesnes ( que tambien se dan de lo que no se desea ) y bolvamos à Ricardo que iba tan fuera de si , que avia caminado veinte leguas , y aun no sabia que se iba ; llevaba mil escudos para el camino , y cartas de creencia para Roma , de todo el dinero que quisielle. Llegò à Barcelona , à su parecer en pocos dias , que siempre camina mucho , quien camina de mala gana , y como hallasse buena ocasion de embarcarse , por estàr de buelta para Italia las galeras del gran Duque de Florencia ; previno su viaje , avisando de su salud à sus padres , y à vn grande amigo que tenia , à quien remitiò este Soneto , que hizo antes de embarcarse pintando en èl su amor , su ausencia , y su poca esperanza de remedio.

*S*Ordo à los ecos de mi propio canto,  
*E*scollo vivo, en que la muerte via,  
*P*erdi , Lisi, tu dulce compañia;  
*Q*ue tanto pierde , quien ofende tanto,  
*A*lsagrado del mar me acojo , en tanto

*Que*

*Que tanto pierde quien ofende tanto,  
 Al sagrado del mar me acojo, en tanto,  
 Que el fuego de mi amor su fuego enfria,  
 Aunque en mi llanto ver el mal podia,  
 Pues no puede aver mas como mi llanto.  
 Teniendo en fin, lo que por otros passa,  
 Mi muerte, en ondas de cristal navego,  
 Por ver si mudo amor, mudando casa.  
 Pero que importa que navegue ciego,  
 Si vâ conmigo el fuego que me abra sa,  
 Y no puede aver agua a tanto fuego.*

Dióse Ricardo à conocer al Capitan de la galera, el qual tratandole con el respeto que su persona merecia, mandò acomodarle en la camara de popa, donde iba divirtiendo el tiempo, ya con la leccion de algunos libros que comprò en Barcelona, yá tratando de diversas materias de estado, yá del exercicio de las armas, y yá de los dos polos en que se sustenta el ocio de la juventud, que son amor, y juego: que todo esto es menester, para olvidar se de los peligros, à que se pone quien por honra, ò por interés entrega su vida á pocos maderos embreados, que fueron quâdo

nacieron, arboles en la tierra; y quando mueren, son apofentos en el agua. Iba tambien acomodado junto à Ricardo, otro Cavallero de tan buena suerte, que le obligò à reparar en èl, porque despues de merecerlo su talle, iba tan triste, y pensativo, que le puso deseo de saber (si fuesse posible) la causa de su melancolia. Vnas vezes miraba al Cielo, otras suspiraba, y otras maldecia su contraria fortuna: y vna noche de las muchas que le avia oido en ocasion que todos dormian, y solamente los dos velaban (que para los tristes no ay gusto, sueño, ni descâso) le dixo. Por cier

ro, señor mio; que me ha dado vuestro desalfofiego tanta pesadumbre que à poder remediarle, le aventurará quãto soy por descansar; si bien à mi parecer no debe de ser dolor que estriva en fuerzas humanas, porque à tener alguna salida no os affigiera tãto su pensamiento. Mas pues el camino suele dar principio à grandes amiltades, os suplico me admitais en la vuestra, para que yo os haga relacion de mis succellos, que por dicha, ò por desdicha son tan penosos como los vuestros, y vos me pagueis esta pequeña lisonja en la misma moneda, ò para que vaya à la parte con vos en el sentimiento, para que si quiera con alguna fingida esperanza nos consolemos el vno al otro.

Agradecido escuchò el triste Cavallero las corteses razones de Ricardo, à quien respondió, y rogò no se espantase de su estrañeza; porque todo lo que no era quitarle la vida, se hacia de merced, segun era fuerte la ocasion que le atormentaba: y que assi para que confessase q̄ tenia razon, pues tenia gusto de escucharle, y la quietud de la noche combidaba à qualquier divertimento, atendiesse vn

rato à la causa de sus tristezas; y luego haciendo el Prologo à su historia con vn suspiro empezò diciendo.

Mi nombre es Enrique, mi Patria Barcelona, cabeza del Principado de Cataluña, mi calidad de los mas illustres, mi riqueza de las medianas, mis años treinta y quatro, y sin número mis desdichas. Esta es en suma la relacion de mi nobleza, de mi patria, y de mi fortuna. Vivia pared en medio de mi casa vna señora, à quien desde que naci, quise, mal dixe, adorè, que mas es que amar, no tener vida mientras no la via. Era su padre grande amigo del mio desde sus primeros años: y assi era nuestra comunicacion forzosa, sin nota de los vezinos, ni escandalo de los envidiosos. No quiero gastar el tiempo en referiros las finezas, las palabras y los estremos con que nos correspondiamos, porque esto fuera cansaros y cansarme si viendome de nuevo martirio la memoria de lo mucho que me debió doña Estefania (assi se llama el dueño de mis penas) y la ingratitud con que me ha pagado. Basta dezir, que eramos niños entrambos, el amor grande, su hermosura mucha, y la ocasion no poca, pues

pues con permission de nuestros padres nos viamos a todas horas, los quales viendo por las señas exteriores nuestro deseo, acabaron de confirmar su amistad, juntando estas dos casas, y casandonos dentro de pocos dias, que por estarlo yá en la voluntad desde que nacimos, no fuè novedad para el alma, sino confirmacion de su profecia. Quien dize que con el matrimonio se quita el amor, no debiò de hablar de los que se casan teniendole, porque antes con el trato crece. Yo à lo menos obligacion tengo de confessar esta verdad por que lleguè à probar sus efectos con la experiencia, que es el argumento de mas fuerza, amando à mi esposa de manera ( pluguiera à Dios no huviera sido tanto ) que si el amor se perdiera, se hallàra en su corazon, y en el mio. Diez años gozè de su compañía, sin que en todos ellos el menor disgusto fuesse tirano eclipse de nuestro sosiego, diez años fui el marido mas dichoso que ha nacido en el mundo, nuestra hacienda, juntando la suya con la mia, era tanta q̄ no podia llegar su deseo à mi liberalidad; la ostentacion conforme à la riqueza, y el gusto con que nos queria-

mos tanto que nunca pareciamas, galan, y dama, que quando eramos marido, y muger. Quien pensara, Ricardo, que con todas estas circunstancias de amor ( verguenza tengo de imaginarlo ) Estefania me ofendiesse en la vida, en la honra, y en la voluntad; quien pensara, que intentasse manchar su honesto lecho, gozando la caricia de otros brazos, yá que no en la execucion, por lo menos en el pensamiento, puestas tal vez llegò à desearlo? y quien pensara que yo siendo quien soy, lo llegaste à decir, sin que el dolor de la afrenta me quitasse la vida? No quiero yo Ricardo, ni me lo consentirà mi nobleza, hablar mal del honor de las mugeres, que en fin las debemos el aver nacido dellas con riesgo de su vida al nacer; y despues con trabajo de su persona al criarnos. Pero dexando estas naturales deudas à parte, y tratando de la firmeza que deben tener, y algunas tienen, què confianza, decidme, puede aver que duerma segura de sus trayciones, si Estefania que me adora, olvida mi amor, desprecia su recato, y solicita mi deshonra? si lo puede ser  
pa

para vn hombre, la culpa que ni vè, ni consiente, ni està en su mano. Mas bolviendo al principal suceso, digo, que viendome con vn hermoso hijo que nos diò el Cielo, me determinè, para dexarle con algun aumento en la calidad, y à que en la hacienda no podia, partirme à la Corte con animo de pretender en premio de los servicios de mis abuelos con su Magestad, algun Abito, ò Titulo, que mejorasse el Mayorazgo de mi casa para adelante. Consultè con mi esposa este pensamiento; y si bien ella deseaba darme gusto, en llegando à decirle que avia de ausentarme, era tanto su sentimiento, que me hacia arrepentir de averlo imaginado: mas viendo que importaba à nuestra nobleza, y sobre todo, que yo lo deseaba, templò las lagrimas, y me diò licencia por quince dias; que como no conocia la Corte, pensò que bastaria este termino para mi pretension. Sali en efecto de Barcelona, y con toda brevedad lleguè à la insigne Villa de Madrid, esfera del mayor Planeta que alumbra el Mundo, y empecè à disponer mis cosas con tanta fe-

licidad, que parece que la fortuna avia consultado el deseo de Estefania, la qual en todas las cartas no me rogaba, sino que abreviasse mi partida, dexando encomendadas las diligencias que faltassen, à alguna persona, que por el interès cuydasse de solicitarlas.

Quien con esto no creyera que me adoraba, siendo Estefania noble, rica, y aunque muger, muger mia, y que se avia casado enamorada? Mas quien ignora, que los peligros de la ausencia son muy grandes, disculpa tiene para su agravio, pero no para su ignorancia; el entendimiento, Ricardo, no propone à su voluntad, sino es lo que conserva con la memoria: la memoria es potècia tan ruin, que solo la tiene de lo que ven los ojos, no viendo, no proponen al entendimiento, el entendimiento faltando objeto, no obra y la voluntad sin entendimiento, no ama, ni puede: de manera, que viene à ser casi lo mismo apartarse de los brazos de vna muger, y perderla por todo aquel tiempo que no se vè.

Esto puntualmente me sucediò con Estefania: ausenteme, sintiò algunos dias

Mm

con

consolose, olvidòme, vna vez olvidada de mi, olvidòse de su honor, de su ser, y de su compostura.

Verdad es, que me rogaba en todas sus cartas, que me fuesse, pero quien duda que seria por cumplir conmigo: ò lo que mas cierto, por saber quando yo iba, por guardarse de mis rigores.

Mas como sucedieffe que su Magestad atento à los ser-  
vicios que mis passados avian  
hecho à la Corona, me hon-  
rassse con la merced de vn  
Abito de Santiago, despues  
de averle besado la mano,  
dexando dos criados que  
solicitasen el despacho de  
las informaciones, me parti  
por la posta para Barcelo-  
na; y dentro de tres dias  
(tal fue mi diligencia) me  
hallè quatro leguas de mi  
casa, si bien por ser yà ano-  
shecido, y levantarse de re-  
pente vna borrasca de gra-  
nizo, y ayre, tal, que mas  
parecia temeridad, que fine-  
za, passar adelante; me re-  
solvi à quedar en vna case-  
ria, que estava algo apar-  
tada del camino: y estando  
haciendo hora para cenar, y  
descansar de las malas no-  
ches que avia passado, entrò

en vn rocin de campo vn Caz-  
vallero, que en el trage daba  
à entèder que venia de caza,  
tan mojado, que me obli-  
gò sin conocerle, à mandar  
à mis criados que le ayu-  
dassen à desnudar, para que  
se enjugasse. Y viendo que  
en el talle, en la cortesia,  
y en el modo, daba à enten-  
der ser persona de calidad,  
le roguè me hiciesse com-  
pañia en la mesa, y que se  
dexasse aposentar en mi pro-  
prio quarto. Agradeciòlo Fe-  
derico) que asì dixo que se  
llamaba) y despues de aver  
cenado, mientras se hacia  
hora de acostarnos, discuti-  
rimos sobre varias materias,  
mostrando en todo vn luci-  
do ingenio, sin afectacion,  
ni melindre. Y como el cen-  
tro de los mezos sea el amor,  
empezamos à referir cada vno  
algunos sucesos propios, y  
agenos: con que despedidos  
de la lumbre, nos entramos  
à recoger. Y como me dixes-  
se vn criado que me desnu-  
daba: mejor noche pensò  
tener vuestra merced, con  
mi señora: respondiò Fede-  
rico, lastimado tambien de  
su poca suerte: à todos al-  
canza essa desdicha: porque  
todos pensabamos tenerla  
bue-

buená pero la fortuna todo lo baraxa ; pues quando , como otras noches imaginè tener el lado de vn Angel, me he visto entre peñas , y arroyos , dudè à no hallar cerca esta caseria , y en ella el amparo del señor Don Enrique , lo passara infelizmente. La noche es tal repliquè yo entonces , bien ageno de mi deshonor , que también avrá sido desdicha para esta dama. Quando no fuera por su hermosura , respondió el inadvertido Cavallero por la influencia de su nombre , parece que tiene obligacion à ser desdichada. No repararon los criados en el mysterio de sus razones : y así por no apurarle delante dellos , luego que nos dexaron solos , le dixè con vna curiosidad tan impertinente , como maliciosa , que no entendia que huviesse nombre en España , por ser nombres de Santos , que instituyessee desdicha en quien le tuviesse. A esto me respondió , que desde que en Castilla hubo vna dama , llamada Estefania , à quien matò su esposo , por engaño de vna criada , sin averle ofendido aun con el pen-

famiento , se tenia por atributo vulgar de las Estefanias , el ser desdichadas , solo por tener el nombre de aquella , que lo fue tanto. Segun esto , Estefania se llama vuestra dama , repliquè yo algo alterado : y el respondió. Aviendo dicho lo primero , disparate fuera negaros lo segundo. Y despidiendose de mi , à petición del sueño que le importunaba , se bolvió del otro lado , y yo quedè muy confuso ; porque sin poder resistir à vna villana sospecha , vnas veces me consolaba , y otras veces me ofendia , finalmente resolvía pensar que era loco en imaginar cosa alguna contra el honor de Estefania , que en mi opinion era mas que el Sol puro , limpio , y resplandeciente , persuadiendome que en la Ciudad avria otras de aquel nombre , que yà que no en la honestidad ; se parecieseen à mi esposa en el apellido.

Apenas pues el Aurora , que al libro del dia , sirve de prologo , y de principio , alumbraba con media luz los montes , y los valles , quando di à Federico los buenos dias , preguntandole si

Mm 2 , que

queria levantarse para que entrásemos en Barcelona antes de medio día, y como me dixesse que le importaba entrar anochecido, y que así podía irme solo, que despues me avia de bafear en Barcelona; yo si vâ à decir verdad, por salir del escrupulo que tenia, le respondi, que tambien me queria quedar con él hasta la tarde, atribuyendo à cortesía, y aficion lo que era duda, sobresalto, y recelo. Bolvímos à los mismos lances de la platica pasada, que es donde doblamos la hoja; y yo bolví à ofrecerme por muy suyo, rogandole que me mandasse: y si acaso la casa donde entraba era de peligro, llevasse consigo mi persona, que con decirle que era Cavallero, le decia todo lo que debía hacer quando la ocasion se ofreciesse. Antes es casa, me respondiò, donde no sè si tengo peligro, porque aunque he estado muchas noches dentro, no sè que casa sea, porque jamis he visto la calle, ni me ha dado lugar el recato de su dueño, ha que pueda ver las paredes por defuera. Cosas son estas, repliqué yo, que si son como vos referis,

parece que se contradicen, porque si aveis entrado dentro muchas veces, como decís, que no aveis visto la calle, ni la casa? Y si no la aveis visto, como asegurais el aver entrado? Pues para que no os parezca tan imposible, respondiò entonces, escuchad, y vereis lo que traza el ingenio de vna muger quando quiere que no se entiendan sus flaquezas: Yo estaba vna tarde en la calle mayor concertando vn corte de jubon, y llegò vna dama à comprar ciertas niñerías, que aunque tapada, al principio no lo estubo tanto, que no descubriese al apartar del rostro la nube de seda, la mayor hermosura que à mi parecer he visto: lleguè con la cortesía que deben tener los hombres de mi porte, suplicandola tomasse quanto quisièsse, sin mas interès, que quererlo tomar. Bolviòse à vna criada, como riendose de mis palabras, ò como estrañando mi liberalidad, por ser cosa que no se vfa: porque yâ para dàr los hombres, me parece que es menester, ò que les paguen primero, ò que les hagan escritura de que no se quedaràn con ello.

ello. Hablé con ella vn rato , y en efecto vino à decirme , que la agradaba mi persona , mas que por liviandad , por vna secreta inclinacion que la obligò à amarme desde el punto que llegò à verme : que como las almas no son hombres , ni mugeres , tambien las mugeres aman de repente como los hombres , y que así con condicion q̄ no la siguiese , por que era muger de mas obligaciones que imaginaba , me aguardaria à otro dia en el passeio de la marina. Yo os confieso , que imaginè al principio que era engañosa traza para estorvarme que supiese su casa : pero llegando el plazo señalado , apenas lleguè al passeio , quando por el coche conoci el hermoso Sol que iba dentro : y apeandose con bizarro donayre , para estar mas libres , y mas solos fletamos vn barco , y nos alexamos de la ribera , encareciendo ella su amor , y diciendome muchas vezes , que quisiera tener estado , para poder disponer de su belleza , y yo agradecido à tantos favores , prometien-dola , no querer mas que lo fuesse su gusto , aunque per-

diera el mio muchas ocasiones. Continuaronse las visitas por este camino , firviendonos los mas dias de estrado el verde tapeto de las flores , y de fillas las olorosas esmeraldas de la yerba. Y vna tarde que la hallè mas resuelta en amarme , si bien el verme con ojos de forastero , la entibiaba , y detenia , la roguè (mas con animo de saber su calidad , que tomarme mayores licencias) trazasse de manera el vernos , pues tenia ingenio para todo , que no la costasse el salir de su casa ; pues yendo yo à ella , se venian à escusar todos aquellos pasos. Extrañose al principio , pero como ya me queria , y para quien ama no ayonada dificultoso me respondió , que ella lo haria mas con tal , que ni me atreviese à ofender su recato , ni supiese en la casa que entraba , temerosa quizà , de que no me alabasse à otro dia (como algunos hazen) de lo que avia pasado en su aposento. Prometile cumplir de mi parte lo primero , que era lo que à mi parecer estaba en mi mano , y para lo segundo diò orden que à las diez de la noche , estando ya en aquel mismo puel-

puesto viásele la criada con vna filla, que traian dos esclavos, lo qual obedeciendo en todo á su señora, luego que me conoció, me dixo, que entráse en ella, y fuese donde me llevassen. Hize lo así, y cerrandome muy bien por defuera, quando menos imaginé, me hallé en vna rica, y espaciosa sala adornada de paños Flamencos, bráseros de plata, escritorio de marfil, y pinturas de mucho precio. Salió luego la hermosa causa de mis desvelos, en cuya casa estuve saliendo, y entrando muchas vezes con este artificio, sin tener animo para atreverme á mas que mirarla; que ay mugerés de tanta compostura, que aun en las ocasiones, donde es permitido el desenfado, se hazen respetar solamente en bolver los ojos. En este estado he tenido mi amor estos dias, hasta que la postrera noche que estuve con ella, preguntandola el fin que pensaba tener en tanto recato, siendo yo Tantaló de su hermosura, prometió para esta noche declararse conmigo; y si en lo que tenia determinado la respondi á su proposito, hazer por

mi qualquiera travessura. Sali con esto anoche, gozofissimo con la esperanza que me daban sus amorosas razones: y como por divertir las horas del dia (que para quien aguarda la noche siempre son largas) me saliesse al campo, llevado de la noble aficion de la caza (disculpado deleyte para los hombres de algun brío) me alexé tanto, que me halló la noche en el campo, siendo tan aspera, y tempestuosa, que espantado el cavallo con los relampagos, y truenos, no quiso passar desta cáseria, donde entré como vistes quando pensé, estar gozando los brazos de Doña Estefania; que aunque de su boca no sé que sea este su nombre, saliendo la otra noche de su casa oí, que preguntando vn hombre quien vivia en ella, le respondió otro que á caso estaba á la puerta, que vna dama deste nombre; por lo qual colijo, que la señora de aquella casa se llama Estefania.

Puso Federico con esto fin á su relacion, y yo quedé con la misma duda, porque todas aquellas razones eran equivoacas, y podian servir á otro

otro desdichado : pero él se dió tanta priessa en contar sus glorias por menudo , que por las señas que daba de la casa , assi en las camas , escritorios , y colgaduras ; y sobre todo encareciendo algunos lienzos particulares , que yo tengo por ser aficionado à la pintura del Ticiano , del Bassàn , del Mundo , del Alberto Durato , de otros insignes Pintores , que vine á conocer que mi casa era la ofendida , y yo el mas desdichado de quantos han nacido . Y assi disimulando lo mas que pude , à cosa de las dos de la tarde nos pusimos à cavallo ; y empezando à caminar , él refiriendo los gustos que le esperaban , siendo cada razon vn puñal para mi honra , y yo buscando fitio à proposito para darle la muerte : y mandè á los criados que yo llevaba se adelantassen , para ganar las albricias de mi infame esposa ; al atravesar vn bosque tan espeso , y cubierto de arboles , que el Sol , por diligencias que hizo , nunca pudo ver la cara à muchas flores que avian nacido sin aver menester sus rayos , arráque la espada , y antes de apaar

me le di por los pechos tan fuerte herida , que mas con el golpe , que con la colera , cayò en el suelo , donde le di tantas heridas que dentro de breve rato se rindiò à mis pies , pidiendome por dos horas prestada la vida , para confessarse , y pedir al Cielo perdon de sus culpas , porque à mi no tenia de que , pues ni me conocia , ni sabia porque vsaba con él aquella temeridad . Yo entonces , viendo que era de demasiado rigor acabarle de matar , pudiendo en aquel breve rato darle lugar , para que yá que no el cuerpo , el alma se restaurasse , le dexè vivo , que vna cosa es estar colerico , y otra ser Christiano . Como ofendido , y Cavallero , parece que tenia obligacion de matarle , pero como Catolico la tuve de suspender el brazo para que se salvasse ; que no dexar confessar al que muere , es hacer gala de la impiedad , y endurecer el corazon de Dios , para que no le perdone quando le pida misericordia . Viendo pues que venia gente , por no ser descubierta subi à cavallo , y empecè à discurrir sobre lo que avia de hacer de allí

delante, y advirtiéndolo que matar à mi esposa, era hazer mas publica mi infamia, pues lo que avia sido pensamiento solo, avia de pensar, y aun creer toda la Ciudad, que era ofensa ya executada, conque perdian nuestras casas de su antiguo lustre; me pareció mejor acuerdo para vengarme de sus pensamientos injustos, castigarla en no verla en toda mi vida: y con esta determinacion alcanzé en breve tiempo (que quien huýe, camina mucho) à mis criados, à quien dixé, que sobre vna porfia de poca importancia, aviamos llegado aquel Cavallero, y yo, à san pesadas palabras, que huvimos de sacar los azeros, en cuya pendencia quedaba muerto, y que así era fuerza, no darnos à conocer en Barcelona de nadie; por que lo demás era ponerme en manos de mayor peligro, por ser el muerto hombre de mucha importancia, según me avia referido. Y como antes de entrar en Barcelona tuviese nuevas de que las galeras estaban de partida, me embarqué con todo secreto en esta; por ser el Capitan el má-

yor amigo que tuve en mis mocedades, y à quien de nuevo estoy reconocido, por averme dado en vos tan buen compañero. Mirad agora si mis desdichas son bien grandes, pues me obligan adorando en mi esposa, à no verla; por ser quien soy, sujeto à que cada vno piense de mi falta como quisiere: su bien à mi parecer, imaginaràn que algun bandolero por aver tantos en esta tierra me ha quitado la vida en el camino. Pluguiera à Dios, que así huviera sido, ò que fuera vn hombre común, que no tuviera el duelo de su honra tan escrito en el alma, para quedarme en mi patria, y en mi regalo: mas soy por mi desdicha, tan escrupuloso en esta parte, que en acordandome que por parte de la voluntad de mi esposa estuvo algun tiempo manchado aquel decoro que debia guardarme, me pesa de no aver hecho con ella lo mismo que con Federico. <sup>Admirado,</sup> (y con razón) quedó Ricardo de la peregrina historia de Don Enrique, y pagandole la fúezza de averle dado parte de sus des-

dichas, con referirle de espacfo las fuyas, se prometieron muy buen viage, llegando à Napoles con la brevedad pofible; y aviendo vifto en aquella hermoíifíma Ciudad, las cosas mas iníifigues, paffaron por Civita-vieja, à Roma donde Ricardo pidió con las cartas que traía, mil efculos: y despues de befar el pie à fu Santidad, y aver vifto Puentes, Caftillos, Eftatuas, Viñias, Calles, Templos, Iflas, Jardines, Palacios, Montes, Baños, Puertas, Sepulcros, Cavallos de marííval, Plazas, y Colifeo, donde fe dicen caben cafi vein-

te mil perfonas, fe determinaron los dos amigos de vér à toda Italia, gafftando en eífta peregrinacion dos años: y al cabo dellos eíftando vna mañana en Milán, llevado Don Enrique del amor, que aunque juífto, tenia à fu eíftofo, por aver fele pegado de Ricardo el hacer verfos, que paffaban de razonables, eíftofo eíftofo epigrama, pintando el dolor de fu agravio, quizá por acordarfe de Eíftofofania, v de fu hermoíifura, que quien ama de corazon, ni con las ofenfas, fe entibia, ni con la aufencia fe confuela.

**H**iere el rayo en un tronco; mas la herida

*Es tan futil para que no fe altere,*

*Que aunque en el alma todo el tronco muere,*

*Apenas la corteza queda hendida.*

*Aífti mi eíftofo, barbaro homicida,*

*No el cuerpo, el alma ífti, matar me quiere,*

*Pues ífti herirme, el corazon me hiere,*

*Dexandome cada ver de mi vida.*

*Siendo el alma incorporea, coífto bella,*

*No pudiera matarle el golpe fuerte,*

Nn

Que

*Que à lo immortal la espada no stropella.  
 Pero siendo el dolor (ò dura suerte!)  
 invisible, y eterno como ella,  
 Sin azero la pudo d'ar la muerte.*

Por cierto, dixo Ricardo, viendo à su amigo tan lastimado, que voserrais, à mi parecer en no bolver à vuestra patria, y en ella à los brazos de vuestra esposa, supuesto que tarde, ò temprano ha de venir à ser, porque siendo quien sois, no es posible encubriros siempre, y en sabiendose que estais vivo, es fuerza bolver con quien adorais, porque lo demás fuera haceros sospechoso en lo que està tan secreto que solamente el Cielo, vos, y yo lo sabemos. Y si la mayor dificultad que en esto puede aver es el veros ofendido de Federico, y de Estefania. Què mayor venganza, que averle quitado à el la vida porque lo intentò, y no averla visto à ella en dos años, por lo que llegò à imaginar? Fuera de que esto de los pensamientos, no corre con los hombres como con Dios. para la Divina justicia, y verdades, que no tiene mas

circunstancia cometer el delito, que querer cometerle: pero para con el mundo si, pues nunca avreis visto castigar à nadie, porque desè matar, sino porque matò: porque à castigarse pensamientos, quien se libra en el mundo de tenerlos malos en todo genero de delitos? El amigo con capa de que lo es, desesea (hab'ando segun el ordinario estilo de proceder de la humana flaqueza) la muger de su amigo, el hijo segundo, la muerte del mayorazgo: el embidioso procura la ruina del privado, el preso quisiera cada noche matar al Alcayde: el pobre hurta en su imaginacion al rico, el zeloso considera bañado el estoque en la sangre de su competidor, el pleyteante se determina à buscar testigos falsos, para la justificacion de su causa, el casado pone los ojos en su vecina, y el soltero en todas las

las que encuentra, sin que para ninguno de estos ay a castigo humano: que como pecan de parte de adentro, y Dios solamente es el Juez de los corazones, á él solo se remiten todas estas causas. Pues si para con el mundo no estais ofendido, ni para con vuestra esposa tampoco, por que ella no puede saber que voís ayais sabido aqueestas cosas? que duelo, ni que desvatio os os tiene ageno de vos, de vuestro gusto, y de vuestra patria? Intentó ofenderos Doña Estefania, aunque yo no lo tengo por cierto, porque el que lo dixo, no dió fianzas de no poder mentir, pero demos caso que fuesse verdad, que marido ay en el mundo que se libre de pensamientos, así de los que ven á su muger, como de los que ella puede tener viendo otros hombres? Y si no, decidme por vuestra vida, que muger ay que quando sale de su casa, no se prenda lo mejor que puede guarneciendo las manos de diamantes, la garganta de perlas, la cabeza de rizos, y el pecho de joyas? Pues esto con que animo es fino, á caso de parecer bien á todos quantos la miran? que esto de agrar-

dar los ojos de su marido, es disculpa honesta de su recato: porque hasta oy, por maravilla avrá avido muger que para salir de casa, se acordasse de su marido? Y pruebasse ser esto verdad, con que quando buelve á ella donde solo su marido la ve, se quita las galas, dobla los vestidos, y encierra las joyas: y con todo esto, ni los maridos se dan por agraviados, ni ellas se tienen por culpadas. Enrique, yo os trato verdad como amigo, y como quien desea vuestra quietud: el pensamiento es tan sutil, que tenerle, y consentirle, es todo vn pensamiento. Intentar ofender en esta materia, no es ofender; y mas quando el intento no es publico para nadie: y quando lo fuera, quien lo intentó está muerto, y ella sin marido dos años: pues que mas venganza quereis de entrambos?

No pudo á tan fuertes razones resistirse Enrique, que como lo deseaba aun le parecieron mas fuertes. Y como tambien Ricardo deseasse bolver á España para vivir entre sus padres, amigos, y deudos, y ver á Lissarda, aunque la viesse age-

na: cuyo amor, à pesar de la ausencia, se estaba en la misma fuerza, trataron de partirse con toda priesa: y así, despedidos de Milán, se embarcaron con favorable viento: si bien, dentro de dos dias se levantò vna tempestad tan peligrosa, que casi se vieron à las puertas de la muerte. Y como fomos tan malos, que para acordarnos del Cielo, hemos menester tener peligros, y trabajos (que quizá por esto nos los debe de embiar) Enrique prometió à la Virgen de Monserrate verla en su casa antes de hacer otra visita si los libraba de aquel naufragio. Y como es el Cielo tan piadoso, que es lo mismo pedirle el hombre, que otorgarle quanto le pide, y mas llevando por intercessora à la soberana Reyna de los Angeles; apenas hizo la promessa quando el mar se fosegò, el viento templò su ira, y la galera, bolvió à cobrarfe de la pasada temeridad con tan-

*Yace à la vista y à de Barcelona*

*Monferrate, Gigante organizado*

*De riscos, cuya tosca pesadumbre*

*Con los primeros Cielos se eslabona:*

*Porque tan alto està, tan levantado,*

ta dicha, que dentro de muy pocos dias se hallaron à la vista de Barcelona, donde sin detenerse vn punto Ricardo, y Enrique con sus dos criados, tomaron cavallos, y se fueron à Monserrate; cuya Aurora visitaron, y dieron mil devotos agradecimientos; y luego en tanto que era hora de recogerse à vna casa que estaba cerca del Monasterio, se fueron à ver desde lo mas alto aquel soberbio, si natural edificio de la naturaleza. Yo asseguro, dixo Don Enrique, viendo à Ricardo admirado de ver su hermosa pesadumbre, que aveis dicho entre vos mismo, que es grande ocasion para vn Poeta, porque en la diferencia de las pinturas podrá galanamente bizarrear el ingenio. Si es, respondió Ricardo, y tomando la pluma, à la mañana escribiò estas canciones, que luego refirió à su amigo.

Que desde los extremos de su cumbre,  
 Por tema, ò por costumbre,  
 A la ciudad del frio  
 Parece que el rocío  
 Antes quiere chupar, que cayera al suelo,  
 Y despues escalando el quarto Cielo,  
 Porque el primer lugar hallo muy frio,  
 Empina la garganta macilenta,  
 Y à la region del fuego se calienta.  
 De tersa plata su faldon guarnece,  
 En cambio de la sombra que le ha dado,  
 El rio Lobregat, que al ver su valla,  
 Flecha de vidro, ò de cristal parece,  
 Pues siete leguas corre amenazado  
 De la arenisca, y barbaras murallas  
 Y huyendo al mar se encalla  
 En su maquina inmensa,  
 Como à pedir defensas  
 Porque teme tal vez que se alborote  
 Un risco que le mira con capotes;  
 Quiz à enfadado, por si à caso piensa,  
 Quando escribe en las ondas su reflexo,  
 Que para tanto monte, es arto espejo.  
 Aquí le sirve una robusta peña

De taxador à un lobo, que arrogante  
 Quitò à la madre un recental del pecho,  
 Y en las alforzas de la inculta breña,  
 Siendo sus boca el plato, y el trinchanté,  
 Le traga sin mascar à su despecho:  
 Y allí desde un repecho,  
 Que quiso ser peñasco,  
 Vestido de damasco  
 Baxa el lagarto, que la cola ondea,  
 Y como arroyo verde, se passea  
 Azotando las matas de un carrasco,  
 Hasta que el silbo de su Dama escucha,  
 Corriendo en poco salto, tierra mucha.  
 Del Sol aquí al Oriente,  
 Tanto esquadron deciendo de ganado,  
 Que arrastrando la lana por la sierra,  
 Encanece la sierra de repente:  
 Nace allí un ternerillo remendado,  
 Que à dos meses retoza la bezerra;  
 Y apenas en la tierra  
 Con un blanco gemido  
 Estampa el pie partido,  
 Quando la escarcha lame matutina,  
 Y sin ayuda, ni andador camina,

Conociendo à la madre en el vestido;  
 Cuyos calientes pechos golosea,  
 Y las dulzuras bebe de Amaltea.

En un árbol copado, aunque sin hoja,  
 Larga de cuello, si de cola breve,  
 Da calor la cigüeña à quatro huevos,  
 Y en frente un cuervo obscuro se congosa  
 De ver los hijos como blanca nieve,  
 Aunque de tinta son à veinte Febos;  
 Dos toros y à mancebos  
 Por otra parte gimen,  
 Y de la frente esgrimen,  
 Colericos, zelosos, y ofendidos  
 Del marfil los estoques retorcidos,  
 Hasta que con el miedo se reprimen  
 De una tigre bordada, que arrogante  
 De su cueba saliò para montante.

Engendra el Sol frutales en los riscos,  
 Haciendo fuerza al escabroso vientre,  
 Por tomar con el monte parentescos,  
 Y à pesar de los cantos, y pedriscos,  
 Aunque despues toda una gruta encuentren  
 Rompe el arado el suelo siempre fresco,  
 Por el dulce refresco,

Que

Que roba de la nieve,  
 Con que la tierra bebe,  
 Siendo sus poros simulada boca,  
 La vida que la anima, y provoca  
 A que se dexé abrir del hierro alevé,  
 Donde los granos, que en su seno abriga,  
 Conceptos son de la futura espiga.  
 Tiene la sabia abeja en la abertura  
 Concaba de este palido edificio,  
 Su republica, afrenta de la nuestra:  
 Qual desterrar al zangano procura  
 Por ocioso, y superfluo en el oficio;  
 Y qual anciana, diligente, y diestra  
 A las novicias muestra  
 Como han de hacer la carga,  
 Y à de la flor amarga,  
 Y à de la vid, y yà de la lenteja:  
 Fabrica los panales la mas vieja,  
 Vna coge la flor, otra la carga:  
 Preside el Rey, la cera se descuelga,  
 La miel huele à tomillo, y nadie huelga:  
 Allí un marchito valle de este yermo,  
 Seco de sed, por mil abiertas bocas  
 Agua pide à las peñas, y à los riscos,

Y aqui viene à regarle un Monje enfermo,  
Si bien à tanta sed son gotas pocas,

Pues no ay para mojar quatro lentiscos:

Los rosales ( ariscos

Por sus pardas espinas)

Para las clavellinas

Que estàn en embion, ruegan al Monje

Que por los pies la tierra les esponje,

Y el atento à las voces campesinas:

A la redonda noria pone el bruto,

Y en agua baña quanto mira enjuto.

En la taza de un alamo frondoso

Hace una tortolilla mil plegarias

Por el galàn que fue su amor primero;

Trina un pardillo aqui mas venturoso

Y à la Viguela de colores varias,

Ramillete con voz llega un gilguero.

Y luego lisongero

Al facistol de un pino

El ruiseñor divino,

Con su dulce consorte se gorjea,

A quien ella tambien contrapuntea,

Siendo un canario que se hallò vecino.

De esta capilla lirico maestro,

Si no por mas suave, por mas diestro.  
 Al ruido de la musica, y la fiesta,  
 Un Hermitaño se levanta inquieto,  
 Y sale de la cueba desgrenada,  
 En cuyo pardo estomago se acuesta,  
 Y ciñendo vâ un cordon al esqueleto,  
 Y ordenando la barba enmarañada,  
 A la primer pisada,  
 Con fervoroso zelo  
 Le dà gracias al Cielo  
 De aver amanecido, y merecido  
 Ver de otro Sol el curso repetido;  
 Y luego un à labarse à un arroyuelo;  
 Que Faetonte de vidro se despeña,  
 Siendo nieto de un risco, y de una peña,  
 Aqueste es Monserrate, quanto al Monte,  
 Que de la vista es miedo pretendido,  
 Y del Cielo deposito sagrado,  
 Pues preside en su rigido Orizonte  
 El Aurora, que al Sol recién nacido  
 Viò de sus pechos en Belèn colgado;  
 Aquí el candor rosado,  
 Aquí la luz del dia,  
 Y aquí el Sol de Maria

*Albergue tiene en barbaros terrones,  
Si yá no vive en tantos corazones,  
como à su casa vienen cada dia  
Con ansia, con amor, con fe, con zelo  
A ver la luz, el Alba, el Sol, y el Cielo.*

*Cancion no te remontes,  
Ni à los Cielos te passes de los Montes;  
Que para el risco solo  
Mi pluma basta, aunque sin ser de Apolo:  
Mas para tanta luz, y Cielo tanto,  
Aun es muy poca voz la voz de un Santo.*

Mucho acreditaron á Ricardo estas canciones con Don Enrique, porque fuera de estar escritas con gala, y espíritu de Poeta, nunca mostró que lo era tanto, y tan natural, como en esta ocasión, por averlas hecho en las pocas horas de vna mañana, que hallò tambien templado el ingenio, que con la pluma no podia seguirle. Y estando los dos amigos divirtiendo la vista desde vna ventana de su casa, yá con la blanca, y hermosa nieve, caduca mas por el tiempo que avian vivido en aquellos Montes, que por la blancura con que se avia afeyrado en la region

del ayre; yá con la apacible desorden de los arboles, que por estar en lo mas alto de los riscos, ò parecian sus cabellos, ò su corona: y yá con el ruido de los cristalinos arroyos, que desterrados de su natural patria, decendian al valle en vn instante, vieron que à su misma puerta paraba vna licera, à quien acompañaban seis criados de à mula, y como dueño de todos vn Cavallero à los ojos de Ricardo muy galán, pero no à los de D. Enrique, que apenas le viò, quando confuso, triste, y pensativo, haciendo reflexion en su entendimiento; del rostro, y de la persona, co-

noció que era su enemigo Federico, cosa que se alteró de fuerte, que aunque él no se lo confesara, Ricardo se lo conociera; y reportándole por entonces, le dixo, que aquellas cosas mas se avian de guiar con prudencia, que con escándalo, y que así se foflegasse, y advirriessse, que tenia á su lado quien en satisfacion del menor escrupulo de su honra, sabria perder muchas vidas. Reportóse con esto vn poco, y fue tan poco, que duró solamente mientras vió que las que venian en la litera, eran la ingrata Doña Estefania, y vna hermana suya. Aquí fue menester todo el entendimiento de Ricardo para detenerle, porque desatinado, y ofendido queria salir, y sin mas averiguacion bañarlos en su sangre para labar con ella los continuados agravios de tantos meses. Finalmente como por aver concurrido muchas personas en aquella peregrinacion, faltasse comodidad para los nuevos huespedes, dexando cerrado á D. Enrique; porq̃ con los zelos de su honra no hiciesse algun exceso, sin consultarle primero con su cordura, baxó Ricardo al patio, y les ofreció de dos

las que tenia, la vna para que por lo menos las damas se apossentassen, y la ropa pudiesse estar mas bien guardada. Agradecieron, y admitieron, así las damas, como Federico, la merced que Ricardo les hacia, que la necesidad suele hacer bien contentos á los mas melindrosos. Avisó Ricardo á Don Enrique, de como avia trazado, que en aquel mismo quarto possassen sus enemigos, y que así seria acertado retirarse á vn aposento, que estaba mas adentro, para que sin ser visto de ninguno, pudiesse entrar de todos sus rezelos con mas certeza. Obedecióle en todo el afligido Don Enrique, y luego Ricardo acomodó lo mejor que pudo á las dos hermosas damas, y con ellas al descuydado Federico, que agradecido á su cortesia, despues de hacer encender lumbre, tomar sillas, y tratar de la devocion de aquella soberana Señora, Reyna del Cielo, y Madre del mismo Hijo de Dios, cuyo amor les traia á todos á la presente romeria, como le preguntasse á donde caminaba, y de donde venia: y Ricardo respondiessse á lo primero, que á Castilla, y á lo segundo, que de ver

á toda Italia sin tener mas negocios en ella , que aver querido gastar dos años fuera de su Patria : apenas le oyò Doña Estefania , quando dixo , bolviendose á su hermana , y á Federico : estos mismos avrá , aunque á mi han parecido eternidades , que falta de su casa mi triste esposo , y segun las nuevas que he tenido , llevò sin duda esta misma derrota. Son tantos los Españoles , respondió Ricardo , que están en estas partes , y que yo he comunicado en este tiempo , que no fuera mucho averle conocido. Enrique se llama , replicò Doña Estefania ; repitiendo muchas vezes el nombre , que el amor tiene sus ciertos deleytes en traer del corazon á la lengua aquello que ama. Viendo pues Ricardo , que la ocasion se le avia venido á las manos , respondió que le conocia muy bien , y que a via sido su camarada lo mas del tiempo que estuvo en Italia , y la razon de quedarse en Milan entonces , era ( segun él referia muchas vezes ) porque vn negocio de honra le tenia desterrado de su Patria , y sin esperanza de bolver á ella. No pudo con tales nuevas resistir D. Estefania las lagrimas,

y así bañada en ellas , y dando vn suspiro , á cuyo eco , con ser tan monte el llanto donde estaban , parece que avia respondido con ternura , empezó á querer responder , y satisfacerle , á no estorvarse lo Federico , que suplicandola le diese licencia para hablar , como mejor testigo de aquel caso , buuelto á Ricardo le dixo de esta suerte.

Son tan estraños los sucesos del mundo , y tan difíciles de penetrar algunas veces , que el mismo que los experimenta , los desconoce , y así para que lo creais , y aviseis tambien á vuestro amigo Don Enrique , de su engaño , y de mi inocencia , atended por vuestra vida este breve rato. Yo tuve en la Ciudad de Valladolid , que es mi primera cuna , con vn hidalgo de mi calidad cierto disgusto tan pesado , que vino á parar , por averme desmentido , en que escribiesse en su rostro con cinco letras mi desagravio. Temieron mis deudos la sangrienta venganza de mi enemigo , por ser hōbre de hacienda , y honra ; y así determinaron me fuesse á parte dōde pudiesse vivir cō mas seguridad , si bien quien agravia , ninguno tiene , sino en la sepultura ,  
por

por lo qual con dos pares de vestidos, y cantidad de plata, y oro, sali de Valladolid vna noche, y à pocos dias me hallè en la Ciudad de Barcelona, donde yendo à caza vna tarde, y alexandome demasiado, me fuè forzoso quedarme aquella noche en vna caseria, que està à mano izquierda del camino Real: y como hiciesse conversacion con vn Cavallero, que tambien se avia quedado en la misma casa, y que por las señas que truxe del, y por lo que despues me sucediò, conocimos que era don Enrique; tratando de varias finezas de damas, y galanes, yo le vine à referir vna aventura que entonces me estava sucediendo con vna señora, à quien nombrè por su mismo nombre, error que me pudo costar la vida, por ser el de su esposa, que està presente. Verdad es, que no pude decirle distintamente su calidad, su cãlle, ni su casa, porque como despues sabreis mas de espacio, nunca la supe, pero las señas que le di fueron tales que no pudo dexar de entender que era su honra la que peligraba. Y asì zeloso, y à su parecer ofendido, yà

que no en las obras, en los amagos, al atravesar vn monte, ocasionado para qualquier desdicha, sacò la espada, y sin darme lugar à que me defendiera (que el agraviado no tiene obligacion à essas bizarrías) me diò muchas heridas; y algunas tales, que qualquiera dellas me quitara la vida, à no guardarmela el Cielo, y à no venir muy armado, con el recelo que traia de que me siguiesse el enemigo que dexaba en Valladolid. En fin, dexandome casi por muerto, se fuè à la Ciudad, y sin ver à su esposa, ni dar parte à nadie deste suceso, se embarcò en vna de las galeras que estaban de partida para la Italia. Pero como no ay cosa secreta en el mundo, à dos meses como sucediò, se dixo por toda la Ciudad, que Enrique era el dueño de aquella accion. Lo primero, por el dia que saliò de Madrid. Lo segundo, por las postas, que tomò en el camino. Lo tercero, por las señas que yo daba de su talle, y de sus criados. Lo quarto, por muchas personas que le hablaron, y vieron en Napoles. Y lo vltimo, por ser palabras de Dios que

no

no ha de aver secreto que no se revele. Murmurò luego el vulgo de la honestidad de Estefania, que el vulgo aun lo que está por imaginar murmura: quanto mas lo que tenia tantas apariencias de verdad, siendo el mayor engaño que puede imaginarse en el mundo. Es pues el caso, que quando se fuè à Madrid Don Enrique, viendo su esposa que tardaba mas de lo que quisiera, y que cada día iba sintiendo mas su soledad, para no tener tanta, embiò en casa de sus padres por doña Angela, hermana suya, que es la que està presente: y como vn dia se ofreciesse salir à la calle mayor á comprar algunas niñerías de mugeres, y doña Estefania no tuviesse animo ausente su esposo, para salir donde la viera nadie, hubo de salir Doña Angela sola en el coche, en ocasion que yo la tuve de hablarla, y ella de aficionarseme con tanto estremo, mas por la influencia de su estrella, que por meritos de mi persona, que despues de muchos lances, sin que su hermana lo entendiesse (porque está, que no se lo consintiera) diò orden de que

entrasse en su casa, si bien con el respecto que su estado merecia, y sobre todo, con tan ingenioso, y nuevo recato, que nunca vi la calle, ni menos supe la casa donde entraba, hasta que vna noche al vmbralear casi de su puerta acertò à preguntar vn hombre, quien vivia en aquella casa, y à responder vn criado, que doña Estefania: y esta es la causa de decir el nombre à Don Enrique aquella noche, que por nuestra desdicha nos encontramos, quedando despues à sus manos casi difunto, à no ser socorrido del Cielo, y de la piedad de vnos pastores, que llegaron al ruido, y me llevaron à Barcelona, donde fui curado, y regalado de doña Angela, que en sabiendo que estaba de aquella manera, se declaró con su hermana, y conmigo, obligandome despues à ser su esposo, su amor, su hermosura, su nobleza, y el ver padecer la opinión de Don Enrique, y la honestidad de Doña Estefania. Con lo qual el maldiciente vulgo quedó corrido de aver imaginado cosa en ofensa de los dos mas buenos casados q̄ ay en el mundo. No es menester decir, q̄ Don Enrique avia oido esta relación, por q̄ como el reo quando

espera la sentencia estuvo pendiente de las palabras de Federico, tan fuera de si con el evidente desengaño de sus rezelos, que casi le tuvo mortal el placer como pudiera el pesar, si oyera lo contrario: que es tan delicada la vida del hombre que aun en los gustos tiene peligro. Y á iba Ricardo á pedir á todos albricias de que Enrique estaba tan cerca, que solo vn tabique le dividia, quando salió el gozoso Cavallero, y abrazandose de su esposa, sin decirle nada, la dixo quanto quiso decirle; que los grandes afectos, no en la boca, en el silencio suelen tener su lengua: y despues de averla pedido perdon de su ausencia, y preguntando por su hijo, dió el parabien, y abrazó á Doña Angela, y á Federico, haciendo todos lo mismo con Ricardo, por aver sido instrumento de que Don Enrique bolviesse á su Patria.

Destal manera estuvieron nueve dias en aquel devoto sitio, que era el cumplimiento de vna novena que avia prometido Doña Estefania. Y estando la vltima noche despues de aver cenado, discutiendo sobre los successos de

Federico, y Don Enrique, las dos hermosas damas deseosas como mugeres de saber los de Ricardo, le rogaron los referiesse, á quien él como tan cortesano satisfizo, contando todo lo que en el discurso de sus amores le avia pasado con Lisarda, á quien adoraba con el mismo estremo, que quando estaba mas favorecido de sus ojos. Contentos quedaron todos, tanto de la amorosa historia de Ricardo, quanto de la fazon con que la avia referido, que como era el verdadero dueño de aquellas ansias, representava lastan al vivo que movia á todos á lastima, y á deseo juntamente de que se lograsse la firme voluntad que tenia á Lisarda. Y mirandole Doña Estefania con gran muestra de gusto le dixo: Yo estaba, señor Ricardo, muy desvelada en pensar como agradeceros el bien que por vos me ha venido, que los nobles hasta que le paguen, parece que se hallan embarazados con el beneficio. Mas esta vez no lo estarè mucho, pues con deciros que esta dama que dezis, ó á lo menos otra de esse mismo nombre, y Patria está en Barcelona, me parece q os pago todas las buenas obras q

os he debido. En Barcelona está, donde somos tan amigas, que los mas dias está conmigo, si bien lo que extraño es, no estár como vos asseguráis casada, sino en habito de viuda, y en compañía de sus padres.

Tan contento, como confuso quedó Ricardo con estas nuevas, sin atreverse à creerlo de todo punto, por ser dicha suya, ni à dudarle tampoco, por ser Doña Estefania quien lo aseguraba: y así para satisfacerse mas facilmente, rogò à todos apresurasen su viage, à quien todos obedecieron con tanto gusto, que à las diez de la mañana al siguiente dia yà estaban en Barcelona, cubiando luego como llegaron, vn recado de parte de Doña Estefania à los padres de la Dama Castellana, avisandoles de su venida, y rogandoles juntamente la fiasen por vn dia à la señora Lisarda, los quales teniendo à gran favor la honra que les hacia, embiando la norabuena, así de su venida, como de la de Don Enrique, que yà se avia divulgado por la Ciudad, que estaba en Monserrate, mandaron à Lisarda entrasse en vna silla, y fuesse à cumplir con la obligacion

que tenia. Salieron à recibirla, en sabiendo que venia, D. Enrique, Federico, Estefania, y Angela, quedandose Ricardo vn poco atrás, para reconocer si era aquella la prenda que tuvo por perdida; y llamandola D. Estefania aparte con D. Enrique, despues de advertirla que era su esposo, y que venia de Napoles, la dixo que la traia vnascartas de cierto Cavalero, que se llamaba Ricardo; y que segun lo que èl decia, era de su misma Patria. Turbóse Lisarda oyendo el nombre de quien adoraba, y aunque la verguenza hizo su oficio, venciendo el amor al encogimiento, y el desseo à la verguenza, se bolvió à D. Enrique, y sin olvidarse de besarle primero las manos, y darle el parabien de su buena venida, le dixo: Suplicoos, señor mio, me deis esse pliego, porque no pueden venir en èl tantas letras, como lagrimas me cuesta su dueño. Pues esta es la carta, respondió Don Enrique, que os traygo de Napoles, y llegando se à Ricardo, le truxo à la presencia de Lisarda, la qual como el que estando ciego, cobra de repente la vista, que no se harta de ver qualquiera cosa: así ella

ella miraba muchas veces à Ricardo , sin querer divertirle à preguntarle nada , por no privar de tanto bien à los ojos, que en dos años no avian tenido sinò lagrimas , y pesares. Preguntòla Ricardo antes de saber otra cosa , si estaba casada : y ella por satisfacer à sus miedos , y juntamente à los que estaban presentes , que deseaban saber lo mismo , ocupando las damas el estrado , y los galanes las sillas , dixo desta suerte.

Bien podeis creer , señor Ricardo , que quando os vi passar por la posta la ultima vez que os vi , me hallètà agena de mi misma , que fue milagro no llamaros à voces. Pero què mucho que lo hiciera , si me llevabades la mitad del corazon , y via que no era posible vivir sin aquesta falta? Lloraron los ojos , suspirò el alma , remblò el corazon , y à mi esperanza yà difunta hicieron todos los sentidos sus exequias. Gran desconuelo es llegar à querer sin premio ni correspondencia , rigor sin piedad , rendir el alma à quien la tratara como verdugo : fuerte golpe , declararse con quiè no se quiere dàr por entendido: dura pena , sufrir los miedos de vna larga ausencia,

que para quien quiere , qualquiera es larga , y violenta tirania , obligar con finezas à quien corresponde con desdenes: pero ningundolor se iguala al de apartarse dos que se quieren bien , y sin poder remediarse el vno al otro. Esto passò por mi el triste dia que os ausentasteis , sin poder determinarme , aunque os adoraba , à estorvarlo , ni à deteneros: Y aùnque en llegando à tan apretados lances , no ha de aver enojos , ni cumplimientos ; con todo esso , el considerarme agena , me cerrò la boca , el verme ofendida , me quitò la lengua , y el hallarme enpeñada con mis padres , me atajò los passos. En efecto vos os fuisteis , y yo quedè en brazos casi de la muerte , que llamè muchas veces. Pero ( ay triste ! ) que la desdicha de los desdichados consiste por la mayor parte en vivir quando conviene que mueran. Vino en este tiempo de Madrid el que avia de ser mi marido , presentòme ricas vistas ; ojala se trocaran en tristes lutos. Previnieronse galas , y fiestas para la infelice noche de mi desposorio , en la qual despues de aver cùplido cò las ceremonias de la Iglesia , quando no se esperaba

otra

otra cosa sino poner fin à la cena, para que la cama que con vos fuera talamo de mi vida, fuesse con Don Fulgencio tumulo de mi muerte: sucediò (permissiõ Divina) que le diò de repente tan fuerte calentura, que sin poder valerse de su brio, ni de las gentilezas de amante, hubo de atender mas à la necesidad de su salud, que à las voces de su apetito. Acostòse el desmayado Cavallero, y pensando que fuesse alguna fimera por algun exceso de aquellos días, apelaron para el siguiente, trocando todos el placer en pesar, y el regocijo en susto, solamente yo me pedì albricias de su indisposiciõ: porque aunque no abortecia su vida, los efectos que avian de resultar della, era fuerza que me martirizassen el alma. Acudieron los Medicos à la mañana, y aunque penetraron la malicia de los pulsos, dieron buenas esperanzas de su salud, hasta que al quinto dia se declaró por dolor en vn lado, tan peligroso, que sin bastar quantos remedios pudo hallar la Ciencia practica de la Medicina, dexandome toda su hacienda por el discurso de mi vida, al noveno acabò la fuya con tãtas ansias de perderme,

q̄ con notenerle ningun amor, me enterneci, y como fuera posible que èl viviera, y yo quedara sin casar, diera quãto foy, porque no muriera. Quèdè con su muerte en el traje q̄ veis, viuda, y doncella, si biè el luto mas pienso que le traido por vos, que por el muerto. Hanme salido en esta distãcia con el cebo de mi crecido dote, infinitos casamiètos, à quiè yo he resistido con increíble valor, echando la culpa al respetto que tengo à mi difunto esposo. Mas lo cierto es, q̄ vuestro amor me ha detenido, por parecerme que podia llegar este dia, y no fuera bien estàr con estorvo alguno para ser vuestra. Y como el Virrey que estaba proveido para esta Ciudad, fuesse grande amigo de mi padre, por averle servido en sus tiernos años, y averle socorrido despues en algunas necesidades (que tambien los señores las tienen, y aun mas à veces que los hombres comunes, porque nacen con mas obligaciones) quiso pagarle las amistades que le avia hecho, en traerle cõsigo, y darle vn officio tal, que fuesse juntamente de provecho, y honra. Los viejos, Ricardo, nunca se contentan cõ lo que tienen: digolo, porque mi padre sin

aver menester mas aumentos, que vivir descásado para acabar la poca vida que le falta, se resolvió à venir à Barcelona, y traer toda su casa, à quien yo no resisti, por parecerme, que por este camino os tenia mas cerca. Y así pues soy tan dichosa, que he llegado à merecer lo que en dos años me ha costado tantas lagrimas, pedirme, y mandarme muchas cosas de vuestro gusto, en fee de que os adoro con los mismos extremos que quando os despedistes de mis ojos, à cuyo amor me ofrezco de nuevo, como sea con resguardode mi honnidad, que esta es primero en mi, que todas las cosas del mundo. Digo esto, porque si acaso venis casado, ó cansado de quererme, (que de vn hombre que en dos años no ha visto su dama, qualquier olvido puede temerse) aunque muera à manos de mi propria voluntad, ni os verè, ni os hablarè en toda mi vida. Mas, si acaso como lo imagino, estais en el mismo estado que quando os fuisteis, y os dura aquel honesto amor que llevaste, el alma, la mano, la voluntad, y la vida, juntamente con esta moderada hermosura os entrego, para que dispongais de todo como dueño, y señor absoluto mio.

Todos los circunstantes pagaron en parabienes, el que avian tenido con la gustosa relacion de Lisarda, à quien Ricardo diò la mano de esposo, satisfaciendose el vno al otro desta suerte las finezas que se debian. Acertaron à venir en esta ocasion los padres de Lisarda à dar la norabuena à los recién llegados, y à llevarsela de camino. Mas como Doña Estefania les dixesse que la tenia casada, y Ricardo se diessè à conocer, diciendo, despues de las comunes cortesias, que èl era el dichoso que pretendia ser hijo suyo; fue tanto el placer que tuvieron, por ser de su Patria, y averle conocido desde que nació, que sin ser menester la intercession de Enrique, Estefania, Angela, y Federico, que abogaban por èl, dieron el sí muchas veces, tanto por merecerlo Ricardo, como por tener sucession en su casa. Y dando parte al Virrey, que se ofreció por padrino, prometiendo muchos aumentos à la persona de Ricardo, y mas luego que comunicò su divino ingenio, y prudente juicio en todas materias; se desposaron dentro de quinze dias cõ gusto general de quantos llegaron à saber la fineza de los dos  
aman-

amantes: cumpliendose así en ellos, como en los demás de quien hemos hablado en esta Novela. Que en aviendo coltumbre de vna cosa, por maravilla dexa de reducirse à su primer principio. El exemplo desta verdad tenemos en las manos, pues al cabo de dos años (que para quien ama son muchos siglos) Don Enrique buelve como solia à gozar la quietud de su casa, las gracias de su hijo, la merced del Habito, y sobre todo, los amorfos brazos de su querida esposa. Federico hace lo mismo cõ la hermosa, y discreta Doña Angela, à quien amò sin conocer, si bien informado de sus muchas prèdas. Lisarda buelve à repetir los favores q̄ hacia en Ciudad-Real à Ricardo, y à gozar, aunque cõ mejor fortuna, aquel primer amor, con que adorò su belleza, creciedo de alli adelante con el trato, con la gracia que dà el Sacramento, y con darles el Cie-

lo hermosos hijos, que colgados de las canas de sus abuelos les aumentaban la salud, el contento, y la vida.

La suspension de la Novela, la pureza del lenguaje, la variedad de los versos, y la erudicion de los discursos antecedentes, sacaron parabienes, aun de los mas reportados en alabar ajenas gracias: que ay hombres, que como si el decir bien les tuviese algo de costa, regatean los aciertos de los otros. Si bien, la Novela fue tan sazónada, que generalmẽte la aplaudieron todos. Y cierto es, que duràran tanto como ella sus alabanzas, si no se pudiera de por medio, por principio de cena, la dulcissima voz de vn musico, q̄ cantò este Soneto à vn pajarillo, q̄ por despertar aquella mañana con su canto la codicia de vn cazador, que yà le dexaba, porque no le avia visto, y le tirò porque le oyò cantar sobre el verd de teatro de vnas ramas.

*Citar a de carmin, que amaneciste*

*Trinando Endechas à tu amada esposa,*

*Y pareciendole el ambar à la rosa,*

*El pico de oro de coral teñiste.*

*Dulce gilguero, pajarillo triste,*

*que apenas el Aurora viste hermosa,*

*quando al tono primero de una glossa*

*La*

La muerte hallaste, y el compàs perdiste.  
No ay en la vida, no segura suerte;

Tu misma voz al cazador combida,  
Para que el golpe, quando tire, acierte.

O fortuna buscada, aunque temida!

Quien pensara que complice en tu muerte  
Fuera, por no callar, tu propia vida!



# R I E S G O D E L M A R, Y D E A M A R.

NOVELA DECIMA.



Nuestra In-  
victa, y triun-  
fante Zarago-  
za, cuyo nom-  
bre eterniza  
sus grandezas ; cuyo poder  
conserva sus aplausos , y cu-  
yo gobierno realza su autori-  
dad debida ; nació vn Cava-  
llero llamado Alexandro, el  
qual aviendo passado los bu-  
lliciosos años de la niñez en  
el estuudioso empleo de las  
humanas letras ; los floridos  
de la juventud , passarlos en  
la ceguera de amorosas pas-  
siones. Adornaba à sus años  
la parte de lo entendido , lo  
importante de valiente , lo  
dichoso de Noble ; pero à  
tantos lucimientos , que le  
grangeaban lauros de bizar-  
ro : el borron miserable de  
la pobreza se ponía , solici-

tandole nombre de encogi-  
do ( pero à quien no tira la  
pobreza ? ) Mas no bastò este  
para impedir los amantes de-  
seos que tenia de comunicar  
à Laura, Dama en quien com-  
petia, lo hermoso , con lo  
entendido, lo bello , con lo  
prudente , sollicitando , como  
acostumbran , no estar estas  
partes vnidas en vn sugeto.  
Pero passada su competen-  
cia, haciendo excepcion de  
generales reglas à Laura, se  
fossegó en su hermosa pru-  
dencia entendida , entendi-  
miento prudente. No le fal-  
taba à esta lo rico , aunque la  
Nobleza no la ilustraba con  
iguales lucimientos , que à  
Alexandro ; pero le califica-  
banlo bastante , para igua-  
larle seis mil ducados de ren-  
ta , que le ofrecia su padre en  
su

su adquirida hacienda. Facil es la ofladia en vn amante Cavallero , quanto difficil el temor del peligro à que se expone. Alexandro, pues, deseoso de traducir à execucion sus intentos , habló à vna criada de Laura , para que le diese cuenta de su amor , à quien reduxo à su dictamen con vna sortija de preciosas piedras ( que tienen ganancia las criadas , con la perdicion de sus señoras ) llegó à noticia de Laura la pretension de Alexandro , y no la abrazò mal su deseo, aunque la dissimulò su prudencia. Mal dixè , y dirè en darle título de prudente ; pues se lo he dado yà de deseosa , aqui acaba la discrecion , aqui fenecè el entendimiento , para atajar los peligros ; aqui dà sin la consideracion , para los riesgos : y aqui finalmente concluye el juyzio su carrera , pues en llegando al principio del amor , no tiene dominio de passar adelante, por ser diferente yà la jurisdiccion de la que tenia. Las leyes encontradas ( si acaso amor tal vez guarda las leyes ) al passo que crecian las solicitudes de Alexandro , abrafaban el pecho de Laura los deseos de comunicarle; pero en sus per-

samientos juzgaba imposible el logro de su esperanza; esto aumentaba mas sus ardores, que para que vna muger desee con eficacia vna cosa, no es menester mas de que la juzgue difficil , ò la contemple imposible. Pero quando no venció à la razon , amor? Quando salió triunfante la prudencia de la mental batalla del cariño? Y quando no atropellò la voluntad exercitos de discursos discretos , sobervios batallones de pensamientos prudentes? A la respuesta obligaba la sobornada criada à Laura, instando sollicita , y consejera , à que admitièsse aquel galanteo, ( que malo es quando se hacen consejeros los criados ) acometiale por vna parte à Laura su aficion , embestiale por otra cada instante la servil compañera ( que poco le faltaba para ser vil ) y viendose acosada , y rendida , le embiò favorable la resolucion , señalandole hora aquella noche , para que tuviesse principio su conversacion en los yerros de vna rexa , que amor que comienza con yerros , con prisiones acaba. Llegò esta nueva à oidos de Alexandro ; quien no le contemplaria contento! quien

no le juzgaria gustoso ! Entonces fuè , pues , quando con penas se templaba su regocijo , quando con deseos atropellava sus gustos : que malo debe ser amor , pues su contento sirve de pena , y su posesion ocasiona pesares, y molestias. Estando Alexandro aquella tarde por las riberas apacibles del cristalino Ebro, el luciente , y reflexante Febo inclinando el luminoso farol, se apartò de nuestro emisferio , y alzando de los valles candidos resplandores, substituiian sombras su rosicler. Con que viendo la noche llegada se retirò á su casa , para tener sobrado el tiempo à lo que pretendia. A la assignada hora concurriò al puesto , sin dár parte à amigo alguno de su empeño ( que discurre bien el enamorado en algunas cosas) salió Laura à la rexa , y à las razones amantes que le decia su adquirido dueño , enmudeció de suerte , que no le pudo responder en mucho rato. O amor , si te pusieron venda en los ojos , porque no ves ; por què note la avian de poner en los labios , pues amando enmudeces ? Rompiò el silencio favoreciendo galante à Alexandro , dando razones à sus oidos apacibles , y deliciosos, pero la muger que agrada

siendo Dãmã ; hablando al gusto del galã; enfadarà, siendo esposa, obrando à disgusto del marido. Concluyeron su conversacion , con que se bolvió à su casa Alexandro, sin poder hallar con tanto gozo el sueño : que amor que impide el dormir, y à està muy puesto en el alma ; y gusto que impide el reposo , muy cerca està de ser peña. Corria la fortuna de Alexandro favorable, pues todas las noches , comunicaba à su querida Laura ; pero què contento no està mas suge to à ser pesar , que el mismo pesar ? Entre algunos que enamorados de la belleza de esta Dama , ò interesados de la hacienda de su padre , sollicitaban tibiamente comunicarla, avia vno llamado Leonardo , à quien avia dado naturaleza crecida hacienda , è illustre calidad , en el qual comenzaron à crecer las pasiones tanto , que no salia de la calle de Laura en toda la noche , siendo continuo estorvo de Alexandro ; què presto llegan los zelos adonde vive el amor, què prontamète adonde estàn el dinero, y la hermosura llegan los deseos , y corren las voluntades. Desesperado andaba Alexandro por conocer esta fantasia ñ se le ponía por embarazo de su con ver

facion, pero nunca podia conseguir sus intentos sin escandalo de la calle, el qual escusaba à petar de su adelantado esfuerzo. Algunos dias passaron sin conocerse estos dos continuos competidores ; pero por mucho q̄ procurò Alexandro ocultar su passion , no pudo guardarla del vigilante Leonardo, q̄ no deseaba sino conocer , quien era el que cuydadoso asistia à la calle de su aficion ; y assi supo era èl, quien tenia su voluntad empeñada, con la infelice Laura (q̄ es desdichada la que es de muchos querida.) Entre los cuydados que ocupaban el discurso de Leonardo ; tenia Alexandro intentos de agasajar à Laura con vna musica, pero le atajaba la cortedad de su hacienda, que no sufría gastos de galanteos. Tenia este vn deudo muy rico , que à no tener vn hijo mayorazgo de su hacienda , entraria Alexandro à gozarla sin disputa alguna , al qual declarò su animo, y le pidió favor para aquella empresa : no se negò à lo que le pedia ; y assi viendo ya Alexandro con poder para esto , quiso vna noche ponerlo por execucion, fiando su secreto de la quietud , y soledad de las sombras. Leonardo,

como siépre proseguia en rondar dia, y noche la calle no se le escusò venir esta, à tiempo que Alexandro con los musicos, y dos amigos suyos, querià dar principio à la musica , estando Laura en la rexa, deseosa de deleytar à los oidos con los versos de su amante. Estaba Leonardo acompañado de vna tropa de valientes, que le cortejaban aquella noche, para passar por todo lance ; que amigos que de noche acompañan con titulo de valientes, enemigos son grâdes, pues los peligros buscan , y huyen en ellos. Comenzaron los musicos à tocar , y Leonardo comenzó à encenderse de colera, y rabia , por mirar que Alexandro era el favorecido, pues quando à tocar se llega, yà està el amor adelante; pero quiso oir la musica , sin alborotar la calle; y assi despues de aver tocado dulcemente los instrumentos, cantò assi.

Tomò entonces Lisarda vna arpa, y tañendola diestramente cantò lo que en la calle de Laura cantaron los musicos, que es lo siguiente.

Penas, si decis verdad,  
dad à mi dolor respuesta,  
esta affliccion que mata  
hata con lazos la lengua.

Mirando à veces mi agravio;  
ra-

rabio con fuertes sospechas hechas de vn amor injusto, justo serà que lo sienta.

Aunque tu amor te disculpa, culpa le darè à mi estrella, ella es de mi amor desdicha, dicha para alguno fuera.

Veràs mis zelos amantes, antes que tu culpa fierà, era accion para afligir, ir dando ofendido queexas.

Que en tu intento firme estès, es lo que mi amor desea, sea el indicio mentira, Ira mis sospechas sean.

Porque de tu amor confio, fio à la voz mi querella, ella dirà mas despues. (ta. pues no es con zelos discre

Acabò de catar Lisarda, y dexàdo la arpa en manos de vn page q̄ se le avia traïdo, profuguiò su Novela, diciendo: Yà se avia del todo Leonardo abrasado con los zelosos versos que avia oïdo, y vnos de los sequaces entendieron darle vn grande placer, disparò vna pistola, sin conseguir el acierto en alguno de la calle. Con esta novedad echò mano à su espada Alexandro, y acometiò brioso à rodos ellos, ayudado de sus amigos. Empeñòse en tanto la pendencia, que afligida Laura se fue de la rexa, temerosa de que su padre despertara à los ruidosos golpes de los broqueles, à estos

llegò vn Alguacil, pero lo que sacò de la empreña fue vna señal en el rostro, que le cruzaba las dos mexillas. Tuvo lugar vn Juez que vivia en la misma calle, para salir asistido de sus criados s à estorvar la pendencia; pero era en vano la justicia à donde todos estaban determinados à perderse. Mucha gente acudiò à tan larga riña, à tiempo que Leonardo obligado de quatro heridas penetrantes, cayò en tierra, pidiendo confesion con levantadas voces; y al instante los compañeros q̄ fueron causa de su escusado empeño, dieron à huir; pero al intentar correr, dos de ellos cayeron muertos sin poder pedir perdon à Dios de sus culpas con la voz. A los tremèdos suspiros de Leonardo acudiò vn Clerigo, llamado del Juez para su remedio, y còfessòlo sin moverlo del suelo, dandole en èl los Sacramentos que pedia su necesidad. Yà Alexandro se avia ido à vn Monasterio de Religiosos, por librarle de las manos de la Justicia, en donde estuvo el dia siguiente, en el qual tuvo noticia del evidente peligro de Leonardo, y de las muertes sucedidas en la calle de Laura; y assi quiso atajar su descomodidad ( porque viendose pobre, le

parecia que duraria mucho su prision, si se entregaba à la justicia) yendose de Zaragoza, à donde despues dirèmòs.

Llevaron à su casa à Leonardo, dandole los Medicos segura su muerte, sin la mas minima esperanza de su vida; pero como èl era robusto, y joven, resistiò fuertes remedios, con que llegò à cobrar alguna mejora. Passaron mas de dos meses que pudo mirarse sin peligro de su enfermedad, y à poco tiempo saliò de casa con determinacion de no mirar à Laura, y escusar amantes empeños en peligrosas horas; pero este proposito durò pocos dias, que quien promete obligado del riesgo, poco permanece en lo bueno. Llegò à saber como Laura estaba Monja obligada de su padre; el qual honroso, aviendo llegado à tener noticia de sus travessuras, la quiso encerrar; para que apartada de los peligros, no le pusiera en mayores desdichas. Bolviò, pues, à nacer en el pecho de Leonardo aquella primera passion, aquel perdido afecto, que con la pena de las heridas avia estado disueto en su corazon; y luego comenzò à hacer grandes diligencias para comunicar à Laura; pero todas no bastabã,

porque como aquel era el año del Noviciado, no avia lugar para cumplir sus deseos. Determinòse, viendo que no hallaba remedio de comunicarla, à escribirla vn papel, pareciendole que seria facil llegasse à sus manos por vna deuda suya, que estava en el mismo Convento Professa. Vivia Laura affigida, y descontenta en aquella clausura (que no puede està gustosa la que por fuerza està retirada) suspirando en su pobre celda, la libertad perdida, llorando la perdicion de su amãte, y acreditando su hermosura, pues avia passado por la poca estrecha que todas tienen. Affigiale la perdida voluntad de su padre, pues en tres meses que avia passado en el Convento, no avia sabido de su persona (que tal vez el sobrado castigo de los padres, arriesga los hijos à mayores males) atormentabala la consideracion de aver de passar toda su vida en aquella prision, que à quien se cria con animo de gozar el mundo, mucho le oprime la perpetua carcel: Estando entre estas consideraciones llegò à su mano el papel de Leonardo, y curiosa de leerle lo abrió, y leyò así.

Yà avreis, hermo sa Laura, te-  
nido noticia , como fuy yo el q̄ ena-  
morado de vuestra belleza, el que  
ciego de vuestros rayos , y herido  
de las flechas que disparaban  
vuestros ojos , se empeñò aquella  
infelice noche à quitar estorvos à  
mis deseos. Yà conocereis mi fine-  
za , pues quien por vos se aven-  
turò à morir , bastantes muestras  
diò de su passion. Aviendo sali-  
do de las mortales ansias , en  
que me puso mi alentada fine-  
za; he sabido como estabais en esse  
Convento obligada de vuestro pa-  
dre, con poco gusto , y con aficcion  
grande ; mas no la admiro ( aun-  
que lo siento mucho ) que no es ra-  
zon que se cautive vuestra hermo-  
sura , pudiendo gozar los floridos  
años con tanta riqueza, y tan bue-  
na fortuna. Yo estoy tan rendido à  
quereros , que atropellarè impos-  
sibles , vencerè montes de dificult-  
tades , por daros alivio à tantos  
pesares , y assi olvidad passadas  
finezas , admitid amantes ofre-  
cimientos , pues son de amor na-  
cidos , y de Nobleza engendra-  
das : la respuesta esperarè , estan-  
do à vuestras ordenes obediente , y  
à vuestra beldad rendido , la qual  
conserve el Cielo muchos años , co-  
mo desean mis afectos.

Quien firme os ama.

Leonardo

Acabò de leer su papel la  
afligida Laura , y comenzò à  
nacer vn discurso en su fanta-  
sia , que la obligaba à grandes  
riesgos , y la exponia à cono-  
cidas perdiciones. En què ma-  
la hora llegò el papel para no  
moverla à qualquiera ofladia,  
para no arrojarla à la mayor  
necedad! Pues la que se ve  
afligida qualquier reme-  
dio elige. Deseosa , pues , de  
dàr al traste con su repu-  
tacion , por vengarse de las  
esquiveces de su padre , to-  
mò la pluma , y en el mismo  
villete de Leonardo , por dis-  
simular mas con la mensage-  
ra su accion , escrivio la  
respuesta , y cerrandole con  
la misma oblea , se le bolvió  
à la que se lo avia entregado  
diciendole , que ella no que-  
ria admitir papeles de perso-  
na alguna , que assi lo diera  
al Cavallero , que se avia ar-  
rojado à tan sacrilego atrevi-  
miento. Como solicitaba Leo-  
nardo la respuesta , aquella  
tarde fue à hablar à su parien-  
ta, la qual le diò su mismo pa-  
pel , y èl muy afligido se reti-  
rò à su casa , imaginando que  
no le avia querido leer , y  
abriendolo , hallò en las es-  
paldas de sus letras, la siguien-  
te respuesta.

*Tà sabreis ; ò esforzado Cavallero ! quan facilmente se vence una muger que està atormentada de pesares , y vive violenta en los retirros desta soledad , y tambien no dudareis , que el amor acomete qualquiera empreſſa , ſin reparar en los mayores peligros , y ſin atender à los arriesgados empeños. Yo eſtoy muy ſatisfecha de vueſtra voluntad , y muy voluntaria à vueſtra ſatisfacion ; y aſſi elegid el modo eſta noche , que pueda prevenir vueſtro diſcurſo , para que yo ſalga de eſte retirro ; ſolo os advierto , que ſerà fuerza auſentarnos deſte Reyno , para que no puedan eſtorvar nueſtros deſignios los zelosos de mi reputacion , y los ſolicitadores de vueſtra quietud. Para poner eſto en execucion podreis ſubir por una galeria del Procurador deſte Conuento , que ſale à nueſtras viſtas , y por alli podreis entrar , pues eſtando eſte hombre à la preſente oſaſion auſente de Zaragoza , ſerà facil vencer una muger ſirviènte que tiene en ſu caſa , para que no maliciando vueſtro intento , os dexè ſubir à eſſe pueſto ; yo eſtare esperando vueſtra venida euidadoſa , y en todo me tendreis à vueſtro afecto rendida , y à vueſtra voluntad obligada ; cuya vida guarde el Cielo años que deſeo.*

*Laura.*

Confuſo ſe quedò Leonardo de oir ſemejante reſolucion , atonito ſe ſuspendiò , conſiderando tan peligroſo empeño. Como conociò en Laura la poca atencion à ſu honra , el poco reparo à ſu fama , y el poco temor à ſu amigo ! pues con tanta brevedad ſe reſolviò à eſcribir tan deſordenado papel , que aun Leonardo ſe admirava de leerlo , imaginando à vezes , que ſeria burla de ſu parienta ; pero ſiempre lo atribuia con firmeza , à que ſeria de Laura. Todo el dia ſiguiente eſtuvo caſi pensando en lo que avia de hazer , y facò de ſus penſamientos la reſolucion de robarla , ( que de diſcurſos amantes , no pueden ſalir ſino temeridades laſcivas. ) En aquel dia fiò de vn deudo ſuyo ſu hacienda , diciendole , que ſe le ofrecia vn viage para algunos dias , y tomando las joyas mas ricas que tenia , y el dinero de menos bulto , hizo vna caxilla de mucho valor , para poder paſſar mientras no daba noticia à ſus deudos de ſu enamorada , para que le fueſſen embiando los cenſos que ſu hacienda cada año le rendia. Aquella miſma noche quando à todos el ſueño ſugeraba ,

*quarè*

quando el silencio se hospeda-  
 ba en las nocturnas sombras,  
 salió de su casa Leonardo, y  
 fuè à la que Laura le previ-  
 no, y llamando à ella, res-  
 pondió vna muger yã de mu-  
 cha edad; abrió la puerta, y  
 con escusa de passar à otra  
 casa, engañò á la caduca an-  
 ciana, y èl subió à la mas  
 alta galeria; donde yã vi-  
 gilante, y cuidadosa, esta-  
 ba Laura esperando la veni-  
 da de su atrevido amante, el  
 qual para que los pensamien-  
 tos no le hicieran bolver el  
 passo atras à su resuelta haza-  
 ña, le daba priessa à la fuga,  
 ò porque Laura no tuviesse  
 lugar de arrepentirse de su  
 accion oflada, en el peligro  
 de la execucion ( que al exe-  
 cutarse vn intento, dificil es  
 quando descaece el animo, y  
 el corazon se rinde ) ò porque  
 el dia no estorvasse sus de-  
 signios. Dexando, pues el sa-  
 grado trage, se vistió Laura  
 con varoniles galas, y aque-  
 lla misma mañana, encubier-  
 tos de la noche, partieron de  
 Zaragoza, y no se detuvie-  
 ron, sino en el forzoso re-  
 poso, hasta llegar à Madrid,  
 adonde quiso Laura estar al-  
 gunos dias, aficionada à tan-  
 ta grandeza. Yã avia hecho  
 grande ruido esta accion en

Zaragoza; y fuè la Monja  
 Lega la que primero lo mo-  
 vió: pues no aviendo halla-  
 do sus vestidos comenzó à  
 quejarse, y subieron acafo  
 al mirador algunas Monjas,  
 y hallando allí los dos vesti-  
 dos, presumieron la huida de  
 Laura, con que luego dieron  
 cuenta à su padre de este  
 caso, y al punto hizo gran-  
 des diligencias; pues como  
 tenia correspondencia en  
 muchas partes, le fuè facil so-  
 licitar su causa, pero dificil  
 conseguir su intento. A oïdos  
 llegó de Leonardo las soli-  
 citudes que el padre de Lau-  
 ra ponía para hallarla, y por  
 librarse deste riesgo, se fuè  
 con ella de Madrid, y vino à  
 parar à Cadiz con letra de dos  
 mil ducados, que avia toma-  
 do en la Corte de vn corres-  
 pondiente suyo. Aqui hizo  
 grande amistad Leonardo con  
 el General de la flota, que  
 estaba esperando embarca-  
 cion para la India, de quien  
 recibió tantos favores, que  
 quiso, llegada la ocasion de  
 embarcarse, irse en su com-  
 pañia con su disfrazada Lau-  
 ra; que yã se apesaraba mu-  
 chas vezes de aver llegado  
 à vivir con tan continua pen-  
 sion; pero de nada se quexa-  
 ba, y assi doblaba la pena en  
 su

su pecho con su aleve culpa. Mientras navegaban los dos amantes en compañía del General, el christalino elemento de Alexandro serà razon diga adonde fuè à parar, temeroso de la Justicia, y desesperado de conseguir à Laura. Despues de aver estado en Valencia algunos dias, le obligò à embarcar la noticia que tuvo de vn amigo suyo, que alli tenia, que le previno el riesgo en que estava; pues de parte de Leonardo avia en la Ciudad de Valencia muchos poderosos deudos, que sitenian noticia del suceso, correria peligro su vida; y así, despues de aver passado muchas desdichas, llegó à desembarcar à la gran Ciudad de Lisboa, en donde por lo galante, cuerdo, y valeroso, consiguió estar muy bien admitido con lo mas noble de aquella Ciudad; aqui pasó muchos dias, ayudado de vna letra que truxo de Valencia; pues aviendo vendido en Zaragoza vn pedazo de hacienda que tenia, llegó à tocar seis mil ducados de plata en Valencia, con que en Lisboa se lucia prudente, y ganava creditos de generoso. Passaba vna tarde Alexandro con otros Cavalleros por vna

calle, en donde vivia vna Dama llamada Florinda, en quien concurrían las partes de entendida, rica, noble, y hermosa, que qualquiera de ellas podia mover al masti-  
bio Cavallero. Mirò con algun afecto Alexandro, y al instante nació en su pecho vna aficion tan amante, vn amor tan infufrible, que no pudo aquella noche gozar del sueño con los pensamientos que le cercaban. Procuraba sufrir esta passion prudente, hasta que vna tarde sin poder remediar sus ardores, hizo llamar à Alexandro, à quien à solas comunicò su cariño; èl viendo en la grandeza de la casa, en la asistencia de criados, y Damas, que era señora de gran calidad; hallavasse encogido, para admitir sus finezas; pero animandole Florinda amante; le diò palabra de servirla con secreto en lo que le ordenarasno pasó esta conversacion mas adelante; pero para la primera, bastantemente aviã los dos precipitado las razones. Al punto se informò Alexandro de vn Cavallero amigo suyo, y con cautela de las prendas de esta Dama, sin declararle lo que le avia passado, que el que  
està

está en tierra estraña, aunque professe grande amistad con su amigo, no le ha de fiar pasiones semejantes, pues nace la envidia, y la emulacion, quando en algunos llega la dicha. Y este le dixo, que era vna Dama vnica heredera de vn Mayorazgo, que valia diez mil ducados de renta; su calidad de las mas illustres de Lisboa, y que estaba debaxo la tutela de vn tio suyo ya muy anciano; porque su padre estaba Virrey en las Indias muchos dias avia. No quiso mas informes Alexandro, para conocer quan bien le estaria el acomodarse con ella, aunque le puso temor su amigo, diciendole, como la pretendian por esposa Titulos de aquel Reyno; pero como él sabia lo que era amor, ya le consolaba el pensar que todo lo atropella. Continuaba Alexandro en visitarla, con que crecia la passion ardiente en Florinda; y en él se alimentaba el amor de la vista de sus ojos. Quando murió el tio de esta Dama, rendido à la gota, ò à la vejez, con que en los dias que duraron los cumplimientos del entierro, no pudo comunicar Alexandro à su amada Florinda. En la primera conversacion que tuvieron,

tratò Florinda de retirarse à vna Quinta, que tenia à vista de la mar, vna legua de Lisboa, por escusarse del enfado de las visitas, que se le ofrecian por la muerte de su tio, y por no dár lugar à que se publicara su passion con Alexandro; porque temia algun competidor atrevido, y amante le quitasse la vida; pero le previno que se avia de ir con ella, y que para no dár el menor rezelo en Lisboa, publicasse su partida entre sus amigos; porque con esto estaria ella sin dár ocasiones à que la mormuraran, y èl libre de todo peligro; con esto se fue Alexandro, y al instante començò à despedirse de todos sus amigos, y al otro dia llegó à la casa de su Dama, à donde le esperaba vn discreto gentil hombre, muy valido de Florinda, con vn brioso cavallo; y subiendo à él Alexandro, y poniendose en otro el criado, llegaron los dos à la Quinta, à donde fue bien recibido de Florinda, y à donde le tuvo vn esplendido banquete, y à donde cumplieron los dos la esperanza de su amor, no pudiendo resistir el peligroso lance de tan continua asistencia. Creció

el amor, y aumentòle la voluntad, al passo que en otros descaeze; pues con mas amante cariño comenzaron entonces à quererse, y con mas encendida passion procuraron constantes obligarse. Passaron veinte dias con muchos gustos, y regalos los dos amantes en esta Quinta; pero vna tarde le vino carta de su padre à Florinda, en la qual le daba noticia, de que partia con brevedad para Lisboa, y esta fue de mucha pena para los dos, pues con esso se frustraban sus contentos, y se desvanecian sus dichas. Vna tarde estaba muy melancolico Alexandro, pareciendole que si venia su padre, era preciso que Florinda tomara el tado con otro, porque siendo el Cavallero pobre, no querria darsela por esposa. Tristes pensamientos le cercaban, y por divertirse de ellos, tomò vn laud, y baxandose al jardin, quiso dàr à entender à su querida Florinda su affliccion, y darla parte de sus penosos cuidados. Entonces tomò el arpa Lisarda, y cantò los siguientes versos.

Muerte me dãn los enojos,  
ojos, que adora mi pecho,  
hecho vn bolcã de sus llamas,  
à mas de ser vivo incendio.

Aquí entre dulces cristales,  
tales son mis desconuelos;  
suelos de esta amenidad,  
dad à mi amor mas sosiego.

Veo aquí en voces suaves,  
aves cantando, y riyendo,  
yendo por el monte à solas,  
olas cortando en los vientos.

Todas mis penas aumentan  
en tan extraño suceso,  
cesso de gozar la suerte,  
verte en otros brazos sientos.

Llorarè penas amantes,  
antes que sufra rezelos,  
zelos que el amor rematan,  
matan tarde, y hieren luego.

Si en otro poder te miras,  
iras me acabarán presto;  
esto es adorar te firme,  
irme serà el mejor medio.

Accion serà muy debida,  
vida buscar el remedio,  
medio muy facil es irse,  
sè, que si lo escuso, peno. (chas)

Què heridas me dãn tus fle-  
hechas en altivo asiento,  
siento, porque si se cierran,  
yerran todos mis deseos.

En mis disdichas pensando  
ando por aquí gimiendo,  
yendo con voces sonoras,  
horas añadiendo al tiempo.

Aquí mis queexas reclamo,  
amo constante, y espero;  
pero si las queexas sobran,  
obran poco, y valen menos.

Porque à su cstaño còviene,  
viene y à su esposo, Cielos!  
yelos con vuestra frialdad,  
dad rempnanza à tanto fuego:

Muerto yo desesperado  
ñado infelice, y adverso,  
verso, acaba tu porfia,  
fia tu fortuna al Cielo.

Dió fin Lisarda à sus voces, y  
sin dár lugar à los aplausos  
que se movian en todos, pro-  
figuió su Historia, diciendo.

Aviendo oído la enamora-  
da Florinda los sentimientos  
de su querido amante, baxò  
al jardin, y le dixo: Yá sa-  
bes, ò valeroso Alexandro,  
con las finezas que te adoro,  
ya conocitte, que sin averte  
visto en mi vida, se encen-  
dió en mi pecho vna passion  
tan abrafante, que sin discor-  
rir inconvenientes, ni temer  
peligros, me obligò à decla-  
rarte mis intentos; yá has  
llegado á alcanzar de mí  
quanto podia pretender tu  
carino; y yo he visto en tí  
quanto podian desear mis  
afectos; obligado estás, pues,  
à favorecerme, y yo tambien  
lo estoy à ayudarte en todo  
quanto à tí se te ofreciere,  
que quien te hizo dueño de  
su alma, te hará tambien se-  
ñor de tu libertad: yo desde  
aquí te la ofrezco constante;  
y así no tengas cuidado de  
la venida de mi padre, que  
antes que llegue à Lisboa,  
procuraré buscar el medio  
para no perderte, y solicitar  
el modo mas seguro para go-

zarte. Estando en esta con-  
versacion amorosa, oyeron  
los dos amantes vn grande  
alboroto en la mar, y su-  
subiendose à la mas encum-  
brada galeria, vieron, que  
encontradas las prozelosas  
olas de Neptuno, avian se-  
guido el curso de los tempe-  
stuosos vientos; miraron el  
Cielo, que cubriendose de  
obscuras nubes, anticipaba  
las sombras, y pronosticaba  
infelice tormenta, à poco ra-  
to que cuydadosos atendian  
à aquella prompta mudanza  
del tiempo, comenzaron los  
vientos à enfurecerse con  
mayores impetus, con rui-  
dosos estruendos, las nubes  
arrojaban ardientes centellas  
à las aguas, que amenazando  
primero con el relampago,  
daban despues la muerte con  
el rayo, al que sujeto à su des-  
dicha, no podia librarse de  
la inclemencia de su Astro.  
Se elevaban tan activas las  
olas, que formando monta-  
ñas de salado cristal en el  
viento, tragaban las nubes  
sus aguas, para bolver à arro-  
jarlas con mayor violencia à  
la inquieta esfera de las ce-  
ruleas ondas; à cuyo ruidoso  
estruendo, se retiraban los  
pezes à lo mas profundo de  
sus cuebas; y si alguno saca-  
ba la cabeza por encima de  
las olas, viendo tan indigna-

do al Cielo, fe escondia aprefurado , por librarse de la inquietud, que padecian los encontrados elementos. Entre las sentidas lamentaciones de los navegantes , vieron que vna Nave levantada fobre los ombros de la espuma , llegaba à parecer artificiofa nube en los ayres , y despues que jugaron los vientos con fufpetadas velas , de la recia lluvia, cayò hecha trozos, y menudos pedazos en las aguas. Enternecieron aun à los ruflicos collados las lastimosas quejas de los que fin favor humano esperaban por fepulcro el viètre de algun hambriento pez, que le trocaria por suerte fu tragedia. Y despues que fe foflegò algo la furia de los vientos, vieron venir vn hermofo mancebo, que fiado à la inconstancia de vna rota tabla, que por ventura le avia prevenido fu estrella, llegò à tierra, y adorandola con alivio grande de fu fatiga , defcansò en ella; mas viendo que le cogia la noche en parte que no podia anhelar à fu comodidad, fe levantò ligero, y fe fue llegando à la Quinta de Florinda; porque no viò por alli otra poblacion mas cerca , ni de mas comodidad para fu refpofò. Baxaronfe de la galeria Florinda , y Alexandro con defeos de favorecerle , y avi-

landole con vn criado, le hicieron fubir à las principales falas de la Quinta. Aqui fue la fufpension en el infelice mancebo al parecer de todos; pero à la verdad era Laura; que navegando con fu amante la avia echado la tormenta à los brazos de fu primer galan. Que bien fe conocen aqui los riegos de vna voluntad defenfrenada; que bien fe pintan en efla hifloria los peligros de vn amor defordenado; pues por aver Laura rompido la prifion en que fu padre la tenia; llegò à fufrir tantos trabajos , y padecer tan encontradas fortunas. Eftabafe atentamente mirando à Alexandro, y no acababa de creer efla novedad; veia à Florinda, y amante, y zelofa le embidiaba las dichas que tenia en el poder de fu amante. Alexandro alguna fofpecha tuvo, pero no pafò de recelo, por confiderarla tan impofible. Apartando converfaciones, le dieron de cenar à Laura ( llamada entonces Celio ) mudaronle veftido, y despues le hicieron acoflar en vn fuave lecho; pues à todos efltos favores obligaba fu Noble prefencia, y fu cariñofo agrado. Repofaron todos aquella noche con mucha quietud, pues à Laura le vencìò fu canfancio, y

à Florinda ; y Alexandro sus passados desvelos. Recordaron à la mañana , y Laura pidió à Florinda por favor , le diessse licencia à Alexandro para que le acompañasse hasta Lisboa ; pues tenia en ella vn negocio preciso , y no podia solo ejecutarlo. Ofreciótela Florinda , y tomando vna carroza con seis cavallos, llegaron aquella tarde à Lisboa, y apeandose de ella, paslearon las calles mas principales , siendo Alexandro agasajado de todos sus amigos, gozandose mucho de que huviesse sido tan presto su venida. Admiraba Laura la grandeza de Lisboa , y daba por bien empleado su trabajo por aver llegado à mirar tan opulenta , y populosa Ciudad. Consideraba yà muerto à su amante, y así fue su intento saber de Alexandro los empeños que con aquella Dama tenia , con que diò priessa poniendo por excusa su canfancio , para ir à retirarse à alguna posada. Fuesse, pues, Alexandro à la primera que tuvo en Lisboa , donde le dieron el mismo quarto que tenia ; cenaron los dos gustosamente , y despues entrandose à costar , mirò Laura que solamente vna

cama avia en el quarto , con que se le ofrecieron inconvenientes , porque si se juntaba con Alexandro podia ser conocida , y perder la lealtad que hasta entonces guardaba à su amante , y si reparaba en acostarse , podia calificar la sospecha que Alexandro podia tener à pasar de los disfraces. Finalmente , eligió acostarse con Alexandro , y disimular su reparo , y antes que se entregara al sueño , supo de su boca los favores que le avia Florinda hecho , con que Laura se entristeciò de suerte , que no pudo aquella noche conseguir el sueños pero Alexandro descuydado de lo que ella estaba cuydada , quedò à pocas razones dormido , hasta que à la mañana le despertò Laura , que con cuydado se vistió primero por no darse à conocer, hasta aver hallado su remedio : salieronse de casa , y à pocas calles que passaron , se encontraron con Leonardo , que à la ocasion avia desembarcado en el Puerto de vna inconstante tabla , con grande admiracion de los que le favorecieron ; el qual viendo à su Dama en poder de su enemigo echò mano à la espada , y acometiò valientemente à Alexandro (que es valeroso el

que con zelos ríñe) dieçose los dos algunos golpes, y Laura estorvaba la pendencia; pero entonces vino vn Oficial de Justicia, y con grande arrogancia, y prouatitud assiò de Leonardo y se lo llevò preso, sin que pudiera declarar las razones tan suficientes que tenia; pero no basta tener razon, quando se estàn cometiendo culpas. A Alexandro, como estava en Lisboa conocido por Noble, no se atrevieron otros Ministros à prenderle, sino antes bien le lisongearon en su causa (que à veces està la Justicia en manos de aduladores.) Retiraronse à su casa Laura, y Alexandro, con animo de bolver aquella tarde à la Quinta, y comenzaron cada vno de por si à considerar sobre el suceso passado. A Laura parece que le pesaba à vèr visto à Leonardo, porque con esto perdía las esperanzas de gozar à su primer amante, y conseguia, si bolvia con Leonardo, vna mala vida; pues no tenia escusa para con él, ni satisfacion que le bastàra de averse hallado con Alexandro, aunque dixera la verdad, que ay verdades de quienes se duda el credito, por lo que tienen de impossibles; porque como podia Leonardo dexar de creer que Laura amaba à Alexandro, supuesto que con

èl la ayia hallado en tan extraña tierra! y como podia Laura darle à entender otra cosa, aviendose hallado turbada en tan reñido lance, en poder de Alexandro! Llegò la hora de partirse, y Alexandro bien queria mostrarse galante con Leonardo, haciendolo sacar de la Carcel, pero juzgò que era mejor que estuvièse preso algunos dias, porque no pudiesse estorvar los intentos, que ocultos hasta entonces tenia. Laura avia disimulado por conquistar à su primer amante, olvidada yà de las obligaciones que à Leonardo debia (que quien facil quiere, presto olvida, y quien por riesgos ama, passados los riesgos, aborrece. Pusieronse en la carroza, y en breve rato llegaron à la Quinta, donde Florinda amante, y cariñosa estava esperando los brazos de su querido dueño, y eran tantas las finezas que se hacia, que nació en el pecho de Laura vna embidia tan odiosa, y vna colera, que casi no podia disimular su oculto furor (que mal se disimula vn aborrecimiento.) Llegò la hora del reposo, y Florinda no pudo conseguirlo, porque tenia otra carta de su padre, à donde le daba razon, como la tenia casada con vn deudo suyo, que tenia vn grueso pe-

dazo de hacienda, y que estaria con el passados ocho dias en Lisboa. Con esta novedad estaba la enamorada Dama muy affligida; pero delante de Alexandro procurò disimular su pena, haciendole los acostumbrados alhagos, y los continuos favores. Laura estaba toda la noche suspirando zelosa, y llorando triste su infelice fortuna. Alexandro tambien estuvo cuydadoso el lance que con su enemigo le avia passado, pareciendole, que el avia de ser estorvo de sus designios, si llegaba à saber donde estaba. Passaron todo aquel dia los tres amantes, cada vno con diferentes pensamientos; pero Florinda estaba muy confusa, sin saber hallar el remedio para su futuro daño; vnas veces se determinaba à descubrir à su padre su amor; otras, atendia al peligro de su vida, si su padre no admitia bien sus disculpas; otras, temia el riesgo de vna embarcacion, si se arrojaba à irse con Alexandro à su tierra. Mas, ò pensamientos humanos, è inspiraciones enemigas, que siempre alentais à lo malo, y quitais las fuerzas para lo bueno; poniendo à lo vno, gran facilidad para conseguirlo; à lo otro, grandes dificultades para alcanzarla! Determinòse, pues,

partir con Alexandro à Zaragoza, que como sabia ya su calidad, juzgaba, q̄ tomando grande cantidad de joyas, y oro (q̄ entonces tenia con muchas sobras, por aver heredado de su tio grande pedazo de dinero) passaria con grande comodidad en Zaragoza, gozando con quietud los brazos de su querido esposo. Sobre esta determinacion durmiò aquella noche, y al salir el Sol mandò poner vna carroza, y diciendo à Alexandro, que no tuviera cuydado de su persona, porq̄ le importaba llegar se à Lisboa, se puso en ella, y en poco rato llegó à la Ciudad, à donde diò treinta mil ducados, que tenia en dinero à vn Mercader, cobrando letra de ellos para Madrid; y recogió hasta diez mil ducados en doblones, y muchas ricas joyas, que montaban mayor cantidad. Con esto, antes que el Sol llegasse con dos horas à su ocafo, estuvo en la Quinta, y llamando entre la verde espesura del jardin à su amante, con grande resolucion le dixo: Ya sabes, ò Alexandro mio, que desde el primero dia que mis ojos te vieron bizarro, y te contemplaron galante, estando informada de tu calidad de la fama, que por Lisboa corria, començè à amarte con tan arduas

finezas, que sin atencion de recato, sino con amoroso incendio, desde la vez primera que te hablè, te di segura esperanza de la possession que oy gozas, creerè no estaràs apesatado de tu suceso, pues considerará tu nobleza la obligacion que debes à mi firme voluntad, y es forzoso en ti, lo que en otros no es sino voluntario; pues el Noble, por fuerza de su sangre ha de ser agradecido; y el villano, tal vez por su buen natural, conoce los favores recibidos, sin obligacion de su sangre. En vano es representarte el amor que tengo à tu persona; superfluo es decirte mi firmeza, pues quando las obras lo aseguran tan publicas, no es necesario que lo afirmen las palabras lisonjeras; pero no dexarè de decirte, como entre tantos como en Portugal me han pretendido, solo tu has sido el que violentamente te has hecho dueño de mi alma, y con tanto rigor, que aun el libre alvedrio me quitaste, sin tener en mi mas voluntad, que la tuya, ni mas imperio, que el que tu me quisieres dexar generoso. Yà sabes mi illustre sangre, que es la que diò esmalte à muchas Noblezas de Portugal; yà sabes la poderosa ha-

cienda de mi padre, que essa es la que muchas veces me ha desconsolado, porque si fuera menos, seriamos mas iguales, que aunque en la calificada sangre creo que lo somos; pero està yà tan interesado el mundo, que estima mas la inconstante riqueza, que las antiguas, y nobles hazañas; y assi lo que mas aora me atormenta, y lo que toda la noche me ha tenido desvelada, es, el aver sabido como mi padre està muy cerca de Lisboa, y viene con vn Cavallero deudo mio, natural de Coimbrá, Ciudad de las insignes deste Reyno, que teniendo este doce mil ducados de renta, quiere con èl vnir mi casa, para que lleve adelante nuestro antiguo apellido, y assi no dudo, que en llegando à Lisboa trate las bodas con toda diligencia, que serian para mi de mucho tormento, si avian de impedirme tu presencia. Yo he pensado toda la noche el medio que podiamos tener para atajar el riesgo, que tan aprisa va llegando, y no he podido discurrir alguno suave (q̄ vn daño grande, no se puede quitar con remedios leves) sino vno seguro, aunque peligroso; y assi fiada en q̄ confiaràs con mi parecer, te lo dirè, para q̄ lo pògas por execu-

cion esta misma noche ; por-  
 que admitiendo tardanzas to-  
 do se malogra , y nada se exe-  
 cuta. El aver yo ido oy à Lis-  
 boa ha sido à sacar vna letra  
 de treinta mil ducados que  
 tenia en dinero , la qual tray-  
 go para Madrid ; y con el oro,  
 y joyas que mi casa tenia por  
 grandeza , podremos vivir  
 en Zaragoza , y componer la  
 parte de tu enemigo, que tan-  
 tas veces me has dicho fue  
 causa de salir de tu Patria. Yo  
 tengo vn marinero vassallo  
 mio poco distante desta  
 Quinta , que està en el cele-  
 bre Santuario de Belèn , Mo-  
 nasterio de Bernardos , sepul-  
 cro ostentoso de nuestros pas-  
 yados Reyes, que yà creo lo  
 avràs visto , por ser la cosa de  
 mas admiracion deste Reyno ;  
 alli nos hemos de embarcar  
 esta noche , que este vassallo  
 mio es muy diestro en la mar,  
 y nos llevará à donde nos pa-  
 reciere mejor guiar nuestro  
 destino , y de este modo po-  
 demos huir el presente peli-  
 gro à toda satisfacion , y con-  
 seguimoslo que los dos con-  
 stantes deseamos. Atentamen-  
 te oyò la determinacion de  
 Florinda , y entonces acabò  
 de conocer la constancia de  
 su fineza. Respondiòle , q̃ le pa-  
 recia muy bien su resolucio-  
 n , y que assi tratàran de ponerlo  
 por execucio. Llegò la noche,

y despues de aver cenado le  
 dixo : Yà , Alexandro , ha  
 llegado la hora de partirnos ;  
 yo es fuerza me adelante à  
 concertar con este marinero  
 la embarcacion ; y assi , pues  
 sabes yà el camino , toma este  
 cofrecillo de joyas , y con èl  
 podràs irte de aqui à dos ho-  
 ras ; y si quisieres à esse Cava-  
 llero por ser de tu tierra lle-  
 varlo contigo , podràs libre-  
 mente , pues sabes que en to-  
 do te deseo dar gusto. Diòle  
 el cofrecillo , y con esto se fue  
 Florinda à poner por execu-  
 cion su deseo. Mientras Ale-  
 xandro estaba en diferentes  
 pensamientos , y Laura con  
 rabiosos zelos ; Leonardo yà  
 queria ir à la Quinta , porque  
 yà se mormuraba que Alexan-  
 dro estaba retirado con Flo-  
 rinda ( que lo que anda por  
 manos de criados presto se  
 descubre. ) Avia yà salido de  
 la carcel , porque à la ocasion  
 estaba el Duque de Medina  
 Sidonia en Lisboa , à quien  
 Leonardo conocia de Ma-  
 drid ; y valiendose de su am-  
 paro , consiguió la libertad  
 para vengarse de su enemigo.  
 Para esto à vn Cavallerizo del  
 Duque pidió vn Cavallo , y po-  
 niendose en èl informado de  
 la Quinta , y encubierto de las  
 sóbras , llegó à parar à dõde es-  
 taba cuydadosa Florinda yà  
 envarcada , esperàdo à su amá-  
 te,

Si te,

te, y aviendole parecido, que sería Alexandro el que se acercaba por allí à aquella impensada hora , le llamò por su nombre, y Leonardo oyendo el nombre de su enemigo, quiso valerse del , para descubrir los intentos de aquella voz. A pocas razones que le dixo, le pareció à Leonardo embarcarse con tan rica Dama, y gozarla, por vengarse de Alexandro, que le vsurpaba cautelosamente la suya y así engañada la infelice Florinda comenzò à navegar el ruidoso elemento, guiando su destino para Sevilla ; à tiempo que yà deseando Alexandro partirse se llegó hablar à Laura, y le dixo, que si tenia gusto de bolver à su tierra , que tenia oportuna la ocasion ; pues aquella noche èl se embarcaba con su Damá para Sevilla, y que así viera à lo que se determinaba. A tan peladas razones, ella no pudiendo mas encubrirse su secreto le dixo: Ay Alexandro, que mis desdichas son mayores de lo que puedes imaginar , pues has de saber, que yo no soy Celio, sino Laura, la que en vn tiempo adoraste, la que aficionado quisiste , y la que por tí se vè en la mas infeliz baxeza de la fortuna. Al punto que le dixo estas razones, bolviendo las apagadas llamas à arder en su corazon , sin dár lugar à que

prosiguiera , se le echò en los brazos, ofreciendola amarla ocultamente ; pero la dixo, que no era imposible dexar corresponder à Florinda por entonces , porque le debia obligaciones grandes, y finezas amorosas , ( que aun el agradecimiento se hace tal vez con cautela. ) Determinados en esto, se salieron los dos de la Quinta , y por el camino que seguian hasta llegar al señalado puesto , le dixo Alexandro à Laura , que contasse el suceso que à aquella tierra la avia traído , y ella obediente à su precepto , le dixo así:

Porque escuches , Alexandro, mi fortuna , y mi tragedia con atencion mas heroyca, que causar la prosa pueda, re declaro deste modo lo infelice de mi estrella; pero viendome en tus brazos; yà son contentos mis penas. En la Ilustre Zaragoza, que relatar sus grandezas, y el referir sus aplausos, podrá escusarlos la lengua; porque ni tu los ignoras, ni yo olvidarlos pudiera, sino me huviera rendido à vna forzosa obediencia, que la obediencia à los padres es debida, aunque se sienta, que mas, q quando acertamos hacen ellos, quando yerran. Nací, no de ilustre sangre, ni de la mayor Nobleza,

pues para que mi fortuna  
 por extremos no corriera,  
 con vn noble medio, quiso  
 honrarme naturaleza.  
 Yo soy Laura, no te admires  
 de mirarme en esta tierra,  
 no te assombres del disfraz,  
 ni por el vestido pierdas  
 tus memorias, porque soy  
 tan amante, y tan resuelta,  
 como conócerlo puedes,  
 si mis circunstancias piensas.  
 Yo soy la que en algun tiépo  
 hermosa llamò tu lengua,  
 la que mas se desvelaba  
 por asistirte à vna rexa,  
 que siempre salen à hierros  
 desveladas las finezas.  
 Tu, aficionado à mis ojos,  
 movido de mi riqueza,  
 por esposa me querias,  
 pero es cosa muy incierta  
 pensar, que ha de salir todo  
 del modo q̄ vn hóbre ordena.  
 Aquella tragica noche,  
 quando con alfombras negras  
 la espesura de las nubes  
 cubriò la rustica tierra,  
 y quando tu enamorado,  
 con cariñosas ternezas  
 lisongear quixiste al oido  
 con recelosas sentencias,  
 fue la ocasion de mi daño,  
 y fue la causa primera,  
 para que de la fortuna  
 llegàra à passar la rueda.  
 Confusa estuve, y cobarde,  
 quando mirè la violencia  
 de vn plomo, que disparado  
 del hierro de vna escopeta,

diò amenazas à las vidas,  
 y arrojò el fuego en centellas!  
 Armòse al fin vna riña,  
 como sabes, y yo llena  
 de temores, y de espantos;  
 me retirè à toda priessa  
 à mi quarto, rezelosa  
 de que mi padre saliera;  
 que aun en el mayor peligro  
 la confusion nos remedia.  
 Llegò el dia, quando el caso  
 se publica, sin que sepa  
 Zaragoza, quien fue causa  
 de tan infeliz pendencia,  
 sino yo; y como mi padre  
 supo, que las diligencias  
 que de justicia se hacian  
 ocasionaban las lenguas,  
 para que mal informadas  
 de mis passiones honestas,  
 sollicitàran su agravio,  
 y mi deshonor dixeran.  
 Me metiò en vn Monasterio,  
 porque en su clausura puesta  
 cerrara las viles bocas,  
 que pronunciaban mi ofensa.  
 Aquí estuve pocos dias  
 en mi retiro contenta;  
 pues no ay buen recogimièto,  
 quando se toma por fuerza.  
 Y quando la ociosidad  
 aumentaba mis tristezas,  
 madrastra de las virtudes,  
 y madre de culpas fieras.  
 Recibi vn papel amante  
 de Leonardo, que ya fuera  
 se viò de mortales ansias,  
 sin escarmentar en ellas;  
 donde me explicò su afecto;  
 donde pintò sus finezas,

y donde determinado  
 con resoluciones necias,  
 me ofreciò sacar me libre  
 de mis prisiones molestas.  
 Yo entonces desesperada,  
 vièdo en mi padre estrañezas,  
 mirandome sin remedio,  
 sin alivio de mis penas,  
 sin esperanza de gustos  
 sin amparos de paciencias,  
 sin memoria de contentos,  
 sin olvido de tristezas;  
 sin libertad, sin confianza,  
 sin regocijo, si n huelga,  
 me determinè à escribir  
 vn papel, ò infames letras,  
 que quando sois para el daño,  
 nunca vn borron os inquieta!  
 A donde le daba orden,  
 que con la mayor presteza,  
 que pudiesse, me sacasse  
 de aquella prision estrecha;  
 porque quien penosa vive,  
 y del pesar se alimenta,  
 el hombre, que antes la quiere  
 es el que antes se la lleva.  
 Dile noticia por donde  
 podia entrar sin sospecha  
 al Convento, que aun entòces  
 el discurso daba priessa.  
 Al punto, pues, que el papel  
 llegò á sus ojos, ordena  
 á sus propios pensamientos  
 determinaciones feas;  
 con que á la siguiente noche,  
 por vna altiva azotea  
 entrò al Convento, dexando  
 temores de su conciencia.  
 Llegò á mi Celda turbado,  
 quando era la vez primera,

que el sueño impedir quería  
 mis suspiros, y mis quejas.  
 Y à poco ruido que hizo  
 al levantar con violencia  
 vn hierro, despertè triste,  
 que oyendo hierros recuerda  
 el alma con mucha priessa,  
 por ver si à sus yerros llegan!  
 Conocilo, y al instante  
 con valor, con diligencia  
 me vesti, olvidando luego  
 peligros, que me detengan;  
 desdichas, que me acobarden;  
 temores, que me suspendan,  
 riesgos, que me atemorizen,  
 horrores, que se me atrevan,  
 ilusiones, que me rindan,  
 pensamiètos, que me venganz;  
 que quien yà se determina  
 à acciones tan descompuestas  
 todos los riesgos olvida,  
 y à todo temor se niega.  
 Gulada al fin de su brazo  
 lleguè à la pared abierta,  
 que ofrecia la salida  
 à mi passion indiscreta;  
 que à quien nace desdichada;  
 quando su ventura dexa,  
 las paredes mas seguras  
 la salida le franquean.  
 Dexò el Habito Sagrado  
 encima vna tosca puerta;  
 que todo lo bueno enfapa,  
 quando se hace alguna ofensa;  
 Y sin èl me fuy constante  
 en mis arrojos resuelta,  
 porque huye con disculpa  
 aquel que nada se lleva.  
 Lleguè à casa de Leona rdo,  
 y antes que el dia saliera

à descubrir nuestra culpa,  
 Yubi à vn Caballo, que apenas  
 aviado fuè del silvo,  
 y picado de la espuela,  
 con Leonardo me sacò  
 de la Ciudad tan aprieſſa,  
 que aũ no pudo el pensamièto  
 ſolicitar la prudencia.  
 En cinco días llegamos  
 à Madrid, donde contenta  
 guſtè de admirar lo inſigne  
 de tan iluſtre grandeza.  
 Temerofa aqui Leonardo  
 de que mi padre tuviera  
 noticia de mi morada,  
 por la gran correſpondencia  
 que ſiempre en Madrid tenia;  
 à Cadiz luego me lleva,  
 donde con vn General  
 que iba à las Indias, ſe empeña  
 à ſeguir vna derrora  
 de muy grande conveniencia;  
 y como en tales empeños,  
 y en deſventuras tan ciertas,  
 no hace mas vna muger  
 de lo que vn hòbre le ordena.  
 En vna Nave embarcados  
 diez días fui nos con queexas,  
 porque aculta de los ojos  
 la robuſtez de la tierra  
 daba ſentimiento al alma,  
 y al cuerpo inquietudes fieras  
 Mas vna tarde, ay de mi!  
 con quanto dolor la lengua,  
 quiere relatar deſdichas,  
 quiere publicar tormentas,  
 que como la relacion  
 de los peſares ſe acuerda,  
 la memoria de los daños,  
 hace doblada la pena.

Saliò vna nubè cubriendo  
 con ſus obſcuras tinieblas,  
 eſſos celeftiales globos,  
 eſſas diafanas eſferas,  
 quando ſepultado el Sol  
 en tumbas de ſombras negras  
 hizo horizontes las olas,  
 y blancas nubes las velas.  
 En tan continuos horrores,  
 y en deſdichas tan horrendas,  
 para el baſo, brama el Noto,  
 gruñe el maſtil, la voz ſuena,  
 furge el flugo, el criſtal grita,  
 gime el pino, el mar vocea,  
 brama el viento, el arte falta,  
 ſe abre el leño el lienzo buela  
 hiere el rayo, el trueno eſpàta,  
 baña el agua, el pez ſe quexa;  
 la clavazon ſe deſvne,  
 el trinquete ſe menca,  
 las altas velas ſe raſgan,  
 y ſe rompen las entenas:  
 Todo es en tanto peſar,  
 y en ran funebres miſerias,  
 lluvias, rayos, Cielo, agua,  
 nubes, olas, ſombras, cuerdas,  
 truenos, relampagos, muertes,  
 ſuſpiros, laſtimas, queexas,  
 ſollozos, gritos, eſtruenos,  
 lagrimas, voces, ternezas,  
 Y yà en ombros de las aguas  
 ſubiò la Nave ligera,  
 atropellada del Boreas,  
 y del Vracàn inquieta,  
 à dár con ſu punta al Cielo;  
 ò à derrivar las eſtrellas;  
 y como de ſus criſtales  
 ſe mirò tan deſcontenta,  
 rompiò à pedazos el lino,  
 y deſvniendo las ebras,

dió á los míseros difuntos  
y á las mortajas desechas.  
Pedazos de tablas corren  
solicitando su arena,  
que aun los leños procuraban  
librarse de la tormenta.

Adquirí vna parte poca,  
que buscó mi diligencia,  
porque en mortales peligros  
se hace astuta la mas necia,  
y haciendo velas mis plumas,  
y remo mi espada mesma,  
navegué gran rato ansiosa  
de llegar á tocar tierra;  
conseguilo, quando el Sol  
por entre vnás nubes negras  
disparó vn luciente rayo  
(Iris que estorvó la guerra)  
y vi con él esta Quinta,  
quando imaginé que en ella  
podia hallar el alivio  
de mis passadas tragedias.  
Llegué á ella, y hallo amparo  
en quien causa mis sospechas,  
llevasme á ver á Lisboa,  
y con Leonardo te encuêtras,  
que sin duda en otra tabla  
quiso librarlo su estrella.  
Prendente, y por no dexarte  
mi amor, contigo se queda,  
buelve á encêder en mi pecho  
aquellas llamas primeras.  
Pretendes irte, dexando  
á mis esperanzas muertas,  
yo te detengo, y te digo  
las culpas de mi flaqueza.  
Yo te adoro, yo te quiero,  
zelosa estoy; y así es fuerza,  
que si contigo me embarco,  
si con tu dama me llevas,

que halle sepulcro en la mar,  
que pues la borrasca fiera  
no quito darme la muerte,  
solo estimo sus finezas,  
porque me ha dado lugar  
á que por tu causa muera.

A poco rato que avia acabado su relacion la infelice Laura, llegó con ella Alexandro, admirado, y confuso al puesto que le avia señalado Florinda, y no viendo en él señales de embarcacion, preguntó á vnos marineros, que estaban en la playa, si avian visto á caso á vna Dama por aquellas ribeiras; ellos le dieron razon de lo que passaba, pues se hallaron presentes al embarcarse Florinda, y aviendole dicho iba en poder de vn Cavalero, creyó que fueron engaños sus amores, y que avia querido con aquel cofrecillo de preciosas joyas, pagarle la voluntad passada, y así concertó vn pequeño bazo con intentos de bolverse á su patria, y con animo de amar constante á su querida Laura, que yá avia con sus llamas encendido el fuego en el pecho de Alexandro, que aun estaban las cenizas calientes del incendio pasado. Mientras con favorable viento corrian estos dos amantes la esfera de Neptuno, dixé que al punto que

la estrella de Venus , se vió salir sobre las aguas , y comenzó la noche à derramarse de las nocturnas sombras; conoció Florinda , que no era Alexandro con quien navegaba , y al instante indignada , y colerica se irritó con Leonardo fieramente. El viéndose casi concluido de sus razones le dixó así : No admiréis , ó hermosa señora , mi atrevimiento , pues que la fuerte há permitido hacerme dichoso por tan extraordinario camino , no queráis frustrar mis esperanzas , quando favorable mi estrella , me ha agasajado con tantas dichas ; como en vuestra compañía me promete ; yo soy vn Cavallero Aragonès , no de menos Nobleza que Alexandro , à quien he venido siguiendo en poder de su Dama , pues aviendo venido los dos galanteando à vn mismo tiempo , tuvimos vna noche vna tan reñida contienda , de la qual salí sin esperanzas de vida ( esta fuè la ocasion , porque Alexandro se ausentó de Zaragoza ) convalecí de mi enfermedad , y enamorado de Laura la saqué de vn Monasterio donde su padre la tenia violenta , y la truxe conmigo , hasta que vna tormenta nos dividió à los dos , despues la vi en Lis-

boa en poder de Alexandro mi enemigo , con quien reñí indignado , pero llegó la Justicia , y me prendió , ocupandome la venganza , que pretendia; tuve noticia que vuestra hermosura se avia queriendo emplear en favorecer à Alexandro , y embidioso de sus dichas por llegar à vuestro retiro vine à encontraros deleitoso , al tiempo que fiabais de este elemento , y así , pues Alexandro se ha mostrado con vos tan poco galante , no sintais averle perdido , pues èl lo ha debido de procurar , por llevarse à Laura , que como estaba vestida de hombre creerè que no avreis conocido el engaño , y pues el Cielo ha permitido este suceso , èsta muy conforme con su voluntad , pues os ha librado de muchos pesares , que en poder de Laura , y Alexandro tendriais. Consolòse por vna parte Florinda , y por otra se indignò contra Alexandro , pues quando vn amante se ha ausentado , la misma ofensa alivia , y el propio agravio consuela. Y à avia tenido Florinda alguna sospecha , por atender que el Celio ( que era el nombre con que Laura se disfrazaba ) era muy blanco , y afeminado , con que creyò todo quanto Leonardo le avia dicho; que la verdaàs , aunque parezca imposible , hace fuer-

za para ser creida. Navegaron con favor de la fortuna algunos dias , y despues llegaron à desembarcar al Puerto de Sevilla , en cuya Ciudad quisieron asistir conformes por gozar de espacio sus grandezas ; que facilmente se vence vna muger quando se ve perdida. A este tiempo llegó el padre de Florinda à Lisboa , y aviendo sabido de los criados el suceso de su atrevimiento , comenzó à hacer grandes diligencias por hallarla ; pero todas cessaron con su muerte , pues o ligan à tan continuos pesares , que desta accion se le ofrecieron , en pocos dias diò fin à su vida , dexando heredero de su hacienda al que avia de ser esposo de su hija. Passaba Ricardo hijo de vn gran señor de Sevilla en vn Alazan brioso , por la calle donde Florinda vivia , y levantando los ojos la admirò por hermosa , y la deseò por rara ; procurò informarse quien era , y luego comenzó à solicitarla con grandes agasajos , pero con mucho secreto. Nunca Florinda queria admitir sus festejos , ni corresponder à sus pasiones , sino antes bien constante se negaba à sus ruegos , no dandole la mas minima esperanza : que tal vez està firme , la que ha sido mas facil. No hacia ca-

so de grandes ofrecimientos ; y no admitia dadas de precioso valor , sino que todo lo despreciaba con desvio , que no vence el oro à la que no es codiciosa. Enamorado estaba Ricardo en tanto extremo , que viendo que no bastaban sus diligencias , y mirando que no aprovechaban sus ofertas , ni eran admitidas sus dadas , se determinò negociar con violencia , lo que avia de ser con voluntad cariñosa ; que quien tiene poder , y dinero , todo lo acomete , y en todo es aplaudido. Comunicò su intento con dos criados suyos (de quien mas se fiaba , y ellos juzgaron la accion por muy debida , y ofrecieron ayudarle en la empresa ; que no aconsejan bien juventudes lozanas. Dispuso , pues Ricardo con vnos amigos suyos , que se llevassen aquella noche à Leonardo à vna casa de entretenimiento , y viendose yà libte de aquel estorvo mandò prevenir vna carroza con seis Cavallos , y con los dos criados , y dos lacayos , que tenia briosos , se fue à la casa de Florinda , à donde entrando cautelosos , la hallaron solamente asistida de dos criadas , y cerrandolas à ellas en vn obscuro aposento , tomaron en sus brazos la desmayada beldad , y la

baxaron à la carroza , que corriendo ligera llegó à Gelbes , vna Villa media legua distante de Sevilla, del Duque de Veragaas. Yà estaba Ricardo esperandola en vna casa con vn dorado flecho , y muchos discursos para consolarla. Subieronla los criados à su quarto , y quedòse con ella solo , y afligido , pues advirtiò en ella vn fiero desmayo , que lo purpureo de sus mexillas lo convirtiò en blancas azucenas ; el clavel de sus labios lo bolviò en cardeno lirio : lo bullicioso de sus ojos lo traduxo à vna suspension quieta ; y lo risueño de su boca, à vn melancolico sosiego. Atonito se mirò Ricardo à esta ocasion mirando tan distante su belleza, que ataja al mas valiente enamorado contemplar el retrato de la muerte. Saliòse de la pieza , y pareciendole , que bolviendo del accidente intentaria la fuga, cerrò la puerta , y fue à buscar vn vaso de agua para remediar su daño. Recordò entonces Florinda , y viendose en vn quarto tan curiosamente alaxado , en vn lecho tan rico , siempre creyò segura su perdicion : abrió vna ventana , y pareciendole facil el saltar por ella , se arrojò valiente , por librarse de aquel riesgo ; que el que

se determina todo lo juzga facil. Cayò à vn jardin dilatado desta misma casa, sin hacer algun daño, ni aver conocido ningun dolor en su cuerpo ; levantòse de la cayda animosa , y siguiendo vna larga calle del jardin , llegó à encontrar con vna puerta , que corriendo vn hierro la mirò abierta , para escaparse del peligro ; hallò vna estrecha fenda , à su parecer camino de ganado , y corriendo errante , y confusa por ella , encontró vn pastor , à quien rogò la acompañara à Sevilla ; hizolo piadoso , que aun los villanos respetan la belleza ; y aviendole dicho el nombre de la calle , consiguió hallar su casa , à donde con tremendas voces estaban sus criadas encerradas ; abridles la puerta , y pagandole galante al pastor su trabajo , comenzò à contarles su vitoria , mientras no llegaba Leonardo à su sosiego , bien segura , y cerrada , por no bolver à verse en el peligro passado. Aquella misma noche , viendo que à las dos de la mañana no venia Leonardo , y que el poder de Ricardo era grande , se determinò à vna ocasion , que solo muger de su arrojò podia acometerla , tomò todo el dinero que tenia , y zelosa que Laura gozasse los brazos de

Alexandro, se fue al Puerto sin decir su intento à las criadas; en donde hallando embarcaciones para Valencia, se metiò en vn vaso desesperado, con animos de llegar à Zaragoza para vengarse de Alexandro. Estaba, pues, à esta ocasion Ricardo tan confuso, y cansado de buscar à Florinda por todo el lugar, que no sabia que poder hacer, ni à donde poder irse, pareciendole que estaria por aquellos bosques retirada; montò en vn cavallo, dividiendo por diferentes partes sus criados para hacer todas las posibles diligencias; que à todas estas cosas obliga vna passion desenfrenada. Apartòse con esta empreña media legua de Gelbes, y se fue metiendo por vnos espesos bosques; y frondosas amenidades, que fertilizaban las aguas del fecundo Guadalquivir, viendose perdido, sin saber à que lado bolverse, se desmandò el cavallo enfurecido al impetu furioso de la espuela, y sacandole de aquel bosque, lo llevò inobediente al freno à vn montecillo, de donde precipitado, lo arrojò à las floridas faldas de las altivas cumbres, y hallandole en encuentro con vn risco su cabeza, quedò herido de ella gravemente, sin poder levantarse del suelo, ni dár al vien-

to las lastimosas quejas à que le obligaba la herida; que es grande el daño quando no puede quejarse vna persona: què buen emplar para los que intentan temeridades, para los que llevados de vna imprudente passion, se arrojan à vna vil hazaña, y se aventuran à vna dificultosa empreña; pues siempre se ve, que quien busca peligros, en ellos perece. Estaba, pues, Ricardo tendido en la tierra, arrojando vn arroyo de sangre de su herida, que estendiendose por las asperezas, teñia las piedras, y daba color de nacar a las montuosas yervas, que producía la rustica maleza. Bolviò à su acuerdo, quando conociò su culpa, y atribuyò à castigo del Cielo su desdicha, apesarado de su passion lasciva; què presto se conoce vn buen entendimiento, quando con lamentables voces, solicitaba al amparo de algun pastor, y enternecia las endurecidas peñas, que recibiendo sus veces en sus huecas entrañas, respondian à sus acentos, por consolar sus miserables tragedias, que tal vez las peñas consuelan. Espantaba los brutos con sus quejas, que pacíficos en sus toscas grutas, aguardaban la salida del luciente Fobos, que yà les pronosticaba

ba la confusa Aurora; desper-  
caba las aves que estaban  
gozando en sus ocultos ni-  
dos de la gustosa confusión  
del sueño, y saliendo à mi-  
rar los reflexos del Planeta,  
que les inclina à su felicida-  
dad, se paraban à las voces,  
y sentian piadosamente las  
lastimas del escarmentado  
Cavallero. A esta ocasion Lau-  
ra, que con su amante Ale-  
xandro navegaba, sufría se-  
gunda vez los impetus del  
cristalino elemento, y arroja-  
da de la borrasca, en vna ra-  
bla, llegó à tomar tierra à estas  
asperidades, quizá guiada  
del Cielo para remediar la vi-  
da de Ricardo, que estaba pi-  
diendo à los Cielos misericor-  
dia, y à la tierra amparo. Ca-  
minaba confusa Laura por  
ocultos bosques, y amenissi-  
mas selvas, en donde oye vn  
ay, quexoso, que le enterne-  
cia el pecho con humana pie-  
dad, por otra parte le causa-  
ba grande horror, y miedo à  
su fantasia. Detuvo los pas-  
sos el recelo, y le sirvió de  
lastre el temor à su ligero or-  
gullo. Estando temerosa, y  
parada oyò otro suspiro, que  
le pedía amparo, y parecien-  
dole que seria la voz de algu-  
no necesitado de favor, se de-  
terminò esforzada, y movida  
de su piedad à llegar al puesto  
que se oía clara la voz. Avien-

do salido de la espesura de  
aquella selva, mirò à Ricardo  
que anegado en su sangre pe-  
dia favor à los Cielos lastimo-  
so, y suspiraba el alivio à los  
hombres. Sintió el ruido de  
los pasos Ricardo, y consolò-  
se viendo tan hermoso man-  
cebo entre aquellas confusas  
soledades, à quien dixo con  
pausa de su voz la bruta ino-  
bediencia del Cavallo. Respon-  
diòle Laura, que él era vn Ca-  
vallero Aragonés, que obliga-  
do de vna tormenta lo avia el  
Cielo conducido allí, para ali-  
viarle su pena, y sacando vna  
sabanilla con yervas de aque-  
llos campos le limpiò la san-  
gre, y se la ciñò à la herida.  
Quedò Ricardo muy alivia-  
do con tan cortès medicina, y  
tuvo valor para subir à su Ca-  
vallo, que en el peligro todos  
se alientan, y subiendo à Lau-  
ra en la grupa, en vna hora  
llegò à Sevilla, donde fue llo-  
rado de su hermana Fenix, y  
agastado de su sentido pa-  
dre, y luego con graves reme-  
dios le aliviaron el dolor que  
en la cabeza tenia de tan fie-  
ro golpe. Agradecieronle à  
Celio (que era el nombre que  
Laura tomaba en sus ocasio-  
nes) la piadosa caridad que  
con Ricardo tuvo: previnie-  
ronle vn quarto ostentoso, co-  
nociendo en su porte seria de  
ilustre sangre; y llegó à tanto

el amparo que Ricardo cobró à Celio, que le obligò à pedirle le asistiera en su enfermedad. Passaron algunos dias mejorando siempre Ricardo; pero enfermado su hermana Fenix de vna passion amorosa que avia en su pecho nacido à la vista de Celio, y no sabia como explicarle este afecto, aunque ya Celio lo avia conocido, que es facil conocer vna voluntad, y dificil que vn amante sepa que la conocen. Llegò, no pudiendo sufrir sus ardores, à declarar se arrojada; pero Celio le respondió muy tibio, porque no podia corresponderla. Sufria la infelice Laura con titulo de Celio los acometimientos grandes de esta enamorada hermosura, al tiempo que Ricardo, libre de su enfermedad comenzaba à salir de casa; pero fue tanta la melancolia que le quedò del accidente, que no podia con muchos entretenimientos divertirse. Viendo su padre tan còtinua afliccion, hizo que en su casa por las noches se celebrassen Comedias, Saraos, y otros entretenimientos, que pudieran aliviar sus melancolicas pasiones. Vna noche se juntaron las Damas mas principales de Sevilla, y muchos grandes Titulos, y Cavalleros, y en-

tre estos concurriò Leonardo, que aviendo hallado menos à Florinda, se estava en Sevilla muy hallado con las mercedes, y favores que muchos Cavalleros de aquella Ciudad le hacian, sin saber que por robar à Florinda avia sucedido el daño de Ricardo, y sin aver llegado à su noticia el suceso, pues al punto que Florinda se salió de casa, las criadas tomando todo quanto pudieron, se mudaron à otra posada, conque era lo mismo, que averse ido à las Indias, para èl hallarlas Leonardo. Al punto, pues, que viò à Laura disfrazada con nombre de Celio; comenzò à admirarse, y à disimular prudente; quando Laura lo conociò tambien estuvo confusa, y admirada de hallarle en aquel festin. Disimularon los dos, y despues de averse dado principio à la fiesta, y aver las Damas, vnas cantando dulcemente, otras diestramente danzando, le dixeròn à Fenix los Cavalleros tocasse vna arpa, y cantasse algunos versos, y ella con deseos de darle à entender à su amante su desenfrenado amor, cantò assi.

Entonces tomò Lisarda el arpa, y como las passadas veces, cantò las coplas que Fenix cantò en Sevilla.

Cupido arrojò vna flecha à vna infeliz hermosura, no se yo si estando herida los dolores disimula.

Sagrado pide el amor, (cias, pues ha muerto en sus angustias fue tan desesperada, que le niega sepultura.

Quien puede refucitarla, yà sus desdichas escucha, que por remediar la vida, son las finezas muy justas.

Si se muestra riguroso, y las piedades renuncia, morirà de los temores, que le ha de causar difunta.

Si por otra causa buelve à vivir con desventuras, embidiarà ajenas glorias, y llorarà penas tuyas.

Dexarla, pues, padecer, no es la ofensa mas segura, porque el amor, si se indigna, hace del alhago furia.

Su pena està conocida, (da, y aunque muerta, no està muerta, pues dice su amor à voces, porque despues no aya escu-

Si se admiten sus deseos, (sas, aunque està abierra la vna, renacerà en sus cenizas, Fenix, para dos venturas.

Dexò el arpa Lisarda a Page, y luego bolviò à proseguir, diciendo, como Fenix avia acabado de decirle sus intentos à Laura; pero todos eran vanos, y sin fundamento, pues no podian servir de alguno en ella; alabaron todos la le-

tra, y la voz despues le dieron el arpa à Celio, para que tambien mostrasse su destreza, y armandose de discursos despues de averla sonoramente tocado, cantò así

Bolviò à tomar el arpa Lisarda, y cantò lo que Laura avia cantado, que es lo siguiente.

El amor, niño atrevido, quiso subitfe muy alto, a disparar vna flecha, pero diò con ella en vago. Hirìò a vna beldad illustre de tan amante cuydado, que por ser ciego su amor, dice sus penas cantando.

O quien pudiera aliviarla con amantes agasajos, mas mi humilde pensamiento me tiene desobligado.

Sus cartas he recibido, y respondo à sus enfados, que toda la culpa tiene de su quexa, el ordinario.

Ella imagina engañada, que soy hombre muy ingrato, y afee que mi noble origen viene de huello, y no es barro. No piente que con mi sangre a su persona no igualo, que antes por ser como ella, dexo de admitir su alhago.

Dexò el arpa Lisarda, y bolviò à proseguir su Novela diciendo. Avriendose aplaudiendo mucho la voz de Celio, se viò fin al Sarao, y le-

vantándose todas las Damas de sus asientos, se despidieron de Fenix, y puestas en sus carrozas, llegaron à sus casas, acompañadas de algunos Cavalleros, que por obligacion les tocaba aquel cortejo. Fuesse Leonardo, y en toda la noche hallò el sueño, discurrendo como sacaria à Laura del poder de Ricardo, pareciendole que con ella tenia algun empeño amoroso. Laura toda la noche pasó desvelada, sacando de determinacion de sus desvelos, partirse con Leonardo, pareciendole que faltaba con él, si luego no se declaraba, y considerando de las locas finezas de Fenix alguna mala salida, sino se daba à conocer. Con esto à la mañana, sin decir à Fenix cosa alguna, se despidió de Ricardo, y de su padre, siendo los dos muy agradecidos al partirse, con dativa de quinientas doblas para el gasto del camino. Con esto de vno de los Cavalleros amigos suyos, que avia grangeado en la compañía de Ricardo: supo la casa de Leonardo, y al punto se fue à ella, y hallandose admirado del suceso, le dixo: Yà sabes Leonardo las amantes finezas que te debo, yà conociste, que fiada en tu amor salí de las comodidades de mi Pa-

tria, que aunque entonces no las tenia, podía con el tiempo gozarlas seguras; y así dispon tu jornada, para que esta tarde partamos para Zaragoza, donde con tu hacienda viviremos, y humillandonos à mi padre, le sacaremos vn pedazo de hacienda, para que con mayores lucimientos, puedas esmaltar tu ilustré calidad; y en el camino fabrás las tragedias, que he pasado desde que nos dividió la tormenta en Lisboa, y en ellas conocerás como siempre he sido constante en tu amor, ayudada de este difraz, y favorecida del Cielo. Con esto se determinò Leonardo à partirse con Laura; pero aviendo llegado esto à oídos de Fenix, se diò tanto à la tristeza, que en pocos dias le acabaron la vida los amantes sentimientos, sin que quisiera declarar la enfermedad à su padre, sino encubrir-la del todo con su muerte. Mientras Laura, y Leonardo corrian por el mar para llegar à Valencia, yà estaba en ella Alexandro, con animo de pasar luego à Zaragoza, determinado, sinole favorecia la fortuna, echarse à los pies de su tío, para que le sustentara, pues yà avia concluido todo el dinero, que sacò de su hacienda. Con esta deter-

minacion partiò de Valencia à las tres de la tarde, pensando llegar aquella noche à descansar à la Villa de Morviedro, y à poco rato, que acompañado de dos criados, y otros camaradas passaba tuca mino, comenzò a formarse vn obscuro nublado en el ayre, ocasionado de vnas preñadas nubes, que por la parte del medio dia se levantaron, y comenzò à llover tan reciamente, que le fue preciso retirarse à vna Villa, que de alli viò cerca, llamada Almenara, poco distante de la mar, à donde le cogiò la noche, retirado à vn Convento de Frayles Dominicos, cuyo Superior conociendo la calidad de Alexandro, le diò acomodado lecho, y muy esplendida cena para la ocasion acelerada. A la mañana dando gracias à los Religiosos de los favores recibidos, partiò antes que el Sol saliera con intento de comer en Segorbe temprano, y passar à Teruel à dormir, à donde tenia vn grande amigo, y queria de passo contarle sus tragedias; iba pensando en su poca fortuna, pues no tenia noticia de Laura desde que la perdiò en la tormenta de Sevilla, ni de Florinda sabia cosa alguna. Mientras estos pensamientos le affigian, se le

vantò en la mar vna borrasca, que causaba lastima, y admiracion à todos los que propinquos à su furia, participaban de sus ruidosos estruendos. Llegòse Alexandro à la costa, y todos sus compañeros, por mirar a mas de cerca. Vieron venir vn pequeño vaso contrastado de los vientos, y antes de llegar a tierra, se hizo en vn escollo pedazos; en este, pues, navegaba la infelice Florinda, sujeta à las borrascas de la mar, y zelosa de Alexandro. Saliò ayudada de vn Marinero, luchando con las aguas àzia la parte donde Alexandro estava, lastimandose de tanta desdicha; y quando llegó à mirar aquella desmayada belleza, conociò que era Florinda, que el Cielo se la arrojaba à sus brazos, para que la favoreciera en lo mas infelice de sus fortunas, recordò de la turbacion, y viendose en poder de Alexandro, lo tuvo por sueño, ò lo atribuyò confirmandolo por verdad, à prodigioso milagro que el Cielo executaba para su quietud, y remedio. Contò Alexandro à todos la verdad del suceso, con que Florinda se satisfizo, y ellos quedaron admirados de oir tan infelices fortunas, como en tan poco tiempo avia pasado.

Agradeció Alexandro la piadosa hazaña al Marinero, y tomandola en los brazos à su querida Florinda, la puso con comunidad, para que pudiese seguirle en la jornada. Con mucha quietud del tiempo passados seis dias llegaron à Zaragoza, donde admirò Florinda sus hermosos edificios, su caudaloso rio, sus encumbra las torres, sus dilatadas calles, pareciendole, que allí se cifraban todas las Ciudades, que en su vida avia visto. Fue bien recibida de las principales Damas de esta Ciudad, aviendo sabido su fortuna, y estando informadas de su calidad. Avia muerto aquel deudo de Alexandro, que le diò liberal bastante dinero, para los gastos que se le ofrecieron en su galanteo; y aviendose hallado à la hora de su muerte sin heredero, dispuso su hacienda en Alexandro, al qual para darle nueva de esta ventura, no avian podido conseguir el hallarle. Viòse Alexandro con mas de quatro mil ducados de renta de esta herencia, con la letra de Florinda de

treinta mil de propiedad, con que celebrò en Zaragoza sus bodas con grandes ostentaciones, y fiestas, allanando con todos los passados sucesos. Al tiempo, pues, que se daba fin à tan regocijados entretenimientos, llegaron à su Patria Laura, y Leonardo con prospera fortuna; y restituyendo al Monasterio à Laura apesarado de su accion, pidió despues facultad al Prelado para sacarla, su puesto que su voluntad no era de professar en la Religion. Con estos rendimientos consiguió alcánzarla por esposa, aviendo llegado à sus manos la hacienda de su padre, que junta con la de Leonardo pudieron igualar las grandezas de Alexandro. Aviendose publicado por Zaragoza tan prodigiosos sucesos, como à estas dos Damas, y à estos Cavalleros avian passado, solicitaron sus deudos la paz, y concordia en todos, à donde estuvieron gozando de la vida muchos años, con muy continuos gastos, y prosperas felicidades.

FIN.